

José Martí : obras completas. Volumen 2 Cuba	Titulo
CEM, Centro de Estudios Marianos - Compilador/a o Editor/a; Martí, José - Autor/a;	Autor(es)
La Habana	Lugar
Editorial de Ciencias Sociales Karisma Digital Centro de Estudios Martinianos	Editorial/Editor
2011	Fecha
	Colección
Política; Pensamiento político; Pensamiento latinoamericano; Revolución; Correspondencia; Cuba;	Temas
Libro	Tipo de documento
"http://biblioteca.clacso.edu.ar/Cuba/cem-cu/20150114035257/Vol02.pdf"	URL
Reconocimiento-No Comercial-Sin Derivadas CC BY-NC-ND http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO
<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)
Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)
www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Latin American Council of Social Sciences



JOSE MARTI

Obras Completas

2

Cuba



EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES, LA HABANA, 1991

Volumen 2

CUBA

POLÍTICA Y REVOLUCIÓN II, 1892-1893

	Pág.
Índice Volumen 2. Política y Revolución II, 1892-1893	
Adelante, juntos. Patria 11 junio 1892.	13
Los Clubs. Patria. 11 junio 1892	16.
Los cubanos de Jamaica en el Partido Revolucionario. Patria. 18 junio 1892	21
Roloff en Tampa. Patria. 18 junio 1892	27
La Primera Conferencia. Patria. 18 junio 1892	29
Al Presidente del Cuerpo de Consejo de Jamaica. Nueva York 27 junio 1892.	37
Al Presidente del Club “Los Independientes”. Nueva York.28 junio 1892	38
Al Presidente del Cuerpo de Consejo de Jamaica. Nueva York 29 junio 1892	39
El remedio anexionista. Patria. 2 julio 1892	43
Los cubanos de Ocala. Patria. 2 julio 1892	46
El obrero cubano. Patria. 2 julio 1892	47
Al Presidente del Cuerpo de Consejo de Jamaica. Nueva York 2 julio 1892	53
Al Presidente del Cuerpo de Consejo de Jamaica. Nueva York 3 julio 1892	54
La guerra. Patria. 9 julio 1892	57
A Gonzalo de Quesada. Cayo Hueso 13 julio 1892	67
A Gonzalo de Quesada. Tampa. 13 julio 1892	68
A Gonzalo de Quesada. Ibor City. 21 julio 1892	68
A Gonzalo de Quesada. Cayo Hueso julio 1892	69
A Gonzalo de Quesada. Ocala julio 1892	67
Al Secretario del Cuerpo de Consejo de Jamaica. Nueva York.27 julio 1892	70
A Gerardo Castellanos julio 1892	71
A Juan Bonilla. julio 1892	72.
Carácter. Patria. 30 julio 1892	75
A José Dolores Poyo agosto 1892	81
A Serafín Sánchez. 2 agosto 1892	82
A Fernando.Figueredo 2 agosto 1892	84.
A Gerardo Castellanos. 4 agosto 1892	85
Al Presidente de la Convención Cubana. Nueva York. 6 agosto 1892	89
Las expediciones y la Revolución. Patria 6 agosto 1892	93
Ante la tumba del Padre Varela. Patria 6 agosto 1892	96.
Carta a Serafin Bello agosto 1892	101
Carta a Gerardo Castellanos agosto 1892	101
Carta. a Serafín Bello agosto 1892	102
Carta a José Dolores Poyo agosto 1892	102
Carta a José Dolores Poyo 9 agosto 1892	103
El Evening Telegraph de Filadelfia. Una entrevista sobre Cuba. Patria. 13 agosto 1892	107
La reunión de los clubs. Patria. 13 agosto 1892	112
De Tampa. Patria. 13 agosto 1892	115

Carta al Secretario de la Convención Cubana. Nueva York. 18 agosto 1892	119
Carta a Serafín Sánchez 18 agosto 1892	120
Carta a Fernando Figueredo 18 agosto 1892	122
Carta a José Dolores Poyo agosto 1892	125
Carta a Gerardo Castellanos 18 agosto 1892	126
Carta a José Dolores Poyo. 18 agosto 1892	127
Carta a Teodoro Pérez agosto 1892	128
Carta a Serafín Sánchez. agosto 1892	129
La recepción en Filadelfia. Patria 20 agosto 1892	133
Los sucesos de Tampa. Patria. 27 agosto 1892	139
Lo que hacemos. Patria. 27 agosto 1892	142
La independencia de Cuba y la prensa de los Estados Unidos. Patria. 27 agosto 1892	144
El plan del patriota Serafín Bello. Patria 27 agosto 1892	146
Recomendaciones. Patria 3 septiembre 1892	151
Carta a Gonzalo de Quesada. Gonaives 8 septiembre 1892	159
Carta al General Máximo Gómez. Santiago de los Caballeros, Santo Domingo 13 septiembre 1892	160
Carta al General Máximo Gómez. Santo Domingo 19 septiembre 1892	164
Carta a Juan Fraga octubre 1892	165
Carta a Alejandro González 29 octubre 1892	165
Carta a Juan Bonilla octubre 1892	166
“La Meschianza”. Patria 1 noviembre 1892	169
El Delegado en Nueva York. Patria 1 noviembre 1892	173
“Patria” de hoy. Patria. 7 noviembre 1892	183
Carta a Teodoro Pérez. Nueva York 2 enero 1893	189
Política insuficiente. Patria 14 enero 1893	193
Cuatro Clubs nuevos. Patria 14 enero 1893	195
Solemne reunión pública. Patria 21 Enero 1893	205
¡Cuba, es ésta! Patria 21 enero 1893	209
Ciegos y desleales. Patria 28 enero 1893	215
Carta al General Antonio Maceo. Nueva York 1 febrero 1893	221
Carta a José Dolores Poyo 2 febrero 1893	222
Carta a Serafín Sánchez 7 febrero 1893	224
Telegrama a Gonzalo de Quesada. Fernandina, Florida 14 febrero 1893	225
Carta a Félix Iznaga febrero 1893	224
Carta a Gonzalo de Quesada. Fernandina, Florida 14 febrero 1893	225
Carta a Gonzalo de Quesada. Fernandina, Florida 18 febrero 1893	227
Carta a Gualterio García. Fernandina, Florida 18 febrero 1893	228
Carta a Félix Iznaga 20 febrero 1893	229
Carta a Serafín Sánchez febrero 1893	229
Carta a Martín Herrera. Central Valley 9 marzo 1893	233
Al Presidente del Club “Cayo Hueso”, Central Valley 9 marzo 1893	234
Carta a Eduardo Gato y otros. Nueva York 9 marzo 1893	239
Carta a Francisco Ibern. Central Valley 9 marzo 1893	243
Carta a Carlos Recio. Central Valley 9 marzo 1893	244
Carta a Carlos Recio. Central Valley 9 marzo 1893	244

Carta a Serafín Sánchez 13 marzo 1893	245
Hora suprema. Patria 14 marzo 1893	249
Pobres y ricos. Patria 14 marzo 1893	251
La locomotora. Patria 14 marzo 1893	252
“¡ Vengo a darte patria!” Puerto Rico y Cuba. Patria 14 marzo 1893	254
Carta a Eduardo Gato. Central Valley 17 marzo 1893	265
Carta a Gualterio García. Central Valley 21 marzo 1893	267
Carta a Juan Fraga 23 marzo 1893	269
Los emigrados, las expediciones y la revolución. Patria 1 abril 1893	273
Persona, y Patria. Patria 1 abril 1893	277
El día de la patria. Patria 1 abril 1893	282
¿Conque consejos, y promesas de autonomía? Patria 10 abril 1893	287
Casas nuevas. Patria 10 abril 1893	289
Las elecciones del 10 de abril. Patria 16 abril 1893	291
“Mi raza”. Patria 16 abril 1893	298
La proclamación de las elecciones del Partido Revolucionario. Patria 22 abril 1893	303
Carta a José Dolores Poyo abril 1893	313
Carta a Gonzalo de Quesada 28 abril 1893	313
Carta a Gonzalo de Quesada. Cayo Hueso 3 mayo 1893	319
Carta a Gonzalo de Quesada mayo 1893	319
Carta a Gonzalo de Quesada. Cayo Hueso 5 mayo 1893	320
Carta a Gonzalo de Quesada. Cayo Hueso mayo 1893	320
Carta al General Máximo Gómez. Cayo Hueso 6 mayo 1893	321
Carta a Ramón Rivero mayo 1893	323
Carta al Presidente del Club “Pedro Figueredo” 6 mayo 1893	324
Carta a Martín Marrero mayo 1893	325
Carta a J. A. Lucena mayo 1893	325
Carta a Manuel Barranco 9 mayo 1893	326
Carta a Nicolás Domínguez Cowan. Nueva York 25 mayo 1893	326
Carta al Presidente del Cuerpo de Consejo. Nueva York 25 mayo 1893	327
Carta al General Antonio Maceo. Nueva York 25 mayo 1893	328
Carta a Flor Crombet. Nueva York 25 mayo 1893	329
Carta a Francisco Ibern mayo 1893	330
Carta a Gonzalo de Quesada mayo 1893	331
El Partido Revolucionario a Cuba. Patria 27 mayo 1893	335
Carta al General Máximo Gómez. Cabo Haitiano 6 junio 1893	353
Carta a Sotero Figueroa. El Cabo 9 junio 1893	353
Carta a Fernando Figueredo 14 junio 1893	354
Carta a Serafín Sánchez. Bath Beach 22 julio 1893	355
Carta a José Dolores Poyo. Bath Beach 22 julio 1893	356
Carta a Serafín Sánchez. Nueva York 25 julio 1893	356
Circular de la Delegación del Partido Revolucionario Cubano a los Clubs julio 1893	358
Circular a los Presidentes de los Clubs 19 agosto 1893	362
La crisis y el Partido Revolucionario Cubano. Patria 19 agosto 1893	367
Pobreza y Patria. Patria 19 Agosto 1893	370

Otro Cuerpo de Consejo. Patria 19 agosto 1893	373
A la raíz. Patria 26 agosto 1893	377
Carta a Serafín Sánchez agosto 1893	383
Carta a Serafín Sánchez. Nueva York 29 agosto 1893	383
Carta a Fernando Figueredo. Nueva York 23 agosto 1893	384
Carta a Gualterio García. Nueva York 29 agosto 1893	385
Carta al General Máximo Gómez. Nueva York 29 agosto 1893	385
Carta a Clara Camacho de Portuondo. Nueva York 30 agosto 1893	391
Carta a Gonzalo de Quesada septiembre 1893	392
Carta a Félix Iznaga 9 septiembre 1893	392
Carta a Martín Herrera 12 septiembre 1893	393
Carta a Rafael Serra. Nueva York septiembre 1893	393
Carta a J. A. Lucena septiembre, 1893	394
La lección de un viaje. Patria 23 septiembre 1893	397
Carta a Francisco Ibern 3 octubre 1893	403
Carta a Agapito Loza 8 octubre 1893	403
Carta a Sotero Figueroa. Nueva York octubre 1893	404
Carta a Justo Castillo octubre 1893	405
Carta a Serafín Sánchez octubre 1893	406
Carta a José Dolores Poyo octubre 1893	407
Carta a José Dolores Poyo 2 noviembre 1893	408
¡Para Cuba! Patria 4 noviembre 1893	411
Carta a Gonzalo de Quesada. Nueva York noviembre 1893	415
Carta a Gonzalo de Quesada. Nueva York noviembre 1893	415
Carta al General Máximo Gómez noviembre 1893	416
Carta a Serafín Sánchez 7 noviembre 1893	419
Carta a Félix Iznaga 12 noviembre 1893	421
Carta a Francisco Ibern 14 noviembre 1893	421
Carta a Francisco Ibern noviembre 1893	421
Carta a Serafín Sánchez. Nueva York 14 noviembre 1893	422
Carta a José Dolores Poyo. Nueva York 16 noviembre 1893	425
Carta a Serafín Sánchez noviembre 1893	427
Carta a Serafín Sánchez noviembre 1893	428
Carta a Serafín Sánchez noviembre 1893	429
El alzamiento y las emigraciones. Patria 21 noviembre 1893	433
La Delegación del Partido y el alzamiento Patria 21 noviembre 1893	435
Carta al General Máximo Gómez. Nueva York 23 noviembre 1893	441
El 27 de Noviembre. Patria 28 noviembre 1893	449
Carta a Carlos Recio. Nueva York 3 diciembre 1893	453
Carta a Serafín Sánchez 7 diciembre 1893	453
Carta a Teodoro Pérez 9 diciembre 1893	454
Carta a Rogelio Castillo 9 diciembre 1893	455
Carta a Gonzalo de Quesada diciembre 1893	456
Telegrama a Gonzalo de Quesada. Tampa 14 diciembre 1893	457
Carta a Gonzalo de Quesada 14 diciembre 1893	457

Carta a Gonzalo de Quesada. Cayo Hueso 15 diciembre 1893	458
Carta al General Antonio Maceo. Cayo Hueso 15 diciembre 1893	458
Carta al General Antonio Maceo. Cayo Hueso 15 diciembre 1893	460
Telegrama a Gonzalo de Quesada. Cayo Hueso 18 diciembre 1893	461
Carta a Gonzalo de Quesada. Cayo Hueso diciembre 1893	462
Carta a Gonzalo de Quesada. Cayo Hueso diciembre 1893	462
Carta a José Dolores Poyo. Cayo Hueso 20 diciembre 1893	462
Carta a José Dolores Poyo. Cayo Hueso diciembre 1893	464
Carta a Gualterio García diciembre 1893	465
Carta a Francisco M. González diciembre 1893	465
Carta a Félix y a Andrés Iznaga diciembre 1893	466
Carta a Agapito Loza diciembre 1893	466
Carta a Serafin Sánchez diciembre 1893	467
Carta a Serafin Sánchez diciembre 1893	467
El viaje del Delegado a la Florida. Patria 28 diciembre 1893	471
Carta a Gualterio García. Nueva York 29 diciembre 1893	475
Carta a Alejandro González. Nueva York 30 diciembre 1893	475

Tomado de la segunda edición publicada por la Editorial de Ciencias Sociales, 1975.

Primera reimpresión

© Sobre la presente edición:
Editorial de Ciencias Sociales, 1991



MARTÍ EN KINGSTON, JAMAICA. OCTUBRE DE 1892

Editorial de Ciencias Sociales, calle 14, No. 4104, Playa, Ciudad de La Habana, Cuba.

CUBA
POLITICA Y REVOLUCION

II
1892 - 1893

DE *PATRIA*, NUEVA YORK

11 DE JUNIO DE 1892

- 1. ADELANTE, JUNTOS**
- 2. LOS CLUBS**

ADELANTE, JUNTOS

Por el empuje espontáneo y fervoroso con que de todas partes acuden los cubanos a la obra común del Partido Revolucionario, y solicitan, de su libre juicio, con entusiasmo a la vez sensato y puro, un puesto en el ejército de la arremetida final, un puesto en la obra revolucionaria que ha sabido unir a la rapidez ejecutiva de los tiempos de guerra el espíritu y los métodos de la república:—por la cautela con que el enemigo vacilante, a modo de general que elige su punto y hora para la batalla, aguarda sobre las ancas, con la garra escondida bajo el terciopelo, a caer sobre el criollo, más vehemente que ordenado, antes de que el orden de la arremetida sea ya tanto que eche atrás al tigre;—por la atención lisonjera y agradecible que la política señorial de Cuba pone ya claramente al consejo revolucionario de unir para la batalla verdadera de la emancipación los elementos abandonados en la batalla floja y vana de la autonomía;—por el acercamiento silencioso y creciente, involuntario tal vez e instintivo, de los desdeñosos de Cuba y de los desdeñados, de todos los que, cubanos o españoles, padecen bajo el nepotismo incorregible y sangriento de la metrópoli y aspiran a los beneficios del trabajo en la libertad, de las clases todas que de la misma ignominia y angustia se han de lanzar, en la crisis purificadora, al mismo campo de rescate;—por el himno de esperanza con que la isla entera, suplicante o imperante, saluda la aparición de la bandera apetecida en el sigilo, la bandera de una revolución de energía y concordia que proclama el bien de todo el país, y no el bien exclusivo de una sola clase de él;—por la prisa, unanimidad y ternura con que del fondo de las selvas y de la miseria de las ciudades contesta el país, rehecho en la inútil espera, a la primer palabra de convite, a los asomos primeros, inferiores de propósito a su fuerza, del Partido Revolucionario Cubano,

—podemos decir, y decimos, al pie de las imágenes de nuestros héroes y con la mano en la cabeza de nuestros hijos:—“¡Estamos con la verdad; llegó la hora calada de juntar y de acometer; refrenemos nuestra impaciencia y unamos nuestros recursos; a un lado la impedimenta y al frente la vanguardia; la libertad nos ayude,—y adelante!”

Si lleváramos en el pecho rencoroso la venganza que dificulta, cuando no destruye por completo, las conquistas sagradas de la justicia; si convidáramos a nuestra patria a una invasión sombría que tuviese por fin, disimulado bajo la gloria del carácter marcial o las intrigas enanas de la hipócrita ambición civil, el arrollamiento desatentado de una porción de los habitantes de la isla, o el desconocimiento desdeñoso de sus méritos por una cohorte de triunfadores fraticidas; si moviéramos a nuestra patria a una guerra tramada en la tiniebla, con ayudas y compromisos de magnates o de desheredados, que impedirían después la felicidad, y concordia forzosa, de unos y de otros,—pudiera la isla, avergonzada de sus culpables redentores, velarse el rostro, orar sobre la tumba estéril de los padres, y fiar a la misericordia del azar la salvación que no puede esperar del juicio y la grandeza de sus hijos.—Pero como nos ilumina el corazón, enseñado en la durísima prueba, una piedad que es sólo comparable a nuestro anhelo de clavar en nuestra tierra, de modo que no nos lo vuelvan a bajar, nuestro pabellón libre; como aborrecemos a la vez, juntos todos, la espera indecorosa y la imprudencia culpable; como que nos mueve tanto el ansia de dar nuestra sangre, que se nos salta de las venas, como la de ahorrar a nuestra patria sangre inútil; como convidamos a un país sin rumbo ni esperanza, gangrenado bajo el imperio de una oligarquía armada y rapaz, a sacudir la cabeza repleta ya de ideas inmarcesibles, a desatar el corazón ahogado ya de la ignominia sin provecho, a cooperar como recurso inevitable, que ya no admite moratoria, a una guerra revolucionaria encaminada, con lo más puro de la intención, y lo más sagaz de los medios, a salvar a la patria de las parcialidades, las iras y el desequilibrio que pudiese traer, precipitada y discorde, la guerra que no está ya en manos de hombre evitar; como que tenemos en el corazón la fe del santo y en el pensamiento el poder de amistad y composición sin que la fe más viva no pudiese triunfar, decimos, con el pie en el estribo y la frente a la luz: “Conocemos nuestro deber y lo estamos cumpliendo; ni una hora antes, ni una hora después; cuando el tigre tienda la garra, de debajo del terciopelo, a los corazones generosos, el cañón de un rifle echará la garra atrás; juntemos rifles y almas,—y adelante”.

Los tiempos son solemnes. Hemos ofrecido, y hemos de cumplir. Quien le quite una rueda al carro, peca gravemente. Quien eche por un camino cuando otros van por otro, peca; aun somos pocos, todos juntos. Quien no allegue, quien no traiga a la masa, quien no pida de puerta en puerta los recursos necesarios, en una forma u otra, para la ayuda que el Partido Revolucionario Cubano ofrece a Cuba en la hora amarguísima de su necesidad, peca. ¡Todos al habla! ¡Todos por la misma vía! En recoger soldados dispersos no se puede perder el tiempo que falta ya para la acometida. En la hora de crisis en que Cuba ha entrado, cuando sólo sus hijos libres en el extranjero pueden preparar su resistencia eficaz a un enemigo fuerte y astuto, ¿qué es, menos que crimen el no contribuir a preparar, el contribuir a debilitar, la resistencia que sólo podemos preparar nosotros, los hijos libres en el extranjero? Dos marcas tiene la historia para nuestra frente: la del deber cumplido es una; otra, la del deber abandonado. ¿Quién querrá ir por el mundo, en la hora de agonía de la patria idolatrada, con la marca infame? El ánimo pequeño lo ve todo por lo que tienen sus ojos miopes alrededor, y si una paja se le pone ante los párpados, ya cree paja el mundo, y gasta el corazón en miedo inútil. El ánimo fuerte, obedeciendo el consejo del árabe, pone la paja a un lado, y va, con los ojos en el horizonte, al fin de su camino. A un plan obedece nuestro enemigo: el de enconarnos, dispersarnos, dividirnos, ahogarnos. Por eso obedecemos nosotros a otro plan: enseñarnos en toda nuestra altura, apretarnos, juntarnos, burlarlo, hacer por fin a nuestra patria libre. Plan contra plan. Sin plan de resistencia no se puede vencer un plan de ataque. El que arremete unido, con cuatro siglos de soberbia y experiencia atrás, ha de encontrar unido al que le quiera resistir. Es la hora de allegar todos los recursos, de poner todos los recursos en común. Aflojar la obra general con una obra parcial, eso sí fuera crimen. Aprontar fuerza a la masa, eso no es crimen. Ayudar la asonada sangrienta con que quiere el enemigo desca-bezar, a tiempo todavía, la guerra en Cuba, fuera crimen. Quitarle de las manos la asonada; marchar firmes y a la vez; preparar, y armar, el brazo; unir para el ataque invencible las fuerzas todas que serían vencidas si atacasen antes de la unión; poner en este trabajo continuo, sin impaciencia y sin desorden, todo nuestro influjo y todos nuestros recursos, ése es nuestro deber.—Y a la hora de entrar, con los cien ojos y los cien brazos necesarios para la ordenación feliz de nuestros elementos dispersos, en la tarea gigantesca y sagrada de componer, con el juicio al estribo de un caballo que ya no puede entretenerse en dormir,

las fuerzas verdaderas de la independencia patria. ¿quién ha de haber que quiera cegar los ojos, echar abajo un brazo? Estamos ya, con la mano sobre la cabeza de nuestros hijos, en la hora grave y divina de preparar definitivamente a un pueblo para su libertad, el pueblo de nuestro infinito amor, el pueblo de nuestras entrañas. ¡Juntos, todos los hombres buenos! ¡Juntos, todos los hombres malos! Los que dejen de hacer lo que les manda la patria en agonía, oigan la voz del ejército que marcha, oigan el himno de la patria que saluda! ¡No se miente cuando se lleva a la patria en el corazón! ¡Para ti, patria, la sangre de las heridas de este mundo, y la sonrisa de los mártires al caer! ¡Para ti, patria, el entusiasmo sensato de tus hijos, el dolor grato de servirte, y la resolución de ir hasta el fin del camino! La patria nos tiende los brazos. No hay más que un modo de obedecerla:—¡Juntos, y adelante!

2

LOS CLUBS

CLUB JOSÉ MARTÍ

No duerme el club. Quien no adelanta, atrasa. Al patriotismo abandonado, le sale moho. Y en tiempos de pelear, no vale el moho. Lo que anhela el club, lo que anhelan.—alrededor del comandante Leal, el abandonado de Angel Castillo,—sus buenos compañeros de la Directiva, el expedicionario Socorro Díaz; el entusiasta Agramonte, el utilísimo Sosa. es mantener sin merma el fervor con que el club, y los clubs todos, ayudan a la organización de las fuerzas patrióticas. Y como los clubs de New York, y de seguro los de todas partes, se buscan con cariño, y todo lo quieren hacer en común, quiere “José Martí” llevar adelante, con todos a la vez, la obra de mantenerse al habla, de cambiar juicios, de dilucidar puntos dudosos de nuestra historia, de fomentar las relaciones afectuosas entre los que tienen que trabajar con la opinión, y la opinión que es la masa y fuerza del trabajo.

El club va a poner por obra, mañana domingo 11, su acuerdo sobre las Conferencias Políticas, sobre las Conversaciones Políticas. Porque lo de Conferencia sólo es parte de lo que el Club desea. La Conferencia es monólogo, y estamos en tiempos de diálogo. Uno hablará sobre un tema, y todos luego preguntarán y responderán sobre él. Unas veces, por lo alto del asunto, será la Conferencia sola. Otras

será el trato en junto de nuestras ideas esenciales, para acallar una duda, para entender una institución política, para conocer el alcance de un programa social: y todo con el objeto de encender el patriotismo en la razón y de salvar la tierra de los errores del entusiasmo ciego, del interés frío, de las sectas egoístas, de los peligros de la ignorancia.

Ya los clubs se preparan para las Conversaciones: ¡que los pueblos no son como las manchas de ganado, donde un buey lleva el cencerro, y los demás lo siguen!: más bello es el valle, rodeado de montañas, cuando lo pasea, en grupos pintorescos, encelándose y apaciguándose, el ganado airoso y libre. Si se desgrana un pueblo, cada grano ha de ser un hombre. La conversación importa; no sobre el reglamento interminable o las minimeces que suelen salirles a las asociaciones primerizas, sino sobre los elementos y peligros de Cuba, sobre la composición y tendencias de cada elemento, sobre el modo de componer los elementos, y de evitar los peligros. Ya hay quien piensa en sugerir un plan común de Conversaciones, que sean de tema en cada club, a fin de que todos nos ocupemos, juntos siempre, en conocer lo que tratamos de mejorar, todos juntos. Que la patria tiene hoy una gran necesidad, y es desertor el que no acuda hoy mismo a ella. Que la libertad de la patria no está en el nombre de libertad, sino en el trato afectuoso y el ajuste de intereses de todos sus hijos. Que no tenemos que heredar, acá en la América libre, los odios ni los términos de las monarquías europeas, sino conquistar, con el derecho del mérito igual, la igualdad apetecible entre los hombres. Que un pueblo no es un juguete heroico, para que un redentor poético juegue con él; sino nuestras mismas entrañas, que no se han de poner detrás del carro de nadie, ni de pie de la estatua de nadie, sino en lo más tierno de nuestro pecho, a calentarles la vida.

Mañana, sin ceremonia ni anuncios especiales, con la llaneza y verdad con que han de hacerse las cosas entre los hombres, empieza el club “José Martí” sus Conferencias Políticas. Quien dice un club, dice todos. El comandante Leal convida a todos, en “Military Hall”, mañana domingo 11, a las dos de la tarde.

DE *PATRIA*, NUEVA YORK

18 DE JUNIO DE 1892

1. LOS CUBANOS DE JAMAICA EN EL PARTIDO
REVOLUCIONARIO
2. RCLOFF EN TAMPA
3. LA PRIMERA CONFERENCIA

LOS CUBANOS DE JAMAICA EN EL PARTIDO REVOLUCIONARIO

La emigración cubana de Jamaica, que desde los primeros pasos del Partido Revolucionario comenzó espontáneamente a organizarse en acuerdo con él, viene, entera, a trabajar por la independencia; y de su propio impulso, como conviene a la limpieza y majestad de la era revolucionaria en que hemos entrado, ratifica en asamblea solemne los códigos del Partido Revolucionario Cubano, que no es en estos instantes, como los partidos políticos suelen ser, mera agrupación, más o menos numerosa, de hombres que aspiran al triunfo de determinado modo de gobierno, sino reunión espontánea, y de más alta naturaleza, de los que aspiran, de brazo de la muerte, a levantar con el cariño y la justicia un pueblo, a allegar fuerzas bastantes para hacer menos cruento y más seguro el sacrificio de sangre y de bienestar transitorio indispensables para asegurar el bienestar futuro, a crear una nación ancha y generosa, fundada en el trabajo y la equidad, donde se pudiese alzar una república instable que, por no traer en el corazón a sus hijos todos, cayera por la ira de los hijos expulsos, o viviese ocupada en reparar, como otras repúblicas, los daños de un combate interno que puede atajarse en la raíz. Tienen otros pueblos, y entienden que es trabajo suficiente, un solo problema esencial; en uno, es el de acomodar las razas diferentes que lo habitan; en otro, es el de emanciparse sin peligro de los compromisos de geografía o historia que estorban su marcha libre; en otro, es, principalmente, el conflicto entre las dos tendencias, la autoritaria y la generosa, que con los nombres usuales de conservadores y liberales dividen a los pueblos. Y en Cuba, sólo segura porque el alma de sus hijos es de alientos para subir a la dificultad, hay que resolver a la vez

los tres problemas. Con razón se agobia y aturde el ánimo débil ante el deber ineludible de encararlos; con razón va el miedo de algunos, el miedo siempre alocado e imprudente, a fiar la solución de la dificultad a los vecinos que no han sabido, sin embargo, aplacar siquiera su problema de razas, que ven el problema de su geografía, e historia del lado de la conquista en vez del lado de la libertad, y que, tras cuatro siglos de prácticas libres, viven divididos, lo mismo que las monarquías, entre los privilegios insolentes y las aspiraciones enconadas. Con razón se enamora el ánimo viril de este deber que por su dificultad es de tantos desatendido, o atendido sólo en lo que toca a sus intereses inmediatos y especiales, a un grupo de los intereses del día, sin pensamiento en las dificultades esenciales, ni en el modo de componer los agentes públicos para vencerlas. Y cuando se amasa un partido político, libre de todo interés de persona para convertir a la tarea de fundación los elementos que tantean, ineptos, en el disimulo y el desorden; para levantar la patria a escuadra y a nivel, de modo que no se venga a tierra por lo torcido de los muros; para poner a la patria independiente cimiento de siglos,—no es un partido en verdad lo que se amasa, sino un pueblo. Y hay derecho a tender los brazos, con ternura y angustia, a cuantos de veras quieran el bien del país amenazado, aunque los ánimos malignos no quisieran ver, en el anhelo de juntar todas las fuerzas de creación, más que la ocasión grata de cerrar el paso a quienes vienen manchados de la culpa de querer salvar de la guerra deshecha y la república parcial a su país. Hay derecho a saludar a los cubanos de Jamaica, que, sin esperar el innecesario convite, sin atender a más que al consejo del juicio y a la llama de su corazón, se juntan por su propio esfuerzo, examinan y aplauden la obra de sus paisanos libres, y como que ven el peligro actual y los peligros venideros de su tierra, no quieren ser de aquellos vergonzantes triunfadores que descubren su opinión cuando está a punto de sacarse ventaja de ella y la resguardan con pretextos especiosos mientras no se ve clara la victoria, sino del ejército de honor que no tiene miedo a las espinas del camino.

En el instante en que la pérdida de las últimas esperanzas,—de las huecas y ridículas esperanzas que excusa sólo el temor del hombre a los esfuerzos extraordinarios,—va a dejar a Cuba, al país de nuestros sueños y de nuestros hijos, en el riesgo de comenzar la guerra nueva con los mismos trastornos y parcialidades que le venció una vez el enemigo que ahora la aguarda preparado, en el riesgo de comenzar la lucha por una guerrilla de desesperación o por una asonada de ambicioso, Jamaica,

que no quiere crímenes, se junta a la obra de preparar la guerra de Cuba, en cuanto lo permite el curso del tiempo y la generosidad de los hombres, de modo que la fe que inspire por la justicia de su espíritu, por el número de sus fuerzas, por la concordia de sus elementos, por la claridad de su fin, por el poder de sus recursos, acorte el horror y acelere el triunfo de una campaña que no estará tan segura si empieza en una guerrilla de desesperación o en una asonada de ambicioso:—¡aunque, guerrilla o asonada, de Chicago a Jamaica, del Cayo a Buenos Aires, estamos aquí para impedir que el enemigo acorrale al abanderado, o caiga en malas manos la bandera!

Pero saludar no es bastante, ni entretenernos en la contemplación de nuestra propia hermosura, sino sacar de ella las lecciones que puedan traer a la fe a los que, por lo poco visible del resultado del primer ensayo, o por medir el corazón de la patria por su comodidad medrosa y timidez, creen sinceramente que faltan a Cuba las dotes superiores con que han de contar los pueblos para aspirar con éxito a su independencia: la constancia, la abnegación y la unión. Quien viera al veterano de los diez años, lleno de canas y rodeado de hijos, torciendo tabacos el domingo de su reposo para aumentar con su producto el tesoro de la patria; quien viera al emigrado de la primera guerra traer hoy su óbolo y su entusiasmo con el mismo corazón con que los trajo, veinticinco años hace, a la guerra de los fracasos y de las discordias; quien viera hoy continuando la obra interrumpida, a los bravos que se echaron de su hacienda el 10 de Octubre, a los combatientes rescatados de debajo de un montón de muertos; quien viera a las ancianas, moribundas en la pobreza del destierro, leer a la última luz, en el rincón de la ventana alquilada al extranjero, las palabras encendidas de la esperanza nueva; quien viera a los patriarcas tentados por la devolución de su fortuna dar en cara al español con la tentación, y esperar en el trabajo de la tierra ajena, la hora de entrar en lo propio sin llevar la ceniza del arrepentido en la frente donde dio una vez el sol de libertad; quien viera, en los mismos que se tienen por incrédulos y reacios, y hacen como que no sienten, despertarse a chispazos el alma mal dormida, e iluminárseles los ojos, con fuego heroico e infantil, cuando creen ver por los aires la bandera que aman contra su propia voluntad,—no diría, no, en estas emigraciones que persisten y crecen, que a los cubanos les falta la constancia.

Quien hubiese visto de cerca, durante toda una generación, como por la larga estancia en la tierra extranjera, por la natural emulación entre los centros patrióticos, y por el desengaño doloroso de algunos de ellos para con los demás, venían creándose en las emigraciones aisladas con el fomento hábil e interesado del español, las almas diversas, y más suspicaces que amigas, que debían impedir la obra final de independencia. en cuanto a las emigraciones cumple, tanto como su alma unida ha de ayudarla,—no diría, al ver depuestos de súbito en la hora necesaria todos esos recelos de cabecera, que a los cubanos les falta la abnegación.

Y quien conozca, por ejemplo, los rencores mortales, los insultos venenosos, las envidias asesinas, las mezquindades sangrientas e increíbles de los norteamericanos que lograron componerlas todas, por el civismo de un militar y el consejo de un viejo impresor, en la constitución, por desgracia manchada e incompleta, de los Estados Unidos,—y los compare con la efusión, con el cariño, con el júbilo con que, en vísperas de una guerra desordenada, deponen los cubanos sus pasiones de clase, o de secta social, o de raza, ante el deber de pelear con orden por la independencia del país, que es todo lo que quiere decir y es el Partido Revolucionario Cubano,—quien vea correr las almas, de todas partes a la vez, sin que haya tenido que ir a despertarlas la espuela de la ambición o la lisonja,—no dirá que los cubanos no son capaces de unión.

Saludar no es bastante, ni contentarnos con ser algunos como somos. El deber del hombre virtuoso no está sólo en el egoísmo de cultivar la virtud en sí, sino que falta a su deber el que descansa mientras la virtud no haya triunfado entre los hombres. No nos ha de importar que los revolucionarios seamos como se debe ser, ni el oficio de un revolucionario de veras, de un patriota que no ve medios pacíficos de poner a su tierra en libertad, está, como el pavo real, en verse los tornasoles de la cola de iris, y abanicar el viento proclamándose hermoso. El deber de un patriota que ve lo verdadero está en ayudar a sus compatriotas, sin soberbia y sin ira, a ver la verdad. Es la verdad que si la isla de Cuba se sintiese con pujanza para alzar de una vez el espíritu agobiado, echar de la capitania a los logreros que la esquilman, y sentarse a trabajar, bajo el gobierno compuesto por sus habitantes libres, no tardaría un sol en levantarse entera contra la capitania. Y como la desesperación ordenada de un pueblo hecho a pelear, más la ayuda ordenada de una parte del pueblo hecho y decidido a ayudar, son pujanzas suficientes para vencer al gobierno que no tiene hoy a su favor la impericia de los primeros revolucionarios, ni la ayuda de las masas trabajadoras de cuna peninsular,

pasadas a la libertad para honor suyo, es nuestro deber, y es nuestro puesto, decir a Cuba, todos los días, que si su pueblo hecho a pelear, ansioso de acabar de una vez, quiere ordenar su desesperación, esta parte de pueblo que aquí representamos, porque no nos arrogamos otra representación que la propia nuestra, está decidida a ordenar su ayuda. Es nuestro puesto y deber decir a Cuba que se desconoce, que se alza turbada por su desconocimiento, cómo tiene, aunque dispersa y deshilvanada aún, toda la pujanza que necesita para echar abajo la capitania.

Y la acción de los cubanos de Jamaica es muestra visible de uno de estos elementos de la pujanza actual de la idea de independencia en Cuba. Uno de sus peligros sería la falta de ánimo de sus mantenedores, tal como sería otro su falta de pensamiento; y la persistencia de ánimo es naturalmente una de sus fuerzas. Pero la lección esta vez no es sólo eso; sino que los emigrados de Jamaica, allí donde el fracaso continuo, el servicio revolucionario inseguro, el plan confuso y defectuoso, las expediciones malhadadas, el conocimiento íntimo de las fealdades y vicios de la naturaleza de que no puede librarse nuestra revolución, pudieron turbar el pensamiento o cansar el patriotismo,—persisten, con juicio depurado, en declarar su fe constante en el poder revolucionario de Cuba, y en la capacidad de triunfar de los vicios de la revolución con sus virtudes. No son aprendices de guerra, ni literos redundantes, ni revolucionarios de andadores, los que se agregan a los compañeros de "La Demajagua", a los diputados de Guáimaro, a los vencedores de las Guásimas, a los deportados de Fernando Poo, a los emigrados de la primer campaña que, sin encogimientos de coqueta ni arrogancias parricidas, pelean junto a los recién llegados en el Partido Revolucionario Cubano, junto a los jóvenes a quienes arrastra a la rebelión la misma ignominia que arrastró a sus padres, para poner remate, con respeto de hijos, a la obra de 1868, para dar fin, con cariño de hermanos, a la humillación y pobreza inmerecida de los cubanos de hoy.

Y otro de los elementos de la pujanza actual de la idea de independencia, que se demuestra con la acción de los emigrados de Jamaica, es la capacidad de los cubanos para intentar unidos la emancipación del país sin anteponer a esta empresa principal la satisfacción de sus ideales menores.

Existen entre nosotros todos los defectos, y las emulaciones todas que pudieran comprometer, y en la pelea del derecho humano han llegado a anular, las más enérgicas virtudes y las conquistas más grandiosas. Cual, concentrado en sí como en un mundo, no acertará a ver, en la

santidad que ayuda a regañadientes, en la obra de robustecer la guerra y sacar de ella la libertad, en la angustia de allegarle a la patria los recursos con que podrá resistir a su opresor implacable y ordenado, más que la cólera de que un rival luzca más que él, o de compartir la autoridad con el humilde a quien desdenna, o con sus émulos mal mirados. Cual, por aquella pasión de su hermosura con que la mujer entrada en años suele aborrecer a las beldades jóvenes, se enojará como contra ladrones verdaderos, con los malandrines que se atreven a adorar a la patria, y dar la vida por ella, a pesar de la infamia de haber nacido en esta generación. Cual, por no ceder en las quisquillas de la localidad, verá pasar, cruzado de brazos, o armado en guerra como contra el enemigo, el ejército que marcha a redimir la patria. Cual, de alma escasa, sin conocer el goce majestuoso, y los beneficios reales, de la abnegación, cumplirá a medio ceño los deberes que no le traigan de recompensa el pontificado en su comarca. Cual, llevado de ideas extranjerizas, y los rencores que fomentan, olvidará, esclavo de las palabras ajenas y de los libros traducidos, que el amor, administrado por la vigilancia, es el único modo seguro de felicidad y gobierno entre los hombres; que el derecho pedido a su hora y en su medida por quien no lleve cara de cejar, descorazona y conquista a los mismos que más quisieran oponérsele; que por este mundo hay que andar con la espada en una mano y el bálsamo en la otra; que desconfiar es muy necesario, y amar lo es más. No por ser cubano se liberta el hombre de las flaquezas propias de la humanidad; ni por ser cubano las agrava. Ni se ha de echar en cara al cubano, como defectos exclusivos, el celo de sus colaboradores, la tendencia del corazón venenoso a posponer la salud del país al gusto de la ambición o la venganza, la comezón de la persona, que junta en grupo a todos los que la sienten, y llega a hacerse soberbia de comarca la dificultad, natural en un pueblo sin ejercicio de sí, de entrar de lleno y con empuje en las prácticas de acción y concurrencia de los pueblos ejercitados; ni se ha de desconocer que, con orden superior a su incompleta preparación, y por cierta salud natural del carácter en Cuba que puede más que sus venenos, no es ya el cubano incapaz del esfuerzo unánime y virtuoso con que ha de combatir el esfuerzo unánime de los agentes de su desventura, ni necesita su probado corazón espuela alguna para erguirse sobre sus pasiones de hombre inevitables, como se yergue el jinete sobre el potro vencido.

¡Honor a la emigración de Jamaica que, por su propio concepto del deber, y en el libérrimo uso de su juicio, da prueba elocuente de la ca-

pacidad republicana del hijo de Cuba, y de las dotes de unión, experiencia aprovechada y desinterés que se requieren en el conflicto mortal de la emancipación para aspirar a la grandeza y asegurarla!

Patria saluda, con el entusiasmo que inspira en un republicano sincero el ejercicio generoso de la opinión libre, al meritísimo cubano, ejemplo de patriotas cordiales y constantes, a quien los clubs de Jamaica han puesto en la presidencia de su Consejo, al auxiliar incansable de la guerra y amigo leal de los héroes de Cuba, al político estudioso y verdadero, doctor José Mayner. *Patria* saluda al cubano entusiasta y puro en quien recae la Secretaría, a Juan Prego.

2

ROLOFF EN TAMPA

A su hora saludó *Patria*, íntima conocedora del bravo espíritu del general Roloff, la gloria de la guerra y la dignidad de la paz que se juntan en su persona. Hoy, Roloff está en Tampa. El águila de Tampa, ya famosa, enseña otra vez las alas fuertes. "La Revista de Florida" narra, con su elocuente cordialidad, la llegada del viajero: las casas están embanderadas, y los corazones: la sala de Roloff es un gentío: las hazañas de la guerra andan de boca en boca, y las esperanzas, y la facilidad de mantenerse contra un enemigo que no volverá jamás a engañar, con el nombre de patria, a los mismos honrados españoles que entienden ya que lo que España mantiene en Cuba, no es el honor de España, que se mancilla con la tiranía sobre sus hijos, sino el interés de una política viciosa, el monopolio de una oligarquía peninsular en la isla, y la persecución del derecho del hombre y de su aspiración a la libertad: ¡no será, no, de españoles contra cubanos la guerra nueva, ni de cubanos contra españoles; sino de los amigos de la libertad contra sus enemigos!: los cubanos revolucionarios no quieren humillar a España, ni humillar al español, sino poner al habitante de Cuba, cubano o español, donde pueda emplear en su cultura y mejoramiento el producto de un trabajo que, en forma de contribuciones y sobornos, se emplea hoy en mantener en la infelicidad y el desasosiego a un número considerable de hombres. Van y vienen las

gentes contentas por las calles de Tampa. El entusiasmo de hace seis meses, fortalecido con la esperanza, echa banderas nuevas. ¿Qué dicen los tiempos, que saludan ahora con esta flor de corazones, con estos pueblos conmovidos, con estos alzamientos del alma de Cuba a los héroes que, años atrás, hubieran pasado por las ciudades cubanas en un silencio penoso y adolorido, en el silencio del arrepentimiento o de la espera? Más sabios que los hombres, cuya soberbia suele medirlo todo por su conveniencia o sus deseos, los pueblos se disponen a su hora, con la fuerza del instinto, a las grandes batallas. Y el pueblo cubano de hoy, al erguirse para el conflicto final, se muestra digno de la república a que aspira, por la disciplina de idea y acción con que la prepara, y por el entusiasmo y gratitud con que saluda a sus héroes.

De Tampa, ¿qué decir? Puede creer el enemigo, y puede propalarlo, que la noble ciudad a modo de la estera, se inflama velozmente, y cae luego en cenizas; puede el enemigo suponer que la ciudad que llamó a gloria, y puso en nobles celos a los demás pueblos de cubanos, sólo tuvo un arranque tornadizo, que no se había de probar luego en la obra; pudo el enemigo gloriarse de que va a levantar, so capa de españolismo, una fortaleza de la conquista en la ciudad libre, frente al cubano desbandado. Y esta ocasión magnífica vuelve a decir que en Tampa no cesa un alma sola, que la indignación vigilante no permitiría a un alma sola la tentación de cejar que los pinos de ayer, por sobre los podadores enemigos, y por sobre los pinos soñolientos, asoman la triunfante copa; que a una carta de la venerable Carolina Rodríguez, una carta de enérgica piedad de la que no teme a pedir para los enfermos y los héroes, de la que quiere a la patria con amor de madre, se pusieron los cubanos en pie, y vaciaron sobre la carta de convite, sus ahorros. Los envió, como obsequio, al veterano ilustre. La ciudad recibió, entusiasta, al extranjero generoso, más meritorio en verdad que los cubanos mismos, que sin la obligación del nacimiento sacó el pecho a las balas que el mundo viejo clava todavía, como último blanco, en la isla infeliz, en las dos islas infelices de la América nueva. ¡Lo que Tampa te dio, valiente guerrero, es mucho menos de lo que tú, cuando te sonreían juventud y fortuna, le diste a Cuba!—Y la lección de los tiempos es completa, para los soberbios y los ciegos, cuando se lee en la lista de los contribuyentes al obsequio a Roloff,—el nombre de cinco españoles.

3

LA PRIMERA CONFERENCIA

El domingo se juntó el Club "José Martí" como anunció *Patria*, para inaugurar las Conferencias Políticas, las Conversaciones Políticas, que dará mensualmente. La conferencia improvisada comenzó a las tres de la tarde, de un día de calor recio, y a las siete no había aún quien quisiera abandonar el salón. A la salida, después de la hermosa lid de pensamientos, iban los miembros del club, y los visitantes, como más amigos y apretados.

Y fue que el Club, desdeñando con razón el aparato vanidoso y la retórica compuesta, no convoca a estas Conferencias para agrupar una cohorte de palmeadores en torno a un bailarín de la palabra, sino para atacar virilmente los problemas que nos van al corazón, para estudiar nuestras culpas políticas y ver cómo nos podremos limpiar de ellas, para ver por dónde caímos antes a fin de no caer ahora en lo mismo, para decirnos como hombres, de ceja a ceja, las dudas francas que podamos tener sobre los fines de nuestra política o sobre sus métodos, sobre la relación entre los derechos sociales del hombre y sus deberes patrios, sobre la necesidad de emprender unidos la campaña que el enemigo puede sofocar en flor si la emprendemos sueltos. De pie, y de lo más puro y elevado de las almas, fue la Conferencia toda, y al fin de ella, el contento de la propia fortaleza y el orgullo de la unanimidad animaban los rostros. Allí los veteranos de la guerra y el destierro; allí los puertorriqueños recién llegados, que por todas partes llevan su alteza y su fervor, allí la enardecida juventud, la del aula junto a la del taller, que a la impaciencia del sacrificio, y la emulación inquieta de los héroes, une el conocimiento saludable y sereno de las fuerzas de brazo y de idea que son indispensables para vencer. Allí, en aquella ardiente plática, se fundían en la idea común los ánimos. Y se decía la verdad entera. Ni asomos de odio, ni asomos de exclusión. Decía un comandante: "¡pero si estoy gozando como un niño, si he crecido un palmo oyendo este debate, si hacía quince años, desde la guerra, que yo no oía hablar así a los hombres!" Es la verdad que la Conferencia, levantada desde los primeros momentos a la más noble altura, dejó en las almas una impresión solemne.—Las puertas estaban de par en par, y no pecamos al reseñarla de ligero.

Fue Sotero Figueroa, el laureado puertorriqueño, quien, a la invitación que hizo a la concurrencia, con el discurso sentido que le mana del corazón, el presidente Leal, propuso el tema que había de desenvolverse, y apoyó él mismo con su palabra jugosa e incisiva. “¿Ha sido o no oportuna la actual organización de las emigraciones?” Para él lo era, era indispensable, hubiese sido criminal que no se organizaran. Puerto Rico nada puede esperar de la España mítica a quien se ha ido a pedir lo que no tiene, de una España científica y piadosa. Cuanta fe y humildad se pudo poner sinceramente en la política autonómica, Puerto Rico, las puso. No engañaba a España; pedía con la cabeza alta del ofendido, pedía como quien pide lo suyo, pero pedía con lealtad. Los pueblos perdonan a quien ahorra su sangre, y llegan a aborrecer a quien se la envenena. Puerto Rico, al cabo de tanta espera y mansedumbre, no tiene hoy seguridad para sus negocios, ni calma para sus casas, ni empleo para sus talentos, ni trabajo para sus jóvenes. Los puertorriqueños de la emigración, lo mismo que los cubanos, han debido reunirse a tiempo de impedir que su patria se desmigaje en la miseria y en el deshonor.

Gonzalo de Quesada, con el fervor respetuoso de quien pone palabra a la verdad, con el poder de juicio y composición, raro en sus años, que da fuerza y peso a su vibrante elocuencia, pintó, sin encono ni perdón, el desorden político de Cuba, el viaje al garete de los partidos coloniales, el trastorno de la Unión Constitucional que niega, por la culpa del nacimiento, al cubano que la preside; la pena de oír decir al partido autonomista que su timbre mejor es el de haber ahogado la tentativa cubana del setenta y nueve para ahorrar al país la espera inútil; lo parcial y nulo de la tentativa económica, último pretexto a que se ase el patriotismo sobrado cauto, o sobrado miedoso. Y cuando en la Isla, llena de necesidades, fracasan todos los partidos que pretenden satisfacerlas; cuando el descontento general se manifiesta con los mismos síntomas con que se manifestó en 1868; cuando el hijo del país, que ve sus propiedades inútiles y el decoro y trabajo imposibles, vuelve otra vez los ojos a la guerra; cuando el español, cansado del gobierno que lo esquilmaba, parece dispuesto a procurarse con el cubano un gobierno de libertad; cuando afuera pueden los cubanos allegar los recursos de la guerra inevitable que no pueden allegar los de adentro ¿deberemos merecer la pregunta que Eduardo Agramonte hizo a sus amigos del Camagüey al volver de Barcelona?: “¿Y qué han hecho en estos diecisiete años?” Era deber supremo de los emigrados el organizarse, para que

la guerra no vuelva a perecer por la falta de acuerdo y socorro continuo entre los cubanos del campo de batalla y los de las emigraciones. Cuando todo tiende a la guerra en Cuba, deséscela o no, el deber de los cubanos es prepararse para la guerra.

Vicente Díaz Comas, activo y entusiasta, habló entonces, con cordura persuasiva, de los servicios infatigables de las primeras emigraciones, delincuentes sólo por su exceso de confianza, e hizo calurosa justicia a aquellos ricos y pobres que nunca esquivaron la contribución ni la fe, que pagaron a la patria el tributo de sangre y de dinero, que nunca cerraron las puertas a la petición de ayuda: ¡nunca hubo barcos bastantes para llevar a Cuba los emigrados que querían ir! “¡La guerra se hubiese salvado si le hubiesen ido los recursos que las emigraciones le mandaban!” Y con tacto y cordialidad señaló los yerros de aquellos tiempos: “señalemos el error, y no al que erró, que esta es época de allegar y componer”: “señalemos el error que no estuvo en las emigraciones generosas, para que no se pierdan hoy sus esfuerzos como se perdían ayer”: “dígase, porque es verdad, que la abnegación y la confianza, y toda especie de virtudes, no pudieran ir más lejos, a pesar de la grande y continua tentación de desconfiar, de lo que fueron en la emigración de la primera guerra”.

José Ramírez, que con sus muletas de inválido halla siempre el camino a donde se prepare la independencia, que no ha huido nunca el cuerpo a los peligros ni la bolsa a la contribución; que padeció en el presidio de la primera guerra y ha tenido la mano en las más variadas y osadas tentativas, narró con el fuego de su alma generosa tanto yerro y sacrificio inútil, tanto engaño del entusiasmo alocado, tanta obra suelta que paró necesariamente en desastre, tanta equivocación de empresas y tanta injusticia contra hombres; y decía conmovido, al aplaudir esta época nueva en que se trabaja en conjunto y se discute en hermandad: “Yo estaré siempre con los buenos: yo no estaré nunca con los malos”.

El presidente convidó a José Martí, sentado en las bancas de los miembros, a ampliar el tema de la organización. Dos horas duró aquel discurso, y no pareció la concurrencia sentir la fatiga. Nuestra historia revolucionaria entera se desenvolvía, punto tras punto, y las razones apremiantes que hacían vivísima ya la necesidad de la obra unida. Era el discurso coreado por exclamaciones de asentimiento:—“Es verdad”: “Yo estaba allí”: “No caeremos en eso otra vez”: “Nada de eso sabíamos”. Era una conversación fogosa e íntima entre todos aquellos co-razones. Martí bosquejó las causas de la derrota de la primera guerra;

explicó las causas de la derrota de la segunda guerra, cuando él mismo presidía el comité de New York; pintó el estado del país después de ambas caídas, y la necesidad de poner remedio, una por una, a las causas que nos hicieron caer; describió la labor silenciosa de estos doce años para congregar a los elementos que quedaron desamistados, para disipar el recelo justo de los revolucionarios de campaña contra los de la emigración; para impedir que España venciese en su tarea pertinaz de mantener desunidas las emigraciones; para evitar que la impaciencia del carácter activo quitase a los militares gloriosos el civismo que les hermosea el valor y les asegurará su fama, para esperar a que el descrédito en que de sí propio cayese el autonomismo le privara de la excusa de que no se le había dejado libre acción; para salvar la revolución del peligro inminente de que la compongan los autoritarios de la Isla sin la suma de libertad y franca justicia necesarias al éxito de la guerra y al de la república; para reunir los elementos revolucionarios de manera que creen en Cuba una república pacífica e industriosa antes de que, maduro ya el vecino poderoso para la conquista disimulada, pueda alegar como excusa de ella ante el mundo la ruina irremediable y la incapacidad política de una Isla indispensable al comercio del mundo; para tener a la mano, pronti a la obra, los elementos de la guerra cuando el país se viera, como se ve hoy, en la necesidad de la guerra y en la imposibilidad de organizarla: "Hemos llegado a nuestra hora; sin odio y sin ambición, y no seremos ya culpables de haber dejado la guerra peligrosa abandonada a la codicia de los hombres, al desorden de las ideas, y a las sorpresas de la fortuna. Así, felicitándose todos, con viril placer, terminó la primera Conferencia, la primera Conversación Política del Club "José Martí".

DE PATRIA, NUEVA YORK

25 DE JUNIO DE 1892

EL PARTIDO

EL PARTIDO

Los partidos políticos que han de durar; los partidos que arrancan de la conciencia pública; los partidos que vienen a ser el molde visible del alma de un pueblo, y su brazo y su voz; los partidos que no tienen por objeto el beneficio de un hombre interesado, o de un grupo de hombres,—no se han de organizar con la prisa indigna y artificiosa del interés personal, sino, como se organiza el Partido Revolucionario Cubano, con el desalogo y espontaneidad de la opinión libre. Allí donde hubiera—que no ha habido—una duda que aclarar, no debió apremiarse la adhesión, sino dar tiempo al esclarecimiento pleno de la duda. Allí donde pudiera suponerse que la malignidad humana o la enemistad, o el entusiasmo inquieto y descompuesto, pretendían—que no han pretendido—trastornar la organización naciente, no se debía limosnear la adhesión de los patriotas honrados, sino fiar en su honor y dejar en sus manos la tarea de evitar el trastorno. Allí donde la emulación personal en una localidad demorase culpablemente—que no ha demorado—la organización rápida, la organización de batalla y de paso de ataque, de un partido que se funda para preparar una guerra inminente, para evitar el desorden inminente de una república que está al nacer,—debía esperarse a que los excesos de la emulación, por su propio bochorno, de sí mismos se corrigieran, sin intrusión extraña. A veces, esperar es morir. A veces, esperar es vencer. Y esto ha sucedido en el Partido Revolucionario Cubano. Se esperó, donde la espera parecía conveniente a la dignidad y firmeza de la organización, a la opinión de desinterés absoluto y naturaleza popular que merece por sus métodos y fines el Partido: y la espera ha sido la victoria.

El bullicio no es la organización. El aparato no satisface a los hombres reales. Ganar un alma en la sombra, un alma que se purga y se vence, un alma que peca y se avergüenza, es más grato, y más útil al país, que caracolear y levantar el polvo. Los árboles crecen, y no se les

ve. La mar se hincha, y no se nota hasta que la pleamar se lanza sobre la playa. Ni un momento perdido, ni un momento apresurado. Apresurar es perder. Lo que importa es que todos los cubanos buenos, todos los cubanos activos, se junten con libertad y sinceridad. No es racha lo que levantamos, sino ejército

Del éxito de esta organización espontánea, de la solidez y entusiasmo de esta obra de que no se ha de ver sino lo que la fortalezca y enseñe, para ejemplo y estímulo, en su vigor real, son muestra generosa. En estos instantes mismos, el calor con que los emigrados de Nueva Orleans, responden al convite para el trabajo común, el cariño que las ideas y métodos del Partido despiertan en Boston, el entusiasmo con que la emigración de Filadelfia se prepara a declarar su fe en el Partido con ocasión de la visita del Delegado, y la ejemplar cordialidad de los cubanos de Ocala.

EN NUEVA ORLEANS

Con el ardor de la más fiel emigración, y de la de más impetu y fuerza, responde el Club de Nueva Orleans a las demandas de trabajo activo. Allí las almas no son de humo y de espuma. Allí se está en pie. y se estima el respeto republicano a la opinión independiente. Allí se entra de lleno en la labor ardua y constante a que el Partido los convoca. Leen con su juicio, y con su corazón. Se reúnen impacientes, y con aquella confianza y ternura—¿por qué no ha de decirse la noble palabra?—con que estamos haciendo nuestras maravillas. A la actividad juiciosa del presidente Frayle, alma que es patria toda, sin mancha y sin paso atrás, responde, emulándosele, cada cubano de Nueva Orleans. En la guerra ¡qué buena compañía!

EN BOSTON

“Todos entendemos,—dice una carta nobilísima de Boston,—la oportunidad y la democracia del plan del Partido; y aquí estamos, como un hombre solo para mantenerlo, y para contribuir con nuestras fuerzas a los trabajos preciosos y verdaderamente prácticos a que se nos llama. Era muy difícil combinar en una campaña de guerra, porque en la guerra estamos, el empuje y el secreto que requieren estas cosas, con las ideas y las prácticas republicanas que vemos en cada línea y en cada acto del Partido”. El alma de los cubanos de Boston, está en esa carta.

EN FILADELFIA

Filadelfia, siempre pronta al óbolo y al sacrificio, siempre notable por la unanimidad y la rapidez de sus esfuerzos, siempre abierta al valor y a la verdad, se prepara a recibir, con ocasión del convite al Delegado, a los hermanos que van a saludarla de New York. No es un hombre el que va, sino la unión de los cubanos, simbolizada en su empleo. Y los cubanos entusiastas quisieran ir todos a Filadelfia, a dar prenda viva de la fe viril con que trabajan en la obra de acción que comienza por allegar todos los elementos, y todos los afectos, necesarios para la acción. ¡Que no se ve aún esta o aquella cabeza! En la noche en que andamos, no se pueden ver todas las cabezas. ¡Que tal o cual no está aún donde debía! Páez, que ganó en Carabobo la batalla de América, estaba, al principio de la guerra, sirviendo a los españoles. ¡Sale el sol, e inflama!

EN OCALA

Ocala, en verdad, merece de los patriotas cubanos singular cariño. Ya se pone en pie un taller, y de su primer jornal aparta la cuota para el tesoro de la independencia; ya escribe una mano pujante, que derribó mucho enemigo, y con la sencillez del héroe “pide órdenes”; ya se reúnen a deliberar, y nada quieren que “no sea nobleza, y la actividad que se nos recomienda, y el orgullo de trabajar con nuestros hermanos”; ya es Pedro Someillán, el desinteresado organizador, que no apetece fama para sí sino el premio de ver juntos, en espíritu puro y marcial, a los cubanos generosos; ya es Ceferino Cañizares, que, al hablar de su compañera, remata así una carta: “Ella nació en un campamento, en los momentos en que este soldado tuvo la gloria de llevar la bandera que por nuestra incuria permanece plegada”; ya es la junta, a la vez simple e imponente, donde el Club Político elige de secretario al soldado que no ha querido mujer que no le alabe y acompañe el patriotismo, a Ceferino Cañizares, y de tesorero a un hombre que no sabe de desmayos, a José Camino, y de presidente a un hombre a quien se ama, y a quien se debe amar; a un hombre que a caballo no sabe más que barrer, y limpiarle a la libertad el camino, y al apear, se pone, limpio de ambiciones, de guarda de la verdadera libertad; a un hombre que es ejemplo y tipo de aquellos caracteres desnudos y reales en que se cuajó, en la hora grande, el alma de nuestro país, invictos en la pelea, francos en el abrazo, tercos en la honradez y la fatiga; a un hombre de

cuyos partes de guerra están llenos los diarios de la revolución, y de cuyos actos de patriotismo republicano, y de fraternal compañerismo, da fe el diario ¡ya demasiado largo! del destierro: a Ramón Cabrera. ¡Nimiedad podrá parecer!; pero ésta es la salvación de la República: ¡el militar invencible de la guerra, sale de su mesa de trabajador a dar su voz y su voto en los asuntos de la patria!

JUNIO / 1892

1. AL PRESIDENTE DEL CUERPO DE CONSEJO DE JAMAICA
2. AL PRESIDENTE DEL CLUB "LOS INDEPENDIENTES"
3. AL PRESIDENTE DEL CUERPO DE CONSEJO DE JAMAICA

AL PRESIDENTE DEL CUERPO DE CONSEJO DE JAMAICA

Nueva York, 27 de junio de 1892

Sr. Presidente del Cuerpo de Consejo
de Jamaica

Sr. Presidente:

Felizmente iniciada, por la gloriosa espontaneidad de esa Emigración, la comunicación regular que el respeto vehemente al derecho de los cubanos, y la fe en su virtud, aconsejaba dejar a su iniciativa, más que a un trabajo asiduo de solicitud que pudiera rebajar este libre y seguro movimiento de almas al simple concepto de una política de tanteo que procura sectarios,—cumple a esta Delegación poner en manos del Cuerpo de Consejo los documentos que reglamentan sus funciones, las de los Clubs que en él se reúnen, y las del Partido en general.

Y a este fin incluye la Delegación, con destino a los Clubs de ese Cuerpo de Consejo, ejemplares de las Bases del Partido, y otras tantas copias de los estatutos en que se fija la manera de fungir del Partido en acuerdo con ellas, y de modo que confirmen y aseguren el espíritu de república que las inspira.

Acompaña también un ejemplar de la nota inicial a los Clubs, donde se fijan ideas convenientes al pleno entendimiento de los fines y métodos del Partido, y trabajos de las Asociaciones,—a fin de que se sirva. luego de leídas en el Consejo, dar una copia de ella a cada uno de los Clubs.

En notas especiales hará esta Delegación las recomendaciones que deba sugerir para el mejor servicio de sus tres atenciones principales:—el conocimiento real y minucioso de los elementos revolucionarios

de Cuba, y su ordenación, inmediata, en acuerdo con nuestros trabajos en el extranjero,—la organización militar de la guerra, a fin de tenerla tan adelantada como sea posible para la hora del acuerdo final con Cuba, y de estar pronto a auxiliar la guerra que a cada instante puede surgir en Cuba.—y el allegamiento de fondos, y ayuda de toda especie, para producir, y mantener la guerra.

Al iniciar con júbilo verdadero, la comunicación de la Delegación con ese Cuerpo de Consejo, saludo a Vd. Señor Presidente, con mi más afectuosa estimación, y en Vd. a la emigración cordial y entusiasta que en Vd. está representada con especial decoro.

Patria y Libertad.

El Delegado

JOSÉ MARTÍ

2

AL PRESIDENTE DEL CLUB "LOS INDEPENDIENTES"

Nueva York, junio 28 de 1892

Sr. Presidente del Club "Los Independientes"

Compatriota:

El trabajo creciente del Partido, y la gravedad especial de las obligaciones a que ha de atender en estos momentos, hace ya indispensable que esta Delegación recaude los fondos de acción que ese Club tenga recolectados.

La Delegación, de acuerdo con el espíritu de los Estatutos, y el de los fondos de acción que son en realidad los fondos preparatorios de la guerra, ha recomendado a las emigraciones, repartir por mitad los fondos que los Clubs colecten, entre los fondos de guerra y los de acción. La recomendación ha sido atendida, y el Delegado la reitera a ese Club, aunque, en caso de que tuviese otro acuerdo sobre la distribución y no creyese justo reformarlo, no insiste en solicitar su alteración. Se limita el Delegado a asegurar que los trabajos de acción en que se emplea hoy son de la mayor urgencia y delicadeza, y trabajos de guerra verdaderos.

Saludo a Vd. señor Presidente con mi más respetuosa estimación

JOSÉ MARTÍ

3

AL PRESIDENTE DEL CUERPO DE CONSEJO DE JAMAICA

Delegación del Partido
Revolucionario Cubano

Nueva York, 29 de junio de 1892

Sr. Presidente del Cuerpo de Consejo
de Jamaica

Señor Presidente:

La ordenación de los elementos militares de la revolución es uno de los deberes inminentes del Delegado del Partido Revolucionario Cubano, que en todo instante, y a la mayor brevedad, ha de estar preparado, ha de estar al habla y con recursos y organización suficientes, para acudir a la guerra que por causas ocasionales e imprevistas pudiera surgir en Cuba antes del perfeccionamiento posible de nuestra obra superior de organización, y para ayudar a ésta con el crédito y respeto que acompañan a un Partido que conoce y practica los medios de realizar lo que se propone.—Tenemos un pueblo que fundar, lo cual es algo más que el ordenar la guerra; pero tenemos que fundarlo por la guerra. Y en este gran deber, ni hemos de perder de vista un instante el trabajo—numeroso y diverso de ir agregando con el cariño y la justicia, y la sagacidad y la indulgencia, todo lo que ha apartado la colonia, y mantienen en apartamiento las pasiones humanas,—ni hemos de demorar la acumulación y orden de los medios de fuerza por donde hemos de comenzar a asegurar nuestros derechos.

Ni en este deber, ni en ningún otro, entiende esta Delegación que sea su puesto mera ocasión de levantar en sí una persona revolucionaria opuesta a otras, ni que sea menos que crimen público el de aprovechar la autoridad otorgada por todos los cubanos para desdeñar o anular algún prestigio valioso de nuestra historia, y algún agente útil o indispensable de nuestra historia, en la hora en que el deber manda sacrificar a la obra unida de nuestros esfuerzos los más caros sueños a las más románticas aspiraciones personales. Todo debe sacrificarlo a Cuba un patriota sincero,—hasta la gloria de caer defendiéndola ante el enemigo.—Y en este concepto, el Delegado estuvo siempre decidido a com-

partir su labor con cuantas entidades y pericias puedan ayudar al prestigio y éxito de la revolución. Pero la elección caprichosa de una entidad cualquiera, para ordenar especialmente los elementos militares, pudiera parecer, bajo cubierta de deber público, un trato indigno, y no poco frecuente en la historia de los levantamientos revolucionarios, entre entidades que se solicitan para imperar juntas, y distribuirse la fama o el poder.—Y por eso,—continuando en esta rama de sus obligaciones el método general de la Delegación y el espíritu del Partido a que el método se acomoda,—encarga el Delegado a esa Presidencia que a la mayor brevedad reuna a todos los militares graduados en la guerra de Cuba que residiesen en esa localidad, y les tome voto sobre cual deba ser a su juicio el jefe superior con quien la Delegación deba entenderse para poner en sus manos, dentro del plan general, la ordenación militar del Partido. Esto mismo se hace hoy en todas las emigraciones. Recogido el voto, la Delegación obrará de acuerdo con él. Esta es la obra gloriosa, y completa, de todos. No es la obra vanidosa e incompleta, de uno.

Y al mismo tiempo ruega la Delegación a esa Presidencia que le envíe nota detallada de los militares cubanos que en esa localidad residan, y las observaciones que juzgue conducentes para conocer de su disposición actual.

Saludo a Vd. Señor Presidenté, con mi más afectuosa estimación.

Patria y Libertad.

El Delegado

JOSÉ MARTÍ

DE PATRIA, NUEVA YORK

2 DE JULIO DE 1892

1. EL REMEDIO ANEXIONISTA
2. LOS CUBANOS DE OCALA
3. EL OBRERO CUBANO

EL REMEDIO ANEXIONISTA

Un buen oído oye en la sombra los pasos de los tejedores silenciosos. y podría ahora un buen oído, en las cosas cubanas, notar como un esforzado aleteo, y como una empeñosa consulta, del lado de los tejedores. Lo cual es un excelente augurio para los partidarios de la independencia cubana. Cuando los mantenedores de la dominación española en Cuba, sean nacidos en Cuba o en España, acuden con tesón estéril, renovando en pequeño los trabajos anexionistas que nunca volverán a tener las proporciones que un día por otras causas tuvieron,—a reanimar, y tratar de cerca la solución de la anexión; cuando, con el desmayo de una política que no ha podido descubrir los medios de realizar lo que se propone, que está gravada con su origen esclavista y que no cuenta con el poder del sentimiento público, procuran por gestiones parciales,—sin garantía ni probabilidad de que la gestión pudiera llegar a comprender los elementos enconados que habrían de unirse en ella,—la alianza del poder extranjero anexador, que ni por su política interna, ni por el origen esclavista de la idea de anexión, ni por el mero estado de deseo en que flota en él la idea, puede condensarla en proyectos prácticos y medios viables antes de que estalle por su exceso la angustia de la Isla; cuando los enemigos de la guerra de independencia en Cuba, por el horror y trastornos económicos de la guerra vuelven los ojos a un aliado extranjero que no ha hallado más medios hasta hoy para adelantar las vagas pretensiones de anexión que aconsejarnos el empezar por hacer por la guerra nuestra independencia; cuando se acude con más viveza que la usual a la política de anexión, aunque sea por meros tanteos de cautela, de importancia y fuerza totalmente inferiores a la pasión y urgencia de los problemas de la Isla,—la señal es segura de que la Isla, aun en lo que tiene de más prudente y tibio, está convencida de la im-

posibilidad de hallar acomodo con España, y busca salida de ella. Esta disposición de ánimo en el país es la que conoce y declara el Partido Revolucionario Cubano; y puesto que la idea de anexión, como remedio político, no pasa, ni de parte de Cuba ni de parte de los Estados Unidos, de meros acercamientos, más o menos misteriosos, entre una decena de personas que la ven con simpatía,—acercamientos que no parece que puedan llegar, por las hostilidades de la política interna y la vaguedad actual de la idea en el Norte, y por la resistencia que a su hora se organizaría sin duda dentro y fuera de Cuba,—a la realidad compleja y laboriosa de solución política en el término necesariamente breve en que la Isla, por conservación propia, ha de tentar alguna solución:—puesto que el remedio anexionista no está,—cuenta aparte de sus muchos obstáculos,—en el grado de precisión, y madurez necesario para acudir como solución inmediata al problema inmediato de la Isla,—el deber patente e ineludible de los cubanos, y del alma de ellos que se mueve hoy con el nombre de Partido Revolucionario Cubano, es acudir a la solución más preparada y posible, a la solución popular e histórica, a la solución natural e inevitable a que acude el país a falta de otra cercana, a la solución que el mismo poder anexador, con frialdad dolorosa, considera fatal e ineludible para iniciarse en su gracia,—la guerra preliminar de la independencia. Parece natural hacerla de una vez, si de todos modos tenemos que hacerla. Luego veremos, con el hecho de habernos levantado en armas en la misma generación en que sucumbimos, y de haber triunfado si esta prueba plena de capacidad nacional no altera las únicas bases firmes de la idea anexionista: la creencia honrada de muchos cubanos en la ineptitud de Cuba para su propia redención, y la opinión de ruindad constitucional e irredimible incompetencia en que nos tiene el pueblo de los Estados Unidos, por ignorancia y preocupación, por la propaganda maligna de los políticos ambiciosos, y por el justo desdén del hombre libre al esclavo.

De dos fuentes vino en Cuba, limpia una y otra envenenada, la idea de la anexión, que no ha desaparecido aún, porque al temor piadoso de la guerra se junta en muchos cubanos la incredulidad en nuestra actitud, fomentada por el fracaso aparente, y no verdadero, de la guerra; ni está para desaparecer, porque, en la agitación natural y sana con que se entregará a la libertad, hasta calmar el primer hervor, nuestro pueblo nuevo, y en el miedo y disgusto con que los hombres autoritarios y los acaudalados verán el bullicioso bautismo político de una república sincera, la intriga de la anexión será el recurso continuo de los que pre-

fieran la unión desigual con un vecino que no cesará de codiciarnos al riesgo de su propiedad o a la mortificación de su soberbia. Obraría muy de ligero quien creyese que la idea de la anexión, irrealizable e innecesaria como es, desaparecerá de nuestros problemas por su flojedad esencial, por la fuerza de nuestros desdenes, o por el brío de nuestra censura. La naturaleza impalpable de los fantasmas les permite flotar vagamente, y escapar a la persecución. La idea de la anexión, por causas naturales y constantes, es un factor grave y continuo de la política cubana. Hoy con la mejor voluntad de muchos anexionistas sinceros, demora la independencia;—con lo que sin querer la sirve, como sirve todo lo natural, porque le da más tiempo a apretar y robustecer sus factores—y entre otras cosas— a limpiar el debate político del encono innecesario entre hombres que buscan con igual buena fe, aunque con caracteres de temple diverso, el bien de la patria. Mañana, por causas menos atendibles de nuestra política interior, perturbará nuestra república,—con lo que la servirá también, porque el miedo de dar razón a los timoratos o ambiciosos que nos acusen de ineptitud para el gobierno, moderará los ímpetus de un país que, en el alboroto de su mayoría, pudiera tratar de ejercitarla con exceso. La idea de la anexión es un factor político, menos potente hoy que nunca, y destinado a impotencia permanente; pero como a factor político se le ha de tratar a la vez que se demuestre su ineficacia, y con el respeto que toda opinión franca merece, porque la sustenta de buena fe más de un cubano sincero, temeroso de la ineptitud radical en que a su juicio nos deja la colonia, y confiado por raciocinio singular sin duda, en que los que hemos de saber gobernarnos como nación, en Estado libre de la Unión Americana, no sabremos, por el simple hecho de no estar unidos a un pueblo de carácter y hábitos diversos, gobernarnos como nación. Mas el raciocinio, no por singular deja de ser libre. No inspira respeto ciertamente, sino coraje, el hábito de servidumbre en algunos hombres tan arraigado que les quita toda confianza en sí, y, aliado a la soberbia. Léveles hasta suponer en los demás la impotencia que en sí propios reconocen. Mueve a impaciencia, y no a respeto, la ignorancia dorada que niega a nuestra propia familia de pueblos la virtud que por sus mismas culpas se comprueba; y admira desde el libro impasible la organización y carácter de un país cuya naturaleza verdadera desconoce. Pero el único modo de quitar razón a los cubanos, y a los españoles, que de buena fe creen en nuestra incapacidad para el gobierno propio,—aunque creen en la capacidad tan luego como nos liguemos

con un pueblo diverso del nuestro, y que tiene sobre nuestro país miras distintas de las nuestras, miras de factoría y de pontón estratégico,—es demostrarles, con nuestra organización y victoria, que no todos los cubanos se contentan con fiar a Cuba al capricho del azar, o a la política de espera de una república que se declara ya agresiva, y nos comprende, como puesto de defensa necesaria, en su plan de agresión: que los cubanos saben disponer a tiempo el remedio inmediato a un mal inmediato,—la guerra generosa de independencia en un país que está abocado a ella en todos los instantes, y cuya angustia urgente no le da tiempo a esperar que se pongan de acuerdo, en Cuba y en los Estados Unidos, los elementos anexionistas cuya energía ha llegado solamente, en medio siglo de trabajo, a enviar a Cuba una expedición infeliz en los días en que la mayoría esclavista de los Estados Unidos necesitaba un Estado más que asegurase el poder político vacilante de los mantenedores de la esclavitud.

2

LOS CUBANOS DE OCALA

Cuando se cuentan los años pasados por la emigración cubana en esperanzas y caídas; cuando se recuerda el sacrificio continuo, y de fin invisible, de las emigraciones; cuando se conoce, por la pena constante de la existencia, el valor del dinero ganado con las propias manos; cuando se sabe que el óbolo que se distrae de él es un placer menos para los hijos, una medicina menos para el enfermo, un plato menos para la mesa de la casa,—no se pueden leer sin respeto estas frases de una carta de Ocala:—“Desde esta fecha donaremos de nuestro pobre jornal la insignificante cuota de veinticinco centavos semanales, destinados a la revolución por la independencia de nuestra patria: Cuba”.

¡Ni un alarde de patriotismo, ni el deseo de que se conozcan sus nombres, ni una palabra de adorno! La verdad está ante los ojos, y el hombre entero oye a la verdad. ¡Quién que reciba una carta de Cuba, quién que venga de Cuba, quién que haya ido a cerciorarse de su condición, no trae de la ciudad empobrecida, del campo torvo, la certeza de que las almas están ya a punto, de que los modos de bastar a la existencia son cada día menores que las necesidades, de que la patria no necesita ya razonamientos que la convenzan de la esterilidad de los

remedios pacíficos, sino recursos con que salir de una vez de la miseria creciente, de la paz de la agonía, de la política de ambages? Sombra es, y tanteo de desesperados, toda la política con que allí se demora el deber final. Nuestro oficio no es convencer de su incapacidad a los que están harto convencidos de ella. Nuestro oficio es demostrar al país que no somos tan incapaces como la política que censuramos. Hacer, es el único modo eficaz de censurar a los que no hacen. Ordenar, es el modo de censurar a los que no ordenan. Acaudalar,—porque con el deseo y con la virtud no se echa de un país a un ejército bien armado,—es el modo de censurar a los que no acaudalan. El país va a la guerra, porque ha consumido ya sin fruto todos los resortes de la política española de que pudiera esperar justicia en la paz: porque las necesidades apremiantes de la vida, la cólera de los industriales burlados, el escarnio y miseria de los hijos del país, son factores reales y vehementes que obrarán conforme a su descontento e interés, que se echarán al recurso de las armas, cuando acaben de caer a su alrededor las trabas debilísimas que les pone aún una política de petición que no tiene detrás un pueblo armado,—cuando sepán, como están sabiendo, que los cubanos libres en el extranjero disponen, de acuerdo con ellos, una guerra sin ira para entrar al fin en el gobierno de nuestras haciendas y de nuestras personas.

Hubiérase tenido, en vez de haberlo desbandado torpemente, un pueblo armado detrás, y Cuba habría podido lograr, por el miedo de sus dueños, la autonomía de las colonias inglesas,—para convencerse, como están ellas convencidas hoy, de que la autonomía insuficiente, aun bajo la potestad barata y benigna de Inglaterra, tiene que ceder a la independencia necesaria. ¡Oh! no hay que hacer artículos contra la autonomía. ¿A qué echar en cara su error a los que ya, en la angustia del patriotismo, estarán sin duda buscando modo de redimirse ante la historia de él? No hay artículo contra la autonomía que valga más, ni enseñe más al país, que los veinticinco centavos semanales de los cubanos de Ocala.

3

EL OBRERO CUBANO

Patria, llena de quehaceres de preparación, no ha entrado aún en su campaña definitiva, su campaña de explicación y enganche. Ahora ya puede, segura de la fuerza de almas. Pero si el tiempo no le alcanza, ni le alcanzará jamás, para aumentar las discordias entre los hombres,

siempre le sobraré para proclamar el mérito cubano; para celebrar la disposición del hombre de Cuba, mérito esencial en las repúblicas, a enorgullecerse del valer de sus compatriotas, a ponerse del lado de la justicia y de la generosidad, vengan del lado de sus contrincantes o de sus parciales. Con esta alma, se va a todo. Sin esta alma, en que la brava rebeldía contra lo injusto no es más, en sus mismas exaltaciones, que la pasión sagrada por lo justo, no se va a nada. El animal anda en manadas: el hombre, con su pensamiento libre. Por su aspiración pura a la mejora de las desdichas humanas; por su atención entusiasta a uno de los problemas activos de la vida de Cuba que los políticos burócratas desdeñan torpemente, el problema, picado de innecesario extranjerismo, de nuestra culta clase obrera—¡y se nos queman los labios, de estas palabras innecesarias de “obreros” y de “clase”; por la demostración diaria y elocuente en sus columnas de la capacidad dichosa del cubano para defender su interés sin olvidar culpablemente el interés de los demás, para defender a la vez los derechos particulares del oficio mudable en que trabaja y los derechos superiores y radicales de la patria inmutable en que los oficios han de padecer bajo la colonia militar y de ensancharse con la república libre; por la total ausencia del odio en sus francas columnas,—se gana la voluntad, y es factor patente de la independencia del país, el periódico de Cayo Hueso que lleva un nombre que enluta el pensamiento y apena el corazón, porque en nuestra patria generosa y abundante no podrá existir causa para él, “El Proletario”: ¡verdad que no estamos aún en nuestra patria! ¡Ya vemos en nuestro pueblo la casita limpia, el ajuste equitativo de los intereses encontrados y la razón que ha de venir a los arreglos económicos entre los factores de la producción, cuando la aspiración legítima del obrero al trato respetuoso y a la paga justa no se exacerbe, como hoy, por la degradación sistemática del hombre a su alrededor, la arrogancia y desvío censurable de los defensores titulados de los derechos públicos, el odio a un gobierno inicuo e incorregible, y el ansia involuntaria de la independencia patria! No hay campo, ni nuestro campo cubano siquiera, libre de la serpiente; pero es mucho el señorío natural del hijo de Cuba, y mucha ya la cultura del obrero de Cuba, nacido en ella o no, para que en un régimen de justicia se conviertan los hombres que batallan por su libertad en azotes de la libertad ajena. *Patria*, que no entiende que se pueda negar a un ser humano la plenitud de su derecho sin rebajar en el tanto en que se le niegue el derecho propio, *Patria* dice, donde todo el mundo lo oiga, que ha hallado entre los obreros de Cuba algunos de los hombres que

con más decoro y juicio preparan el país al orden y república de su libertad, que con sus virtudes de carácter y pensamiento honran más al país cubano.

Mueve estas líneas, no menos fervientes porque aparezcan retrasadas, el placer de ver la calurosa felicitación de “El Proletario” a “El Yara”, por los robustos artículos, por la valerosa actitud con que el periódico indomable condenó, y contribuyó a que el Cayo entero en junta viril condenase, el atentado de la turba del país que, so pretexto de indignación contra un cubano acusado de feo crimen, dio rienda al encono y desamor de sus pechos hostiles e inhospitalarios.

JULIO / 1892

**1-2. AL PRESIDENTE DEL CUERPO DE CONSEJO
DE JAMAICA**

AL PRESIDENTE DEL CUERPO DE
CONSEJO DE JAMAICA

New York, 2 de julio de 1892

Sr. Presidente del Cuerpo de Consejo
de Jamaica

Señor Presidente:

Notándose en las emigraciones el deseo prudente de ir allegando, aparte del fondo de guerra que cada Club debe mantener bajo su custodia, armas que puedan usarse sin demora en una hora de suprema necesidad, creyó la Delegación que multiplicaría estos esfuerzos costosos la compra de armas desiguales, y reunió para este punto especial una junta de jefes y oficiales, a fin de acordar las armas, para cuya compra debía recomendarse a los clubs que decidiesen hacerse de ellas.

De otras más y de otros recursos se trató en la junta; pero hoy, por lo fácil de su adquisición y por lo esencial, se recomiendan estas tres:

Fusil Remington calibre 43.

Machete Collin 22.

Cuchillo de la clase llamada en inglés "Kaning Knife".

Saludo a Vd., Señor Presidente, con mi más afectuosa estimación.
Patria y Libertad.

El Delegado,

JOSÉ MARTÍ

2

New York, 3 de julio de 1892

Sr. Presidente del Cuerpo de Consejo
de Jamaica

Señor Presidente:

Urge a esta Delegación reunir cuantos datos pueda sobre la condición revolucionaria de las comarcas de Cuba, y sobre cualquiera persona de la Isla que pueda y desee ayudar a la Revolución, sea cualquiera el lugar de su nacimiento o su condición social. En una sociedad, el de más condición es el que mejor la sirve.

Y como los trabajos presentes de esta Delegación en la Isla, y principalmente en Oriente, Camagüey y las Villas, requieren cuantos datos precisos y minuciosos se pueda recoger, ruego a los señores Presidentes congregarse en el Consejo y que por la vía de esa Presidencia remitan esos datos de personas o hechos a la Delegación.

Saludo a Vd., señor Presidente, con mi más afectuosa estimación.
Patria y Libertad.

El Delegado,

JOSÉ MARTÍ

DE PATRIA, NUEVA YORK

9 DE JULIO DE 1892

LA GUERRA

LA GUERRA

A nada se va con la hipocresía. Porque cerremos los ojos, no desaparece de nuestra vista lo que está delante de ella. Con ponerle las manos al paso, no se desvía el rayo de nuestras cabezas. La guerra no se puede desear, por su horror y desdicha; aunque un observador atento no puede desconocer que la guerra fomenta en vez de mermar, la bondad y justicia entre los hombres, y que éstos adquieren, en los oficios diarios y sublimes del combate, tal conocimiento de las fuerzas naturales y modo de servirse de ellas, tal práctica de unión, y tal poder de improvisación que, en un pueblo nuevo y heterogéneo sobre todo, los beneficios de la guerra, por el desarrollo y unificación del carácter del país y de los modos de emplearlo son mayores que el desastre parcial, por la destrucción de la riqueza reparable y la viudez de las familias. La conservación de la propiedad que se puede reponer, importa menos que la conservación, o la creación del carácter, que ha de producir y mantener la propiedad. Las propiedades de un país valen en razón de lo que valen sus caracteres. Y en lo que aflojan los caracteres, o faltan, en eso aflojan o faltan las propiedades. Las propiedades hay que cuidarlas en la raíz, la cual es el prestigio y firmeza del pueblo donde se tienen; y al que por ahí no las cuide, le sucederá como al que lleve en la médula un tumor, y por el miedo al bisturí, no se ponga más medicinas que las pomadas y colónias con que el peluquero lo adereza para el baile. Mejor es un año de cama que veinticinco de muerte. Los propietarios que no se determinan, ya que todo se puede hacer con cautela en este mundo, a contribuir con los productos de su hacienda amenazada a crear un estado en que prospere sin cargas ajenas y con el entusiasmo de lo propio, su hacienda libre; los propietarios que, en las regiones más castigadas, no se decidan a sacrificar unos cuantos años de producción agonizante, o meses acaso, al bien perenne y mayor de levantar un pueblo cuya producción se quede en la casa y en manos de sus hijos, en vez de ir por

el mar a pagar gustos de pollos de Anfequera, o nutrir en nuestro pueblo los vicios insolentes que nos lo queman; los propietarios incautos e indecisos, que, como padres culpables, miran más su comodidad de hoy; aunque vean que apenas les durará lo que la vida, que la obligación de asegurar el porvenir a los hijos que trajeron al mundo, son como el indio poblano, cuando iba a Puebla a vender sus haces de leña al español que le ponía de marca un medio por cada cinco haces, que le valían una peseta fuerte, y el indio, cuando el astuto español hacía como quien no ve, se robaba un medio de los de la marca. Así son los propietarios tímidos; se roban el medio, y pierden los veinticinco centavos.

Aunque cerremos los ojos, y pongamos las manos, lo que está ante nuestra vista, está, y el rayo caerá sobre nuestras cabezas.—¿Y quién, dice el propietario tímido, me garantiza de que después del triunfo de la revolución, no continúe yo padeciendo bajo los revolucionarios ambiciosos o impotentes, bajo un país de abogados sin empleo y de caudillos encabezados, lo mismo que padezco bajo este gobierno español de prostitución y simonía? Todo se ha de admitir, porque todo es cierto, hasta esa penosa reducción de los deberes de la vida al menor de ellos, el de conservar la riqueza material, en virtud de cuya reducción llegan los hombres a ver serenamente, con tal que no les altere el balance anual, las ofensas que ensangrientan sus propias mejillas, y la de sus propios hijos. Pero los pueblos no están hechos de los hombres como debieran ser, sino de los hombres como son. Y las revoluciones no triunfan, y los pueblos no se mejoran si aguardan a que la naturaleza humana cambie; sino que han de obrar conforme a la naturaleza humana y de batallar con los hombres como son,—o contra ellos. Pena es que la sangre no le hierva al hombre en las venas,—como hirvió la de nuestros padres, mucho más ricos que nosotros,—cuando un dueño brutal se le sienta sobre toda la casa, y lo obliga a la perpetua cobardía de la mentira, y emplea en mantener escandalosos vicios, a la puerta de nuestros hogares arruinados, el tributo que tenemos que pagar con el alquiler de nuestra honra y la hipoteca de nuestras fincas. Pena es el que el hombre no vea que la riqueza material, aun cuando esté más segura que la de los hijos del sesenta y ocho está bajo el sable de sus deportadores, no da a la vida el goce y plenitud de la riqueza menor, o de la mayor pobreza, cuando por todo el rededor palpita, en la franca aspiración criolla, el hombre libre. ¿Qué diferencia hay, en el fondo, entre un esclavo que

rompe la tierra, y un esclavo que gasta en el aturdimiento lo que le deja de su tierra una metrópoli voraz? El bochorno de su inercia hará más amarga, aunque él se lo disimule, la existencia del esclavo dorado. Pena es que el hombre no salte de su asiento al ver que vive sin poder sacar la verdad a los labios, que acata y besa la mano que lo burla y que lo azota, que crecen en la tiniebla y en la persecución sus hijos. Pero de ese argumento del interés se ha de tomar nota, por lo que tiene de humano, y de fuerte por tanto, y por lo que hay en él de justo. Pero no se ha de responder a él, con la arrogancia de la profecía que ofrece por la potencia del deseo, democracias milagrosas y repúblicas de madreperla, con celajes de azul y oro; ni con la autoridad de la visión privilegiada, que descubre, en los encuentros venideros de las fuerzas generosas actuales, una firmeza, llena de vitalidad, que no es dable prever aún a los que de su estudio menos cordial y completo no pueden derivar la misma fe sensata. No se ha de responder a una duda positiva con una confianza romántica, o épedo de sentimiento, o augurio de adementado sacerdote. No se ha de alegar que tenemos un pueblo de fácil laboreo, con hijos aleccionados en la actividad por la desdicha y ansiosos y capaces de labrarlo. No se ha de decir, aunque sea cierto, que la república no puede ser ya en Cuba la lucha entre las castas ociosas y autoritarias contra el país productor e imberbe, como en otros pueblos de América, sino que la abundancia de empleos reales dará oficio a la inteligencia ambiciosa sacada de los quehaceres segundones de la vida colonial; y el hábito del voto, del examen y de la vigilancia, y el tráfico abierto de todas las regiones, evitará el mal de los caudillos. Lo que hay que decir es que, ya que vivimos en angustia continua, en inseguridad continua, en amenaza continua, valdría más, de todos modos, vivir así en nuestra casa propia, donde el cariño natural de la tierra iría remediando nuestros males, donde el producto de nuestras depredaciones posibles quedaría dentro del país y entre sus hijos, donde el súbito decoro de nuestra vida revelaría a nuestro espíritu cultivado supremas obligaciones,—que vivir en una agonía de que sólo aprovecha el extranjero y cuyos productos no quedan en nuestra casa.

JULIO / 1892

- 1-5. A GONZALO DE QUESADA
- 6. AL SECRETARIO DEL CUERPO DE CONSEJO
DE JAMAICA
- 7. A GERARDO CASTELLANOS
- 8. A JUAN BONILLA

A GONZALO DE QUESADA

[Cayo Hueso, julio 13, 1892]

Sr. Gonzalo de Quesada
New York

Gonzalo querido:

Todo se lo diré en un abrazo al llegar. Ese cariño del retrato, y esas tiernas frases, ya están puestas, donde no se las podría arrancar.¹ Temí al ver el figurón; pero esto es locura de bondad, y un corazón redondo; y andan con el retratazo como con cosa de su familia. ¿Cuál es nuestra fuerza, sino la que hemos puesto en nuestras cosas de familia?

¿Le hablaré de lo que no he querido que hable nadie a *Patria*, porque en todo estoy yo más visible de lo que debiera? ¿o del gentío, mucho más que antes, cuando la llegada? ¿o de la conversación a carretadas? ¿o del pueblo entero en clubs, y mujeres, y niños? ¿o de Liceos y recepciones? ¿o de mi obra, pecho por pecho? ¿y de la gloria de que, en el banquete de anoche, rodeado este pobre envidioso de los generales de la guerra, de los cabezas, en los tres departamentos, de los amigos más íntimos de Gómez, de Rafael Rodríguez nobilísimo por ejemplo, declararan su adhesión al Partido, y me encomendaran a mí mismo, con sin igual nobleza, redactar el acta de adhesión?² ¡Estos son hombres! De esto, mucho en privado: nada, hasta la publicación, a no ser que *El Yara* hable. Nunca yo tan conmovido ni orgulloso: “El firmamento

¹ Se refiere a un artículo de Quesada y Aróstegui titulado *El Delegado y el Tesorero del Partido*, con retratos de ambos. Véase *Patria*, julio 9 de 1892.

² Véase el citado documento en *Patria* de 3 de septiembre de 1892.

—les decía—debiera tener un astro nuevo cuando cae en la patria un hombre que la defiende, etc.” Hasta Tampa, y todo el corazón. Escribo a Benjamín.

Su

M.

2

[Tampa, julio 18, 1892]

Gonzalo:

En Tampa, rematando. Enfermo. Nos lleva el Mayor de la ciudad a pasear. Iré a Ocala. Pienso llegar el domingo. Ya le aviso. Todo a la vuelta. Aquí grandezas.

Rivero³ me dice que envía carta, y ruega *corrección* cuidadosa. Muy generoso, Alvarado. Voy lleno de recados para Vds. Un abrazo a Benjamín. Vuelve a encargar Rivero que publiquen carta en este número.

Su

J. MARTÍ

Lunes.

3⁴

Julio 21, 1892

Ibor City Fla. 21

Gonzalo de Quesada

120 Front St. N. Y.

Splendid meeting open air last night Grand procession spaniards working men in our honor with standards fervent speeches declaring help independence. Leave for Ocala. Jacksonville occasion.

J. M.

Traducción

Mitin espléndido aire libre anoche gran procesión obreros españoles en nuestro honor con estandartes discursos fervientes declarando ayuda independencia. Salgo para Ocala. Fiesta Jacksonville.

J. M.

³ Ramón Rivero y Rivero. Véase *Patria*, julio 23 de 1892.

⁴ Telegrama transmitido por la Western Union Telegraph Co.

4

[Julio, 1892]

Duval House
Key West, Fla.
J. Bolio, prop.

Gonzalo:

El mucho hacer me quita hasta un minuto. Todo crece, y grande. Vivo sin dormir. Lo de la Liga, pues no podíamos imaginar tanto y tan pronto. A Benjamín la prisa y que le ruego me dé \$50.00 a Izaguirre. Pasado mañana escribo; no salgo hasta el sábado. Grande nuestra acción en Cuba. Alto, el periódico, limpio de alusiones. Van los documentos del discurso en inglés. El Cayo cambiado. Hermosa ocasión.

Un saludo a las damas; y gran fe a todos, que hay razón. Y un abrazo a su atareado

J. MARTÍ

5

The Moctezuma
R. S. Clark, Manager

[Ocala, Fla. julio, 1892]

Sr. Gonzalo de Quesada

Gonzalo querido:

Ayer llegamos a Ocala, que es tierra de delicias, donde los cubanos viven dichosos. Habrá unos cuarenta hoy, o unos cincuenta, trabajando con manufactureros generosos que ya tienen, levantadas por el pueblo, tres fábricas hermosas, ya a punto de abrirse. El pueblo construye cien casas para los cubanos, y esta noche, en el banquete que nos dan el comercio y las autoridades, pido una más para casa de estudio y de lectura. Los cubanos todos uno, conmovidos y lealísimos. Cabrera, un corazonazo. Y Barreto, y Vidal, y . . .,⁵ y Cañizares. Estimadísimos por el comercio, tienen, y parece que tendrán, cuanto desean. El lugar, sereno y frondoso, recuerda a Cuba: de aquí iremos a Jacksonville, y de allí a ver la tumba del Padre Varela. ¿Le diré que me quieren, y que las doctrinas no hallan a mi paso más que corazones encendidos? No creo que le he dicho la emoción grandiosa del último día de Tampa, cuando ante el Liceo desbordado, que se echó a la calle para oírnos, pasó

⁵ Nombre ininteligible.

la procesión de españoles, cientos de españoles, que se declaraban por la independencia de Cuba. Se acercan los tiempos extraordinarios. Pasaban, en la sombra, con sus estandartes blancos. Fueron muchos los peligros de la ocasión, por el exceso de obrerismo, y alusión a cosas locales, y sus puntas anárquicas. Dije la verdad, atrevida e igual para todos, y fue aclamada. ¡Magnífica noche! Miles de almas; la ocasión solemnisima, de las pocas que sacuden hasta la raíz el alma humana. Ya el Cayo quedaba entero, como un ejército, dentro del Partido, y el comercio y sus ramas, y desde allí ganados con la verdad los obreros de la Habana, allí firmada, en el convite histórico, la alianza entre las armas y el pensamiento, la adhesión de los generales al Partido. Y luego Tampa, a quien trabaja más, con este extraordinario suceso de los españoles, y los agasajos del Mayor de la ciudad.

Y ahora Ocala, con la demostración de los americanos en nuestro hogar, del comercio y del municipio. De aquí, a cuanto tengo que hacer, y a New York primero, para darle un abrazo, y seguir sirviendo, hasta que la vida se me acabe.

Su

JOSÉ MARTÍ

6

AL SECRETARIO DEL CUERPO DE CONSEJO DE JAMAICA

Delegación del Partido
Revolucionario Cubano

Nueva York, 27 de julio, 1892

Sr. Secretario del Cuerpo de
Consejo de Jamaica

Señor Secretario:

No pudiera recibir esta Delegación estímulo más grato para los trabajos múltiples en que está empeñada,—la organización definitiva y cordial de los cubanos emigrados en los Estados Unidos y en los demás países extranjeros,—la agregación y ordenamiento de los elementos revolucionarios de Cuba y atracción de los que no lo sean,—y la preparación militar y financiera de la guerra inevitable que hemos de emprender

en acuerdo con el país;—no pudiera, digo, recibir la Delegación estímulo más grato que el de que, conforme a su secreto y ardiente deseo, la emigración de Jamaica haya tomado el puesto que a su historia corresponde en el actual movimiento del pueblo cubano emigrado, y de los elementos revolucionarios que en Cuba esperan de él, el ímpetu, recursos, orden y buena política con que es indudable nuestro triunfo.

Al acusar en esta nota, con profundo reconocimiento, recibo de la comunicación en que se sirve Vd. comunicarme la confirmación de la elección que de mi persona se han servido las demás emigraciones hacer para el puesto de Delegado del Partido, he de decir, con verdadera humildad, que no me enorgullece porque pudiera parecer testimonio de un renombre personal agigantado por nuestro carácter entusiasta y benévolo, sino porque lo que en mí se ha servido elegir esa Delegación es el deber del hombre esclavo de batallar, hasta perecer, por sacar a su pueblo de la esclavitud, y el vehemente respeto del hijo de un país por la libre opinión y el derecho garantizado de sus compatriotas.—Y ofrezco a esa Emigración no descansar en el cumplimiento de mi deber, ni en el empeño de que todos los actos con que preparemos nuestra república tengan, a la vez que la rapidez y sigilo necesarios en tiempos de guerra, todo el espíritu y todos los métodos republicanos.

Saludo a Vd., señor Secretario, con mi más distinguida consideración.
Patria y Libertad.

El Delegado,

JOSÉ MARTÍ

7

A GERARDO CASTELLANOS

[Julio, 1892]

Amigo querido:

Sólo unas líneas para decirle que encargo a Poyo le suministre fondos, y escribo a Vd. definitivamente por el correo del martes.

Hoy me tiene muy atareado la picardía española. ¡Cuidado con su Cónsul! Acá están preparados sin creer en expediciones inmediatas—a fingir que creen, para provocarnos persecución, y quitarnos con ella recursos y crédito. Vigilo.

Perdone la prisa a su amigo verdadero,

JOSÉ MARTÍ

8

A JUAN BONILLA

[Julio, 1892]

Mi muy querido Juan:

Excuse a un manco la prisa. Para desmentir la malignidad voluntaria del artículo del... de hoy sobre la organización de nuestro partido, necesito reunir inmediatamente a los Presidentes y Secretarios de los Clubs: ¿dónde puede hallarse durante el día el buen Miguel González y el Presidente de los Pinos Nuevos?

El mensajero que lo quiere mucho, espera la respuesta. Un recuerdo a Jerónimo y a Manuel.

Su

JOSÉ MARTÍ

DE *PATRIA*, NUEVA YORK

30 DE JULIO DE 1892

CARÁCTER

CARÁCTER

Los hombres superficiales, que osan juzgar de un pueblo extraño por sus leyes escritas y por la apariencia, desmentidas en la oposición del carácter real y las costumbres; los hombres ilusorios, que creen que la masa varia y viva de un pueblo inteligente y férvido, sediento de libertades, puede ir siendo guiada a la sordina, sin representación y sin franqueza, como vadeaban la colonia en la intriga menuda del ayuntamiento nuestros regidores tímidos; los hombres medrosos, o necesitados de puntal, hechos a la vida por permiso y a la altivez graduada, que no se sienten con cintura para ver cara a cara el trabajo verdadero, y la semilla de la muerte; los hombres soberbios, que en sí miran el tipo y la cumbre del mérito humano, y se aman y se contemplan, y duermen con casaca y almuerzan pavo real, y se niegan a reconocer en los demás la originalidad y entereza que no hallan en sí propios; los hombres imitativos, puestos por el engaño literario de la política teórica en choque con la verdad cruda de la política natural,—pueden creer, con el testimonio de su naturaleza incompleta, que es buen modo de adquirir nacionalidad el declararse sin las condiciones suficientes para conquistarla; que un pueblo que se hizo a sí mismo puede respetar a un pueblo que se confiesa incapaz de hacerse por sí; que una república de hombres altivos, que van hasta el exceso del desdén en la fuerza y contento de su dignidad, creará justo repartir por igual los derechos locales de una porción de la república que no vino a la libertad con el mismo sacrificio y la misma prueba que las otras, ni los derechos nacionales de un Estado de la nación que entra con títulos inferiores y limosneros a formar parte de una federación soberbia, compuesta de derechos iguales, y cuyas porciones menos felices y más pobres son precisamente las únicas que han entrado en la unión sin la autoridad y el derecho de la guerra. Pueden creer los hombres ilusorios, los hombres medrosos o necesitados de puntal, los hombres soberbios, los hombres imitativos, que un pueblo

fuerte y complacido en su primacía, que aborrece la raza libertada clavada en sus venas, tratará como igual, y reconocerá paridad de soberanía, a un pueblo mínimo, de población heterogénea, donde entra por mucho la raza aborrecida, que con el respeto que inspire su bravura, y enfrente la codicia ajena ante las naciones vigilantes, podrá apenas equilibrar el desdén histórico, y en cierto modo merecido, con que le mira un pueblo cuya ambición empieza ya a superar a su magnanimidad.

Los hombres generosos, y de alma futura, que en su evangélico deseo, y concepción celeste del mundo, prefieren la inmersión, pacífica sólo en la apariencia, de su pueblo levantisco y malcriado en una república diversa, sin tiempo ni voluntad para contemplaciones, a la conquista de la dignidad entera por medio de la sangre; los hombres urbanos y administrativos que en los quehaceres indirectos de la ciudad, y en el roce continuo de las capas burocráticas, no han tenido ocasión de conocer la verdadera alma criolla, depurada en la guerra y en la emigración; en la pobreza que en la isla ha seguido a la guerra, el alma criolla que funda en la roca y en la arena, e inspira al comerciante que paga a la patria el diezmo de su fortuna; al novio que deja el matrimonio para después de la pelea, al anciano que lega sus tierras a los héroes de su patria, al general que se sienta a aprender, mientras espera, el oficio de envasador, a la esposa que se prepara en el destierro para los años en que el marido esté sangrando por la libertad, a la viuda que educa para la guerra a sus tres hijos;—los hombres desconfiados, con desconfianza patriótica y en buena fe, de la capacidad de los cubanos, vistos por ellos fuera de los campos de batalla y del destino que los han hecho capaces, para regir con orden un pueblo que viene a la vida con menos odios y con menos trabas que las que dificultaron la amalgama de los mismos Estados Unidos;—los hombres entusiastas que, en su aborrecimiento a la tiranía, admiran sin examen suficiente las instituciones del pueblo norteamericano, sin ver que ellos no han logrado impedir la conversión del yanqui demócrata y universal en el yanqui autoritario, codicioso y agresivo, y que las instituciones no son más que el reglamento de los derechos, que han de amoldarse al pueblo donde rijan, y lo trastornan más que lo sirven cuando no se conforman de primera mano a su naturaleza, los hombres generosos, y de alma futura, los hombres urbanos y administrativos, los hombres desconfiados, con desconfianza patriótica y de buena fe, pueden suponer, por noble voluntad o desconocimiento del problema en que opinan, que el cubano habituado a su propio ejercicio, y conocedor de la libertad y de su fortaleza, se avendría

al trato distinto, y a las formas extranjeras de una liga innecesaria, con un pueblo cuyos peligros interiores y dificultades propias son ya tales y tan visibles que no parece cordura en verdad, para librar a Cuba de los problemas que va resolviendo por sí, traerla a la anexión con un pueblo en cuyo seno, ensangrentado ya día sobre día, se plantean con ira formidable problemas mil veces más graves que los problemas cubanos. Pueden los hombres benévoloos o impacientes, creer que una naranja crece bien en un manzano, o que el mejor modo de salvar el dedo de una quemadura es echar todo el cuerpo a la llamarada.

Pero los hombres que por el trato franco y largo conocen cuanto queda aún de república y humanidad en el yanqui embriagado por la victoria funesta sobre sus hermanos mismos y el crédito fácil que la siguió, y en el separatista meridional, que en la sumisión al triunfo del Norte, robustece su simpatía por los países oprimidos; los hombres que en el codeo desinteresado con la masa común y las estirpes cultas de los Estados Unidos advierten cómo es en todas ellas condición dominante el respeto de sus virtudes viriles, y el desdén de los que no las poseen; los hombres que, en el crisol de la guerra y en la fornalla del destierro, han visto fundirse, en lo que tienen de humano e idéntico, los factores distintos, y en apariencia opuestos, de la población de Cuba, y crearse por el esfuerzo del trabajo y el ejercicio gradual de las prácticas republicanas en los pueblos libres de una raza y otra; un cubano suficiente, padre de sí propio, celoso de sus ínfimos derechos, acostumbrado al roce del derecho de los demás, airado sólo cuando lo suponen incapaz los cubanos menos probados, fuertes en cuerpo y en alma para conquistar la libertad y para mantenerla,—esos saben que hay un modo mejor, y único, de asegurar la ayuda y el respeto de los Estados Unidos, y la libertad local, que verían como propiedad suya desde que hubiera nacido de su concesión graciosa, en vez de nacer de nuestro esfuerzo.—Y este modo eficaz, demostrado en ocasiones solemnes y fraternales en la visita a un Estado de la Unión por revolucionarios francamente opuestos a la anexión imposible e innecesaria, es enseñarse ante los Estados con todo el coraje y toda la razón de hombres.—El hombre hecho, desestima al que no sabe hacerse. El pueblo que tiene fe en sí, desdeña al pueblo que no tiene fe en sí. Un pueblo que desdeña a otro, es amigo peligroso para el desdeñado.—Ni hay, para salvar del fuego propio el dedo, que echar el cuerpo entero en la ajena quemadura.

A G O S T O / 1 8 9 2

- 1. A JOSÉ DOLORES POYO**
- 2. A SERAFÍN SÁNCHEZ**
- 3. A FERNANDO FIGUEREDO**
- 4. A GERARDO CASTELLANOS**
- 5. AL PRESIDENTE DE LA CONVENCIÓN CUBANA**

A JOSÉ DOLORES POYO

Agosto, 1892

Sr. José Dolores Poyo

Amigo mío:

Las notas van de carta, aunque ellas no le puedan agradecer como quisiese yo su cariñosa carta última, ni ese bello y levantado artículo de *La Excursión Política*, que se lee y se relee, y ha gustado acá mucho, como que le salió modelo de generosidad y de moderación. Déjeme que no le hable de mí, y que a vuelapluma, al pie del tren—que tomo para desviar la asechanza española a que las notas aluden—, le ruegue muy encarecidamente lo de que se quite todo asidero a una reclamación que estaba ya andando a nuestra salida del Cayo, y a que dio ocasión principalmente la recomendación pública de la compra de armas. Tenemos aquí hoy españoles nuevos, y que quieren y pueden acreditarse, porque tienen energía y talento, sobre todo si nosotros les damos la masa hecha—que no se la daremos. Vd. allá conoce el patio y sabe cómo resguardarse. Lo unjo guardián. El Gobierno español está decidido a probar combate en la primera oportunidad, y mueve la prensa que nos es amiga, y el Gobierno de Washington, que no nos es amigo. Fijémonos, pues, en que tenemos delante un enemigo invisible y poderoso. Quitémosle esta vez razón, con la supresión inmediata de todo acto punible, y *toda prueba de allegamiento de armas*. Importa, por lo menos, que no les demos asunto antes de haber desvirtuado, con los comisionados y manifiestos, y nuestra obra creciente, la fama de ligereza e invasión que fomentan ¡quién dijera! en Cuba mismo, algunos de los que pasan por eximios revolucionarios.

A Gerardo,⁶ vea si me le da los fondos cuanto antes.

El de Oriente ya hace una maleta económica. Es hombre de reserva, decisión y cultura, que no es de allí pero ha andado por allí.

¿Cómo podré salir de aquí tan pronto como deseo? Saldré y daré a Gómez su encargo. Traeré un episodio conmigo. ¿De dónde pudo sacarlo de duda de originalidad? Estoy en el manifiesto inglés, aún más importante, por la situación actual, que el otro, que le sigue.

Arrecia la intriga autonomista, que ve venir la guerra y quiere hacerse, en Cuba y afuera, de los elementos populares. Ya piden por más de un camino el respeto y la paciencia de la emigración, so pretexto de servicios ocultos revolucionarios que conocemos bien de cerca los que no tenemos nada que hacer con la revolución.

Ni un instante más tengo, y empleo el último en darle un cariñoso adiós.

Su

JOSÉ MARTÍ

2

A SERAFÍN SÁNCHEZ

2 de agosto [1892]

Sr. Serafín Sánchez

Amigo muy querido:

Montado en un relámpago le escribo, porque hoy es día de gran tarea, y no sé cómo dejar hecho todo lo que requiere mi atención en el corto plazo que me he impuesto para recomenzar el viaje. Lo que Vd. me dice azuza mi prisa, y salgo en cuanto vea fuera de prensa los manifiestos que preparo, y creo ya indispensables. Yo doy mucha importancia a lo de Haití, pero veré modo de visitar a Gómez sin pérdida de tiempo. ¿Qué más he de decirle? Todo lo llevo al paso a que por allá fuimos juntos. Acá, hallé el peligro, que a toda costa hemos de evitar, de la intervención de este Gobierno en nuestras cosas, intervención que no hemos de provocar con la menor indiscreción nuestra, sobre todo en lo referente al armamento y ejercicio en público. No debemos, al empezar, ganarnos, ni en Cuba ni aquí, fama de indiscretos. El Gobierno español está plenamente dispuesto a la reclamación. Por nuestras lí-

⁶ Gerardo Castellanos.

neas, si no nos salimos de ellas, no se nos puede entrar. Yo escribo a Roloff sobre esto. Vd. vigíleme allá. Lo peligroso, a puertas cerradas. Por eso apresuro el manifiesto en inglés. Toda la prensa seria habló aquí de nosotros, esta vez con especial favor. Continuemos mereciéndolo.

Sobre Angel Guerra.—Cuidado en la Convención.—Recuerde la impresión que nos hizo a todos.—De Santo Domingo escriben a Justo Sorio contradicciones visibles. No está de más toda prudencia; y como que ya se ha cacareado mucho, por sus movimientos, su actitud de invasión, importa, por lo menos, desviar esos rumores con su quietud aparente.

Yo le escribo. Complete allá la obra. Escribiré también a Calderón, a quien ha de decir que sentí muy de veras no verlo.—Sale, y esto guárdemelo de Guerra, el comisionado al Oriente.—Ya negocio el de Camagüey, y otro—excelente y de arraigo—para la Habana. De las gentes de la Habana que andan por acá, es grande el respeto. Les asombra, sencillamente, lo vasto y seguro de nuestra organización. De mucho más tendrán que irse asombrando. ¿Por qué Gerardo no me ha mandado las firmas? De gran efecto habría sido ya, y de gran respuesta, su inmediata publicación. Nunca hicimos cosa más grande, ni más oportuna. Que no se nos demore.—Alivieme a Bello, que tiene ahora más quehacer que nunca; contribuya a dar objeto y entretenimiento al entusiasmo de los clubs, que podrían decaer sin ocasiones frecuentes y gratas de reunión; vele porque no demos asidero al enemigo en lo de preparar ostensiblemente, con actos o palabras, la invasión armada de un país que está en paz con éste; dígamele a Gerardo que espero su aviso. Y a Abelar, el del hotel, visitemelo y dígamele que por este correo le van los \$50 con que salda sus gastos la Delegación, junto con los de la Comisión Roloff en los días que retardó su salida por razón del Delegado.

Nada le diré aquí, porque callado es más enérgico y bello, de lo que tuviera que decir a mi noble compañero de viaje. Nada, sino que esos días los recordará siempre con orgullo y ternura este amigo de Vd.,—y de la ejemplar Pepa.

Uno su carta a las notas del cuaderno. Y quedo preparando el viaje.

Su

JOSÉ MARTÍ

Serafín. No va hoy el encargo. Va el jueves; se me va el correo. Su

JOSÉ MARTÍ

3

A FERNANDO FIGUEREDO

2 de agosto [1892]

Sr. Fernando Figueredo

Amigo muy querido:

Dejo a las visitas conversando entre sí, para ocupar este instante en ponerle recibo del acta valiosa que completa mi derecho al próximo viaje. ¿A qué hablar del pasado, cuando queda aún tanto que hacer en lo porvenir? Aquí me tiene ordenando todo, de modo que me permita salir sin trastorno. Ya tengo comisionado para el Oriente, y en la Habana se me agencia en estos momentos el del Camagüey. Yo, por mis hilos, atiendo a la Habana, por donde crecen la curiosidad y el respeto. Lo que hallo delicado, como tenía que ser, es el asunto de intervención del gobierno norteamericano en nuestra organización armada. El gobierno español tiene establecida formal protesta, y busca prueba en que fundarla. El correo aquí abre oficialmente la correspondencia del Cuerpo de Consejo, y hubiera detenido los fondos recientemente enviados, si hubiese hallado pruebas en las cartas de que se destinaban a la compra de armas. A todo estoy. Pero ayúdenme de allá con su discreción. Por eso apuro el manifiesto en inglés. La prensa alta de acá, por fortuna, nos ha tratado, en todo lo de esta vez, con extraordinaria consideración. Todo lo podemos hacer, menos ostentación de la organización armada, y almacenaje público de armas. El respeto de este país nos es indispensable, y posible, y lo perderíamos justamente con alardes innecesarios. Al público, lo legal. Que no nos tomen prueba escrita de estar allegando armamentos contra España.

Apresurado le hablaré de A. Guerra. Acá han traslucido, y sacado a la calle, algo de su misterio, por lo que, de todos modos, y dado lo indispensable de su quietud, ruego que no se justifique, y que se desvíe la curiosidad que ha excitado. Ni he de recomendarle la gravedad de ponernos en peligro de fracasar en lo más por acelerar lo menos. Ya allá nos lo dijimos todo. Eso es hoy, con la red que tendemos por allá, más importante que ayer. Dejo eso al patriotismo vigilante de Vds. Las exhortaciones de Gómez robustecen la determinación de espera que convinimos en tomar, y que nuestro comisionado estará explicando por allá

dentro de pocos días. No he hallado, por supuesto, quien reemplace a Teodoro; pero va lo mejor. Lo que Vd. me dice bastaría para hacer imposible su viaje; y lo de Cordero, que no ha salido de mi pensamiento, me prueba cuán grande es la perspicacia pública, y cuán natural y acertado es lo que haremos, pues parece natural y acertado a todo el mundo.

No le diré cuánto hago, sino que no me alcanzo para arreglarlo todo en 10 ó 15 días, y emprender el nuevo viaje, durante el cual, por muchas noblezas que vea, no veré más que las que vi al lado de Vd., y en la propia casa de Vd.,—y en Vd. mismo.—Quiera y desee fuerzas, a su amigo,

JOSÉ MARTÍ

4

A GERARDO CASTELLANOS⁷

4 de agosto de 1892

Sr. Gerardo Castellanos

Gerardo querido:

Entra, para los trabajos finales, el comisionado que, si no ha despertado ya sospechas, va a la Habana con objeto especial; y quiero que esta carta quede esta noche en el correo. ¿Qué le tengo que decir? Explique la grandeza, la extensión y la energía del Partido. Recalque hoy que, como con Vd. en Las Villas, está organizando la Isla entera. Conózcame todos los elementos revolucionarios de Las Villas, y los hombres e ideas locales con que haya que combatir. Ordéneme los elementos revolucionarios, de modo que en cada región quede un núcleo, y queden en concierto y al habla los núcleos de las diversas regiones, y todos en ellos en comunicación regular,—procurada por ellos para evitar riesgos,—con el Delegado. Y si cabe, abra fuentes de fondos, donde haya hombres para esto, y no los haya para más. A Lagomasino, explíquele bien el plan del Partido, para que con la esperanza de cosa

⁷ Gerardo Castellanos Leonart, primer comisionado enviado por Martí a Cuba, después de constituido el Partido Revolucionario Cubano. Véase la biografía de este notable e íntegro patriota, escrita por su hijo, señor Gerardo Castellanos, con el título *Soldado y Conspirador*.

Hay lugares de esta carta en los que van puntos suspensivos. Corresponden éstos a falta de texto, por hojas perdidas o dañadas por el tiempo.

mayor, refrene su impaciencia noble. Mándeme la dirección de Cuba a que, con disfraz suficiente y sólo para Vd. claro, pueda mandarle algún nombre más, y la dirección mía que hayan de poner a las comunicaciones.

Que va adelante la tarea de allegarnos la voluntad de los españoles. Que no maltratemos, ni excluirnos, a los autonomistas que quieran venir a nuestro campo, y a quienes miramos ya, y hemos mirado, como soldados de la independencia, mal aprovechados por unos cuantos políticos incompletos, desconocedores de las fuerzas prácticas y problemas verdaderos de la Isla, y más amigos de la autoridad fácil e intrigante que del sacrificio necesario. Que estos mismos políticos, aun cuando no puedan mudar de carácter, estarían y deben estar a nuestros ojos, limpios de pecado, hasta la reincidencia, con el mérito de decidirse, al fin, a declararse independientes. Que no procuramos, por pelear innecesariamente contra el anexionismo imposible, captarnos la antipatía del Norte; sino que tenemos la firme decisión de merecer, y solicitar, y obtener, su simpatía, sin la cual la independencia sería muy difícil de lograr, y muy difícil de mantener. Que de ningún modo queremos promover, ni una guerra parcial de arriba, que deje sin representación suficiente a los elementos populares sin los cuales es imposible, ni en Cuba ni en parte alguna, la revolución,—ni una guerra parcial de abajo; que para hacerse de prosélitos, contraiga compromisos inmorales y funestos con unas clases de la sociedad contra otras, y con las incultas contra las cultas. Que esto propalan picaramente, de miedo a la revolución, los que desean hallar excusa a su inacción o cobardía, o temen, por no haberse significado a tiempo, quedarse sin parte bastante de autoridad y gloria en una guerra que no han querido ayudar,—o evitan, satisfechos con su gloria pasada, cumplir hoy con el deber que su reputación y su historia les imponen;—pero que esas acusaciones,—que en su conciencia saben ser inmerecidas,—de demagogia, anarquista o negra,—lo mismo que la de los peligros de la revolución militar, de que es nuestro Partido mentís vivo,—no son más que excusas que inspira el miedo a tener que cumplir con su parte de deber en la revolución. Y sobre todo, Gerardo, acorraléme esa revolución hipócrita, a que acudirían en último extremo los políticos incompletos si les falla, como les está fallando, su tentativa despreciable e impotente de anexión, esa revolución hipócrita, sin la verdad y fuerza revolucionarias suficientes para su triunfo, sin la cordialidad y moderación y equidad indispensables para mover la guerra y para ganarla,—y cuya hipocresía ya sabe Vd. que tiene en Las Villas el único jefe que en toda la Isla simpatiza de ve-

ras acaso con revolución semejante. Predíqueme, sin ira, pecho a pecho, el peligro de entrar, a la loca y sin fin, en esa revolución de última hora, *que no quieren ordenar los mismos que tienen decidido valerse de ella en último recurso*, y no llevaría a la guerra más preparación que la presuntuosa e insuficiente del villareño a que aludimos,⁸—y no el país, generoso y pleno, que preparamos nosotros. Cérqueme ese peligro, el peligro de que esta mala revolución, con el caudillo conocido, se nos coma Las Villas. Ni me lo irrite, ni se me le entregue. Alcele los obstáculos que son necesarios y justos, pero cariñosamente, y por el bien del país, sin darle razón para que se dé por perseguido o excluido, puesto que no lo puede ser ni debe serlo, sino de modo que la entrada en nuestro campo le sea fácil luego, sin que tenga derecho para alzarse de él por el pretexto de enemistad o de mal trato. Este es punto principalísimo de su misión; porque ya es grave hoy, y sus consecuencias, caso de ir mal atendido, serían mucho más graves mañana. Vd., por supuesto, verá allá el jefe que tiene pocas paces con éste, y casi tanto crédito como él, y le seguirá de cerca las pisadas.

De personas ¿qué le diré? Eso Vd. lo conoce mejor que yo. Puede decir que de Las Villas es de donde, personalmente, he recibido pruebas más numerosas de la preparación del espíritu público a la guerra. Holguín y Baracoa no están flojos por Oriente; pero pruebas menudas, son muchas las que he tenido de Las Villas. De Sagua sé menos, aunque Emilio Núñez, si Vd. lo vé allá, o yo lo veo aquí, nos dirá la verdad, y sé que en el ingenio de Rafael Alfonso hay un viejito muy útil y dispuesto, y más gente del campo que él conoce. A Carrillo, por supuesto,—que no sabe de mí lo que pudiera y ha solido mostrármese reactio,—dígamele mi corazón y mis hechos, y mi viaje a Santo Domingo, y la disposición de Gómez. De Sancti Spiritus y Villa Clara, Vd. sabe más que yo. Pero si he de decirle de Cienfuegos. Creí al principio que allí sólo mostraba simpatía decisiva el elemento humilde de la población, donde hay verdadero entusiasmo, aunque no sé si Federico Zayas, que tiene tienda cerca de C. (Cruces) y su influjo en Puerto Príncipe, es tan fervoroso como me lo pintan, ni si Luis Yero, que está en las milicias y dice tener, y suele enseñar, 200 rifles, es hombre de fiar y de tino, todo lo cual verá Vd.

A Las Villas, a la dirección que Vd. me diga, le enviaré la lista corregida que quedó en traerme hoy Agapito Loza, joven excelente, amigo de Rousseau, el que estaba en *La Verdad*, y cuyo nombre no saco

⁸ Marcos García.

al público porque su pureza y juicio pueden luego sernos allá útiles, junto con la aparente humildad de su discretísima persona. Loza conoce en Gienfuegos su buen grupo de quince, de persona propia. Pero a mí me consta, por otros, que en el campo hay mucha y franca disposición; que a Patria se la arrancan de las manos, y la leen como un oráculo; que un dueño de finca, hombre de peso, bajó a la ciudad a ver qué había de cierto, y a ofrecer su ayuda y la de su gente; que todo el central "Manuelita", con su dueño Reguera a la cabeza, sigue nuestro movimiento con ansia, y se declara ansioso de la revolución. Véame a este Reguera.

.....que les acerca la Isla, que de la revolución independiente, que se las aleja. ¿Ni cómo ha de convenirnos, ahora que empezamos con la forma vasta y nueva, que nos enseñe ante el país como meros parlanchines, y capaces sólo de esfuerzos insuficientes, como los desacreditados ya, y por donde saben que la Isla nos tiene temor, la misma Isla revolucionaria?

Muy bien tramada venía la persecución, y yo le he cortado los primeros hilos; pero de allá es de donde me han de ayudar, para no dar *hechos* que permitan al enemigo probar su afirmación. ¿Si todo lo podemos hacer, y con este país de nuestro lado, a qué comprometerlo todo por exterioridades que no suponen capacidad ni prudencia?

De la manifestación firmada le hablaría, pero ya la espero, y con verdadera ansia, porque por ella tendrá todo su valer el manifiesto del Partido al país, que el no tener la manifestación ha demorado, y porque ella favorecerá la obra de los comisionados.

De la comisión de Vd., ¿necesitaré decirle algo que ya no hayamos hablado? El espíritu de todo, el espíritu continuo, lo que me ha de llevar en toda forma y a toda hora el entendimiento receloso de nuestros mismos amigos,—y de los más valiosos, puesto que con esos mismos recelos demuestran serlo—es que, a la vez que movemos cielo y tierra

Pocos hombres, amigo Gerardo, pudiesen llevar a cabo con éxito la misión que le he echado encima, porque pocos han aprendido la necesidad de dirigir el valor, y de unir al entusiasmo por las ideas nobles el conocimiento menudo e implacable de la naturaleza humana. Vd. lo junta todo, y yo anhelo para mí el tacto y el juicio con que sé que reunirá Vd. a todos los elementos útiles de esas Villas decididas y bravas.

Lo ofendo con más discursos. Véame consumido del ansia, y tráigame noticias que me pongan contento. Yo, en su ausencia, procuraré ser digno de mi comisionado.

Su

JOSÉ MARTÍ

5

AL PRESIDENTE DE LA CONVENCION CUBANA

Delegación del Partido
Revolucionario Cubano

New York, 6 de agosto de 1892

Sr. Presidente de la Convención Cubana

Señor Presidente:

Ocupado en este instante en desviar la persecución oficial que en la esperanza de hallar pruebas de la organización armada visible y allegamiento de armas hostiles a país amigo, ha entablado ante el gobierno del Norte la representación española, quedame sólo tiempo para anunciar a Vd. que, con el valioso auxilio de los datos que la Convención añadió a los que de esa y otras regiones conocía la Delegación, sale dentro de dos días de New York el enviado discreto e inteligente que ha de recorrer, sin pérdida de un día, el Departamento Oriental, y trabajar por fundir en uno los movimientos varios, y por desdicha independientes, que ya se notan en aquella región, y ligarlos con los demás de la Isla por nuestra acción común. El enviado lleva noticias de las personas de realidad con quienes ha de avistarse en las cabeceras; explicará a los núcleos nacientes la ayuda que les preparamos, y la importancia de relacionarse entre sí, y relacionarse estrechamente con el movimiento general; creará centros revolucionarios en los lugares donde no existan, siempre en acuerdo con la labor que haya hecho en la región y los que la llevan adelantada; y volverá a nosotros con todo el conocimiento que necesitemos para auxiliar con inteligencia el movimiento de aquella región, y ligarlo con la organización de la Isla.—Otros comisionados hacen, o harán, al mismo tiempo una obra igual en las demás regiones.

aprovechando allí el mismo plazo que afuera se necesita para cerciorarnos de la organización militar, y dirigirnos, con la autoridad de nuestras fuerzas conocidas, a los elementos extraordinarios y más vastos a que no tenemos aún derecho a acudir, en tanto que no sea pública la plenitud de nuestra organización.

La Convención se valdrá sin duda de cuantos medios estén a su alcance para que su acción sobre los elementos con quienes está relacionada convenga con la del enviado que sale a llevar y traer cuenta exacta de la situación. El acercamiento rápido de nuestras fuerzas, y la posibilidad de intentar con ellas una revolución triunfante, hacen más urgente hoy la necesidad de impedir que se nos malogre. El enviado no va a entibiar sino a extender. Esperemos de su viaje sólidos resultados.

Saludo a Vd. señor Presidente con mi más afectuosa estimación.

El Delegado

JOSÉ MARTÍ

DE PATRIA, NUEVA YORK

6 DE AGOSTO DE 1892

1. LAS EXPEDICIONES, Y LA REVOLUCIÓN
2. ANTE LA TUMBA DEL PADRE VARELA

LAS EXPEDICIONES, Y LA REVOLUCIÓN

Ni el material atrasado, ni el atareo en cosa mayor, dejan a *Patria*, en días en que es ilícito dormir, tiempo para reseñar en este número, como hubiera querido, los acontecimientos, no todos de naturaleza pública, que acaban de sellar la organización, larga y firme, de los cubanos revolucionarios. Ni el riesgo de los habitantes de Cuba, y el sigilo indispensable en una obra revolucionaria viril, permiten, por dar miel a la vanidad, que se saque al público lo que se ha de quedar para la almohada; puesto que ya es hora de que de todo revolucionario se pueda decir lo que de uno de ellos dijo en la Habana un jefe de policía, y fue que “aquél era el único criollo que no se le había entregado por la boca”. Ni en el estado delicadísimo de composición en que aún andan, y en la guerra después han de andar, los elementos revolucionarios de nuestro pueblo, sería perdonable poner ante el enemigo los modos con que los vamos componiendo, ni comprometer nuestra propia obra con el alarde de un triunfo que sólo será verdadero cuando la previsión de unos cuantos sea confirmada por la continua y unánime justicia. No nos hemos de manchar, ni hemos de entorpecer nuestro progreso, con la glorificación de una victoria entre nuestros propios elementos, que supondría tras sí la mortificación de los vencidos, ni con la lisonja funesta a uno solo de nuestros factores, que crearía mañana en la república un peligro mayor que el que nos empeñamos en desarraigar. La república, sin secretos. Para todos ha de ser justa, y se ha de hacer con todos; pero no llegaría al triunfo, o llegaría envenenada, la república que, por apetito de auxiliares, prometiese en la sombra de la candidatura lo que no puede ni debe cumplir a la luz de la victoria. Levantarse sobre intrigas, es levantarse sobre serpientes. En revolución, los métodos han de ser callados; y los fines, públicos. A su hora, y por su

propia majestad, irá enseñando el Partido Revolucionario sus conquistas. Por ellas se verá que no rehuye el cubano acaudalado trabajar por su patria con el cubano pobre; que no vuelve el español bueno y liberal a disponerse a clavar, por el delito de aspirar a crear en las Antillas casa libre al padre, el pecho de sus propios hijos;—que el respeto de un pueblo extraño y poderoso, nunca obtenido por la súplica arrodillada, se consigue, amplio y apasionado, por la determinación visible de lograr la libertad, y la visible capacidad de unir y administrar los elementos suficientes para lograrla;—que los héroes que compraron sus grados en la campaña de la independencia a pura herida, saben a la vez pelear contra el enemigo como militares, y amar y mantener la república como ciudadanos.—República ha sido la Florida el mes último, donde quiera que viven cubanos; república donde bullían los hombres enteros con sus ilusiones encendidas y sus esperanzas guardadas, con los recelos penosos de la verdad social y aquel dolor del destierro y pasión de la patria donde los celos se descuajan y confunden:—y es lícito decir que pocos pueblos pudieran exhibir mayor cantidad de virtudes constructivas, y menor cantidad de elementos de desorden. Cuanta grandeza necesitamos, cuanta abnegación necesitamos, cuanta sagacidad necesitamos, tenemos.

Y ¿habría de reducirse toda esta obra formidable de creación. esta tarea total y meritoria de incluir en el levantamiento del país la mayor suma de componentes de él, este propósito fundamental de ligar en una revolución amplia y sincera los factores de antecendencia o hábitos opuestos que pudieran luego malograrla o entorpecerla, este afán de ensanchar la revolución inevitable de modo que se asegure el apoyo de los que pudieran vengarse de su parcialidad con el desvío propio de los que nada esperasen de ella,—habría de reducirse esta obra ordenada y filial, que baja hasta las raíces de un pueblo para ir creciendo con él hasta las alturas, esta obra de violencia actual que se compone de manera que ahorre violencias posteriores, esta obra dispuesta, en lo posible humano, para evitar al país, de manejo complicadísimo, los azares de una aventura o el frenesí del entusiasmo,—en una mera calorada de mozos; en una barcada más, de las que carga la ceguedad o la presunción, y descarga el descrédito o el cadalso; en una racha de invasores, sin más bandera que un nombre simpático, y sin el plan cuidadoso que los patriotas verdaderos deben a un país que no tienen el derecho de pertur-

bar hasta que no cuenten con las probabilidades de salvarlo? ¿Habría de caer el Partido que condena expediciones aisladas e insuficientes, y todo lo que no sea la obra de conjunto que necesita nuestro país heterogéneo, y a la vez decidido y reacio, en una expedición aislada e insuficiente? ¿Habría de comprometerse, por el prurito culpable de una expedición personal, la obra nacional y definitiva de la revolución? Para librar al país de lo imprevisto se fundó el Partido Revolucionario Cubano; para someter la aspiración patriótica al bien y voluntad del país, y no para ponerse, so pretexto de gloria, encima de él; para recoger, con mano justa y benigna, los hilos que deja sueltos, al azar o a la desesperación, la incapacidad melindrosa de unos y la paciencia mirífica de otros; para tenerle tesoro y política a la isla, el día en que desbandados de nuevo sus hijos, necesiten, en el destierro y en el bosque, de un tesoro que abrevie el sacrificio, y de una política comprensiva, sin miedos ni adulaciones, que hermostee y acelere la guerra, y contribuya a la paz de la victoria. El Partido Revolucionario Cubano se fundó y prospera, con el fuego intenso e indómito del apostolado, para allegar con orden y cariño, dentro y fuera de Cuba, todos los elementos necesarios en la guerra de independencia a que va forzosamente un país cuya necesidad urgente de vida es mayor que las condiciones falsas, inestables y vergonzosas de existencia que le crea una metrópoli floja y hostil. De los enemigos de la aventura está hecho el Partido Revolucionario Cubano; y no de aventureros. Lo que la Isla mande, se hará. Y pronto. Y bien. Y se está haciendo. Pero esta curiosidad de que los vigilantes más celosos del porvenir de Cuba pudiesen ser, precisamente, los que lo comprometiesen con una intentona parcial y gloriosa; esta maldad de que los que quieren ahorrar a Cuba dolores y sangre innecesarios fueran, precisamente, los que sin consejo ni derecho ni oportunidad abriesen a la loca las fuentes de sangre; esta nimiedad de que los que conocen hombre por hombre el país cubano, y saben cuán difícil es adelantar con alguna ventaja su composición, fueran, precisamente, los que, por un renombre histórico que ya no necesitan, o por una veleidad de gloria a que no tiene derecho un cubano honrado, precipitasen el país a la descomposición de que, solos en el desconcierto político y en las varias formas de la cobardía patriótica, pretenden salvarlo; esta niñez de que los revolucionarios probados de Cuba, empeñados hoy en gran mayoría en la nueva revolución, arriesgaran su obra de conjunto,—la obra de fundar por una guerra imprescindible una república viable,—con la calaverada marcial, o la racha ambiciosa, de una ex-

pedición insuficiente y vocinglera,—sólo puede ocurrir, en verdad, a un buscapárrafos callejero de la prensa noticiosa, o a los agentes que España tiene a sueldo para levantarnos dificultades por el mundo, o a los cubanos culpables, en las cosas de la patria, de ceguera voluntaria o de candor supino.—Para la patria nos levantamos. Es un crimen levantarse sobre ella.

2

ANTE LA TUMBA DEL PADRE VARELA

Escribe de San Agustín a un amigo de *Patria* uno de los pocos y excelentes cubanos que han levantado un hogar próspero en la ciudad de San Agustín, ensangrentada hace tres siglos por el frenético y terrible Menéndez, y venerada hoy para el cubano, porque allí están, en la capilla a medio caerse, los restos de aquel patriota entero, que cuando vio incompatible el gobierno de España con el carácter y las necesidades criollas, dijo sin miedo lo que vio, y vino a morir cerca de Cuba, tan cerca de Cuba como pudo, sin alocarse o apresurarse, ni confundir el justo respeto a un pueblo de instituciones libres con la necesidad injustificable de agregarse al pueblo extraño y distinto que no posee sino lo mismo que con nuestro esfuerzo y nuestra calidad probada podemos llegar a poseer: los restos del Padre Varela.

“Han llegado, querido Comandante—dice la carta—y se han ido con nuestro corazón. En la mesa de trabajar nos sorprendieron, y todo lo dejamos gustosísimos, este puñado de compatriotas que aquí somos, para demostrar al querido Martí y a sus compañeros el entusiasmo con que desde aquí seguimos su obra de resurrección. Me conmovió, Comandante, al preguntarles dónde querían ir, oírles decir: “Antes que todo, a la tumba del Padre Varela”: y allí fuimos, bajo el sol abrasador: la visita se la contaré con la palabra de uno de nosotros que no sabe mucho de letras, y dijo que le parecía que estaba vivo el Padre. El domingo fue entero para la patria, primero en el almuerzo de casa de Marín, que con todo su patriotismo estaba menos satisfecho que su esposa, que es norteamericana; luego recibieron los huéspedes la visita de la comisión de recolecta para el monumento del Padre Varela, que habló largo con los visitantes, y dejó en sus manos el plan de procurar más sumas para el monumento y perfeccionar el proyecto de él; después hubo conversaciones de trascendencia, con la prensa y la médula de

esta ciudad, cuyo senador propuesto se sentó a la mesa de los visitantes; y luego, en un abrir y cerrar de ojos, oyéndole a Martí la historia de lo hecho y la urgencia de lo que hay que hacer, levantamos, con todos los cubanos que somos aquí, el club “Padre Varela”: Marín lo preside, y Hardoy es el secretario; ustedes nos ganarán allá en número, pero a cumplir con nuestro deber, no van a ganarnos: porque aquí estamos de guardia, velando los huesos del santo cubano, y no le hemos de deshonorar el nombre. Muy contentos hemos estado, contentos como pocas veces en la vida, con la visita de estos patriotas puros; pero además les estamos agradecidos, porque se han captado el respeto de todas las personas de valer de la ciudad que los pudieron tratar, y el nombre cubano, que no está aquí desacreditado, ha tenido con esta visita poder bastante para despertar entusiasmo y arrancar ofrecimientos espontáneos a los hombres del país que le pueden ser útil, y que hablan hoy de los visitantes y de Cuba con un respeto que nos es muy agradable oír. Yo sí creo, Comandante, que han vuelto los tiempos grandes”.

A G O S T O / 1 8 9 2

1. A SERAFÍN BELLO
2. A GERARDO CASTELLANOS
3. A SERAFÍN BELLO
- 4-5. A JOSÉ DOLORES POYO

A SERAFÍN BELLO

[Agosto, 1892]

Bello querido:

A muchas cosas tengo que responder. Déjeme callar por hoy antes de entrar en batalla. Estoy como el viejo del cuento francés, muy galán en el salón mientras le duraba el colorín y los perejiles, y hecho una cáscara en su cupé en cuanto le pasaba la juventud del artificio. Pero ya ha vuelto el sol, y con la salud, preparo respuesta, aparición escrita y razonada del Partido, exposición ante el Norte en su propia lengua, convite general privado a todo lo bueno, y lo útil y lo inevitable, de afuera y de adentro. En este instante estoy rendido del trabajo del día; pero Ud., quedará contento de quién tanto le quiere, de quién le recuerda mucho a sus criaturas, de quién se queja de no haber visto en largo tiempo letras de Vd., de su

JOSÉ MARTÍ

A GERARDO CASTELLANOS

[Agosto, 1892]

Gerardo:

No se enoje, ni pase frío. Yo no sé cuándo acabaré este trabajo de hoy. Yo creo que me dan las doce aquí, escondido, si no un poco más. Yo quisiera que Ud. se me quedase hasta mañana para tener todo un día necesario con Vd. Acá lo espero, a eso de las doce y media, hasta la una.

Déjeme salir de la pesadilla y quédese.

Su

JOSÉ MARTÍ

3

A SERAFÍN BELLO

[Agosto, 1892]

Mi buen Bello:

Los dedos se me quejan, y la oficina está llena de peregrinos que no quieren ver que el sábado es mi mayor día de atareo; pero yo tengo por allá ese corazón bueno, y me parece que es pecado, aunque no tenga al frente la última carta suya, no decirle que en este pecho flojo no se me le apaga la amistad. Al vuelo le diré que ya vería por *adelante*, *juntos*, que tomé nota seria de su aviso, allí y en algo más; que vale la pena la carta de Messonier, y hablaré de ella; que para los caracteres de *Patria*, y en esto no hay excusa, le pido uno que Vd. haya visto de cerca: el de un desterrado tal vez, el de un héroe, el de una heroína humilde del destierro. Sáqueme una página del corazón. Demos de nuestra sangre, si sirve de riego.

Adiós, hay mucha visita. Pienso en su Carlos. Pienso muy a menudo en él.

Su

J. MARTÍ

4

A JOSÉ DOLORES POYO

[Agosto, 1892]

Poyo querido:

Estas líneas con la prisa de siempre. La carta está en ésa al Consejo.

Sáquele el partido que crea justo, que se empiece a oír algo de ellos, que es cuanto se puede ahora. Yo, aceptando idea de Messonier, veré por enviar prueba de simpatía. Salgo mañana para Filadelfia; mas el sábado soy

JOSÉ MARTÍ

5

9 de agosto de 1892

Sr. José Dolores Poyo

Amigo querido:

Las comisiones me han llevado el día entero y lo que va de noche. Escribo tendido a Castellanos. La carta de nuestros valientes me es indispensable, para que sobre la fuerza de ella, que a tantas picardías y miedos responde, tenga el manifiesto al país toda la importancia que debe. Urjamela, si por desdicha aún no hubiese salido.

Lleva el comisionado a Oriente, que empezará por Holguín, instrucciones amplísimas adaptadas a la situación. Sartorio, por mis informes, pasa públicamente como conspirador. Puedo asegurarle que, contra lo afirmado, ni en Santiago ni en Baracoa existe hasta este instante, según personas recién venidas con informes y cartas, conexión alguna con lo de Holguín. El comisionado las establecerá, y los pondrá juntos. Le ruego, y a Fernando, que escriban a Holguín, a Sartorio, anunciando que va el comisionado, quien se le ha de presentar con el nombre, supuesto por de contado, de Peter McFarland. ¿Y la clave?

Insisto en que evite toda manifestación pública de carácter armado, o formaciones con armas, o depósito de armas notoriamente cubano, o compras sueltas con destino conocido, a nosotros. Está en pie la reclamación oficial. La policía vigila aquí los clubs de ejercicio, que he suspendido, así como telegrafiado a Tampa que suspendan todo ejercicio de armas con objeto visible. La red está bien tendida, y no hemos de caer en ella. Extraoficialmente he protestado ante el Gobierno.

Sin tiempo para más, ni aun para acusar recibo de las comunicaciones del nuevo y gallardo secretario, de quien espero muy buen servicio, quedo contento del ferviente y fraternal espíritu de la reunión de los clubs de ayer. Su amigo cariñoso,

JOSÉ MARTÍ

Sírvase decir a Calderón y Guerra que anhelo tiempo para escribir.

DE *PATRIA*, NUEVA YORK

13 DE AGOSTO DE 1892

1. EL "EVENING TELEGRAPH" DE FILADELFIA.
UNA ENTREVISTA SOBRE CUBA
2. LA REUNIÓN DE LOS CLUBS
3. DE TAMPA

1

EL "EVENING TELEGRAPH" DE FILADELFIA

UNA ENTREVISTA SOBRE CUBA

El "*Evening Telegraph*" de Filadelfia publica una alocada entrevista sobre cosas cubanas, a propósito de lo que un corresponsal le escribe de la Habana sobre anexión, en que se da a la Isla como muerta de ansias, del calcañal al cogote, por el beneficio de la unión en métodos políticos con un pueblo de antecedentes, naturaleza, clima y métodos políticos distintos, que ha manejado su propia república de modo que lleva en las entrañas todas las soberbias y peligros de la monarquía; se habla, con falta de hidalguía, de la dicha enorme de vivir sentado en la comodidad de New York contemplando la estatuilla de Bolívar; se cuentan, a modo de vieja amedrentadora, los cuentos terríficos de las graves heridas y miríficas hambres que pasarían los expedicionarios en Cuba; y se expresa, con rabia pueril, la cólera con que el hombre incapaz y soberbio ve la victoria de los ideales que no tiene la virtud de ayudar.

Y en los instantes mismos en que los jefes cubanos residentes en el extranjero, los generales y subordinados de los distintos departamentos en las dos guerras, se reúnen por su voluntad, en una fiesta gloriosa en Key West, a declarar, por documento espontáneo dirigido al Delegado electo del Partido Revolucionario Cubano, a un Delegado que no pudo aún cargar armas, su adhesión al Partido que "tiene por objeto—según el artículo 3º de sus Bases—reunir los elementos de revolución hoy existentes, y allegar, *sin compromisos inmorales con pueblo u hombre alguno*, cuantos elementos nuevos pueda, a fin de fundar en Cuba, *por una guerra de espíritu y métodos republicanos*, una nación capaz de asegurar la dicha durable de sus hijos"; en los momentos en que el Delegado electo por el sufragio de las emigraciones acaba de recorrer un Estado norteamericano, con el respeto entusiasta y expreso de sus autoridades y de sus hombres de influjo, en compañía de dos generales famosos de la guerra, y un periodista en cuya noble e indómita persona se representa la emigración que trabajó tanto el gobierno español por divorciar de la emigración donde reside el Delegado del Partido; en los momentos en que un caudillo ilustre, esperanza y guía de las armas cubanas, a quien la grandeza del corazón aconseja más alto que la pequeñez de los celos, dice que "quiere volar, para ayudar a esos hombres"; en los momentos, verdaderamente sublimes, en que los hombres enteros

deponen, ante la gran ocasión y la política viril y sincera, todas sus soberbias, todos sus cansancios, todas sus desconfianzas,—osa, el de la entrevista, mentir sobre “las querellas, los celos, las divisiones entre las fuerzas patrióticas de los Estados Unidos”,—asegurar, contra el admirable testimonio, que “nuestros hombres son buenos, pero todos de mero impulso, y hombres sin fijeza”: ¡sin fijeza, los hombres que pelearon diez años sin sueldo; y luego otro sin sueldo; y luego han preferido el trabajo nómada e infeliz del extranjero a los provechosos de la gloria arrependida; y ahora, después de veinticuatro años todavía, dejando mujer e hijos y hacienda, “quieren volar, para ayudar a esos hombres!”—¡Por ahí anda un agujero de culebra!

El de la entrevista, con inexactitud patente, benévola exageración, e ira mezclada de un respeto sincero, que el aludido de seguro agradecerá, dice así, a propósito de un cubano algo conocido. “En él, al creer de muchos, tenemos una especie de Parneli. El es grande en otras cosas, como orador, y como poeta, y como literato en general; pero es excesivamente visionario. En catorce años de ausencia de Cuba no ha podido observar los cambios que en ella han tenido lugar. Es muy noble de parte de él consagrar su vida a la cultura y elevación del negro cubano; pero sería error suyo el favorecer el armamento de expediciones cuyo resultado no puede ser más que el derramamiento inútil de sangre, y un régimen aún más terrible”.

De seguro que el cubano aludido sería menos de lo que es, y pecaría por ceguedad e involuntaria traición, si en su pueblo de varios factores, en vez de dedicarse a la mejora de todos ellos, y a crearles condiciones de vida equitativa y pacífica, se dedicara parcialmente a la cultura y elevación de uno de ellos. De seguro que, para demostrar que conoce muy de cerca los cambios que han tenido lugar en Cuba en estos catorce años, basta a ese cubano saber que el hombre de color en Cuba es ya ente de plena razón, que lee en su libro y se conoce la medida de la cintura; sin que necesite que del cielo blanco le caiga el maná culto, porque él se afina y levanta por sí propio, sino que los cubanos blancos, para evitar a la patria el malestar continuo que pudiera parar en parcialidad justificable y peligrosa, den, en la verdad de las costumbres—que es lo que hace ese cubano algo conocido—el ejemplo de la igualdad que enseña la naturaleza, confirma la vida virtuosa e inteligente del cubano de color, y sólo está hoy de disfraz en falsas leyes. Al que murió por mí, yo le digo: tú eres mi hermano. Al que tiene todos mis vicios, y todas mis virtudes, yo le digo: tú eres mi hermano. Al que viene de más

abajo que yo, y sube por su inteligencia y por su honradez y por su abnegación tan alto como yo, yo le digo: tú eres mi hermano. En Cuba no hay que elevar al negro: que a prorrata, valgan verdades, tanto blanco necesita elevación como negros pudiesen necesitarla. En Cuba, por humanidad y previsión, hay que ser justo. ¡Saben tan poco de Cuba estos corresponsales que escriben de la Habana, sin conocimiento de las casas humildes, que se hermosean y crecen; de la pasión de la libertad, que acorta diferencias y pone el amor al derecho, y el cariño a los que lo defienden, por sobre el recuerdo del color; del respeto tierno y profundo del cubano blanco de la guerra a su fiel y heroico compañero negro; del bienestar notable, aunque inferior a su amor a la libertad, del liberto laboriosísimo de Oriente, pieza ayer de conuco, y hoy señor de su labranza, con su caballo de buen jaez, y su ropa bruñida, y la escuela montuna, pagada por aquellos africanos a porfía. ¿Ni qué saben, los que se pasan la vida sombrereando al dueño, y sobornando a pícaros, entre cien mil ñáñigos y cincuenta mil damiselas, y comandantes y alféreces de estrambote, qué saben de la rebelión sorda y enérgica entre la gente viril, callada y chispeante, de su propia ciudad; de la bravura y dolor de la isla entera, dormida sobre el filo del sable de la guardia civil, y sin maíz que comer ni café que beber; qué saben, torpes e ingratos, de las tormentas que han desviado de sus cabezas en estos últimos años, desde sus sillones cómodos de New York, los que no conocen los cambios que en estos catorce años han tenido lugar en Cuba; qué saben, los que ven el mundo con la frialdad del mármol que pisan, y la estrechez de los adornos calados de la barandilla del bufete, de la sublime alma cubana, viril y piadosa,—del sublime espíritu del hombre, en que se funden todas las condiciones y colores,—del sublime africano de Key West, el maestro Miguel...: “Lo que el padre no puede volver a hacer, lo harán los tres hijos, y si no hacen los tres hijos lo que hizo su padre, no son mis hijos?” Acaso es lícito atreverse a asomar, con todo comedimiento, la respetuosa insinuación de que, en la hora de desorden político y miseria colérica de Cuba, pudieran el africano Miguel, y los tres hijos del africano Miguel, ser más útiles que los corresponsales, que cara a cara de la unión gloriosa de los elementos de la revolución, mienten a sabiendas sobre su desunión, y los desacreditan ante el país cuyo respeto es indispensable para cualquiera de las soluciones de la patria. Pues ¡bellacos!: si los cubanos que en la hora de crisis subieron a la cabeza del país activo sólo son hombres “de mero impulso”, hombres “sin fijeza”, hombres “de querellas, de celos y de divisiones” ¿qué esti-

nación ni miramiento han de tener los Estados Unidos por un pueblo cuyos mismos naturales denuncian así, como ineptos y voltarios, a sus hombres representativos?

Y sobre el error que cometería el cubano conocido “favoreciendo el armamento de expediciones cuyo resultado no puede ser más que el derramamiento inútil de sangre, y un régimen aún más terrible”, es de lamentar que el opinante que intenta dar voto sobre los hechos y las personas de la emigración, los conozca tan pobremente que no sepa que la historia política del cubano a que alude no tiene tema más vivo que su constante prédica de una organización revolucionaria que sustituyese la guerra fuerte y ordenada de acuerdo con la Isla, ya que es inevitable la guerra, a los esfuerzos personales, parciales y locales, insuficientes y funestos;—que no sepa que la actual organización revolucionaria, compuesta en gran parte de cubanos llegados de Cuba en estos últimos años, “que conocen los grandes cambios que en Cuba han tenido lugar”, es el resultado, espontáneo y unánime en las emigraciones, sin cartilla ni bolivarada de nadie, de la convicción de la ineficacia de las expediciones sueltas, y de la necesidad y posibilidad de una guerra total y enérgica, con política amplia y justa, y con hacienda bastante; que no sepa que toda la emigración cubana, con tanto entusiasmo como en los días de Agramonte y Céspedes, y con más orden y experiencia, está hoy, sin excepción de un solo cuerpo o entidad revolucionaria, organizada en el Partido Revolucionario Cubano, el que en el artículo 2º de sus Bases, propuestas por encargo de la emigración de Cayo Hueso, y proclamadas unánimemente por las emigraciones cubanas y puertorriqueñas el 10 de abril de 1892, dice así:

“Artículo 2.—El Partido Revolucionario Cubano no tiene por objeto precipitar inconsideradamente la guerra en Cuba, ni lanzar a toda costa al país a un movimiento mal dispuesto y discorde, sino ordenar, de acuerdo con cuantos elementos vivos y honrados se le unan, una guerra generosa y breve, encaminada a asegurar en la paz y el trabajo la felicidad de los habitantes de la Isla”.

Eso manda hacer el Partido Revolucionario Cubano; y como es de gentes honradas, eso se hace. Suelen salirle a la política sus parricidas y ladrones, que se ponen de representantes del ideal que aborrecen, y con la autoridad y los recursos de él lo minan y descomponen, para ofrecer luego a un postor apetecible su cadáver. Como traidores se mirarían sin duda los representantes del Partido Revolucionario, y traidores serían, si de público, y por su código expreso, prometiesen al país “no

precipitar inconsideradamente la guerra en Cuba, ni lanzar a toda costa al país a un movimiento mal dispuesto y discorde”, y en privado, con las fuerzas y el crédito obtenidos por esta declaración, preparasen el modo de “precipitar inconsideradamente la guerra en Cuba”. No cabe la isla en un puño; ni las revoluciones son obra de joyería, que salen a hora fija, con todos sus tornos y lustres, del troquel del joyero; ni la guerra que la isla se diese, o decidiera ella precipitar, podría o debería dejarse sola, ni se quedaría sola. Mas la guerra que el Partido Revolucionario Cubano tiene el deber de encaminar de modo que se acomode a la realidad del país, y componga sus elementos a fin de que convivan en la guerra y después de ella en equidad y concordia, ésa no saldrá en diarios, ni se echará a la mar con bocinas, a que la traiga del narigón un barco ajeno, ni caerá en un rincón de monte, donde el enemigo preparado la acorrale, ni se alzarán hasta que no la aclamen y respeten los mismos que pudieran combatirla. De modo que cuando el opinante se entretenía en suponer que pudiera estarse favoreciendo expediciones “cuyo resultado no puede ser más que el derramamiento inútil de sangre, y un régimen más terrible”, el periódico *Patria*, repitiendo las afirmaciones del Partido desde su aparición, y reasumiendo las declaraciones del Delegado del Partido en las ciudades mismas denunciadas como el sitio de la expedición, decía el día 6 de agosto:

“Pero esta curiosidad de que los vigilantes más celosos del porvenir de Cuba pudiesen ser, precisamente, los que lo comprometiesen con una intontona parcial y gloriosa; esta maldad de que los que quieren ahorrar a Cuba dolores y sangre innecesarios fueran, precisamente, los que sin consejo ni derecho ni oportunidad abriesen a la loca las fuentes de sangre; esta nimiedad de que los que conocen hombre por hombre el país cubano, y saben cuán difícil es adelantar con alguna ventaja su composición, fueran, precisamente, los que, por un renombre histórico que ya no necesitan, o por una veleidad de gloria a que no tiene derecho un cubano honrado, precipitasen el país a la descomposición de que, solos en el desconcierto político y en las varias formas de la cobardía patriótica, pretenden salvarlo; esta niñez de que los revolucionarios probados de Cuba, empeñados hoy en gran mayoría en la nueva revolución, arriesgaran su obra de conjunto,—la obra de fundar por una guerra imprescindible una república viable,—con la calaverada marcial, o la racha ambiciosa, de una expedición insuficiente y vocinglera,—sólo puede ocurrir, en verdad, a un buscapárrafos callejero de la prensa noticiosa, o a los agentes que España tiene a sueldo para levantarnos dificultades

por el mundo, o a los cubanos culpables, en las cosas de la patria, de ceguera voluntaria o de candor supino”.

Pero, ¿a qué tomar, en verdad, tanto espacio para castigar esta entrevista? El *Evening Telegraph* la comienza diciendo que es de “un amigo fiel de España”.

2

LA REUNIÓN DE LOS CLUBS

Ni el calor, grande y enfermizo, de una de las más penosas noches de este verano, ni el error en las señas cometido a la vez en las citaciones privadas de los clubs y en el artículo mismo de *Patria*, privó de la gran concurrencia y el singular lucimiento a la reunión con que los miembros de los Clubs de New York decidieron saludar la vuelta del Delegado del Partido Revolucionario. Del salón henchido tenían que retirarse los retrasados. De pie en el salón sofocante, con aquel orden de milicia y placer de sacrificio por donde se conoce la proximidad de los grandes tiempos, con aquel cariño fraternal y juicioso porque es bella y fuerte, de Chicago a Jamaica, la organización revolucionaria, oyeron el saludo viril del presidente, y la narración con que el Delegado le contestó, los que, fiados en viejas costumbres, no llegaron a la reunión a hora de silla. De pie, en el calor mortal, los jóvenes fervorosos, y los santos ancianos.

Del presidente Juan Fraga, cabeza del Cuerpo de Consejo de New York, fue el único discurso de saludo, en nombre de los Clubs, y *Patria* no puede por razones de cercanía personal, poner aquí los términos calurosos, de pláceme republicano, con que los Clubs de New York, por labios de su representante, encomiaron la obra de vigilancia e indulgencia, de allegamiento y ensanche, de fuerza y de afecto con que a juicio de los clubs atiende a su deber el Delegado del Partido Revolucionario. Ni puede *Patria* copiar aquí el párrafo elocuente y generoso en que habla del Delegado un general ilustre, y con el cual cerró el sentencioso presidente su discurso.

¿Intentaremos siquiera dar idea de la narración de su viaje reciente con que el Delegado contestó a la presidencia, narración que, con ansia y entusiasmo especiales, aguardaban los clubs? No lo intentaremos; porque aquellas horas de gozo robusto y palabra verdadera fueron como

el ferviente resumen de los elementos, problemas y peligros de nuestra patria. De sí propio nada nos contaba el Delegado, sino de sus ilustres compañeros; de la fraternidad de nuestros jefes, de que iban dando muestra en el viaje dos generales de una misma comarca, el glorioso Roloff y el cultísimo Sánchez; del tesón magnífico, grave elocuencia e irreductible alma cubana del revolucionario en quien se han hecho carne viva las virtudes de creación, vigilancia y fe del incólume Cayo, del cubano de “El Yara”, José Dolores Poyo. Y con ocasión de las recepciones innumerables con que el Cayo dio premio leve, a pesar de su grandeza, a los servicios insignes y desinteresados del héroe villareño; de la pasión patriótica con que, en la muestra de treinta y cinco clubs nuevos, respondió el Cayo a la visita de Roloff, y a su discurso eficaz, de alta política y vivas verdades; del noble convite en que se juntaron, a la voz de los comerciantes generosos del Cayo, los héroes de nuestra guerra y el representante del Partido que con ellos ha de renovarla; de la unificación del Cayo entero, con todas sus clases y todas sus fuerzas, en un solo club patriótico, con una sola fe, y el mismo fin, y métodos iguales; de las virtudes, públicas y privadas, de aquellos cubanos, de que, en lenguaje conmovido, nos mostraba seductores ejemplos; de la llegada a Tampa, con las ancianas en fila, las viudas y las huérfanas, y a la cabeza, en silencio, las banderas de Lares y de Yara; de aquel banquete de recepción de los hospitalarios tampeños, donde la presidencia no se dio a nadie, porque, bajo la bandera cubana que lo orlaba, se dio al retrato de Céspedes; de aquellos corazones y casas, y cortesías del municipio, y escuelas prósperas, y la asamblea de los talleres; de aquella visita, franca y sin ambages, abierta y sin lisonjas, en respuesta al convite de las fábricas españolas, de las fábricas donde imperan,—con nombre impropio, por los excesos encubiertos con él,— los partidarios de las novedades más adelantadas, en la batalla del hombre confuso por la plena y definitiva libertad; de aquella conmovedora procesión de los españoles liberales, nuncio innegable de tiempos extraordinarios, en que, tajando la sombra con sus estandartes blancos, se proclamaron aquellos cientos de liberales españoles, partidarios y hermanos, como hombres que son, de los cubanos decididos a poner en Cuba al hombre en condiciones de libertad y de decoro por la independencia de la patria; con ocasión, en fin, de las demostraciones significativas y continuas de los norteamericanos en la pintoresca y rica Ocala,—del mérito de los cubanos que allí alzan una ciudad, y el crédito de su país,—de la visita a la tumba venerada de Varela, y el valer y hombría de los

cubanos de San Agustín, de las familias ejemplares de Jacksonville y de su buen club nuevo, de la despedida silenciosa de aquellos tres compañeros que en una agitada peregrinación no le mostraron una sola de las pequeñeces que suelen deslucir la virtud humana; con ocasión de aquellas escenas domésticas, de aquellas fiestas de las escuelas; de aquellas pinturas de la naturaleza donde el hombre cubano prueba su virtud ante el pueblo que lo debe conocer porque fuera peligroso que lo llegara a desdeñar,—analizó el Delegado, con estricta claridad, todos los casos políticos de nuestra patria, todas las fuerzas con que los podemos resolver, y los peligros peculiares, por nuestra constitución viciosa colonial, que hemos de esquivar, y reemplazar por el desarrollo previo y vigilante de nuestras virtudes.—Allí la guerra pasada, y la amalgama, a la par violenta y heroica, de sus elementos.—Allí las causas de la caída, la reconstitución de las emigraciones defraudadas, con el contingente de los héroes descontentos; la constitución de la isla después de la guerra, que creó un país nuevo, que hay que mover con recursos distintos y mayores, y fines más precisos y visibles que los que lo movieron en el entusiasmo fácil y rudimentario de la primera guerra.—Allí el análisis, para todos claro y satisfactorio, el análisis cordial e indulgente, con cuantas causas los explican y excusan, de los tres fenómenos pasajeros de la política de Cuba: el anexionismo, el autonomismo, y el anarquismo.—Allí, en resumen que dejó impresión hondísima, los elementos políticos actuales del pueblo cubano; las escuelas políticas, confusas y remediabiles, en que hemos de caer, por los excesivos hábitos coloniales de unos, y la aspiración vehemente de los otros a la práctica de la libertad; la importancia de abrir la república a todas las ideas para que el clamor de la idea desdeñada por autoritaria o revoltoso no trastornase, con el poder de aquella parte de naturaleza humana de que es forma en la política cada partido, la república que al desconocer un partido cualquiera, reprimiría en él sin éxito una expresión de la naturaleza humana; y la urgencia, y deber supremo nacional, de impedir que la revolución surja, por los deslumbramientos de la novedad o la fuerza de las malas costumbres, sin la concordia sincera y equilibrio de todos los elementos indispensables para el éxito de la guerra, y la paz y prosperidad de Cuba. Pero acaso habló el Delegado con emoción más honda, y fueron más dilatadas y entusiastas las aclamaciones, cuando describió, con filial recogimiento, la mesa de héroe que proclamó espontáneamente, en torno al representante electo por el sufragio de los emigrados, la adhesión de nuestros jefes ilustres, de nuestros mutilados impenitentes, a los pro-

pósitos y métodos democráticos y la plena política revolucionaria del Partido; cuando describió, con fervor humanitario, la manifestación de los españoles liberales de Tampa, que fue victoria sin sangre, en pro de la independencia de Cuba; y cuando, con los ejemplos de virtud que iba pintando, observados al azar en su excursión, proclamaba, con fe comunicativa, la entereza y capacidad creadora del pueblo cubano.—La levantada fiesta, de que no nos es lícito decir más, acabó, como en un abrazo, en una recepción animadísima.

3

DE TAMPA

EL GENERAL ROLOFF

Ya está, allá en Tampa, abierta la casa de negocios de nuestro general Roloff; y debió sentirse el hombre valiente como con grado nuevo, de aquellos que sólo da en la milicia del mundo el carácter domado, cuando el sol, que le alumbró tantas veces su línea de batalla, lució por primera vez, en la tierra extranjera, sobre sus humildes mostradores: ¡grande es el general que se manda a sí mismo! ¡Grande, el general hecho a mandar, que obedece la ley de la vida! Por supuesto que es obligación llenar de compras la casa del héroe que tuvo en Cuba otro negocio próspero,—y lo dejó detrás, sin volverse a mirarlo, para ir a pelear por nuestra independencia.

NÉSTOR L. CARBONELL

Con pena patriótica nos escribe de la querida y valerosa Tampa el señor Néstor L. Carbonell, padre del Club "Ignacio Agramonte" y factor siempre visible en los trabajos patrios, a fin de que de público conste, como a *Patria* por testimonio personal constaba, que la ausencia del distinguido compatriota de las festividades cubanas en los días de la excursión reciente del Delegado del Partido Revolucionario y de sus compañeros, se debió a sus angustias domésticas, que eran muchas entonces, por la enfermedad de cuatro hijos. Vana es la pena del amigo de Tampa, que en verdad se desvive por ayudar a la conquista de la independencia que, en los días de la juventud, mantuvo a campo abierto con su propio brazo.

HUELGA

Que hubo provocación intencional. Que se quiso hacer pagar cara su virtud a los españoles virtuosos. Que, sin saber que hay en el mundo cubanos agradecidos, se pretendió quitar el pan a los españoles liberales que se proclamaron amigos de los cubanos que defienden la libertad. Que se intentó, so capa de españolismo, forzar a los españoles a acorrallar y asediar, por la culpa de su fe republicana, a sus hermanos de país y de dolor. Que, con las mañas viejas, se procuró excitar al cubano impaciente, y hacer caer sobre él, en la ciudad donde impera por su mérito, el descrédito del escándalo. Y al fin: que la provocación fue desdeñada, que los cubanos demostraron su decisión de estar con los que les conocen el corazón, que la virtud no ha podido ser echada de la casa. Lucha es la vida, y no hay que rehuirla. Sólo los que se saben sacrificar llegan a la vejez con salud y hermosura.

AGOSTO / 1892

1. AL SECRETARIO DE LA CONVENCION CUBANA
2. A SERAFÍN SÁNCHEZ
3. A FERNANDO FIGUEREDO
4. A JOSÉ DOLORES POYO
5. A GERARDO CASTELLANOS
6. A JOSÉ DOLORES POYO
7. A TEODORO PÉREZ
8. A SERAFÍN SÁNCHEZ

AL SECRETARIO DE LA CONVENCION CUBANA

Delegación del Partido
Revolucionario Cubano

New York, 18 de agosto 1892

Sr. Secretario de la Convención Cubana
Key West

Mi distinguido compatriota:

Viene la comunicación de la Convención en hora oportuna, dándome, entre otros acuerdos de que tomo nota, la nueva, siempre por mí anticipada, de que el Mayor General Máximo Gómez, electo ya—por mayoría que raya en unanimidad—por los revolucionarios de armas que residen en el extranjero para encabezar la organización militar revolucionaria, —se anticipa, con su natural grandeza, en capacidad plena de entenderse con la isla.—y de solicitar y obtener, dentro y fuera, la ayuda necesaria para su emancipación.

El Delegado ve con aplauso que, en auxilio de la armonía conveniente a nuestros delicadísimos trabajos, la Convención ha desistido de enviar a la isla, donde ya están, o están al llegar, los emisarios de la Delegación. Aquí importa decir que el emisario de Oriente debe a estas horas haber tocado ya la tierra de su jurisdicción.

Queda en plena labor, y con el anhelo de realizar sin demora lo que tiene ante sí, y de merecer la aprobación de la Convención.

El Delegado

JOSÉ MARTÍ

A SERAFÍN SÁNCHEZ

Agosto 18 de [1892]

Sr. Serafín Sánchez

Mi muy querido Serafín:

No tengo sus juiciosas cartas delante, en este rincón de Newport, adonde he venido a recostar la médula, ponerme en paz con mi correspondencia, y reformar,—con la experiencia de mis últimas conversaciones con gente de Cuba, y el riesgo que acabamos de correr en las relaciones con este país,—los manifiestos al Norte, que deben seguir al nuestro al país, y el del país, al que quiero que preceda la carta del banquete, que aún, con gran pena mía, no me ha enviado Fernando. Esta demora ha trastornado mi plan de publicaciones en *Patria*, y dificultado un tanto, por ir con viso y argumento menor, las comisiones. ¿Que qué deberes me hallé al venir? Los españoles en gran acecho; los españoles de Cuba, que andan por acá, atentos y curiosos;—los anexionistas, con el pretexto del rumor expedicionario, hechos un pan con los autonomistas, que andan por acá merodeando;—la posibilidad de hacernos de amigos poderosos en la alta política del país;—la poca amistad del Gobierno actual de Washington, en instantes en que parecía posible una reclamación;—la dificultad, aun no vencida en cierta parte, de enviar a Cuba comisiones reales e idóneas;—la conveniencia de utilizar a las personas de paso, *todavía no maduras para cosa mayor*, a fin de que lleven a la Isla la prueba de nuestra acción moderada, *que adelanta sin ellos*, y el mentís de la fama de *invasores y defraudadores* en que de Cuba se nos quiere mantener, con la ayuda alevosa de los pocos malignos que por aquí aborrecen la revolución.—Y aunque los pies me arden, y he de salir por fin dentro de diez o doce días, he querido dejar detrás de mí—las comisiones en operación, la persecución obviada, las fuentes de relación con la alta política abiertas, las emigraciones en la mejor marcha posible. los manifiestos a Cuba y al Norte fuera de la

indirecta también, cerca de los visitantes;—omitiendo, por supuesto, hacerla con quien hubiera podido tenerla por solicitud o debilidad.—Aquí me vine, a este rincón de mar, a componerme, como le digo, el espinazo,

trabajando sin tanta conversación como en New York,—a recoger los últimos hilos de todos esos trabajos,—y luego, por el primer vapor, antes de fin de mes, a Santo Domingo.

Leo y peso cuanto Vd. me dice, y viene muy a hora todo lo que se refiere a Gómez. En este instante de desorden en la Isla,—sin trama de ningún modo bastante, ni confianza general aún, para echarla a la guerra, pudiera ser que, en vez de añadir causa de recelo a los españoles y de esperanza excesiva a los pocos cubanos definitivamente decididos, debamos extender con gran energía callada la organización, sin exponernos a que nos saquen a la obra antes de que ni adentro ni afuera tengamos fuerza para ella. Mi convicción es que, con el estado actual de la Isla, si consiguiésemos en seis meses, agitados por una propaganda recia y graduada en el país, los medios suficientes para la guerra, podríamos intentarla con éxito,—podríamos vencer, por fin. Lo siento en la médula de mis huesos. ¿Cuál es mi objeto? Guiar nuestra política, con energía y sin ostentación, de modo que por el resultado natural y pronto de ella, entre los cubanos y los que no lo son, reunamos los recursos de la guerra antes de que nos la puedan copar los españoles. Iremos graduando presencias y ausencias, de modo que ayuden a este fin, sin comprometernoslo. De Gómez, de quien sólo grandezas espero, hablaré con él mismo, a ver cómo se ajusta su situación a la conveniencia pública, y cómo se organiza *sin demora y sin alarma*.—A los fondos *reales* nos tenemos que ajustar, sin caer en la dificultad de intentar lo que nos tenga después de limosneros, salvando así el primer escollo, que sería el no inspirar respeto, por la excesiva dependencia, a aquellos de cuya ayuda tenemos que depender en toda nuestra obra. Esta es tarea sutil, en la que hay que comerse los nudos de impaciencia; pero se va más lejos con un poco de economía digna y forzosa.

Mejor es ponernos en condiciones que nos ofrezcan,—que mostrar, acelerando gastos cuantiosos, la penuria de que nos han de salvar los mismos que la harán mayor en cuanto crean que los necesitamos para salvarnos de ella. Y en cuanto hayamos salvado este primer paso, y podamos movernos con desahogo,—haremos lo que no debemos aun intentar hoy.—A los poderosos, Serafín, les tocaremos la puerta; pero la amenaza de guerra cercana no basta, como no le bastó a Gómez cuando

tocaremos a las puertas; pero aun estamos viendo, con verdadera dificultad, cómo le buscamos a cada uno el llamador que le pueda hacer responder.—Vd., por ahora, quédeseme allí, inspirando con su determi-

nación y refrenando con su respeto; allí, ejemplo vivo de la doble especie de virtudes por donde se completa el cubano revolucionario; allí, *desmintiendo precisamente con su presencia el argumento feamente usado, y con verdadero éxito, por los autonomistas, cobardes o ambiciosos, y por los revolucionarios arrepentidos*, de que “no hemos aprendido con los tiempos, y queremos invadir el país sin preparación, y lo alarmamos con correrías antes de tener el derecho de alarmarlo con los recursos que puedan bastar a atender a las consecuencias de la alarma”,—y otras lindezas más, muy esparcidas en la Isla, y en la Habana sobre todo, por gente de relativa autoridad,—y por ¡revolucionarios eximios! Por ahora, demos en ese clavo, y hagamos lo contrario de lo que se cacarea de nosotros, mientras ganamos fuerzas y crédito, a fin de que al enseñarnos después en otras formas, se pueda calcular con razón que tenemos más de las que en realidad tenemos.

Vea qué larga va la carta, y no he comenzado a hablarle. Véame angustiado, para que me alcance el tiempo: angustiado, de los muchos deberes, y la certidumbre de que los podría atender, y el miedo de que no estén a tiempo, por desidia o irregularidad, los medios de atenderlos. Véame ansioso de la entrevista con Gómez, que creo preparación definitiva para los trabajos formidables, del invierno.

Y ¿qué le digo Serafín? ¿Quién sabe si dentro de poco tiempo ni desearé, ni pediré, compañero más íntimo que Vd. por estas tierras, a pesar de los gastos y frios, caso de que allá, que de veras lo dudo, se pudiese con los desenvolvimientos, prescindir de Vd.? Déjeme hacer, y graduar. Y crea que anhela mucho entrar en Octubre, y que sólo para su tierra y su mejor servicio vive su

JOSÉ MARTÍ

3

A FERNANDO FIGUEREDO

18 de agosto, 1892

Sr. Fernando Figueredo

Amigo muy querido:

Aquí he estado a esta cilandra del mar, a pocas varas de la playa,

con la marea que me encontré por acá y la oportunidad de corregir errores y sembrar impresiones entre los cubanos transeúntes, así como

la de buscar amigos con que parar el golpe, para nosotros inoportuno, con que quisiesen embarazarnos en la arrancada los vigilantes enemigos. ¿Y esa carta, amigo Fernando, la de las firmas, en que de ningún modo permito se omita la de Vd., y me es indispensable para que salga con todo su valor el manifiesto al país? Vea que ya sólo estaré aquí unos doce días más, ordenándolo todo, y preparando en el trabajo recogido del campo la salud que he llevado en puntales en estos días de azar continuo, en que creo haber ganado más respeto entre la gente del Norte, en lo que cabe y es lícito esperar—haber inspirado a la gente de Cuba más respeto por nosotros y más fe en nuestros métodos, haber impedido una persecución escandalosa y, por lo menos, poco deseable—y haber apretado un poco más los lazos con un país vecino. ¿Qué más puede hacer, con la médula que se trajo molida del viaje, este flaco amigo de Vd.? Ahora, con todo esto de lado, a Santo Domingo. ¿Qué me dice, Fernando, de esfuerzos y sacrificios, a propósito de Gómez? Pero ¿Vd. no sabe, aunque le parezca de mi parte afirmación muy zancuda, que no hay en mi persona una partícula de egoísmo ni soberbia, ni de pensamiento y cultivo de mí propio—que es mi almohada la muerte, y Cuba mi único sueño—y que sólo me tengo y uso para allanarle dificultades y para servirla? Gozo con que me amen; gozo con que Vd. me quiera, y los pocos hombres que valen lo que Vd.; gozo con la amistad y distinción de su noble casa; gozo con la virtud de mis paisanos; y yo, como un niño, me voy, limpio, a la tumba. No es que me muero, porque viviré mientras le sea útil a mi país. Pero siento que las pasiones se han desprendido de mí, como se desprenden al desnudarse, las ropas. No hay en mí un átomo de satisfacción ni de impureza. Yo me veo en el portal de mi tierra, con los brazos abiertos, llamando a mí a los hombres y cerrando el paso a los peligros. Pero así no más me veo; seguro de que me harán morder la tierra los mismos a quienes he ayudado a salvar. Pero sonreiré lo mismo que ahora. Y con esta alma, y seguro que de antemano me la conoce y entiende el bravo viejo, iré, con la firme sencillez de que ya él sabe, a ver al glorioso Gómez. Yo abriré así un cauce amoroso, y los que vengan detrás de mí tendrán que entrar por el cauce.

Ahora, a lo del correo. Desde antes de mi llegada al Cavo, desde la

ton, y creyeron tener la oportunidad que necesitaban, sin que les faltase por desdicha benevolencia en la actual Secretaría de Estado—que con

causa me dice Vd. lo que me dice,—y si bien creo que con continua habilidad podremos obtener más respeto en el Gobierno del Norte del que ahora gozamos, y ayuda—más moral que material—en el pueblo norteamericano, ayuda en que insisto y que preparo, y creo hemos de conseguir, pienso, como Vd., que con el brazo propio, y no más, hemos de obtener nuestra emancipación, y mover a consideración a los que quisieran estorbarla. La excursión por Florida, y la prédica inglesa, y el uso oportuno de la alta prensa de New York, comenzaron a desviar el golpe. Yo no quise a mi vuelta extremar caso público, ya por las aserciones ligeras de nuestra parte que hubiera sido fácil comprobar, ya por no haber querido, hasta tener seguridad plena de nosotros mismos, establecer inteligencias extraoficiales con el Gobierno norteamericano; ya por la certeza de no salir muy bien librado con la actual Secretaría, cuya historia y entrañas conozco. Pero he hecho de modo que donde debe, conste, por gente de peso, nuestra protesta privada, y así he puesto el caso con mi viaje a Washington, cerca de buena gente, y mis entrevistas en New York y Filadelfia. Al llegar la carta que se había entregado a Benjamín Guerra, abierta, y sin razón, aparte de otra recibida en mi oficina y cuyo sobre no se me reservó, fue la que incluía el resultado de la colecta en los talleres, respaldada por R. G. Socorro, 902 Tablas, Secretario público del Consejo en los días de la colecta, y el banderín, cuyo sobre retengo, marcado con los números 57155 y 20301 al frente. Pero creo desviado el golpe mayor, y nuestro manifiesto al país, junto con nuestra absoluta prescindencia de ostentación de carácter armado, completarán por ahora la obra. Del Gobierno, por hoy, no se me ha ocurrido impetrar ayuda; sí del país, y lo estimulo a que le muestre y haga que se le muestre justa amistad, aunque en la variación perceptible de algunas caras rubias del Cayo que Vd. conoce, e iban a bordo, comprendí sin comunicar a nadie mi impresión, que desde antes de mi salida corrían ya por allí vientos contrarios. Pero nos es muy fácil completar nuestra obra sin chocar para nada con la ley del país; y yo, aunque indignado a mis horas, casi me alegro, más que me duelo, de esta vigilancia que nos obliga a la discreción y trabajo callado de que necesitamos dar muestra continua a nuestro país.

Aquí, Fernando, acabo, porque se va el correo. En Juanita he estado pensando desde que comencé esta carta; que muchos han de ser los años que pasen para que pueda yo olvidar a compañera de sus méritos, ni a persona o cosa alguna de su casa. De *Patria*, sólo que no alcanzó a

tiempo el correo. Ya verá qué periódico a la vuelta. De Guerra, celebro que esté allí, donde puede dirigirlo la superior dirección de V. A Teodoro, el martes. Y un abrazo de su

J. MARTÍ

4

A JOSÉ DOLORES POYO

[Agosto, 1892]

Sr. José Dolores Poyo

Amigo querido:

¿Será tiempo ya, ni he tenido siquiera tiempo, de recordarle las memorias, para mí gratisimas, de un viaje ni por un momento deslucido con ninguna de las pequeñeces o malignidades humanas? Esa sí que es la fuente de juventud que buscó en vano el Ponce de León. Llegué, caí, me levanto hoy, tengo la casa llena de gente, aunque hay mucha regada por el campo, y sólo le pongo estas líneas para decirle que la enfermedad no es cosa mayor, que no me alcanzo para ordenar la oficina, las comisiones, el periódico y tanto hilo suelto, y mi próxima ausencia, que tengo necesidad de acelerar mi viaje, que he hallado aquí entre la gente veraneadora de la Habana más respeto y visitas que las que hubiéramos podido esperar; que el Gobierno español parece haber entablado reclamaciones sobre la *forma armada y organización armada visible* del Partido Revolucionario Cubano; que sería grave por el resultado en la opinión en Cuba y aquí, que al nacer diésemos pruebas de incapacidad e indiscreción en cosa tan fácil de evitar; que desde el Consejo exija absoluto sigilo en lo interior de los clubs sobre esta organización, y ejercicio y compra de armas; que no se dé *prueba escrita susceptible de caer en manos del correo avisado que las busca*, de que se están reuniendo armas contra España, que el público aquí habla más de lo que debe de Angel Guerra; y de ahí han venido cartas a él que deberían habersele entregado acá a su venida. Van los comisionados. Publico los manifiestos a Cuba y a los Estados Unidos. Salgo para Santo Domingo. Reprimamos mientras completamos. No demos ocasión, sobre todo, para querella alguna de este Gobierno, donde no tenemos hoy amigos. Especialmente le recomiendo esto último, porque por ahí viene

un peligro. La Convención obrará con todo su juicio en lo de Guerra. Por lo demás, ¿qué le habría de decir que no le pareciera pedantería? Muévame en junto su ejército; no le deje tiempo para fruslerías intestinas. Úrdameles una buena conferencia sobre "El carácter cubano probado en la guerra y el destierro", sobre "Los elementos sociales de Cuba", sobre "Los caracteres indispensables de una República verdadera", sobre tantas cosas y mejores que se le han de ocurrir en su debate entre espontáneo y preparado para después del tema. Prepáremeles una fiesta vistosa, dramática, toda de asuntos revolucionarios; con escenas de la guerra, episodios contados desde la tribuna. Séame regañón en lo de los fondos de guerra; no permita en eso remolonerías. Ya sé que se está pobre, pero ¡es tan poco lo que hay que dar!

Aquí callo, sin darle idea de las múltiples atenciones, de personas y de hechos, que me esperaban a mi vuelta. Todo se hace al mismo paso a que anduvimos por Florida. Otra vez le ruego lo del cuidado sobre querellas con este Gobierno. Róbese horas, y cuénteme. Y crea que es grande y muy grato el cariño que le tiene, después de haberlo visto tan de cerca,

Su

JOSÉ MARTÍ

¿Recibió por Gerardo unos centavos que olvidé devolverle, y me adelantó Vd. en el correr del viaje para gastos públicos?

5

A GERARDO CASTELLANOS

Agosto 18 de 1892

Gerardo querido:

Sólo un abrazo, desde el campo de trabajar en que me sorprende la última hora; y gracias por el honor y consuelo de su carta, y el cariño del retrato, que va con la respuesta de su agradecido

MARTÍ

¡En marcha!

6

A JOSÉ DOLORES POYO

18 de agosto de 1892

Mi amigo muy querido:

Bien venida sea esta carta de la queja, porque por ella le puedo decir a Vd. lo que no había querido decirle por no parecerle lisonjero o pegajoso. Toda la ternura y verdad de su alma he adivinado en sus relaciones generosísimas conmigo; sentía que era como de padre y hermano a la vez el cariño orgulloso con que me velaba: pagaba yo dulce y silenciosamente, confiado en que Vd. me lo adivinaba también, el delicado afecto de un corazón amoroso que pone en el cariño a que se decide, toda la belleza que niega con razón el interés o la vanidad que afean a los hombres. Y fue mi orgullo en todo mi viaje, sin decírselo siquiera en un apretón de manos, ver cómo me crecía alrededor el cariño de Vd. A otros recordaré por esta o aquella virtud; a Vd. no lo recuerdo sólo por lo centinela de su prudencia, por la hermosura y el peso de su palabra, por la realidad y valentía de sus convicciones, por la magnífica rebeldía de su alma criolla, que de la menor sombra se encabrita, y echa abajo al jinete, y sacude soberbias las crines, sino por la capacidad de amar, única que hace al hombre grande y feliz, por su patriotismo y callado regocijo en ver de cerca a un hijo de su tierra que no nació para la mentira ni la vanidad, sino para ponerse de yerba de los que padecen; por el tesoro de ternura que veía manar a mis ojos de un corazón fiero y ofendido que sólo se rinde a la virtud. Y yo, como un muchacho, de la contentura de que me creyese digno de tanto afecto. No mande en mí como un cubano a otro, con el derecho de los que aman lo mismo, y temen lo mismo; no mire en mí siquiera el hombre útil en el instante pasajero, a la patria que se ha de servir, con el poder de cada cual, de los que por cualquier razón la sirven; míreme, aparte de la patria, como un amigo que le leyó la verdad de las entrañas, que conoció la pureza y dolor de su gloriosa vida, la finísima semilla de la fuerza áspera, y que guardará de Vd. siempre la poesía y consuelo

de un afecto de hermano. Y ahora, mándeme mi pañuelo, o regáñeme, como sabía yo sonriéndome que me había de regañar, por haberle devuelto del tesoro público lo que adelantó Vd. para el tesoro público y no veía manera de retener por acá: ¡fueran fáciles, y cortos, los viajes, para ir una mañanita a pedirle el almuerzo de su casa!

Y ya sabe, por el derecho que me da su carta quejosa, quien es Vd. para mí, por hombre entero y delicado amigo, y con qué fuerza y gratitud lo quiere

Su

JOSÉ MARTÍ

7

A TEODORO PÉREZ

[Agosto, 1892]

Teodoro querido:

Estoy rendido de fatigas y contento de la semana que ha pasado, que es tal vez la mejor empleada de mi vida. Déjeme ser hoy silencioso. He echado a andar lo grande y éste es en siete días mi primer momento de respiro. Por allá, ¿qué harán? Ya ve que he puesto a la Florida en tren de pelea, y no soy yo quien la ha de dejar caer, ni Vd. Mientras nos creen entretenidos en estos aparatos, es bueno que de Cuba se oiga y vea como estamos, con la ayuda de todos y del sigilo, en la empresa que cada día veo más probable y feliz.

En la Habana, a la vez que ocupamos ya incesantemente el espíritu público, y no se habla más que de guerra, ha animado (según mis noticias) el despecho por no haber podido sacar la verdad de nuestra prudencia. Lo que importa es que la marea crezca y a eso ayudo yo con algo nuevo cada día; Vds. con fe completa inspírenla... ¿Y cómo iré yo a esperar a M. Barranco? Y los momentos que son de oro por todo lo hecho ya en esta semana, que a estas horas aún no estaría hecho.

A Pepa, que no me puede perdonar mi ingratitud y descortesía, no puedo tampoco demostrarle ahí mi agradecimiento. Escriba sin cesar a

JOSÉ MARTÍ

8

A SERAFÍN SÁNCHEZ

[Agosto, 1892]

Serafín muy querido:

Unas líneas, con el despacio de la cama, donde Poyo me dejó, y en la que me vi en verdadero peligro. Lo dejo todo hecho, y salgo de la cama al tren, a hacer lo que falta. Lleno el cuarto de gente, aquí le envío las dos cartas para Raimundo, y otra para Jané, más la orden de fondos por \$50. Justísimo lo de la señora de Gerardo. ¡Qué extraño el rumor de la Habana! Ya espero ansioso que acabe su viaje. En Nueva York encontré a un comisionado a Cuba. Escribo al viejo; y entramos, Serafín, en el tiempo grande. Acá dejo atadas las almas. Apenas, con la cabeza encendida, le puedo escribir. Y me levantaré, a fundar un club de paz.—Interrumpido desde por la mañana, escribo al vuelo. De Nueva York, largo. Incluyo las notas *a* para Marcos, *b* para Spottorno, y si el *b*, como temo—no lo puedo releer—está confuso, que Raimundo me lo copie con su letra mejor, la de despacio, que no tiene rasgos, y ponga mi firma, a lo que le autorizo; o lleve la copia buena—esto es mejor—sin firma, junto con la copia de lectura. La de Jané, la escribiré del ferrocarril, a que salga sábado, que Vd. enseguida la recoja del correo domingo, y siga.

Adiós, frente ya al pueblo movido. Ya me siento fuerte. Fue brava la caída. Y lo quiere mucho, y a su Pepa, y a esa lealísima casa de Rogelio, y al ejemplar Raimundo.

Su

J. MARTÍ

Poyo tiene la orden para Raimundo.

DE *PATRIA*, NUEVA YORK

20 DE AGOSTO DE 1892

LA RECEPCIÓN EN FILADELFIA

LA RECEPCIÓN EN FILADELFIA

Digna de estos tiempos de obligación y trascendencia, de estos tiempos en que no hay palabra perdida ni acto tibio, fue la recepción con que los cubanos de Filadelfia señalaron la visita a la ciudad del Delegado del Partido. Y fue símbolo de nuestra política de verdad, conjunto y concordia la fiesta de la emigración de Filadelfia, donde los viejos persisten, y ponen en la madurez de su razón el fuego de la juventud; donde los jóvenes, sobrios y enérgicos, los imitan; donde la anciana lleva aún al corazón la escarapela que lució al sombrero libre Ignacio Agramonte: ¡escarapela muy usada!: le ofreció una bordada de sus manos una cubana fervorosa, y se apeó el héroe cortés, y arrancó de su yarey de pelear la reliquia que conserva nuestra anciana fiel: ¡por todas partes, con su mantón sencillo y sus canas queridas, estas ancianas que no se nos fatigan, estas madres que crían a sus hijos para que abran el camino donde la yerba piadosa cubre la sepultura de sus padres, estas viudas de paso firme que de los quehaceres de la casa del destierro salen, con el medallón del esposo muerto al pecho, a acompañar la bandera por que murió, estas madres que en su caja de ámbar guardan la insignia que desafió tantas veces arrogante la bala enemiga! ¿Y hay hombres que se cansan, cuando las mujeres no se cansan? Bastaría les ver aquellos rostros, sentir el calor de aquellos abrazos, recoger la promesa callada de aquellas manos útiles, para que, los que miden la pujanza del país por la escasez e incredulidad de sí propios, entendieran el hecho revolucionario, que es la creación en Cuba de un criollo suficiente y viril, diverso del dudoso y asustadizo que cría en sus pañales ensangrentados la colonia. Unos hombres sirven de puntales, y otros hombres necesitan de ellos. Y los de Filadelfia, sirven de puntales.

A la cabeza de la comisión que se agolpaba a la reja del ferrocarril, a saludar al Delegado que llegaba; y al Tesorero a quien un quehacer ineludible detuvo en New York, iba, con todo el fuego de su fe, y con

su mucha hombría, nuestro industrial Marcos Morales, que a los diez y nueve años, en los grandes ahogos de la emigración, levantaba con dos compañeros el pan de aquella casa donde el cubano leal tuvo siempre mantel y rincón, y hoy, sin más padrino que su honradez y su ingenio, ve premiados con la fama los productos de la fábrica donde viven en hermandad doscientos hombres. A pocos pasos saludaba al Delegado José Ramos, que perdió a su padre, al anciano abuelo, y a dieciocho parientes más, en la guerra primera, a los unos en pelea, a los más, contra una tapia; agujereados por balas asesinas. Y al volver a New York el Delegado, la última mano que apretó fue la de un hombre que ni en una guerra ni en otra, porque peleó en las dos, se movió de su caballo mientras quedó un pelotón con la bandera, y hoy, en la riqueza de su trabajo, aguarda, fuerte de hombros y hecho a mirar de lejos, la hora de que se vuelva a oír por el monte el nombre del comandante Braulio Peña: ¡cubanos que crean, cubanos que recuerdan, cubanos que saben por su persona cómo de la guerra se sale con buena salud! Los que no conocen a estos cubanos temen por Cuba, o los sociólogos de zancos y monóculo que ven a su tierra por sobre el borde del cristal inglés; pero los que les palpan a estos cubanos el corazón, los que les ven hombrearse con la dificultad y centellear con el recuerdo del heroico peligro, los que ven halando de la tarea en el taller al oficinista y al comandante, al fino mulato baracoño y al blanco "que se honra en tenerlo por amigo", al emigrado de familia y letras que pudo cambiar su mesa libre de trabajador por un quehacer más pomposo y lucrativo en la servidumbre habanera, éstos no temen por Cuba.

Apenas tuvo tiempo el Delegado para estrechar tanta mano calurosa, para conocer en cuanto al paso veía las muestras de la obra firme y entera de aquellos cubanos, para visitar el taller, cuidado como una casa de familia, del presidente del Club "Ignacio Agramonte número 3", del victorioso Marcos Morales, que es criollo a quien se saluda con agradecimiento, por el respeto que de todos merece en la ciudad donde vive, porque cuanto le prospera alrededor es la obra de sus manos, porque al cerrar la semana de labor con más júbilo que sus ganancias cuenta dichoso la suma que reparte entre sus compañeros: "este criollo me gana cuarenta pesos a la semana": "este otro me ganó la semana pasada cincuenta y dos pesos", y la luz de aquellas paredes azules cae en los rostros afables de los trabajadores. Marcos Morales es hombre de veras y su casa de terciopelos y nogales, con mucha raíz de hijo en la tierra extranjera, es como aquellas casas pías de nuestro terrón, donde

se le tiene el estribo al desconocido, para que se siente en el taburete de la cabecera, y tome la taza del mejor café. A Marcos Morales le ha alcanzado el tiempo para levantar una fortuna, y para servir a su patria: "de estos hijos que adoro, el único que me parece hijo mío es el que ama a Cuba como yo": y así es que habla de hombre a hombre con la ciudad que lo ha visto crear y lo respeta.—A los que no saben crear, sino gruñir, las ciudades no los respetan.

¿A qué decir que en la sala de la recepción, que es de lo más bello que Filadelfia tiene, era difícil abrirse paso por entre los cubanos apiñados en torno a un mástil donde, como lección oportuna, las banderas que lo ciñen sobre lo alto descansan sobre los rifles que le rodean el pie? ¿A qué hablar de la acogida entrañable; de la familia de tres generaciones, que no ha degenerado, y allí estaba entera, desde la plata de los ochenta años hasta el oro de los rizos rubios? ¿A qué hablar de los vestidos aéreos, y de las niñas cargadas de flores? Con las mujeres hablaremos despacio después, cuando la libertad conquistada por nuestro esfuerzo, para la paz de su vida y el decoro de sus hijos, nos dé el derecho de hablarles; hoy a la luz de sus miradas, y con el ejemplo de sus virtudes ¡sigamos el camino! La mujer ama al hombre valiente: desdeña al cobarde. ¿A qué decir que, en la ciudad donde los cubanos viven, cualquiera que sea su haber y oficio, con la finura y respeto a que está obligado en el destierro todo hijo leal de Cuba, no estaban solos en las fiestas de Cuba sus hijos, sino con mucha y buena compañía de los norteamericanos que han traído al cariño de su causa por la fe y estimación que les inspira la práctica patente de nuestra virtud? Allí, como jefes reconocidos, bullían los ancianos; los jóvenes, con ansioso recogimiento, se apretaban, como para oír mejor; los norteamericanos numerosos atestiguaban con su presencia la simpatía que es dable levantar en un pueblo libre con una conducta viril; los recién llegados de Cuba, cada vez más señalados en nuestras juntas, asistían absortos como a una revelación; y sin razón de miedo ni bochorno, porque estaban en la casa de sus hijos, porque para defender la libertad hasta la muerte no es necesario odiar al que defiende la libertad, tenían allí asiento hermano muchos españoles.

Con la elocuencia de su corazón, que le inspira magníficos arranques, abrió la junta desde la tribuna, ocupada por las directivas de los clubs "Ignacio Agramonte" y "Silverio del Prado", el presidente Marcos Morales, saludado por continuos aplausos. Y no cesó ya la oratoria notable de los que en su palabra saludaban en la persona del Delegado la política

magnánima y activa del Partido; porque cuanto allí se dijo era de oratoria nueva, donde el carácter es más que el fraseo hojoso, y donde la aspiración romántica a la libertad, y la celebración nula de nuestro indiferente azul y nuestros pródigos verdores ceden el espacio a las lecciones útiles, al análisis de nuestros problemas, y al estudio de los remedios con que podemos aliviarnos. La modestia singular de Zamora, el Presidente de "Silverio del Prado" fue sobrado discurso. Era de oír, en su castizo castellano, el consejo del culto Lucena, que repasó nuestros yerros, buscándoles sin ira las razones, y no pedía entusiasmo de flor de humo, ni patriotismo mensual, sino una virtud que calienta día por día, lo mismo que el sol: y una acción tan constante como la de nuestros enemigos: "Como la filosofía química es la política, cuyo objeto es descubrir las transformaciones de las sustancias, y leyes que rigen estos cambios": "Los problemas resueltos a medias, no traen más soluciones que términos medios". Era de oír, como de patriarca, la palabra evangélica, tallada toda en puro pensamiento del anciano que hablaba "cargado de mis propios defectos y de los de los demás", del incólume José González: vibrábale la voz, como a quien clama por madre infeliz; era angustiosa y ternísima su súplica: "¿Qué especie de hombres seríamos nosotros si no cumpliéramos con el sagrado testamento que sellaron los héroes con la propia muerte, ni qué cuenta daremos en la historia a los que nos han de suceder, si no aprovechamos los recursos que nos han legado?" "Y haremos esta cruzada con toda la nobleza que reclama la causa santa que defendemos, sin los odios que afean las mejores acciones, ni la venganza que traspasa los límites de la justicia". Era de oír el arrebató con que, del corazón criado en lo verdadero, saludó Marcos Morales al español Ramón Alvarado, que entre aplausos calurosos subió a la tribuna, no a vocear odio indigno contra la tierra en que nació, ni a prometer cargarse de armas contra ella, sino a proclamar, con palabra tan elegante como conmovida, que en la pelea por el decoro humano, en Cuba como en todas partes, estarán todos los que amen el decoro contra los que lo oprimen; para declarar que el amor a la tierra en que se nació no puede ir hasta las ofensas a la libertad que se cometen en su nombre. Y en representación de sus compatriotas, con elocuencia probada en mucho pase difícil, saludó a los cubanos el pudiente abogado J. G. Scott, no a los cubanos "que esperan inútilmente la solución de sus negocios propios de la caridad ajena, que puede cobrar demasiado caro por lo que dé, como sucede casi siempre con las limosnas que se hacen a una gran hermosura, sino a los que, con la prueba de patriotismo indepen-

diente y varonil de que dan muestra bastante los cubanos de Filadelfia, obtengan por su respeto propio, y el respeto a los suyos, la simpatía y ayuda que les debe todo americano previsor, y todo amigo sincero de la libertad".

Había de responder el Delegado, con tan noble fiesta recibido, a la señaladísima consideración de que en actos y palabras se le rodeaba, a la acogida, no exenta de conmovedora ternura, de que fue objeto; y ni el espacio, ni la moderación natural en lo de la casa propia, permiten describir aquí minuciosamente la viveza con que, en la persona de su representación visible, aclamaron aquellos emigrados la política de cordialidad veraz, de concentración rápida y segura de elementos, de democracia redonda, sin tratos ocultos con el aspirante inquieto o con el soberbio poderoso, con que ordena las fuerzas de la independencia el Partido Revolucionario Cubano. A lo vivo y actual se atuvo en su discurso, puntuado continuamente por aquel aplauso grato que viene del placer con que los oyentes reconocen en el que les habla su propio pensamiento; y la oración que comenzó con el análisis de los elementos políticos de Cuba, muy distintos hoy de como eran al iniciarse la primera guerra, terminó con la explicación clara del modo con que pueden componerse en justicia para el bien público durable. Apartó de sí las celebraciones que, a su juicio, pertenecen sólo, no a este o aquel hombre providencial, sino al pueblo entero, a la masa de inteligencia y virtud del país que en la hora del desorden culpable, y de la gran agonía, preparan, con indulgencia para toda especie de pecadores, una revolución que lleve en las entrañas gérmenes suficientes para librar a la patria, con libertad de honda raíz, de todos los desórdenes. Sólo tienen derecho a fomentar las guerras los que allegan los medios necesarios para su triunfo útil y duradero. Ya pasaron los tiempos de patriotismo vago, en que a todo se iba, aun a meras y embozadas esclavitudes, con el engaño fácil del nombre de independencia. Los cubanos flojos, producto natural de la colonia que favorece la soberbia y la mentira, se han rehecho de la sorpresa que los llevó la primera vez, arrollados, a la revolución. Esta no es campaña de sentimiento, sino de estricto raciocinio; y la revolución ha de continuarse de manera que comprenda en sí lealmente los elementos que le son indispensables para vencer, y destruya con su marcha cordial y sostenida, a la vez rápida, y prudente, y firme y total, los temores, o mentidos o reales, de los que, cara a cara de nuestras afirmaciones y hechos, creen o aparentan creer, contra nuestra historia y nuestro plan público, que los únicos que de veras

velan por la isla y conocen por las ciudades y los campos y el extranjero todo su problema actual, pudieran ser sus invasores alevosos, o sus soberbios e ineptos perturbadores: el miedo, y el deseo de hallar excusa para desatender la obligación difícil, ciega a los hombres en verdad, y los lleva a la injusticia y a la calumnia, "la revolución entera queremos, con todas las fuerzas de la paz de la república para mañana: no la revolución incompleta, que haga necesarias rebeliones sangrientas futuras; no la revolución que continúe los errores de la guerra pasada, e intente fundar el país con una oligarquía disimulada y senil, de característica literaria, sobre un haz de comarcas noveles, de democracia campestre y levantisca, sino la revolución que, con el conocimiento detallado del país; y en vista de todos sus intereses y relativas incapacidades construya con previsión y caridad el pueblo que no es lícito ensangrentar a deshora con una mera revuelta de las que suele aconsejar la ambición personal, o el interés de un gobierno que quiere con ella mantener el estado de guerra, y quitar crédito a la obra creciente de la revolución".

Acaso de todo el estudio político, en que no quedó factor cubano por enumerar, fue lo más gustado la explicación de las causas por qué el español, en consecuencia de su violenta composición nacional y de su carácter alterado por ella, puede ser naturalmente amigo del espíritu de independencia y amor a la libertad de los cubanos: aunque no se oyó con menor atención el repaso histórico de las incapacidades, al parecer insuperables, de las trece colonias con que comenzaron los Estados Unidos, la prueba por estricta comparación de nuestra capacidad para vencer, en mejor época y con mejor país, dificultades menores; y análisis del espíritu diverso de ambos pueblos, y de las condiciones de independencia mutua con que pueden únicamente vivir en paz. Y al fin expuso el Delegado los recursos de los enemigos, y los que tenemos que allegar para combatirlo con éxito, las dificultades de composición de la política revolucionaria y la obra de todos, penosa y continua, con que se ha ido convirtiendo y seguirán convirtiéndose los obstáculos en ventajas; las fuerzas de discordia y resistencia del gobierno español, y las que nosotros necesitamos, de concordia y de ataque. ¿A qué—repitase—contar aquí el entusiasmo, la identidad, la satisfacción, el cariño? Cuando la concurrencia se puso en pie, la concurrencia que rebosaba en el salón, leyó en inglés la secretaría, entre muy largos aplausos, estas tres resoluciones:

Se resuelve: Que los cubanos y puertorriqueños de Filadelfia, juntos en asamblea general, reiteran sus declaraciones de adhesión a la política de conciliación y organización del Partido Revolucionario Cubano, y

aplauden los métodos con que esta política se realiza, en acuerdo con la constitución y fines democráticos del Partido.

Que los cubanos y puertorriqueños de Filadelfia, en conformidad con las declaraciones reiteradas del Partido Revolucionario, no favorecen esfuerzos insuficientes y parciales que podrían innecesariamente violar las leyes del país, cuyas libertades y hospitalidad han aceptado de buena fe; sino que, en cumplimiento de su deber para con la patria, y sus obligaciones de partido, contribuyen a unir, con propósito y fuerza bastante, a todos los elementos necesarios para acelerar, por una organización revolucionaria de espíritu y métodos democráticos, el establecimiento de una república donde todo ciudadano, cubano o español, blanco o negro, americano o europeo, pueda gozar, en el trabajo y en la paz, de su derecho entero de hombre.

Que, a la vez que reconocen que la diferencia grande, potente, de prácticas políticas, antecedentes históricos y composición nacional entre Cuba y los Estados Unidos, no sería condición favorable a la anexión política, peligrosa e innecesaria a los Estados Unidos,—los cubanos y puertorriqueños de Filadelfia, en estricto acuerdo con las declaraciones expresas del Partido Revolucionario Cubano, tienen en la más alta estima, por las necesidades comunes de la hora presente, y la decorosa amistad en lo futuro, la simpatía del pueblo de los Estados Unidos, al cual les une cordial gratitud política, y la igual determinación de mantener el bienestar y libertad del hombre".

DE *PATRIA*, NUEVA YORK

27 DE AGOSTO DE 1892

1. LOS SUCESOS DE TAMPA
2. LO QUE HACEMOS
3. LA INDEPENDENCIA DE CUBA Y LA PRENSA DE LOS
ESTADOS UNIDOS
4. EL PLAN DEL PATRIOTA SERAFÍN BELLO

LOS SUCESOS DE TAMPA

Ha vivido nuestro pueblo de Tampa en estos días últimos, por provocaciones censurables, en alarma continua. Nuestras casas han estado sin paz; nuestro trabajo ha sido sitiado; nuestra buena fama fue dañada en público; y nuestra sensatez ha triunfado de la provocación. Y era, en verdad, provocación grande e injusta, que ha de afearse a solas toda alma bien puesta, la de perseguir, en su pan y en su crédito en el pueblo extranjero al pueblo a que se obliga en el país natal a la miseria, y al destierro voluntario; la de pretender castigar, en un pueblo que se emancipó de su metrópoli, a los hombres honrados, hijos de España o de Cuba, que creen que Cuba debe emanciparse de su metrópoli.

Ha de haber un límite a la pasión política del hombre; que es el respeto a la virtud humana, que sólo deja de conmover a los que no la poseen, e impone respeto a los que, por llevarla en sí, pueden apreciarla en los demás. Ni es dable, ni es honrado, valerse de un país libre por el esfuerzo de sus hijos para acorralar a los que quieren hacer su país libre con su esfuerzo. En la alta moralidad del mundo, es un verdadero robo. Y si hubiese en Tampa españoles que, por el espíritu dominador que ha afeado a su raza, o por su falta de respeto al hombre de alma libre, o por ganar fuera de España una fama inhumana y culpable, llevaron su odio despótico hasta intentar reducir con la privación del pan diario, a los españoles que prefieren la España del Alcalde de Móstoles a la de Felipe II, y a los cubanos que de sus padres de España sólo aborrecen la sangrienta tiranía, sea lícito esperar que les conmueva el pecho duro, y les saque al sol lo que les quede de hombría castellana, el cariño con que los cubanos, ahogados en la sangre y el vicio por España, acogen a los españoles de alma libre que padecen de la persecución del español tiránico. Esta no es la pelea del cubano contra el español; sino del Alcalde de Móstoles contra Felipe II.

Los sucesos son ya pasados, y el recapitularlos mismo los pudiera agriar. Parece que el elemento español que intenta alzar en un pueblo de los Estados Unidos una fortaleza de la dominación de España en Cuba, vio con ira que los españoles liberales de Tampa declarasen su simpatía por la independencia de Cuba, al pie de la bandera blanca, en la persona del delegado del Partido Revolucionario Cubano, que es hombre que morirá al pie de la libertad, abrazando en ella españoles y cubanos, pero ni lisonjea pasiones, ni compra ejércitos para su ideal con una sola flaqueza complaciente, o compromiso tenebroso, del Delegado que, frente a ricos y pobres, y con más pobres en frente que ricos, declaró su respeto por todas las doctrinas, sean cualesquiera sus nombres, que busquen, con respeto a las de los demás, la plenitud del derecho humano, y recordó, entre unánimes vítores, que cuando en la guerra pasada necesitó un barco que llevara a Cuba la república para todos, no fueron los pobres los que de un solo impulso se lo dieron, sino un rico: ¡y hay bribones, por Cuba y fuera de Cuba, que ponen aquella sublime conversación, en que la tierra se abrió y dio nueva luz, en que resplandeció en su mayor beldad el alma humana, como un trato entre los cubanos que quieren abrir en su patria libre casa para todos, y una especie de españoles que quisieran sentarse, desgredados y humeantes, sobre las ruinas del mundo!

Parece que el elemento español despótico, en castigo de la manifestación, dictó medidas en los talleres de tabaco que levantaron de ellos a la vez a españoles y cubanos, indignados de que se quisiese acorralar por hambre, en país extranjero, a los españoles que, sin una palabra vergonzosa, o indigna de un hijo, se habían declarado más amigos de la concordia entre los hombres que de la tiranía, aunque la tiranía fuese ejercida sobre su propia prole por España. Parece que un grupo de hombres, poco digno de aplauso, aguzó el odio viejo de Cuba y España, que vamos enterrando, e intentó romper la huelga. Parece que el cubano, que sabe llevar su sangre de la rienda, y verterla donde es menester, verterla por los hijos mismos del país que los diezmó y que los oprime, puso el pecho a la dificultad, y estorbó, con el influjo unánime y visible de su determinación, que se ocupasen por hombres codiciosos o complacientes las mesas de donde se había echado a los amigos de la libertad.—Parece que el dueño del taller en huelga lo abrió a los operarios primitivos, españoles y cubanos, que no quisieron sentarse codo a codo con los que fomentan en tierra enemiga el odio contra sus propios paisanos, y la división entre los que pueden y saben

vivir en paz.—Parece que el grupo escaso de provocadores logró al fin exasperar al pueblo ofendido que rodeó la casa donde en consecuencia de sus retos se asilaron, y los dejó salir en paz, los mil hombres ofendidos a los cinco que los ofendían, en manos del alcalde de la ciudad. Y a la excitación maligna de los cinco provocadores,—de los cuales dos al menos están, según parece, perseguidos en Cuba por la justicia criminal,—en que mueven al pueblo norteamericano de Tampa, con abuso censurable del terror que ahora inspira el mote de anarquista, al odio contra los españoles que con esta palabra denominan su pasión por la equidad social, y contra los cubanos culpables de pretender para Cuba la independencia que pretendieron y lograron los norteamericanos, a la carta firmada por los cinco provocadores, respondió, en el mismo periódico, la relación verdadera de los sucesos suscrita por mil firmas españolas y cubanas.

Los sucesos ya han pasado, y es dable esperar que los que los promovieron, refrenando la singular vanidad que suele hacer de la constancia en el delito un título a los ojos del hombre, reconozcan el yerro de castigar en sus propios compatriotas una opinión sincera, y de llevar la mano de la pasión o la venganza contra los hombres generosos que arriesgan, por defender lo que tienen por justo, la ira de quienes pueden quitar a sus hijos el pan de la boca: ¡debe andar triste por dentro, el corazón de quien ayuda a oprimir a los hombres! ¿Y es hombre, el que ayuda a oprimirlos? Pero sería inútil el arrepentimiento o la desaparición de los provocadores de esta vez, o de los que los imitasen, si persistiese, con violación manifiesta de la hospitalidad, de la prudencia y de la lógica histórica, el espíritu irreconciliable español que pretende levantar en un pueblo emancipado de su metrópoli una ostentosa fortaleza contra los cubanos que quieren emanciparse de España. Es lícito y natural que los cubanos usen de los derechos públicos de un pueblo independiente por sus mismas razones y medios, para adelantar las razones y medios de su independencia. Es ilícito e innatural que los españoles que han incapacitado al cubano para librar con honra su sustento en la tierra nativa, salven el mar, con odio incorregible, y hostiguen y rodeen al cubano en el rincón extranjero donde halla un asilo. Es de esperar, y así aquí se ruega, que, mostrando en todo aquella hidalguía con que se ven en campaña la virtud los enemigos, vivan los españoles, irreconciliables, ya que en sus propios dominios no pueden vivir, en el respeto de los que como ellos emigran de una tiranía inhabitable para ganar el sustento, o vivir en el decoro de la libertad, sin

esconder, en sus casinos y fiestas legítimas, las opiniones despóticas a que tienen pleno derecho, ni ofender violentamente las opiniones liberales del pueblo que ha comprado su derecho a serles fiel con la virtud del trabajo en la emigración, y en el combate con la sangre de sus venas. ¡Que todo español, al acostarse Felipe, se despierte Alcalde de Móstoles!

2

LO QUE HACEMOS

“...¿Qué hacemos, amigo mío, porque por ahí dicen que hacemos algo? Poco haríamos y mal, si pudiese yo decir a usted todo lo que hacemos. Lo primero, como usted comprende, que debemos hacer es lo que no se puede decir; porque por el gusto y fachenda de parecer muy activos no hemos de poner un espía español en la pista de cada uno de nuestros hechos: ¿no recuerdo yo aquella casa mía terrible, donde me sentaba a almorzar rodeado de polizontes disimulados, que se me entraban de mañanita cada cual con su regalo, éste con un pleito tentador, aquél con la oferta de una dotación armada, el otro con un Petrarca príncipe, luego que vieron que por allí no prendían damas y pompas? Ni una sola cabeza caerá en Cuba por nuestra culpa; porque lo que necesitamos de Cuba no es el trabajo peligroso de la conspiración, ni el envío de los recursos que ya por acá afuera vamos viendo modo de allegar; sino la honrada certidumbre de que una suma suficiente de cubanos, necesitados de la guerra y capaz de ella, desea firmemente, y con propósito de paz y trabajo futuros, la ayuda que de fuera de la isla podemos llevarle, y sólo obtendríamos, y solicitaremos, con la autoridad que nos da, el consentimiento de la Isla. Diga usted, pues, por allá que nadie tema, ni crea que para tenernos amistad o para que los tengamos por amigos, es necesario que nos den prueba escrita de su fe, por donde España⁹ ir segando los buenos servidores; sino que lo que a la isla le pedimos es atención suficiente para que vea el peligro en que está de saltar a la guerra tras una guía soberbia e incapaz, que ha rehuído las obligaciones de una situación que querrá encabezar luego,—y de sobra entiende el buen juicio de usted lo que le digo,—y para que confíe, con respeto y cariño, en los que, abocado el problema revolucionario, están

desde años atrás quitándole todas las espinas, y poniéndolo en condiciones de que venga a ser, ya que tiene que ser, más provechoso que dañino...”

“...Y puedo decirle la verdad, sin quitarle ni ponerle. No tenemos aún cuanto quisiéramos, que si lo tuviéramos, al paso que se nos muestra la opinión, no estaría yo escribiéndole estas cartas; pero tenemos ya abiertas, y creciendo, fuentes bastantes para toda la necesidad; y si la necesidad surgiese antes de lo que convendría, si surgiese por estallido irremediable en una situación, como la de Cuba hoy, de rebelión sorda y unánime, en que se sacuden juntos españoles y cubanos, tenemos la emigración organizada, la emigración incansable y continuamente productora; tenemos la fe jurada y el cariño fraternal de los hombres magnánimos probados en la guerra y ordenados para la próxima; tenemos la decisión de mover cielo y tierra, con alma democrática, con alma americana, y trabajar, hasta caer con el último aliento, mientras haya cubanos en Cuba que quieran rendir por la patria el suyo.—Por lo que no le valdrá al gobierno español, amigo, acelerarnos la guerra, puesto que tenemos en pie de ella a las emigraciones, y el alma encendida en un fuego que ya nadie apaga. Mejor será por allá el incendio que el chispazo; pero si por allá, contra lo que fuese de desear, asomase la chispa, acá, amigo, desataríamos el incendio...”

“...Y mientras tanto, dígameles a todos que están todos convidados,—que tenemos mucho estribo vacío, esperando a los jinetes que quieran montar,—que al que no haya recibido convite, por respeto a su cabeza no lo habrá recibido, no porque se le descuenta, ni se le tenga en poco;—que sólo queremos, con el pleno conocimiento de los errores de la guerra, de sus causas remediabiles, y de la situación del país, diversa en sus varias comarcas, y alterada por la guerra de diverso modo, prepararnos con tiempo para evitar al país una guerra desastrosa, para componer una guerra ordenada, y de buena semilla, y para ponernos al fin, amigo, acompañados del buen español, en condiciones de aspirar al producto del trabajo propio, vivir con seguridad y fijeza, y salir, de una vez por todas, de esta existencia sin rumbo y sin decoro...”

Así, entresacados al correr, dicen los párrafos de una carta donde se cuenta a un curioso de monta algo de lo que hacemos. Porque ya hay curiosos de monta.

⁹ Así aparece en *Patria*. Se supone que falta la palabra “pueda”.

LA INDEPENDENCIA DE CUBA Y LA PRENSA DE LOS ESTADOS UNIDOS

Cuando el interés actual o futuro, el miedo al sacrificio, y la tradición oligárquica, pudieran intencionalmente demorar o impedir, en Cuba y en Puerto Rico, el conocimiento del espíritu y fines del Partido Revolucionario Cubano, cuando el temor exagerado de la inevitable lucha, y el poco saber de los cubanos mismos sobre los recursos suficientes de Cuba para la guerra y la república, mueven a hombres útiles a desear, para el mal urgentísimo, el remedio fantástico de la anexión a los Estados Unidos,—que es a la política verdadera de Cuba como la alquimia a la química, y a la política verdadera de América como el veneno en la copa; cuando pudieran los cubanos ignorantes o imprevisores tener en menos de lo que deben el esfuerzo cordial de sus compatriotas por componer en una política equitativa los restos desordenados o dañinos de la guerra descompuesta, y de la política equivocada de la paz,—es oportuno tomar nota del respeto que el Partido Revolucionario Cubano inspira a la prensa extranjera, y principalmente, a la de los Estados Unidos.

Patria hubiera podido, y debido acaso, publicar las apreciaciones con que algunos de los periódicos de más peso del Norte, como el *Herald* y el *Sun*, el *Times* y el *Journal of Commerce*, comentaron los actos públicos recientes del Partido Revolucionario Cubano, y los relatos y juicios de los diarios de peso del Estado de la Florida, que vieron de cerca los métodos y fines del Partido, y castigaron de alto, y por anticipación, a los que, por error de ligereza o voluntad enemiga, quisiesen presentar los trabajos encaminados a reunir con energía y rapidez los recursos necesarios a la revolución como trabajos personales y alocados, con el fin preciso e inmediato de intentar la revolución sin recursos, o sin más que aquellos escasísimos que pueden venir del fanatismo, la vanidad y la imprudencia. Pero *Patria* vive más preocupada de lo que queda por hacer, que de lo que tiene ya hecho; y fía a la larga en la honradez de sus compatriotas.

Mas hoy sí viene a cuento, por el servicio público que importa, la reproducción de algunos de los conceptos, ya que el espacio no permite la de todos, con que el periódico más respetado de Filadelfia, el *Public Ledger*, comenta la recepción de los cubanos de aquella ciudad al Dele-

gado del Partido. De los muchos diarios de aquella ciudad, donde la cuestión de Cuba es hoy muy llevada y traída, no dejó uno de describir con visible estimación, la entusiasta asamblea, lo que es muy de notar, particularmente, por el hecho de que la última de las resoluciones de ella se declaraba, en plena verdad, hostil al pensamiento de anexión, que los observadores ligeros, hechos a ver sus deseos como soluciones, creen más arraigado en esa ciudad misma de Filadelfia, donde fincan hoy intereses muy valiosos, y para Cuba infecundos, en la extracción y transporte de la riqueza minera del Departamento Oriental. Pero de entre esas opiniones, ganadas naturalmente con una política franca y viril, sólo extractará *Patria* la del periódico que guía y refleja mayor suma de opinión en el Estado de donde, por intereses encubiertos de traficantes codiciosos y ásperos, han solido nacer en no lejanos días crueles, censuras de Cuba y de sus hijos. Así empieza el artículo "Cuba Libre" del *Public Ledger* del 18 de agosto:

"Anoche se celebró una reunión de cubanos y simpatizadores con la independencia de Cuba. El mundo todo ama a quien sabe amar, y a quien ama a su patria. La causa de Cuba despierta simpatía por muchas razones; pero principalmente por el respeto que merece el sentimiento que anima el actual movimiento revolucionario. En cuanto se puede juzgar por los sentimientos patentes en los oradores y en la concurrencia, éste es un movimiento vigoroso y digno en todo sentido de hombres honrados y amigos de su país".

Censura luego el artículo a los cubanos que creyesen que unas cuantas libras de pólvora, o de dinamita, podían echar a España de su colonia valiosa; y de esta parte del artículo, viniendo como viene esta opinión del diario de más fuerza, y de más relaciones, del Estado de Pennsylvania,—lo más útil y oportuno es sin duda la frase en que dice, al hablar de los remedios posibles de la situación de Cuba, que:—"las negociaciones con los poderes extranjeros serían tan ridículas como el cambio de rey de las ranas, que se cansaron del rey de palo y cayeron en el rey estornino".

Pero el párrafo más jugoso, y de más provechosa advertencia para los que hubieran podido equivocar el modo de dirigirse a un país altivo, y libre por su propio esfuerzo, el párrafo que indica lo que se puede aprovechar de estos vecinos nuestros en nuestra situación, y lo que no se debe esperar, es el que cierra el artículo "Cuba Libre" de un diario donde no se escribe una sola palabra en vano, y dice así:

“Aparte de la simpatía con que los Estados Unidos han visto la lucha de Cuba por su independencia, hay una razón de mucha monta para que, como nación, tome un interés profundo en la suerte de Cuba. Hay una política de naciones, como hay una política de barrio, y ha venido a ser pesadilla constante de los que piensan en estas cosas la idea de que Cuba cayese en las manos de Inglaterra o de Alemania. *Los Estados Unidos no pueden tomar a Cuba bajo su protección*; pero tampoco pueden ver esta rica y adelantada isla en manos de un poder extranjero, y tal vez enemigo. El daño a nuestro comercio sería muy grande, y mayor el de nuestro prestigio. *Pero esto tiene comparativamente poco que hacer con nuestros afectuosos sentimientos hacia Cuba y sus patrióticos ciudadanos, que nacen del deseo fraternal de un país hermano que le desea vientos bonancibles y la obediencia al mandato bíblico, escrito en nuestra vieja campaña de la libertad: ¡Proclámese la libertad por todo el mundo, para todos los habitantes de la tierra!*”

4

EL PLAN DEL PATRIOTA SERAFÍN BELLO

¿Llegará tarde acaso *Patria*, si es tardía la justicia alguna vez, a celebrar con el entusiasmo que merece, el proyecto realizable de un hombre que se desvive por servir a su país; que le dio su hermano glorioso, el que quería que “echasen a este flaco al fuego” cuando no había combustible en el vapor que lo llevaba a la campaña; y dio luego su noble mujer, muerta del destierro, por no ver a su marido humillado en la falsa prosperidad de su país; que sin más tocador que su abrasante patriotismo, pone la elocuencia, correcta siempre y a veces grandiosa, tan alta como el deber, por muy alto que sea; que no halla servicio mayor a su país que el de castigarle las debilidades, a riesgo de parecer regañón o enojoso, y levantar a la práctica y vigilancia de la libertad los caracteres?

Noble es Serafín Bello, y amigo del pobre, y enemigo de toda servidumbre o falsía: ni es dable al discurso patriótico mayor abundancia y elevación que las de su arenga encendida y continua, que en el carácter del hombre tiene su verdadero poder, y en su determinación de no ponerse por cabeza más que la virtud y la justicia. Pero ni el tesón de su fe revolucionaria; ni la notable claridad con que ve y explica nuestros

factores públicos y los problemas que se componen con ellos; ni el consejo que mana incansable de su oratoria prendida en el corazón, quiere *Patria* celebrar ahora;—sino uno de aquellos pensamientos sencillos en apariencia, que no han de medirse por lo natural y llano del recurso que descubren, sino por la vehemencia del patriotismo insomne que los origina y perfecciona, y la grandeza de los resultados que acelera.

¿Quién ignora el proyecto de Serafín Bello? Los detalles, serán, porque pueden ser. La idea madre está en que cada tabaquero cubano, de los diez mil que ayudan hoy a la independencia de Cuba, dé un tabaco diario, de su ahorro legítimo de material, al tesoro de la independencia,—al tesoro que tenemos bien guardado. Bello, pues, con su ardiente pensamiento le ha puesto a Cuba una fábrica de tabacos, con el corazón de sus hijos, por capital que no puede quebrar, y con la renta de diez millares de tabacos diarios.—¡Así, canijos, se levanta un pueblo!—¡Así, sin que se sepa cómo, se levanta el arsenal de la libertad contra el de sus enemigos! ¡Así, incansable Bello, se coronan los servicios que la verdadera libertad debe ya a tu palabra!...

DE *PATRIA*, NUEVA YORK

3 DE SEPTIEMBRE DE 1892

RECOMENDACIONES

RECOMENDACIONES

De una circular que al ausentarse, pasa el Delegado a los Clubs y Cuerpos de Consejo, extractamos las siguientes saludables recomendaciones:

Que continuamos la revolución para bien de toda la Isla y de todos sus habitantes, y de acuerdo con ella, y no para la satisfacción parcial de un grupo de cubanos hostil a los demás grupos, ni para servir pensamiento personal alguno.

Que continuamos la revolución para fomentar y hacer imperar el carácter natural cubano, suficiente a la república pacífica, y para impedir que, so pretexto de independencia, se adueñen de la revolución los caracteres desconfiados, autocráticos o extranjerizos que impedirían el triunfo de la guerra y de la paz cordial después de ella.

Que continuamos la revolución sin odio a los españoles, y sin lisonja, con el propósito sincero de atraer a la neutralidad o a la independencia, por nuestro respeto viril y veraz, a los españoles arraigados en Cuba, o deseosos de vivir en ella sin perturbarla ni dañarla.

Que continuamos la revolución para su triunfo definitivo, y el menor costo de ella en sangre y obligaciones; y por tanto, a la vez que preparamos con toda actividad el país, a la guerra general y segura, no comprometeremos ésta con tentativas aisladas e insuficientes,—a reserva de acudir con todo nuestro poder sobre la Isla, con toda nuestra decisión y energía caso de que estalle con las menores condiciones de vida la guerra espontánea.

Que continuamos la revolución para obtener la independencia y libertad de Cuba y Puerto Rico, sin tratos peligrosos con los pueblos de composición diversa, en América o Europa, de quien no pueda venirnos una ayuda desinteresada.

Que continuamos la revolución para el beneficio equitativo de todas las clases, y no para el exclusivo de una sola, por lo que se ha de reco-

mendar a los soberbios el reconocimiento fraternal de la capacidad humana en los humildes, y a los humildes la vigilancia indulgente e infatigable de su derecho, y el perdón de los soberbios.

Que continuamos la revolución para librar a la Isla de peligros y no para aumentarlos; por lo cual, en la práctica entusiasta de los deberes de toda especie que estamos cumpliendo, y en la certeza de tener meditados de antemano los puntos y modos de nuestro socorro al país, no hemos de acarrearos dificultad internacional alguna, ni en el pueblo de los Estados Unidos en que vivimos, ni en otro alguno de América o Europa, que por deberes de cortesía o derecho público pudieran verse en la necesidad de aparecer como perseguidores y enemigos de la nueva república americana, cuya creación necesitan y anhelan.

Que continuamos la revolución en el convencimiento íntimo y respetuoso de todos los elementos del problema cubano y la condición nueva y alterada de la Isla; así como de todas sus ventajas y medios, y sus deficiencias y dificultades; por lo cual adelantamos nuestra obra con el entusiasmo continuo y activo, sigiloso y ferviente, que está dando y dará con la unanimidad de los pensamientos aleccionados y la agregación de los recursos de fuente perenne, los resultados que no pudieran esperarse del entusiasmo pasajero y vanidoso ni de obra floja e interrumpida.

SEPTIEMBRE / 1892

1. A GONZALO DE QUESADA
- 2-3. AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ
4. A JUAN FRAGA
5. A ALEJANDRO GONZÁLEZ
6. A JUAN BONILLA

A GONZALO DE QUESADA

Gonaives, 8 de setiembre [1892]

Gonzalo querido:

Le escribiría como de cuento, con su chispa de chiste, si no me tuviera el alma partida la miseria que veo; y el pensamiento de nuestra tierra, que está al otro lado de la mar verde, y no la puedo tocar. Ni día ni noche me deja el pensamiento. Mañana tomo el vapor para el Cabo Haitiano: de allí a caballo a Montecristi, a Santiago de los Caballeros, a Santo Domingo, a los mares vecinos de que he aprendido mucho en el viaje, a New York, por Jamaica, para el 4 de octubre. Llegaré hecho una sombra; pero Angelina me curará de una mirada, y Vd. de un abrazo. ¡Qué mares tan bellos! y la empresa ¡qué peligrosa, y qué posible!

No ví jamás, en mi mucho ver, tierra más triste ni devastada que este rincón haitiano, que del vapor al entrar parece muerto, y no vive, en sus calles fangosas, más que de la limosna y de los apetitos. No hay por aquí un alma quemante, que vaya de pecho en pecho llamando a la luz, y saque a estos libertos míseros del miedo y de la hipocresía. La finura, es toda oficial, y vive del país llano. Sólo una raíz parece tener aquí la vida humana, y es el sentimiento fiero de la independencia de la tierra. La masa descalza, de cargadores y de cortayerbas, trabaja a peso al mes, y vive del aire, puro y transparente, de la peor harina, y de uno que otro beso en los portales. La gente mayor, con su balcón de persianas y su sombrilla, tiene decidido caer sobre Santo Domingo, si Santo Domingo se sigue abriendo al Norte.

Ya los veo ocupadísimos, por la culpa de mi ausencia. Ya me desvaneceré pronto, y no les daré tanto quehacer. Llevo un pulmón encendido y como desnudo, con la verdad de la mar. El mar es aquí una joya, en su montura de cerros, matizados acá y allá de palmas.

Salgo a ver la iglesia nueva protestante, la tumba de un Toussaint, la Escuela de los Hermanos, la sala del jurado, donde de veras parece que fue procesada una madre canibal, y la casa de un rico. Libro sobre Gonaives, no he podido hallar ninguno. Y vivo en el Club, con un racimo de haitianas a mi alrededor, pobladas de hijos, cuatro perros leprosos a mis pies, y un mono a la puerta.

A todos, cariños. Cámbienme la caja de cartas. Ya estará medio hecho el 16 de setiembre. Ni una frase, aunque le hierva la sangre generosa, que dé derecho de herida a los egoístas o tibios, o cierre a los pecadores el camino de arrepentimiento. Entreténgame con comunicaciones entusiastas a los Clubs. El de Rifleros, y ese gran Noroña, habrá entendido mi prisa, y excusado la falta de comunicaciones. A Benjamín, que ésta es suya, y que beso la mano de Ubaldina.¹⁰ Y a las señoras de sus dos casas, que no las olvido, y las recuerdo una a una, bajo este cielo azul, donde son pocas las flores.

Muy lleno de nuestra tierra le dice adiós, con lo mejor del alma,
Su

J. MARTÍ

Y al Doctor,¹¹ y padre, y demás hombres, el compromiso de que no seré aun a mi vuelta indigno de su estima. Un saludo agradecido a Leza.

2

AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ¹²

Santiago de los Caballeros, Santo Domingo

13 de Septiembre de 1892

Sr. Mayor General del Ejército
Libertador de Cuba
Máximo Gómez

Señor Mayor General:

El Partido Revolucionario Cubano, que continúa, con su mismo espíritu de creación [redención] y equidad, la República donde acreditó Vd. su pericia y su valor, y es la opinión unánime de cuanto hay de

¹⁰ Ubaldina Barranco, esposa de Benjamín J. Guerra.

¹¹ Dr. Ramón L. Miranda, suegro de Gonzalo de Quesada y Aróstegui.

¹² De esta trascendental carta de Martí hay dos versiones: la de la carta auténtica y la que se publicó en *Patria*. Las palabras que aparecen entre corchetes son las que en la versión del periódico corrigen las de la carta original.

visible del pueblo libre cubano, viene hoy a rogar a Vd., previa meditación y consejos suficientes, que repitiendo [renovando] su [el] sacrificio¹³ ayude a la revolución como encargado supremo del ramo de la guerra, a organizar dentro y fuera de la isla el ejército libertador que ha de poner a Cuba, y a Puerto Rico con ella, en condición de realizar, con métodos ejecutivos y espíritu republicano, el [su] deseo manifiesto y legítimo de su independencia.

Si el Partido Revolucionario Cubano fuese una mera intentona, o serie de ellas, que desatase sobre el sagrado suelo de la patria una guerra tenebrosa, sin composición bastante ni fines de desinterés, o una campaña rudimentaria que pretendiese resolver con las ideas vagas y el valor ensobrecido los problemas complicados de ciencia política de un pueblo donde se reúnen, entre vecinos codiciados o peligrosos, todas las crudezas de la civilización y todas sus capacidades y perfecciones;—si fuese una revolución incompleta, de más adorno [palabras] que alma, que en el roce natural y sano con los elementos burdos que ha de redimir, vacilara o se echase atrás, por miedo a las consecuencias naturales y necesarias de la redención, o por el puntillo desdenoso de una inhumana y punible superioridad;—si fuese una revolución falsa, que por el deseo de predominio o el temor a la sana¹⁴ novedad o trabajo directo de una república naciente, se disimulase bajo el lema santo de la independencia, a fin de torcer, con el influjo ganado por él, las fuerzas reales de la revolución, y contrariar, con una política sinuosa y parcial, sin libertad y sin fe, la voluntad democrática y composición equitativa de los elementos confusos e impetuosos del país;—si fuese un ensayo imperfecto, o una recaída histórica, o el empeño novel del apetito de renombre, o la empresa inoportuna del heroísmo fanático,—no tendría derecho el Partido Revolucionario Cubano a solicitar el concurso de un hombre cuya gloria merecida, en la prueba larga y real de las virtudes más difíciles, no puede contribuir a llevar al país¹⁵ más conflictos que remedios, ni a arrojarlo en una guerra de mero sentimiento o destrucción, ni a estorbar y corromper, como en otras y muy tristes ocasiones históricas, la revolución piadosa y radical que animó a los héroes de la guerra de Yara, y le anima a Vd., hoy como ayer, la idea y el brazo.

¹³ En la publicada en *Patria*, se añade aquí la frase "con que ilustró su nombre".

¹⁴ Tachado "sana" en *Patria*.

¹⁵ En *Patria* añade la palabra "aflicto".

Pero como el Partido Revolucionario Cubano, arrancando del conocimiento sereno de los elementos varios y alterados de la situación de Cuba, y del deseo de equilibrarlos en la cordialidad y la justicia, es aquella misma revolución decisiva, que al deseo de constituir un pueblo próspero con el carácter libre, une ya, por las lecciones [pruebas] de la experiencia, la pericia requerida para su ordenación y gobernación;—como el Partido Revolucionario Cubano, en vez de fomentar la idea culpable de caer con una porción de cubanos contra la voluntad declarada de los demás, y la odiosa ingratitud de desconocer la abnegación conmovedora, y el derecho de padres de los fundadores de la primera república, es la unión, sentida e invencible, de los hijos de la guerra con sus héroes, de los cubanos de la Isla con los que viven fuera de ella, de todos los necesitados de justicia en la Isla, hayan nacido en ella o no, de todos los elementos revolucionarios del pueblo cubano, sin distinguos peligrosos ni reparos mediocres, sin alardes de amo ni prisas de liberto, sin castas ni comarcas,—puede el Partido Revolucionario Cubano confiar en la aceptación de Vd., porque es digno de sus consejos y de su renombre. [su consejo y renombre.]

La situación confusa del país, y su respuesta bastante a nuestras preguntas, allí donde no ha surgido la solicitud vehemente de nuestro auxilio; nos dan derecho, como cubanos que vivimos en libertad, a reunir enseguida, y mantener dispuestos, en acuerdo con los de la Isla, los elementos con que podamos favorecer¹⁶ la decisión del país. Entiende el Partido que está ya en guerra, así como que estamos ya en república, y procura sin ostentación ni intransigencia innecesaria, ser fiel a la una y a la otra. Entiende que debe reunir, y reúne, los medios necesarios para la campaña inevitable, y para sostenerla con empuje; y que,—luego que tenemos la honrada convicción de que el país nos desea y nos necesita, y de que la opinión pública aprueba los propósitos a que no podríamos faltar sin delito, y que no debemos propagar si no los hemos de cumplir,—es el deber del Partido tener en pie de combate su organización, reducir a un plan seguro y único todos sus factores, levantar sin demora todos los recursos necesarios para su acometimiento, y reforzarlos sin cesar, y por todas partes, después de la acometida.—Y al solicitar su concurso, señor Mayor General, esta es la obra viril que el Partido le ofrece.

Yo ofrezco [invito] a Vd., sin temor de negativa, [a] este nuevo trabajo, hoy que no tengo más remuneración que brindarle [para ofre-

cerle] que el placer del sacrificio y la ingratitud probable de los hombres. El tesón con que un militar de su pericia,—una vez que a las causas pasadas de la tregua sustituyen las causas constantes de la revolución, y el conocimiento de sus yerros remediabiles,—mantiene la posibilidad de triunfar allí donde se fue ayer vencido; y la fe inquebrantable de Vd. en la capacidad del cubano para la conquista de su libertad y la práctica de las virtudes con que se le ha de mantener en la victoria, son prueba sobrada [pruebas suficientes] de que no nos faltan los medios de combate, ni la grandeza de corazón, sin la cual cae, derribada o desacreditada, la guerra más justa. Vd. conoció, hombre a hombre a aquellos héroes incansables. [inmortales.] Vd. vio nublarse la libertad, sin perder por eso la fe en la luz del sol. Vd. conoció y practicó aquellas virtudes que fingen desdeñar, [afectan ignorar] o afean de propósito,¹⁷ los que así creen que alejan el peligro de verse obligados, de nuevo o por segunda vez,¹⁸ a [o] imitarlas, y que sólo niegan los que en la estrechez de su corazón no pueden concebir mayor anchura, o los soberbios que desconocen en los demás el mérito de que ellos mismos no se sienten capaces. Vd., que vive y cría a los suyos en la pasión de la libertad cubana, ni puede, por un amor insensato de la destrucción y de la muerte, abandonar el retiro respetado y el amor de su ejemplar familia, ni puede negar la luz de su consejo, y su enérgico trabajo, a los cubanos que, con su misma alma de raíz, quieren asegurar la independencia amenazada de las Antillas y el equilibrio y porvenir de la familia de nuestros pueblos en América.

Los tiempos grandes requieren grandes sacrificios; y yo vengo confiado a pedir [rogar] a Vd. que deje en manos de sus hijos nacientes y de su compañera abandonada la fortuna que les está levantando con rudo trabajo, para ayudar a Cuba a conquistar su libertad, con riesgo de la muerte: vengo a pedirle que cambie el orgullo de su bienestar y la paz gloriosa de su descanso por los azares de la revolución, y la amargura de la vida consagrada al servicio de los hombres. Y yo no dudo, señor Mayor General, que el Partido Revolucionario Cubano, que es hoy cuanto hay de visible de la revolución en que Vd. sangró y triunfó, obtendrá sus servicios en el ramo que le ofrece, a fin de ordenar, con el ejemplo de su abnegación y su pericia reconocida, la guerra republicana que el Partido está en la obligación de preparar, de acuerdo con la Isla, para la libertad y el bienestar de todos sus habitantes, y la independencia definitiva de las Antillas.

¹⁷ Omitido en *Patria*: "o afean de propósito".

¹⁸ Sustituido en *Patria* "de nuevo, o por segunda vez" por "a continuarlas".

¹⁶ "y mantener", en *Patria*.

Y en cuanto a mí, Señor Mayor General, por el término en que esté sobre mí la obligación que me ha impuesto el sufragio cubano, no tendré orgullo mayor que la compañía y el consejo de un hombre que no se ha cansado de la noble desdicha, y se vio día a día durante diez años en frente de la muerte, por defender la redención del hombre en la libertad de la patria.

Patria y Libertad.

El Delegado

JOSÉ MARTÍ

3

Santo Domingo 19 de septiembre, 1892

Señor Máximo Gómez

Mi amigo querido:

¿Qué le diré, en estos cariños que me rodean, los más tiernos y vehementes, desde mi llegada? Ni un instante hasta éste, en que el inolvidable Jaime Vidal me lleva a bordo, después de atenciones sin cuento, en que acabo de leer un afecto vivo en los ojos de su hija, en que salgo de la sociedad de Amigos del País, reunida para saludar en mí al americano creyente y al viajero discreto, ni un instante he estado solo. He hecho cuando debía, y de todo le daré cuenta minuciosa de New York.

De Vd., todo lo he hecho, todo lo he desviado y explicado, con la vigilancia y cariño que le debo. De Cuba, dije cuanto ha sido preciso para que nos la traten con respeto. Al Presidente¹⁹ creí innecesario e imprudente verlo. De González, el Ministro de lo Exterior, he recibido las más finas consideraciones. De los demás Ministros, llevo cartas serviciales para todo el virre. De la sociedad más distinguida he recibido, en día y medio, tales pruebas de estima, y de amor por Cuba, que contarán estas pocas horas de Santo Domingo entre las más satisfactorias que para mi patria y para mi recuerdo. Los cubanos, nieve al principio, por recelos justos, quedaron en un abrazo. Déjeme acabar: todos me esperan. La barca sale para Barahona. Una sola cosa le digo, y es que, si azares que creo enteramente previstos y en que no tengo razón ninguna para creer, ni la menor razón, me lo inquietasen alguna vez,

¹⁹ Ulises Heureaux, "Lili".

piense que allá tiene un corazón en que caer. Acá, más que en todo, en Vd. he pensado, y por Vd. he hablado. Gran gusto tuve en la conversación sustanciosa y franca del Doctor Meriño. Adiós, a su casa, el cariño profundo que me inspira. Y a Vd. lo que no tiene para decirle

Su

JOSÉ MARTÍ

4.

A JUAN FRAGA

[Octubre, 1892]

Mi buen don Juan:

Salgo de New York sin verlo como quería. Estuve en Filadelfia hasta el viernes. Mucho que hacer. Por telegrama le rogué ya que cite para mañana, lunes, a lo del 10 de Octubre. Cite a Benjamín, a quien escribo sobre esto, a la vez para él y para Vd. Yo puedo estar, o no. Deje creer que sí, si es conveniente. Lo de oradores, pudiera dejarlo el Consejo a comisión de Vd., o de Vd., Guerra y Figueroa, y Vda. en silencio invitan. Esa sería mi opinión. Vd. por supuesto que ya siente como en la mano el fruto de sus labores; hable con esa fe, pero sin que se le salga por las palabras. Métense en el bolsillo el clarín. Un verso francés dice algo así: cuando se tiene todo pronto para la obra, ¿a qué el largo discurso?

Conque extrémese y lízcase. Le quiere mucho el corazón sano y amigo,

Su

J. MARTÍ

5

A ALEJANDRO GONZALEZ

Delegación del Partido
Revolucionario Cubano

Octubre 29 [1892]

Alejandro querido:

No me ha de regañar, ni Pérez ni ningún buen amigo, porque desde que llegué estoy en pie, oyendo gente y sin dormir, atendiendo a los serios quehaceres de Cuba, que me hallé al llegar. Mucho aliento, y mu-

cho peligro, y mucha fuerza para todo, que me viene de la virtud nuestra que veo, y del placer de recordarla en cuanto digo. ¡Qué noche la de la reunión de los Clubs, para oír del viaje, y qué aplauso del alma para los cubanos que iba describiendo, para cierto hermano fogoso que me he dejado por allá,—para el día que crece con la distancia de Temple Hall—para la casa de Benito Machado! Pero ahora mismo robo a una cita de trascendencia este volante que me enoja, porque no le lleva cuanto quisiera mi corazón. No dé esta carta por recibida. Ya me sentaré, como si estuviéramos a la orilla de la mar. Sepa que Cuba se ordena, que mucho tibio importante se nos convence y junta, que es grande en estos momentos mismos el riesgo de la precipitación, y que padezco mortalmente del miedo de no acudir a tiempo. Pero acudo. ¿Se me embravece porque no he podido ponerle en el papel mis recuerdos gratísimos, y la pintura que me he traído en el corazón de su hogar lindo, y mi cariño grande para ese puro Pérez, y el cuento que hice en un discurso de la virtud majestuosa de María, cuento que oyó la asamblea con cariño como de religión, que rompió al fin en un aplauso largo y ardiente?

Adiós. Junte a su casa en un abrazo. A todos, uno a uno, dé mis cariños. Salgo al Cayo. Imagínese que me ve todo los días. Adelante con las conferencias.

Y quiera a su hermano viejo

JOSÉ MARTÍ

6

A JUAN BONILLA

[Octubre, 1892]

Jerónimo y Juan:

Anoche, con el gusto de los adioses, me dejé sobre la mesa el manifiesto del directorio, el de Gómez quiero decir, la Protesta y el programa del Deber,—y los necesito. Recójamelos y mándemelos ahora, por el correo, de modo que me lleguen a mi rincón mañana.

Su

MARTÍ

121 W. 61 St.

DE PATRIA, NUEVA YORK

1 DE NOVIEMBRE DE 1892

1. "LA MESCHIANZA"
2. EL DELEGADO EN NEW YORK

"LA MESCHIANZA"

A la Habana escribimos poco por acá, si es que escribimos, aunque se nos va el corazón a la mucha virtud de allá que conocemos, y quisiéramos dar muestra visible del orgullo y ternura que nos inspiran méritos tales y tan valiosos que no deseamos, por el gusto fútil de una carta, ponerlos de blanco de fueiles ebrios, o de adorno sangriento del tablado de la Punta,—cuyos carpinteros no han guardado aún las herramientas. Por esa razón escribimos poco a la Habana, aunque este hermano y el otro piense sin justicia que es por olvido o deadén; y porque sería pobre de veras la revolución en Cuba, y nulo nuestro derecho de hombres honrados a creer en ella, si juzgásemos necesario fomentarla con unas cuantas hojas de papel. Pero de la Habana, con mil y una maña, nos escriben mucho. Cuba escribe. El caballo está allá. Nosotros le ponemos la montura al caballo. Invasores no somos: somos hermanos.

Y entre las cartas que nos vienen esta vez, hay una en que se aflige un buen patriota, con pena innecesaria, porque a una fiesta que dio en honor del descubridor casual de América el Círculo Militar de la Habana, el Círculo donde lucen al cinto airoso de los amables alféreces los espadines probados en pechos cubanos, el Círculo donde bailan triunfantes, ciñendo el talle de las hermanas de los muertos, los que se los mataron,—asistieron más cubanas y más cubanos de los que debían asistir.

No hay por qué poner pasión, ni dolor siquiera, en un suceso que no viene a ser más que la prueba de la singular capacidad de olvido del corazón del hombre, de la atracción deslumbrante del deleite, y de la proximidad temible de la ligereza y la infamia. Ni hay por qué suponer que a la hora del somatén no salten muchos de los bailarines de la noche del Círculo al caballo que los llevará, con los claros de la aurora, al rincón donde está sepulto lo poco que quedó del cuerpo profanado, despedazado, aventado, de Ignacio Agramonte. Así es el mundo: unos

van, con el sombrero descubierto, a visitar la tumba del héroe a quien despedazaron los alféreces, y otros, de brazo del alférez, beben champagne en el Círculo Militar. Pero la vergüenza, como una ola, saltará al rostro de los cubanos entretenidos; y con la bravura del arrepentimiento procurarán borrar el pecado de su olvido. La sublimidad está en el fondo del corazón del hombre, y no se muestra entera hasta que la sacudida no es tan viva que llegue al fondo del corazón. Estos bailarines de hoy, serán sublimes mañana. ¿Quién no recuerda la muerte gloriosa, sólo con su rifle y su herida, de aquel estudiante criollo de quien se burlaban los demás porque, por lucir el pie más estrecho, se lo apretaba de noche con cintas?

No es que deba aconsejarse, en un pueblo de españoles y cubanos, y en vísperas de una guerra en que han de procurar juntos el bien del pueblo en que juntos han de vivir, una antipatía infecunda, ni el odio enano, del cubano contra el español: antes debe procurarse, por la obra y por la palabra, el acercamiento afectuoso de los españoles justos, que son padres nuestros y maridos de nuestras hermanas, y de los cubanos. Pero así como el español laborioso, que ama y desea como nosotros la libertad y la paz, puede ser estimado sin desdoro por un cubano fiel, así no puede un cubano, y una cubana sobre todo, dar muestra pública de familiaridad y estimación al español pagado en Cuba, con dinero sacado de la agonía de Cuba, para intimidar y ahogar en sangre a los cubanos que quieran salvar a su patria de la agonía. Baila de veras rodeada de cadalsos, seguida de fantasmas, apuntada por dedos sangrientos, la cubana que baila con un militar español.

Ni es que, negándose a la verdad y a la gratitud, deba decirse que faltan, por sentencia especial, nobleza humana y dotes admirables a veces, al militar español. Militares de España hubo en la guerra cubana. y volverá a haber, que lloraban de amistad y respeto ante el cadáver de sus propias víctimas, que ofrecían la fuga a sus prisioneros con riesgo de su vida y de su honor, que endulzaban con cuidados caballerescos el calabozo y la capilla, que rompían su espada, y pedían la licencia absoluta, antes que herir la libertad en los pechos cubanos. Militares de España ha habido que velaban al enfermo insurrecto con fraternal angustia; que lo sepultaban con la ternura de sus manos. Si hubo cadáveres quemados y esparcidos al viento, si hubo tísicos clavados a balazos contra la pared, si hubo chamarretas agonizantes arrastradas a la cola de los caballos, si hubo lonjas de carne criolla servidas como entremés en mesas de tenientes, no las recuerda el corazón cubano.

Pero el militar español es fatalmente, cualesquiera que sean los méritos de su persona, el símbolo visible de la opresión que esquilma y corrompe a los cubanos; y el hombre que le da al militar de España, en su casa de oficio, la mano de amigo, y la mujer que le da en el vals ceñido la fragancia de su hálito, fraternizan y bailan con la opresión que esquilma y corrompe a su pueblo.

Nada menos que enemigo de Cuba sería quien pretendiese levantar una valla funesta entre cubanos y españoles; y la responsabilidad o insensatez fueran mayores hoy, cuando oprimidos por igual bajo la tradición española, con su séquito de contratistas, beneficiarios y militares, el hijo de Cuba y el de España, y cerrados a ambos por igual el porvenir legítimo y su entidad humana, líganse el cubano y el español, por el bien de la tierra común y la rebelión del decoro, contra el sistema incurable e insolente del gobierno que les ahoga la personalidad, anula el esfuerzo de su industria, cría a los hijos sin rumbo en el hogar inquieto y les pudre el aire que respiran. Pero el hecho de hacer causa común con los representantes del gobierno de opresión y corrupción, por la argucia de que no se les ha de desahuciar por ser españoles, no ayuda racionalmente a la fusión legítima y oportuna de los cubanos que se han de unir a los españoles, liberales,—más adictos a su familia que a la tiranía y al suelo de su fortuna y de sus hijos que al gobierno que les sangra la fortuna y les oprime a los hijos,—para sacar de Cuba el gobierno de la opresión y de la corrupción. Bailar con los militares asalariados para mantener en Cuba, con el dinero de la agonía del país, a la nación que tiene al país en agonía, no es contribuir a la unión necesaria de los españoles y cubanos; sino alejar, por el crédito social del gobierno opresor, la necesidad de la unión de cubanos y españoles que ha de echarlo abajo. Hay que ligarse con los españoles buenos; no con los españoles pagados, del último sudor de Cuba, para ahogar en sangre a los españoles y cubanos que aspiren a ser en ella felices, y a verla feliz.

Ni quien sepa donde tiene la cintura, quien sepa que el código del placer es menos imperativo que el código del pudor, puede olvidar que en un pueblo donde han caído de un lado los padres, los esposos y los hijos por defender la tierra en que nacieron, y están de otro lado, en pie sobre las tumbas, los que le clavaron el pecho con la espada o dieron la orden de su muerte contra el muro, el puesto de aquellos por cuyo honor y libertad cayeron los redentores no está al lado de los que tienen suspendido sobre la cabeza de los hijos el acero con que

atravesaron el pecho de sus padres. Puede el vencido, porque es magnanimidad, recibir en su casa al vencedor que le lleva en la visita el homenaje del arrepentimiento; pero el vencido no puede ir a comer el pan y beber el vino al vencedor, a bailarle al vencedor la danza amable, a dar al vencedor derecho de que muestre al mundo la alegría del pueblo oprimido, como el domador, látigo en mano, enseña en el circo al oso que lo besa con el bozal, y le baila alrededor, cruzado de brazos. Visitar la casa del opresor es sancionar la opresión. Cada muestra de familiaridad de los hijos de un pueblo oprimido con las personas o sociedades del gobierno opresor, confesas o disimuladas, es un argumento más para la opresión, que aleja la alegría y amistad espontánea del pueblo sojuzgado, y es un argumento menos para los que alegan que el pueblo oprimido, vejado, envenenado quiere sacudir la opresión. El hijo de un pueblo prostituido y sin derechos, no puede sin deshonra personal, poner el pie en la casa, confesa o disimulada, de las personas o sociedades que representen al gobierno que prostituye a su pueblo y conculca sus derechos. Nuestra mujer es nuestra mejilla; y la hija de nuestro pueblo que le baila la danza amable al domador, que le toma el brazo al uniforme pagado para acoger a su país, que pone el pie de seda en las casas pagadas para mantener, con franqueza o con hipocresía, el gobierno de opresión y miseria de su patria, y quitar crédito a la idea de salvarla de la miseria y la opresión, es nuestra mejilla misma, puesta por nuestra propia voluntad a la bofetada del tirano. Y si fuese esposa o hija del que cayó bajo el tirano, es como si llenase de las cenizas de su muerto un plato de fiesta, y se lo ofrendase, esclava arrodillada, a su matador. Mientras un pueblo no tenga conquistados sus derechos, el hijo suyo que pisa en son de fiesta la casa de los que se lo conculcan, es enemigo de su pueblo. La ley del pudor ha de ser más fuerte que la ley del placer. El vencido ha de conservar el pudor.

Pero todo eso no vale un grano de alpiste. Poco tiempo antes de que Cornwallis rindiere a Washington la espada de Inglaterra, cuando estaba reciente aún el caso de que el Congreso de las trece colonias no pudiera enviar al ejército de Washington los quinientos pesos que necesitaba, hubo en Filadelfia fiestas grandes en celebración de las

esperanzas en cosechar la casaca, y del brazo de ella bailaron las filadelfianas hasta que acabó la luz. Y muy contentas que estaban las casacas coloradas, y muy seguras de que tenían por suya a Filadelfia.

"La Meschianza" se llamó aquella fiesta pomposa, y hubo cabalgatas, y pasos, y colgaduras, y torneos.

Pocos meses después, cuando Washington había entrado triunfante por el arco de Trenton, aquel Washington a quien el Congreso no podía mandar los quinientos pesos, las damas hacían cola a la puerta de la comisión de baile, las damas mismas que bailaban con la casaca colorada, pidiendo de favor una papeleta de convite para el baile de estreno de la revolución.

2

EL DELEGADO EN NEW YORK

LA REUNIÓN DE LOS CLUBS.—LA CONFERENCIA DE LA LIGA.—EL BANQUETE.
LA RECEPCIÓN DEL CLUB DE SEÑORAS "MERCEDES VARONA"

Como un día de quehacer y entusiasmo, ha sido el plazo breve que el Delegado ha podido permanecer en New York. Ni él ha levantado la cabeza de su angustiosa labor, para seguir sobre el seguro de lo hecho a sus deberes mayores, ni ha decaído en torno suyo la íntima alegría con que los antillanos de todas condiciones,—porque en el Partido cordial todas se aman y juntan,—los cubanos ricos de costosa experiencia y los recién llegados inquietos y menesterosos, saludan en el Delegado la esperanza de ver al fin fundada la patria con la equidad prudente que asegure en ella desde la raíz, la libertad que sólo es fecunda y duradera cuando se le conoce el precio por haberla conquistado brazo a brazo: —se prodiga la riqueza heredada, se guarda y defiende la riqueza ganada, por el esfuerzo propio. A porfía se disputaban nuestras asociaciones patrióticas la presencia del Delegado, los pocos instantes en que su faena rápida, y de importancia visible, le permitiese poner en público el fraternal fervor con que habla, como de madres o de hijos, de las cubanas y cubanos de toda virtud que ha hallado en su último viaje, de la abnegación de los héroes de nuestra guerra matriz, de la hospitalidad ilimitada de las tierras donde hilando desde ahora la futura

cubano. Y de esta conversación asidua de corazones, en que hemos vivido con el Delegado en estos días; de esta casa abierta donde el poderoso criollo, o el magnate político de tierras amigas, departe cordial-

mente con el jornalero que lleva en los ojos la luz de la virtud, y en el vestido la huella del trabajo; de este raudal de cariño, en que nos hemos sentido como unos con los dominicanos y haitianos y jamaquinos, con los cubanos tenaces de Santo Domingo y los industrioses de Haití y los inolvidables de Jamaica, lo más público ha sido, y lo más solemne, la noche en que los clubs ansiosos se agolparon a oír la relación de las impresiones recientes del Delegado,—la plática sustanciosísima del Delegado con la Liga, adonde fue como estudiante que es de los problemas sociales, más que como persona de política expresa,—el banquete que en pocas horas, con singular espontaneidad, le preparó la emigración al tener noticia de su urgente partida,—y la fiesta conmovedora, donde hubo pocos ojos secos, con que las hijas del trabajo, cubanas y puertorriqueñas, visitadas con hermandad aquella noche por las que gozan de más favor de la fortuna, quisieron desear viaje feliz a un hombre de cuyos labios la guerra no les parece consejo terrible, que ha de sacarles de los brazos al hijo y al esposo, sino modo necesario y definitivo de conquistar para el esposo inquieto y para el hijo extranjero un hogar propio y feliz.

LA REUNIÓN DE LOS CLUBS

La noche de los Clubs ¿a qué decir el hirviente gentío, el salón rebotado, el aura cariñosa, el proemio de viril amistad con que el presidente Fraga habló del Delegado, y aquella alma única y suspensa en que vivió por tres horas la comunión de hombres? El perfil atrevido del héroe puertorriqueño se dibuja allá al fondo, como incorrupto guardián, junto a la épica estatura de un santiaguero que le conoce las cuevas amigas y el guano y el ñame, a los invictos farallones. Suben nuestras concurrencias, y no bajan. Los mismos a quienes logró desviar de la obligación humana del patriotismo la lección importada, la lección de otros países y otros problemas y otros odios, allí acuden, ya dueños de sí, en cuanto la palabra equitativa les ha mudado el amor egoísta a una clase de hombres en el amor supremo a todos. El de la profesión está al lado del del oficio, y el del oficio va elegante y culto, porque el amor de la libertad da al hombre, con mayor respeto de sí, mayor respeto a los demás. El acaudalado ya canoso se estruja, para estar más cerca, entre dos jornaleros. La juventud, como una guardia, rodea la tribuna, y se bebe el discurso, pálida, silenciosa. En el estrado están, con el impedeceder Juan Fraga, el admirable Tesorero Benjamín Guerra; el Secretario abnegado y elocuentísimo Gonzalo de Quesada, el caballeresco

Secretario del Consejo, Sotero Figueroa. De la tribuna, como un corazón que se vacía, vierte el fuego de su ternura y la lección de su viaje el Delegado.

¿Pudiéramos, en largas páginas, enumerar las ideas que aquel discurso removió; pintar los hogares criollos que pintaba él; señalar los pecados políticos y las virtudes de los pueblos que acababa de ver; poner el dedo, sin dureza ni lisonja, sobre los problemas agudos de nuestra sociedad; describir, de modo que no lo olvidaremos, el taller y la vega y la casa de los cubanos creadores; alabar la grandeza de los héroes vivos, que en nada cede a la de los muertos; abrir los brazos, como él los abría, a las tierras donde Cuba, como hermana adolorida, había sido recibida con apasionada delicadeza en la persona de su representante? El Delegado, con nuestras almas detrás, nos llevó, callando sólo lo que debía, por los mares dudosos, por las inquietas ciudades haitianas y su vapor hospitalario, por las casas campestres del bravo isleño Montesinos, y de Alvarez y Coll y Massenet, al hogar heroico de Máximo Gómez, que pintó con colores de verdadero enamorado, a la hacienda donde trabaja, íntegro y juvenil, el guerrero incapaz de manchar con el interés la grandeza excepcional de su corazón. Uno a uno apretamos la mano de aquellos cubanos valiosos, de cuya vida difícil y ejemplar prepara el Delegado, por agradecimiento de él y esperanza de Cuba, una memoria escrita.

Y de enseñanza en enseñanza, estudiando fenómenos sociales y buscando la causa de los males políticos, hundiendo el brazo hasta el hombro en la verdad desnuda de las repúblicas, fuimos, sin que el Delegado nos dijera de sí más que lo que se relacionaba estrictamente con la patria, de la pensadora Santiago a la ciudad amada de Santo Domingo; del mérito y bondad de los dominicanos, que puso por sobre su cabeza, al campo amable y repartido del laborioso Haití; de los pensadores y poetas amigos de Port-au-Prince a la isla donde triunfa, en condiciones favorables de clima y larga permanencia, el ensayo dichoso de la vida libre, en el trabajo y respeto mutuo que vienen de él, de los cubanos a quienes dividió la colonia artera y la esclavitud venenosa, y hoy junta en paz viril el heroísmo de la guerra y la hermandad del destierro. A Jamaica fuimos, y largo tiempo estuvimos allí, y con el mismo ardor con que nos encomiaba el Delegado los méritos de propia defensa y fundación, de laboriosidad y democracia, de los antillanos que halló en Santo Domingo, de los que, en el pico de una roca o a la sombra del único árbol, halló en Haití, de aquellos industriales y científicos y

maestros, nos habló, pintándonoslos como si los viéramos, de aquellos cubanos de Jamaica, respetados por su excelencia moral y su utilidad pública, en la apagada y mortecina colonia inglesa; de aquellos padres de pueblos, que han levantado la linda aldea criolla en la vega extranjera; de aquellos piadosos ricos que viven sin soberbia entre sus pobres, y proclamaban que jamás fueron de ellos engañados: ¡y el taller del uno, y la vega del otro, y del otro la medicina original y respetada, y el corazón de todos, y la amistad natural y decorosa, nacida de la larga práctica común de la virtud, con que aquellos cubanos, arraigados de muchos años en suelo y labores idénticas a los de su país, habitan ya el destierro en la concordia respetuosa y serena en que, a despecho de narigudos y aráspices, vivirán en la patria libre mañana! ¿Y el párrafo, como de flores, con que contaba el Delegado su visita a la madre y a la compañera de Antonio Maceo? La verdad fuerte caía de sus labios, como de hombres que habla a hombres: y después de aquel viaje y aquellas lecciones, de aquellas declaraciones que hemos de callar y de aquellos consejos que hemos de seguir, era un corazón la casa entera. —Francisco Gonzalo Marín, en bravo y artístico arranque, dijo, en nombre de aquellas almas apretadas, lo que, por la cercanía de estas columnas al Delegado, no puede decir *Patria*.

EN LA LIGA

“La Liga” es casa de estudio y amor, donde los hombres no van a ver cómo, del pretexto del color, o de las penas transitorias que vienen de él, hacen curare que les envenene la patria en que han de vivir; sino a adelantar en el estudio fuerte, en el perdón ejemplar, y en la vigilancia continua, la igualdad mental y cordial con que, como prueba superior e irrefutable, han de quitar argumento, sin iras que los retarden o afeen, a los que no podrán ni desearán negarse a la igualdad en frente de la prueba, y se negarán siempre a ella mientras no se les dé la prueba.

Dos salones tiene “La Liga”, y los dos estaban llenos. Y allí, muy al pormenor, respondiendo a lo que se le preguntaba, allí, con todo lo agrio y lo dulce de la verdad, estudió hilo a hilo el Delegado, que iba como de mero conferenciante sobre temas públicos, lo recóndito y causal de los problemas peculiares de Jamaica, Haití y Santo Domingo. Él analizó los grados sociales y funestos de las razas; las culpas o razones de este grado y del otro; las causas de la cultura, y las insuficiencias de la cultura meramente literaria; el desacomodo entre la política natural, que arranca de las condiciones del país, y la política parcial y arrogante,

aconsejada por la soberbia primitiva o letrada, de unos o de otros. Él habló largamente de los libros y los hombres de Haití, que tiene hombres y libros; del patriotismo piadoso, que es el único patriotismo; de la política ineludible, puesto que es el modo de integrar al hombre, y conducir los elementos diversos de un país a la mejor suma de bienestar común, por la satisfacción constante y equilibrada de las aspiraciones legítimas.

EL BANQUETE

Súpase el sábado que debía partir el Delegado de lunes a martes, y en pocas horas, con celos de muchos a quienes no pudo llegar la noticia, quedó puesta, con habilidad grande de la comisión, una mesa de cuarenta cubiertos.

No puede *Patria*, no, describir el magnífico momento; la enseñanza práctica de aquella mesa popular, donde el rico se codeaba con el pobre, y el hijo del dueño de ayer se sentó al lado del hijo del esclavo, por propia voluntad de los dos y en ocasión espontánea y pública; el anuncio glorioso del banquete a cuyo mantel se pusieron juntos los pueblos de América. De orgullo—de veras—se hinchaba el corazón, no porque demostrase allí nuestro pueblo, el pueblo de Borinquen y de Cuba, la virtud entusiasta indispensable para desear premiarla en aquellos en quienes se la sospecha, sino porque, sin culpables reparos, rodeaban la mesa, en alegría franca y amiga, aquellos a quienes la vida separa más en países menos generosos, y a quienes los miopes y enanos tienen y anuncian por entes de oposición, que no podrán sentarse nunca en torno de la misma mesa. *Patria* no puede describir el banquete, ni su continua y gran cordialidad, ni lo majestuoso de tanta sencillez, ni la hábil dirección que desde el sobrio y jugoso discurso de ofrecimiento le dio Benjamín Guerra, ni aquel arrebatado de almas, a que no quiere *Patria* poner nombres aquí, por la falta de espacio, y porque no parezca que hace gala de este nombre u otro. Ni siquiera puede *Patria* hablar de la oración ardiente, que con sacrificio de su voz enferma, improvisó Gonzalo de Quesada; del brindis ternísimo “a José Martí como hombre bueno” del puertorriqueño Tirado; del arranque filial y elocuente de Ventura Portuondo. Ni una palabra puede *Patria* decir de la conmovida oración de gracias del Delegado, “que sabe que hay un camino al frente; pero no sabe que haya ningún camino atrás”, que brindó “por la América nueva, nueva desde la raíz, que ha de sustituir a la dominación española; por la política directa y cordial, única que asegura y salva a los pueblos;

por la tierna y delicada amistad, que vuelve la salud a los enfermos, estanca la sangre que suele brotar a raudales de las puñaladas del corazón, y hace fuertes e invulnerables a los hombres". Pero si diremos el vehemente entusiasmo con que, sacados de sus asientos por ímpetu de amor, saludaron aquellos esclavos de América la peroración cadenciosa, inspirada, valentísima del colombiano José M. Vargas Vila, que cuenta sus días ya gloriosos por las batallas afamadas de su palabra y de su pluma en pro de la libertad, del poeta benévolo que veía en aquel banquete de la América entera "a la esperanza que ve partir a la gloria"; y el discurso de hermano, de hombre que ha templado la muy alta elocuencia en la fragua de la vida, de uno de los hombres de más vuelo y peso de la Venezuela del porvenir, del orador feliz que habla con el fuego de América y la amistad de las entrañas, el general Lino Duarte Level. Y la fiesta magnífica de hombres terminó en aclamaciones y en abrazos.

EL CLUB "MERCEDES VARONA"

¿Quién mueve los corazones? ¿Quién junta a los ricos y a los necesitados? ¿Quién aconsejó a las cubanas de "Mercedes Varona", a las esposas y a las madres tímidas, la fiesta con que, del trabajo de sus manos, al amparo de hermosos escudos y de la doble bandera, recibieron al que no ve más salida que el sacrificio, el sacrificio que tamiza y amalgama, que desarraiga y crea, a la existencia huraña e insuficiente que llevan por el mundo las casas de Cuba y de Puerto Rico?

Allí, en torno de la mesa, alguna de ellas con el hijo en los brazos, presidían el salón borinqueñas y cubanas de fortuna humilde, el salón donde la dama holgada, asiento a asiento con la cubana de menos bienes, oía, trémula de piedad por los dolores y sacrificios de la mujer de Cuba, la arenga, literaria como sólo la verdad lo puede ser, del veterano de Lares, del fiel Terreforte; el ímpetu rebosante de Ernesto Rossel; la improvisación calurosa de Marín: el chispazo y fustigación de la oratoria ingenua de Leopoldo Acosta; la conversación familiar del Delegado, que en la timidez misma de María Acosta, la presidenta de la noche, halló entrada, y símbolo de la energía pudorosa de la mujer de Cuba, para el discurso en que explicaba, con párrafos que no quería que fuesen sino ramos de flores, "los ramos de flores que el valiente mambí, recogidas de la selva, iba a colgar después del triunfo a la puerta de palmas de su amada", la política de compasión y decoro en que estamos los cubanos, el derecho y capacidad de la mujer, piadosa por sí, de ayudar a redimir de la degradación a que se va, la única tierra

donde pueden ser dichosos sus hijos; la historia gloriosa de la mujer de Cuba, de que, como aroma en un cáliz, ponía ante la concurrencia conmovida elocuentes ejemplos; la necesidad del sacrificio, del lado de los más, en la hora del conflicto inevitable entre los dos grandes deberes: la obligación de sujetar el ánimo en holocausto de la patria, y reservar aquí, mantenido por los hombres y avivado por las mujeres, un ejército de ayuda que reponga, con obra diaria y visible, las fuerzas que el ejército de allá ha de perder constantemente. ¡Qué bosquejos de Carolina Rodríguez, de Juana Sandrino, de la compañera e hija de Gómez, de la madre y de la mujer de Maceo, de una dama de abolengo revolucionario que decía, erguida entre sus tres hijos, que lo que ha de ser acabe de ser, aunque la guerra que le llevó al padre le lleve a los hijos de su corazón! Unión de clases, flagelo a los menguados, entrañable ternura para las antillanas de "Mercedes Varona", que en la estrechez del invierno trabajador hallan fe y tesoro para estas fiestas ejemplares de la patria; todo, con acentos del alma, se fundía en el vehemente adiós donde pintaba el Delegado a la Isla redimida, y a nuestras mujeres, "flacas las manos del trabajo y la viudez", saludando con las palmas de su martirio la procesión del triunfo. Y al levantarse, como un pecho solo, aquella sesión, en el dedo de una mujer: lucía un brillante, y en los ojos de más de una lucían las lágrimas. El Delegado nos vuelve a decir adiós: ¡le acompañan en su viaje el pobre y el rico, la simpatía de la recién casada y de la madre tímida, las voces de América!

DE *PATRIA*, NUEVA YORK

7 DE NOVIEMBRE DE 1892

"PATRIA" DE HOY

“PATRIA” DE HOY

Deja hoy *Patria* a un lado todo lo que de sí tuviera que decir, para recoger los hilos sueltos de las campañas últimas, antes de intentar, de un modo aún más preciso en lo futuro, la ya difícil tarea de reflejar en una publicación semanal la vida creciente y variada, la vida diaria y viril, de la idea que representa. Nacimos de la verdad, con cierto des-
pego a la tarea menor de poner en palabras los argumentos que ya están a otra sazón; y los tiempos nos han caído de tal modo en las manos, que no basta el poco espacio a la crónica simple, aun cuando más no hiciéramos, de los hechos del Partido,—de un partido feliz, que no pone de un lado a unos hombres para echarlos contra otros, sino que en la misma inevitable pelea a que los convida, junta en la equidad y en la indulgencia los caracteres e intereses varios en que, con menos amor de humanidad, se pudiera dividir. Y eso hacemos hoy, sin casa para el comentario. Hoy damos paso a la crónica. Hacer, es nuestra manera de decir.

EN SANTO DOMINGO

A lo que Santo Domingo hizo en honor de nuestra patria, en la persona del Delegado que hoy representa por el voto de sus conciudadanos, todo lo que se ve de la patria libre, todo lo que queda con voz, recordando y esperando, de la guerra pasada, damos, por íntima gratitud, el puesto de preferencia merecido por hospitalidad culta y franca; la hospitalidad de las Antillas, que cuenta en lengua bella, y con fuego de hermano, en la primer revista literaria del país, en *Letras y Ciencias*, el americano cordial que, desde aquel grandioso río de Ozama, tiende los ojos sin cesar por lo que en el continente hay de nuestro, y predica, con su vida y con sus palabras, el Evangelio de la familia. Y por él se verá

cómo se quieren Santo Domingo y Cuba: de cómo quiere Cuba a Santo Domingo ¿qué más muestra que el discurso de enamorado en que el Delegado del Partido nos contaba, uno a uno, los méritos de aquellos hombres? Los hacíamos instintivamente, aquella noche, espacio a nuestro lado.

EN JAMAICA

Del viaje del Delegado no habría nota escrita sin la reseña en que el ejemplar José Francisco Pérez,—el cubano desinteresado a quien encomia con sobrada justicia uno de nuestros hombres reales, uno de los buenos del porvenir, Alejandro González,—describe con la limpieza de su corazón, los días de concordia, y de academia política, los días de república, con que el Delegado cerró su excursión rápida a las Antillas. Allí donde se ha ensayado el cubano, sea cualquiera su raíz, en el trabajo respetuoso y equitativo, allí, por la virtud común, vive en común el hombre. La desidia fomenta la discordia. El trabajo la abraza. Pueblo ocupado, es pueblo salvado. Pero en otras partes suele la ocupación personal helar al hombre, o darle con exceso el gusto de sí, y en Jamaica, con el clima amigo y el calor de la patria vecina, no hay pecho en que la patria no tenga un altar.

LA SOCIEDAD DE BENEFICENCIA

Del entusiasmo americano que nos reúne, y en los días de su albor, nació, para todos los pueblos de América, la Sociedad de Beneficencia Hispanoamericana, que a poco tuvo buen tesoro, y cuya firme vida cuenta en lengua viril, sin fútiles adornos, el Secretario de la Sociedad, Gonzalo de Quesada.

UNA CARTA

Y este recuento de hechos cierra bien con la "Carta a un Cubano de Patria", donde en frase maciza, pone Juan Bonilla, un cubano muy joven ideas esenciales. No trabajamos en humo, sino en roca. Hay que arrancar de hondo, y que saber a dónde se va. Bonilla es hombre ingenuo y fuerte. Nació del destierro y el trabajo. Gana su pan, en la mesa diaria de labor, y lee a clásicos y románticos. Piensa bien, y habla y escribe en dos lenguas. Tiene poco más de veinte años.

EL DISCURSO DE ROLOFF

Noble literatura, de la de pensamiento, ha producido este 10 de Octubre, y de lo mejor de ella. Ya que a todo no podemos dar lugar, escogemos, por la generosidad de la vida y autoridad envidiable del orador, el discurso ferviente de nuestro general Carlos Roloﬀ, que es en nuestras cosas y corazones persona principal; y por la idea oportuna y la bella elocuencia, por el orgullo republicano de abrir casa a toda emoción real y palabra sincera, le ponemos al lado la oración de un cubano que padece con alma hermosa por las penas de la humanidad, y sólo podría pecar por la impaciencia de redimirlos,—de Carlos Baliño.

EL CENTENARIO DE AMÉRICA

Y en tanto que una pluma sentenciosa engarza, a que se vea cómo los esclavos de América pensamos del Centenario, lo uno, y lo justo de lo que se ha dicho de él en Cuba y Puerto Rico, ponemos aquí como de proemio, y a modo de justa alabanza al preclaro autor, la respuesta con que equivocó el convite a entonar himnos a la conquista cuya glorificación intentó España, con pobre suerte a la verdad, bajo la capa de las fiestas, del descubrimiento. Pluma de oro tiene nuestro Merchán, y de muy buena punta.

Y lo saludamos con la nuestra, sin que nadie haya de tener a mal que no rompamos lanzas con el noble cubano porque aún anda, como quien va ya acabando de mudar, en la duda de tener la autonomía imposible o la independencia inevitable. Lanzas no rompemos, porque está muerto el moro: y bajo estas veleidades de autonomía, que ya expiran en Cuba, palpitan renacidos, pechos cubanos.

ENERO / 1893

A TEODORO PÉREZ

A TEODORO PÉREZ

Delegación del Partido
Revolucionario Cubano

New York, 2 de enero 1893

Sr. Teodoro Pérez
Key West

Compatriota:

A los servicios infatigables, de continua discreción y oportunidad que Cuba debe a Vd., ha venido a unirse la organización eficaz y económica de un plan de lotería que en nuestra patria organizada rechazaríamos sin duda, por la debilidad que produce en el carácter del hombre la esperanza en otra fuente de bienestar que no sea el esfuerzo de su persona, pero que, frente al hecho inevitable de la lotería en el destierro, donde el hábito de ella aprovecha a nuestro enemigo o a empresas indiferentes, es loable y prudente establecer, como medio de abrir, quitando esos mismos recursos a la lotería de España, un caudal más que ayude a crear un estado de moralidad y trabajo donde se pueda intentar con fruto la supresión del azar, inmoral o debilitador, en la vida del hombre.

Y como a la iniciativa de Vd. se debe la composición, bajo personas de respeto, de un plan superior, por la economía de su administración y su habilidad, a los varios que, por tres conductos diversos, se han presentado a esta Delegación, nombro a Vd. por esta nota, con ruego especial de que acepte en bien público esta nueva carga, Interventor de la Lotería del Partido en Key West, para esa localidad y todas las de la lotería, a fin de que, en representación de la Delegación, vele por el exacto y puro cumplimiento del plan propuesto, por el crédito y ensanche de la lotería, por el reparto de los productos en la estricta propor-

ción acordada entre la administración que arrostra las pérdidas posibles y la patria, y por el ajuste y rendimiento de cuentas al final de cada sorteo.

Y al expedir este nombramiento, para que por sí, y por los funcionarios de que Vd. necesitase se atiende a las obligaciones que van con él, la Delegación se complace en dejar aquí testimonio de la energía, discreción y desinterés con que, hoy como siempre, sirve Vd. a la independencia de la patria.

Saluda a Vd., con toda su consideración,

El Delegado,

JOSÉ MARTÍ

DE *PATRIA*, NUEVA YORK

14 DE ENERO DE 1893

1. POLÍTICA INSUFICIENTE
2. CUATRO CLUBS NUEVOS

POLÍTICA INSUFICIENTE

Cuando se tiene la mano sobre el corazón del país, y se le siente moverse acelerado, y como pronto a saltar ya de su cuenca; cuando se sabe que los cubanos que hoy se asen desesperadamente a la merced habilidosa de un dueño que no se quita el arreo de pelear, darán mañana la vida junto a aquellos a quienes censuran en alta voz, aunque por ley del corazón, y por respeto merecido, los aplaudan en silencio acaso; cuando se entiende que un vuelco, ya ridículo, del gastado ciclorama no puede engañar de nuevo a un pueblo colérico y hambriento que asiste, pintado de alegría, a la arena donde los barateros de empleos públicos se enjugan de vez en cuando el sudor de la comedia con el pañuelo tinto en nuestra sangre,—parece innecesario afear con la prueba harto fácil la flaqueza, o equivocación de los que de seguro no llevarán la política sumisa, y la desconfianza de las virtudes más viriles, hasta corromper en la inmoralidad creciente de una espera inútil la patria en que nacieron, o entregar sus ruinas a un extranjero ávido y desdeñoso.

Cubanos son los que, con fe rara en quienes no parecen tenerla en su suelo nativo, piden desde hace catorce años a España, bajo el nombre de partido autonomista, una libertad cuyas migajas urbanas, triste alimento de canario preso, son polvo y nonada ante los aprestos militares, hoy más que nunca activos, bajo cuyo peso mortal zozobra la isla; polvo y nonada, y lúgubre entretenimiento, ante un dueño que desdeña con razón al pueblo que le paga puntual todos los años, para su propio vasallaje, la suma que, de una vez sola, le bastaría para ser libre. Y, en verdad, más causa pena que enojo el obsequioso acuerdo con que la Junta Central del partido autonomista acoge una ley nimia y ofensiva de elecciones, fuera de toda relación con la capacidad patente, la gran miseria y la amargura sorda del país. Más pena causaría si fue-

ra cierto—¡y no lo es por fortuna!—que el país real acata con prisa y cortesía una ley limosnara, indispensable hoy a la política promisoría del gobierno español, que, con ayuda de quienes no podrán ya por mucho tiempo ayudarle, distrae con el advenimiento de un gabinete de esperanzas, disipado siempre a la hora de la realidad, la cólera que levanta primero, y volverá a levantar después, un gabinete de ira. Pena causa, en verdad, ver cómo hombres útiles, y sin duda sinceros, giran dóciles a compás de esta política a la vez cínica y pueril.

Los cubanos volátiles que creyesen que una ley retacera de elecciones, y el nombramiento en su virtud de algunos diputados más, a lo sumo comparables a sus distinguidos antecesores, puede mudar de raíz el carácter rudimentario y venal de la política española, y la ignorancia y hábitos despóticos de la nación, verán tal vez sustancia y eficacia en una ley teatral que, aparte del desdén de aportar a males presentes y urgentísimos un simple remedio en el modo de pedir, más es, a todas luces, descarada reincidencia en la política diferencial que base de argumento honrado para fundar sobre ella los derechos de un pueblo,—de un pueblo donde las venas de los hombres hierven al pensar que su miseria y honra dependen de una peineta del Rastro o de una copa de Jerez. ¡Hay sangre, y sangre! ¡Esa no es nuestra sangre!

La esperanza de que el cambio leve de la petición, otorgado de modo que, de antemano y en sí propio la niega, baste a satisfacer al país abrumado, a las ciudades vergonzosas, al campo miserable, al destierro unido y tenaz, al pueblo libre y en sazón, harto ya de prestidigitadores y de dueñas, sería, en verdad, ilusión del miedo, o del deseo. Los remedios son impotentes cuando no se calculan en relación con la fuerza y urgencia de las enfermedades. La política es una ocupación culpable cuando se encubren con ella, so capa de satisfacciones indebidas, la miseria y desdicha patentes, la gran miseria y gran desdicha, del pueblo que los soberbios y los despaciosos suelen confundir con su propia timidez y complacencia. Y si por ventura, como pudiese suceder, no se tiene fe en el mínimo recurso abierto para la cura urgente y radical; si por ventura se estuviese convencido de que el alivio aceptado no llega, ni por sus componentes puede llegar nunca, adonde llega el mal terrible, algo habría tan grave como el mal, la responsabilidad de los que a sabiendas recomendaron el falso remedio.

El país va adonde debe; y afuera de él, dejando a un lado pueriles satisfacciones, se calla lo que no es preciso decir. Mucho daño hace en este mundo la cobardía; mucho la indecisión; mucho la lírica guber-

namental, y la política importada. Llorar con el país es necesario, retorcerse con él por la tierra, y oír, con el alma a las sepulturas, lo que la tierra dice. Los pueblos continúan: no retroceden. Toda esta autonomía, que rechazan hoy por insuficiente las mismas colonias inglesas que con ella se paralizan y desangran, es un retroceso. No se siguió, sino que se volvió atrás, como si se pudiera prescindir de lo hecho, de lo más hermoso, y de lo único real, que hemos hecho. Todo eso es compás de espera y fantasmagoría. Era necesario que un pueblo cansado descansase. Ya está. Ya no más. Esas formas menores, esa pelea lenta, y sin cesar burlada, de formas ineficaces, no resuelven nuestros problemas, nos entretienen culpablemente, no nos salvan del hambre que crece, y de la dignidad que se empieza a ir. Es que somos pueblo, y hay que saberlo. Se trata de constituir con el mayor orden posible una república de elementos confusos, que puede ya vivir por sí; a la que nadie puede ya contener en su deseo de vivir por sí. Lo demás es bordar en la nieve. Aplíquese esa ley inútil y ofensiva, acatada con prisa obsequiosa. Aplíquense más leyes, y mientras más pronto mejor; que todas ellas servirán para demostrar la incompatibilidad irremediable entre una metrópoli que jamás se decidirá a levantar de verdad la mano armada sobre la colonia de que vive el espectro de su historia y la granjería de su política, y una colonia que tiene intereses distintos y alma diversa y superior a la de su metrópoli; entre España que revive difícilmente con la vida anticuada y rudimentaria de sus provincias, y Cuba, clavada, con gran riqueza natural y con ansia de trabajo, en la vida moderna y en la libre América. Y a los equivocados, ¡hasta mañana!

2

CUATRO CLUBS NUEVOS

De España hemos de ser independientes. Y de la ignorancia en que España ha dejado a nuestro campesino precoz, y al cubano de padres de Africa. Y de los vicios sociales, tales como el despotismo y soberbia de nuestra opinión, la falta de respeto a la opinión ajena, y el indómito señorío que, por el hábito de él, y por el deseo natural de él en quienes nunca lo ejercieron, queda, como trastorno principal de la república naciente, en los países compuestos para la esclavitud, y moldeados, desde la uña al pelo, sobre ella. No podemos mudar el mundo en Cuba; ni injertarnos, de un vuelco político, la naturaleza angélica; ni

esperar que, al día siguiente de la expulsión del gobierno de España, quede Cuba purgada de los defectos de carácter que, pus a pus, nos fue ingiriendo con su sangre autoritaria y perezosa; ni hemos de resolver de un golpe los problemas acumulados por la labor de los siglos, y sostenidos por la condición egoísta y vanidosa de la naturaleza humana. Pero si por una parte sería ilícito, y traicionero, levantar a los cubanos, por el gusto de una indigna popularidad, a esperanzas mayores que las que pueden y deben satisfacerse, con los obstáculos que pone a la justicia la condición del hombre, en un país moderno y americano; no sería menos pecado, de la otra parte, conquistar, con el sacrificio y la sangre de todos, una libertad en que no tuvieran voto real, e inteligencia para el voto, todos los que hubieron contribuido a conquistarla. El trabajo no está en sacar a España de Cuba; sino en sacárnosla de las costumbres. Esto hacen en España misma los españoles sanos y entendidos; y esto nos ayuda en Cuba a hacer esa especie amable de españoles; y fuera de Cuba, los que acá vienen huyendo de España, como pudiera el cubano mismo huir. Independencia es una cosa, y revolución otra. La independencia en los Estados Unidos vino cuando Washington; y la revolución cuando Lincoln. Y aquella fue lección oportuna, para los que entienden que es cosa destructible o escamoteable el derecho humano; o que lo justo se puede negar, si no es a costa de tal arremetida final de la justicia, que vienen a padecer al fin más de ella los que hubieran padecido menos si desde el principio no se hubieran empeñado en negarlo. Las astas del toro, aunque le nuble la vista de pronto la capa colorada, acaban por romper la capa en dos: lo que tiene sus inconvenientes, cuando no puede escaparse de la plaza el torero. Lo mejor es no cebar el toro, ni enfurecerlo. Lo justo, hágase. ¿Adónde estarían hoy los Estados del Sur si hubieran abolido valientemente a su hora la esclavitud? Y hoy, por haber pecado, están míseros, y cubiertos de polvo. La verdad es que estos tiempos no tienen empleo para las momias. Ni demagogos, ni sepultureros. Y por eso, porque está en ellos el alma nueva del país, porque los elementos todos del país están en ellos, porque están en ellos las ideas esenciales del país, se ha de celebrar, no por el mero gozo de recibir amigos nuevos, la creación del club de enseñanza, el de "Santa María del Rosario"; del club de humanidad, el "Enrique Roig"; del club de paz y respeto, "El Diez de Abril"; del club de nuestras mujeres, de las que tienen más y de las que tienen menos, el club de las "Cubanas de Ocala".

SANTA MARÍA DEL ROSARIO

El Cayo es un libro. A veces, es un templo. El Cayo es un buen ensayo de república, y de nuestra república. Lo hemos de contar, aquí en *Patria*, y en un libro hermoso. Allí se verán los padres, y los hijos. Quien desconfíe, véalo. A algún pisapollo le parecerá demasiado popular; y es popular, de veras, como que está allí todo nuestro pueblo, el hacendado de nombre augusto y el siervo, libre ya, que lleva el nombre de la familia: el que sangró al lado de Céspedes, y el que se arrodillará mañana en su sepultura. A quien lo ha visto hervir, domarse, amar, el Cayo es muy querido, como un buen hermano.—Una noche, por allí donde vive Fernando Figueredo, que es todo un creador, donde vive Teodoro Pérez, hidalgo todo él, donde vive, ejemplar y piadoso, el médico del acierto y del cariño, el médico Palma, donde el maestro Aymerich, en su silla de inválido, enseña pensamiento a los hijos de los coroneles y de los guajiros, donde tiene casa hospitalaria más de un hombre bueno, más de un hombre futuro, se puso de mucha luz, para recibir a un amigo, la Academia de Bellas Artes. Porque hay momias vivas, acurru-cadas en su ira, que murmuran de lo que hacen los demás, mientras la barba les castañetea, del frío del odio, sobre las choquezuelas desnudas: momias hay, y choquezuelas; pero el Cayo tiene Academia de Bellas Artes. Allí, en la casa suya, porque en el Cayo las academias tienen casa propia, casa que los cubanos pagan para los cubanos, que los cubanos de más pagan para los cubanos de menos;—allí, chispeando y guiando, vive de veras, con la salud y alegría del que hace bien, el artista Joaquín Barroso. Ese es artista, que pinta lo suyo, y lo que se le retrata en el corazón: ni el Japón pinta, que él no ha visto, ni chupas de la Fronda, porque no es frondista él, sino que pinta palmas, con colores o con humo; y los modelos permanentes, que en toda edad y tierra son iguales; y si retrata es a Agramonte, y a la Luz, y si pone en color una batalla, es la de Palo Seco. A su alrededor, sorprenden por el rápido adelanto aquellos apuestos aprendices: Bernardo, el hijo de Figueredo, hace tres meses no sabía de lápiz, y hoy copia, con el rostro leal y la mirada decisiva, el retrato de Máximo Gómez; Fabián, niño olvidado y melancólico hace un año, que dibujaba con color penoso cuanto veía, ahora, de una mancha, saca un drama en tintas, o un estudio original en luz: y veinte más: y las hijas estudiosas, mano a mano, de los coroneles y de los guajiros. Y allí, con Barroso en la presidencia, ha nacido, y estudia, el club "Santa María del Rosario". Es un club de patria, y

de veras lo es, porque no está sólo al nombre, sino a la necesidad de leer y escribir, por donde vive o muere la patria. Los que no saben van al club, con su corazón agradecido; y por el tanto que pagan por semana al tesoro de la libertad, los maestros generosos le dan letra, le dan dibujo, le dan libro.

Cariño le dan, y hermandad, que es la gran medicina de los pueblos.

Visten bien los alumnos: se visten para la escuela. Mañana, amarán a los que los enseñaron: si no les hubiesen enseñado, no tendrían a quien amar. Las dificultades se resuelven mejor entre los que se aman que entre los que no se aman.—Barroso preside, que es alma de amistad, y útil por gusto, y no como tantos otros, que se cansan de ser útiles, en cuanto no hay tiempo para ponerles una flor en el cabello, y regarles todos los días la vanidad. El Secretario, José Mauricio Fernández, cuenta el club como han de contarse estas cosas de raíz, con ternura de apostolado. Lleva el tesoro Joaquín Hernández. Los vocales son Carlos Chávez, José Palomino, José Mauricio Soto, Francisco Maria González. González es muestra buena de ellos: patriota, no busca paga: padre y esposo, no los hay mejores; lector en el taller, no le lee nunca libro impuro. Mañana, en las horas de asamblea libre, cuando se recuenta el trabajo de la república y se le abran vías nuevas, hablará, con la lengua aprendida en el Cayo, un cubano del club "Santa María del Rosario".

ENRIQUE ROIG

¿Y el "Enrique Roig", uno de los nuevos clubs de Tampa? En Cuba, entre los que no tienen con qué aprender idiomas, entre los que por hoja, antes que la del libro, tienen la del tabaco; entre los que, al abrirse a pensar, pensaron naturalmente con las ideas rebeldes e iracundas, por causas de actualidad, de los que trabajan y padecen y aspiran como ellos; entre los que, por serles familiar la lengua, leyeron de la justicia nueva lo traducido y confuso que anda de ella en español, sin calma ni hábito ni guía para buscar las fuentes rusas y alemanas a la traducción infeliz ni ver en qué se acomodan las ideas generales a la realidad criolla, y en qué es ésta diferente, e idea por sí, y requiere ira menor y métodos diversos; entre los hombres compasivos y viriles que ven en el mundo más desigualdad de la que conviene a su permanencia y dicha, y tanta hambre innecesaria de un lado como pompa innecesaria de otro, han prendido, más de lo que aparece, las ideas vehementes de reforma social, cuyo mismo nombre temido de anarquía, que para

el cubano de suyo moderado y generoso jamás significará lo que para pueblos más odiadores y violentos, enciende en el corazón de sus prosélitos fieles, por el propio peligro que va en él, y por los crímenes que ya se han cometido contra él, un ansia de sacrificio poco desemejante de la que llevaba al circo a los mártires cristianos. Con este nombre común de anarquía se han cobijado precipitadamente, por la liga de la piedad social, los cubanos de opuestos sistemas de reformatión, y de los más varios métodos; y el desdén ignorante de sus compatriotas, o el miedo excesivo, hubiera contribuido, más que la tentadora novedad, a lanzar en brazos de los más ambiciosos e inquietos a los que pudieran refrenarlos con el consejo y la virtud, si la natural claridad de la mente criolla, y la fuerza de amor humano que mueve estas ideas en los cubanos piadosos, sobreponiéndose a la amargura de las sospechas injustas, no les hubiese traído a declarar que no puede ser digno de la libertad para sí quien ve a todos a su alrededor sin libertad, y se niega a trabajar por la libertad de todos. No ha caído en la red española el cubano que ama y estudia las reformas sociales: no se ha negado, por odio a los meros nombres de patria y gobierno y política, a defender lo que en la esencia de ellos hay de equidad y ventura humanas: no ha logrado el gobierno español, como quería, partir en dos, en dos bandos odiosos, a los cubanos que han servido a su país con tanto sacrificio y fe como quienes más en Cuba, a los obreros cubanos: no ha conseguido el gobierno español,—que quería alzar una revolución social en que no cree contra una revolución política que teme,—que se aborrezcan unos cubanos y otros, que los que demandan derechos para sí en su patria, rehúsen trabajar por la creación de la patria en cuya libertad descansarán mañana para abogar por sus derechos. Vibra y gime, de dolor por el hombre, mucha alma cubana en el club "Enrique Roig". Hijos tiene allí Cuba, dígame alto, que en nada ceden, ni por la caridad, ni por el desinterés, ni por la cultura, ni por la elocuencia, a ningún otro cubano. En Cuba, tenemos gérmenes de patria. Tenemos raíz nueva que poner donde la raíz podrida. Amor enérgico tenemos, donde ha habido odio enérgico. Lo excesivo se podrá de sí propio, porque es mucha de veras la sensatez criolla, y porque el hombre se acomoda siempre a la verdad; pero lo nuevo surgirá de mil fuentes, y los cubanos que desconfían hoy de su pueblo se abrazarán, mañana, sorprendidos. En el club "Enrique Roig", Segade preside. Baliño razona, Izaguirre en tusiasma, todos, como decía Baliño en noche memorable, "ponen tan alta la bandera de Cuba, que, por mucha ira que revuelva a sus pies la pasión del hombre, jamás llegue a la bandera el fango humano".

EL DIEZ DE ABRIL

No tuvo Cuba día más bello que el 10 de Abril de 1869. Allí nació un concepto de la revolución, rudimentario acaso, por ser ley que los pueblos no puedan pasar de la aspiración confusa de la servidumbre a la ciencia plena de la libertad; y quedó vencido otro concepto, más impetuoso sin duda, aunque no menos rudimentario. Pero es la hermosura del día que no hubo allí vencedores ni vencidos, y fue igual la magnanimidad del que cedió, a la de los triunfadores. A Roloff se le preguntaba en Tampa por el 10 de Abril, y respondió él, con la luz de amanecer que le sale a los ojos cuando habla de la guerra: "Ese fue el día más hermoso de mi vida"; el día en que lo hicieron llorar, hablándole de Polonia, los oradores que nunca hablaron como aquella vez; el día en que todos depusieron sus pasiones y sus pareceres, y todos fueron buenos. Los conceptos de la guerra que allí pudieron chocar, y chocaron después, allí se acomodaron. Ese es el gran servicio: deponerse. El providencial se abatía ante los convencionales; y los convencionales, en toda la sangre de la juventud, se ponían de escolta del providencial... ¡Con qué cuidado debe andar la pluma, y con qué ternura, cuando se escribe sobre aquellos hombres! Otros andamos por la senda abierta: ¡ellos fueron los que abrieron la senda! Por dondequiera que andemos los de ahora, hemos de andar con el sombrero quitado. Lengua, todos tenemos; pero espada, pocos. De lo más bello del mundo es aquella juventud imperiosa, que no quería república patricia ni historia a medias; y aquel patriarcado que sentó sus canas con la juventud. El desinterés es lo más bello de la vida; y el interés es su fealdad. El día de la generosidad absoluta en la historia de Cuba, fue el día 10 de Abril.

Y esa fue la razón del club nuevo de Tampa, y de su nombre. Tampa, en estos meses últimos, padeció mucho de una huelga enconada. Son muy sutiles, y muy tenebrosos, los hilos de las huelgas. Está el obrero en ellos y no ve quién los mueve. Los que le conocen las pasiones, se las azuzan. Es fácil guiar a un hombre por sus pasiones. Unos juegan con sus odios; y otros con su generosidad. Pecan unos por ira, y por piedad otros. El sacrificio tiene sus fanáticos; como los tiene la codicia. Lo importante, para el titiritero, es hacer ir a los títeres por donde quiere que vayan. Lo que hay que ver es quien se aprovecha de la huelga o puede aprovecharse; y por ahí se le conocen las raíces. En Tampa viven juntos, bajo un mismo cielo, españoles y cubanos; y tal es de magnánimo el pecho criollo que el crimen tremendo y patente de España

en Cuba no le ha quebrantado la determinación, romántica a veces, de ponerse de escudo, sangrando como sangra bajo la bota española, del derecho o el interés ofendido de los españoles.

España astuta, que de años atrás viene favoreciendo entre los obreros cubanos el desamor de la política, para que no haga el obrero política cubana; España astuta, que permitió en Cuba la propaganda errónea contra la idea de patria, hasta que los obreros de Cuba, españoles y cubanos, declararon que era como una patria el derecho del hombre, y allí donde la independencia de un pueblo lo adelantase, por la independencia pelearían, como por patria cabal y superior; España astuta, válida de la magnanimidad de sus hijos, crea y fomenta, donde fuera de Cuba viven juntos españoles y criollos, aquella desavenencia aún natural entre los cubanos, que, con su piedad suprema, pudieran llegar a abrir al enemigo insidioso, por el camino cubierto de las ideas humanitarias, las fortalezas que ha alzado en la emigración la idea de independencia, para el bien final y decisivo de criollos y españoles.—y los que, más apasionados o sagaces, creen que el deber del español sincero, y el modo real de probar su amistad a Cuba, es mantener apretadas, y sin peligro de confusión ni merma, las emigraciones que batallan con increíble desinterés para crear un pueblo de libertad y dicha a españoles y a cubanos. La codicia, o la aspiración desordenada, trastorna siempre, por sí o por sutilísimas agencias, las pasiones puras de los hombres. En la pelea, no se ve la virtud, bajo el toldo de lodo. Llegan a aborrecerse los hermanos.—Y en el Club "Diez de Abril", en una noche de religión, que pareció como cuando en el campo de combate se extinguen los últimos fuegos, se unieron, y continúan unidos, los cubanos a quienes más pudo ayer, como a los padres en la guerra, dividir la sospecha o el odio. Unos cubanos, canijos, van a llevarle al amo el recado de todo lo que hacen, para que no les tenga miedo el amo, para que viva el amo seguro, en su uniforme de listado azul y bocamangas carmesíes: otros cubanos, menos preparados acaso para el conocimiento de la virtud republicana, desmienten, en el templo blanco y azul de los "Caballeros de la Luz", a los que, por ignorancia de su pueblo o por incapacidad propia, creen y propalan que el cubano no posee las virtudes de abnegación y trato respetuoso indispensables a la república.—Marcos Gutiérrez, que es todo un pensador, preside el "Diez de Abril". Carlos Baliño, pluma y lengua de oro, es vicepresidente. ¿Y la lealtad del Secretario Manuel Granados, la fe del vicesecretario Santiesteban, la ley cubana del tesorero Manuel Chávez? De su admi-

nable madre le viene el patriotismo impaciente al vocal Luis M. Ruiz, que da al tesoro todo un día mensual de su establecimiento, más el de su trabajo en el taller. Como un niño ama a Cuba, cubierto de canas, Vicente Bueno. Y hay fuego evangelista en los otros dos vocales, en Pastor Segade y en Joaquín Izaguirre. Así se crea: amando.

LAS CUBANAS DE OCALA

Allá, pino ayer, crece, blanca y alegre, la colonia de Ocala. Aún no está limpia de zizaña la calle naciente y ya se mide la tierra para la casa de juntarse y de aprender, para el liceo cubano: lo que es muy oportuno, porque en casa del que nos da quehacer, en casa del que nos codicia, es lo primero hacerse respetar. Quien se enseña mal, se quita el pan de la boca. Allá, en las lindas casitas, pelean nuestras mujeres contra la escasez y la naturaleza. El menguado que hable de inferioridad del criollo, vea aldeas nuevas de yanqui, y vaya a ver luego las casas de Ocala, recién salidas de la yerba. ¡Pues todas nuestras mujeres, las de más y las de menos, hallan tiempo y ahorros, en la fatiga de ir sacando el hogar de la selva, para ordenar entusiasmadas el club de la patria! Tienen un hijo, y de pabellón de la cuna le ponen la bandera.—Así, en acuerdo amoroso con nuestros hermanos de Cuba, estudiamos, y vamos resolviendo, los problemas reales que otros, entretenidos con la bocamanga, dejan a los caprichos del azar, o al ímpetu de la ignorancia, o a la tiniebla de la ira. Así limpiamos el camino de la libertad, y el del nuevo destierro, para los que, en el día ya visible, habrán de huir, desconcertados, del sable que hoy besan.

DE *PATRIA*, NUEVA YORK

21 DE ENERO DE 1893

1. SOLEMNE REUNIÓN PÚBLICA
2. ¡CUBA, ES ESTA!

SOLEMNE REUNIÓN PÚBLICA

Magnífica ocasión, y prueba hermosa del temple de nuestras almas, fue la junta pública de cubanos que acudió al convite del Delegado José Martí en la noche del domingo 15. ¡Ese es nuestro pueblo, sólo reacio e invisible cuando se apena o indigna de que no se le sirva con amor verdadero, o con la rapidez y plenitud que imponen la mucha miseria y oprobio de que padece! ¡Ese es nuestro pueblo, que al sentir la verdad, al ver que ya sus hombres han empezado a caer en el nuevo sacrificio, acude, como el domingo acudió, en lo más fiero de una noche enemiga, a proclamar, con entusiasmo inolvidable, con atención extraordinaria, con la emoción sagrada de nuestra mujer, con el alma unánime y gloriosa de las grandes ocasiones, que los cubanos de parte alguna, serán, indiferentes hoy a la república de que gozarán mañana, como aquella villana e ínfima especie de hombres que hallan en la mesa de su esposa un manjar que ellos no han trabajado, y un vino que no han pagado ellos, y se sientan, rumiantes, a comer del manjar que otro trabajó, y a beberle a la mujer el vino que pagó otro: ¡que eso, y no menos, es el que se prepara a gozar después, en la hora del triunfo, de una libertad a que se negó a contribuir en la hora del combate! ¡Y esa alma soberbia, de lealtad y desdén, esa alma jurada, de constancia y ayuda, encendía, como pocas veces, la sala vasta, la sala de nuestra historia nueva, la noche del domingo! Era tiniebla el cielo; salir, lo osaban pocos; la nieve en tempestad cegaba el aire; uno u otro trineo resbalaba arropado por la rica avenida; y así, de Harlem y de Brooklyn, así, por sobre el río helado y los carros sin estufa, así fueron llegando nuestros ricos y nuestros pobres, nuestros veteranos y nuestros reclutas, nuestras esposas y nuestras hijas, y nuestros viejos. Se llenó la sala querida, y los tardíos, en pie, henchían el salón hasta las puertas.

Desde la vuelta del Delegado, apenas repuesto de su dolorosa caída; desde la noticia de los bravos esfuerzos, de los esfuerzos ejemplares del Cayo y de Tampa; desde el conocimiento, más sentido que hablado, de la obra seria y viril, discreta y centelleante, de estos meses últimos de la nueva revolución; desde la junta primera y fructuosa del Cuerpo de Consejo con la Delegación, se había notado, en salas y talleres, el entusiasmo afectuoso, y sana curiosidad, por las últimas conquistas de este movimiento político feliz que aúna, y sin mentira ni violencia, complace y mueve a la vez al moderado y al vehemente, a los ricos sagaces y a los pobres inquietos. Se veía crecer el cariño, crecer la fe. Y cuando, ante aquella ansiosa familia del salón, en que los más extraños y diversos se hablaban y trataban de veras como familia, apareció el Delegado, con el Tesorero Guerra y el Secretario Quesada, con el Cuerpo de Consejo de New York, con su Presidente Fraga y su Secretario Figueroa, se mostró, pujante, aquella liga de almas de que fue ejemplo patente, continuo, extraordinario, la memorable noche. ¡Celebrémosla, que fue noche de razón y decisión, de realidad y de amor! ¡Por ahí se va a pueblo: por noches como aquella!

No describimos aquí, no la podemos describir, la misteriosa fusión de corazones e ideas, probada a cada paso, entre el orador de aquella solemnidad y el público cubano, plenamente convidado a mostrar allí el favor del aplauso o la tibieza del silencio; ni ofenderemos con la crónica laudatoria de su discurso a un hombre que no ve en el sacrificio de la palabra hablada, seductor para otros, más que el servicio de concordia y fundación que con ella pueda prestar a su pueblo; a un orador cuyo afán único es hacer al discurso vehículo eficaz de la idea oportuna y útil en los instantes de la oración. Un pueblo que se levanta, un pueblo de odio e ira que va amalgamándose en la sensatez y el cariño, un pueblo que adelanta hacia la libertad sin compromisos ni intrigas que lo perturben o deshonen ¿no es premio comparable, y superior con mucho, a la humillación continua y voluntaria de la propia persona? Parecía, en verdad, que con sus propios brazos levantaba al público, y mantenía vibrante en el aire, los períodos del orador. Las palabras caían sobre las almas.

Era visiblemente el propósito del Delegado recoger en ideas esenciales, los propósitos de espíritu democrático, plena preparación: discreción suma y respeto a la isla que animan y caracterizan al Partido Revolucionario; narrar en estricta verdad los incidentes, todos dichosos, y heroicos ya a veces, de la constitución con que pudo interrogar a la

Isla; y poner ante su auditorio la situación verdadera de la patria, tal como el Partido la puede conocer y la conoce, y la relación posible y actual de los factores diversos del país, para que, en vista de la necesidad y de la oportunidad, los que quieran, en el circo horrible, ayuden a la mártir, que demanda ayuda, que espera ayuda, que confía en la ayuda, que puede redimirse con la ayuda,—y los que quieran, cruzados de brazos en la barandilla, vean cómo les desgarrar a la mártir el león, a su propia madre, al único hogar y la raíz única del mundo,—o ayuden al león a desgarrarla. La historia luego dirá: “¡tú, hijo!” “¡tú, asesino!”

Tal fue el discurso, que comenzó el Delegado con fuerzas harto escasas para augurar que pudiese llevar la tarea hasta el fin: “¡Todavía me ha de alcanzar la vida para tenderme al lado de los que murieron por defender mi libertad!” Cauterio, era un período, para los morosos; e himno el otro; que en su ocasión para los cubanos que, desdeñados a veces por los adulados, y les son de fijo inferiores, con todos los cubanos trabajan y a ningún otro abolengo de cubanos ceden en animar con su fe y servir con su bolsa la libertad de que querrán gozar luego como amos los mismos que, con labios culpables, befarian hoy, si lo osasen, a quienes la mantienen: “¡Ese es el hospital del mundo, por el que hay que pasar como médico caritativo!” Y luego de tributar sentidísimo homenaje a las emigraciones iniciadoras de que viene, a la fidelidad de Puerto Rico y a los pueblos de América que allí tenían hijos afectuosos, el Delegado ascendió, de tema en tema, a la deducción precisa de la indispensabilidad de la independencia, a la revelación solemne del sentir actual del país “harto ya de rodrigones y de dueñas”, y a la decisión eminentemente práctica, hoy que está convencido de la futilidad y nulidad radical de la autonomía oligárquica y fantasmagórica, hoy que se le ha preguntado y responde, de intentar con recursos suficientes la separación de dos elementos políticos de diverso origen, composición y fin, que sólo pueden convivir, bajo ridículos disimulos, en un estado indeciso de guerra con cargas y sin ventajas, el cual parece natural reemplazar con un estado decidido de guerra; de ventajas y cargas a la vez, y al que en realidad no habría más obstáculo, ni lo hay, que el que pudieran oponerle la timidez, el desconocimiento del país y el carácter colonial de los cubanos. De tema en tema llegó a estas deducciones el Delegado, y era como si, con las entrañas en las manos, pasase ante los ojos, con sus soberbias, con sus virtudes, con sus llagas, con sus parches extranjerizos, con sus aspiraciones noveles la isla entera. Él enumeró los componentes dispersos de la revolución en el destierro, que el

Partido debía unir, y ha unido. El bosquejó el estado revolucionario de la Isla, susceptible aún de mayor ordenación, pero de ningún modo necesitado de que se le importe de las emigraciones decoro o energía. El pintó la premura, la unanimidad, el júbilo con que, al verse juntos y capaces, y ver como en la isla se les oye, se pusieron al sacrificio, una vez más, los emigrados de todo empleo y distingo, bien el que aún no realiza todo el vuelo del país, a pesar de haber sangrado gloriosamente en el campo cuando él, bien los que por viveza de la dignidad o de la compasión aspiran de buena fe a un cambio pleno e inmediato en la constitución social de las repúblicas. El, con aplauso de los ricos, tuvo palabras de ardiente defensa para los cubanos a quienes el estudio precipitado o incompleto de las condiciones industriales de la isla, y de la relación íntima y decisiva entre la buena política y la economía justa, no ha mermado en un ápice la facultad sublime de padecer por el hombre y aspirar a su mejora, que es la raíz del dogma de la independencia, y la fuerza, ya incontestable, del Partido Revolucionario Cubano.

Pero acaso no tuvo el discurso del Delegado parte escuchada con más anhelo, ni más piadosa y viril, que aquella en que, sin ofender a los que sólo por la propia conservación aparentarán seguir el consejo de la sumisión inacabable, analizó la insuficiencia de la propaganda autonomista, aun cuando llevase mayorías enteras a cortes sordas, aun cuando acudiese con mayoría irlandesa a vicios inmutables y a intereses opuestos, para hacer desaparecer el conflicto creciente entre el carácter despótico, lento y rudimentario de la nación y política españolas, y el carácter capaz, liberal, e industrioso de la isla de Cuba; el conflicto entre los intereses de una metrópoli cuyos protagonistas famélicos, y sobra de clases desocupadas sin remedio visible, ven en Cuba la única fuente de rentas y empleos, y los intereses de una colonia que sólo necesita de emanciparse de este abuso para desplegar en una naturaleza maravillosa la inteligencia probada y extraordinaria de sus hijos. Larga y profunda aclamación acogió aquella prueba plena, sin ira y sin disfraz, de la incapacidad total de la propaganda autonomista para mudar las leyes de la naturaleza, y el carácter acumulado de los pueblos; de la incapacidad de una ley ofensiva de elecciones, que sólo cambiaría, y como favor, el modo de pedir, para obtener un sistema de gobierno a que se oponen la ignorancia, la preocupación, los intereses y los vicios, hoy gobernantes, del pueblo elemental que habría de concederlo: "Las formas sólo son viables, aun incompletas, cuando nacen de la realidad

a que se han de acomodar; si los remedios han de tomar para su preparación más tiempo del que la enfermedad necesita para la muerte: ¿a qué el remedio?"—Y así, en razón plena, con raro junto de los consejos de la dignidad y los del juicio, adelantó hasta sus conclusiones vigorosas el discurso del Delegado. La salud parecía crecerle a medida que iba siendo el esfuerzo mayor; y cuando la sala exaltada recibía en sus brazos al narrador de la virtud de las emigraciones, al analizador imparcial y cariñoso de los peligros y de los recursos de su pueblo, al revolucionario sin miedo y sin odio, se venían las fuentes nuevas de vida que a la patria se acababan de abrir, y no se han de cegar, y parecían resonar por el espacio las primeras palabras: "¡Todavía ha de alcanzarme la vida para tenderme al lado de los que murieron por conquistar mi libertad!"

2

¡CUBA, ES ESTA!

De los rincones más escondidos de nuestro país, de la mesa arrepentida del cubano que creyó sinceramente en la conversión innatural del carácter español, del destierro lujoso de Francia, de la aldea olvidada andaluza, de las márgenes más lejanas de América recibe un día tras otro el Partido Revolucionario adhesiones que en su ardiente lenguaje prueban, sobre la capacidad cubana para la unión espontánea en la verdad, la energía del sentimiento de independencia, único sincero en los corazones criollos; pero ninguna adhesión nos ha conmovido tanto como la que nos viene hoy, por labios de los leales herederos, del fondo de una histórica tumba. Cuba no es, no fue nunca Cuba, la que sube solicita, después de la bofetada, las escaleras que llevan, de sable en sable, a la mesa donde ha firmado tanta sentencia de muerte de cubano ei abofeteador: Cuba fue, y volverá a ser, el presidente de la barba blanca que subía a pie, con su humilde cayado, el farallón que lo llevaba al bohío libre del general de la república. Cuba no es la contentadiza cómplice del gobierno de corrupción que traspasa y pudre lo que le queda allá en la tierra de carácter del país, con la política mendaz que sólo vive por el pretexto que tienen con ella para la inacción, o la acción nula y pueril, los cubanos cobardes: Cuba es el clamor de gratitud con que los cubanos dispersos por la tierra entera, acuden, como soldados a la lista, a escribir sus nombres en el nuevo esfuerzo ordenado y generoso,

para impedir, con la guerra útil e invencible de independencia, la descomposición de un pueblo que ya tiene quien ponga en fila, y provea el hombro, a los heroicos soldados. Ya el descanso acabó: ¡paso, los cansados de siempre, a los que no se han cansado!

Allá, en un asilo infeliz, moría tiempo hace, en la rústica cama, un general de Cuba, rodeado de sus hijos de armas, y se alzó sobre el codo moribundo, no para hablarles de los intereses de la tierra, sino para legarles, con el último rayo de sus ojos, la obligación de pelear por su pueblo hasta verlo libre del extranjero que le odia y extermina, y de la indecisión y pecho siervo de sus propios hijos. Allá, en aquel rincón, los olvidados batalladores urdían, cual otros de cien partes, la guerra nueva que estalla ya, pasado el sueño largo y necesario, por cuanto hay de sangre en el país. Y hoy que ordena las fuerzas dispersas, sin reclamo alguno para sí, y como criado de la tierra y no más, el Partido Revolucionario Cubano, acuden los hijos de armas de Vicente García a la lista del honor, acude el condiscípulo de Ignacio Agramonte, fiel a la sombra inmortal, acude el padre de los diez años con los herederos de su nombre y valor, como hace catorce años, huido de Ceuta, se presentó en New York con sus tres hijos, para embarcarse a la guerra, don Silverio del Prado. ¡Esta es Cuba, y no otra!

Con nosotros están los verdaderos vivos; con nosotros están los que dicen la verdad, y los muertos, están con nosotros.

No se complace el Partido Revolucionario, harto conocedor de su gran responsabilidad, en tentativas inferiores a la magnitud de la obra entera, ni en alardes inoportunos de organización armada, ni nadie, sino algún vil o perezoso, tendrá hoy en menos, ni osará tildar de imprudencia, el nombre histórico de "Cazadores de Hatuey" con que, en la tregua como en la pelea, se abanderan hoy los valientes de las Tunas. Dice harto claro a los menguados este nombre, no que el Partido creado para impedir intenciones vanas se dispone a ellas, sino que el pabellón de los diez años, ida la tempestad, ondea otra vez con el mismo ardor al viento. Algunos se habían cansado; pero no los más, ni los mejores. Allá, en su ignorado asilo, abran el corazón los sublimes hermanos. Ya estamos en marcha: ¡asístanos la libertad! Con nosotros están los que dicen la verdad: y los muertos están con nosotros.

Dicen así los soldados de Vicente García:

Noviembre 18 de 1892

El batallón "Cazadores de Hatuey"
al Partido Revolucionario Cubano

A una colectividad muy respetable se dirigen aquellos soldados que supieron siempre combatir bajo la enseña de los "Libres".

A ella, pues, le suplican que se digne admitir un voto de adhesión, que no entraña otra cosa, que el amor a la Patria y el deseo de su Independencia.

Nosotros no somos más que un resto de aquella legión de hierro que formó el valiente *Espartano de "Las Tunas"*.

Bien escasas podrán ser nuestras facultades, pero nos acompaña una de mucho mérito, que es ¡el recuerdo!

Momentos antes de morir nos dijo Vicente García: *Muero en tierra extranjera, pero ahí quedan ustedes para que ayuden a libertar a Cuba. "Adiós"*.

EDUARDO VIDAL.—DONATO TAMAYO.—J. GARAY.—
JOSÉ SEQUEIRA.—BIENVENIDO ORTIZ.—PEDRO CRUZ.
EDUARDO VIDAL (hijo).—JOSÉ M. VIDAL.—JESÚS
ORTIZ.—ATILANO MARTÍNEZ.—ANTONIO CUELLO.

DE *PATRIA*, NUEVA YORK

28 DE ENERO DE 1893

CIEGOS Y DESLEALES

CIEGOS Y DESLEALES

La política es la verdad. La política es el conocimiento del país, la previsión de los conflictos lamentables o acomodados ineludibles entre sus factores diversos u opuestos, y el deber de allegar las fuerzas necesarias cuando la imposibilidad patente del acomodo provoque y justifique el conflicto. Lo que se tiene en el corazón, lo que se saca del corazón del país, se dice con una fuerza que despierta a los montes dormidos, a los montes que ya se desperezan y engalanan: y el mérito es de la verdad, y no de quien la dice. El bello mensajero, de pintada palabra y alas de oro, irá como centella por el mundo, encendiendo las tumbas y los pueblos, y dormirá en la gloria: pero si la verdad falta a su voz, la palabra, como un vano cohete, caerá apagada a tierra, en el silencio de la noche.

Cuando se habla en nombre del país,—o se dice lo que de veras dice el país, o se calla. Es lícito y honroso aborrecer la violencia, y predicar contra ella, mientras haya modo visible y racional de obtener sin violencia la justicia indispensable al bienestar del hombre; pero cuando se está convencido de que por la diferencia inevitable de los caracteres, por los intereses irreconciliables y distintos, por la diversidad, honda como la mar, de mente política y aspiraciones, no hay modo pacífico suficiente para obtener siquiera derechos mínimos en un pueblo donde estalla ya, en nueva plenitud, la capacidad sofocada,—o es ciego el que sostiene, contra la verdad hirviente, el modo pacífico; o es desleal a su pueblo el que no lo ve, y se empeña en proclamarlo. No quiere a su pueblo el que le ahoga la capacidad. No quiere a su pueblo el que se empeña en detenerlo en pleno mundo, a la hora en que los pueblos émulos y semejantes le toman ya la delantera. No quiere a su pueblo el que lo ve pifar, fuerte para el trabajo propio y útil, en los dinteles de la libertad y de la vida ¡y castra a su pueblo, y pone a la diligencia de Jaén su pueblo castrado!

De las venas hay que sacarse la podre. La sangre mala ha de salir, y hay que abrirse las venas. Las venas hinchadas, o se abren, o ahogan. O se da cauce a la revolución, o rompe la revolución sin cauce. La política no es ciencia emprastada; sino que ha de ser propia. Al país, lo del país, y nada menos de lo que necesita el país. Las llagas no se curan con linaza. La palabra no es para encubrir la verdad, sino para decirla. Cuando el triunfo de una política requiere nada menos que el cambio de naturaleza del pueblo que la ha de conceder, y cambios en la naturaleza misma, cambios en la posición de la tierra y en la inmensidad de la mar, es ocasión de deponerse para los que comprendan que los males álgidos no se remedian con panaceas por descubrir, para los que no pueden cambiar la tierra ni la mar.

Cuando en el concierto de pueblos aspirantes, que producen lo mismo que nuestro pueblo, le cruzamos al pueblo los brazos, a que a mansalva le ocupen los mercados y le tomen las vías los pueblos que han tenido el valor de la libertad,—no salvamos a nuestro pueblo, sino que somos los agentes voluntarios y culpables de su perdición. La cobardía no es la única ciencia. La ciencia está en conocer la oportunidad y aprovecharla: en hacer lo que conviene a nuestro pueblo, con sacrificio de nuestras personas; y no en hacer lo que conviene a nuestras personas, con sacrificio de nuestro pueblo. O se habla lo que está en el país, o se deja al país que hable.

Si se cree que un pueblo de mente contemporánea y superior capacidad, sazonado en la gloria de la guerra y la disciplina del destierro, puede sujetar sus bríos a la pereza y el vicio, a la ignorancia y el interés, de un pueblo retrasado, de capacidad inferior;—si se cree que un país nuevo, de destino inmediato y activo, puede ir de reata, mientras el mundo hierve y codicia en torno suyo, de un pueblo mayoral y retacero, sin guía ni razón de su destino propio;—si se cree que una tierra peleada, cuya alma de rebelión pedía sólo el orden que hoy se pone, fiará la cura de sus males, presentes y urgentes, a un remedio futuro, y tan improbable como lento;—si se cree que a la hora de sentar plaza, como pueblo de producción tropical, en el continente en que nos puso la naturaleza, debemos perder, en la espera de que España nos conceda el modo de salir de ella, el tiempo que emplean en tender su comercio por el continente los pueblos que no tuvieron nuestra fe suicida,—quien lo crea con su honor, es culpable de política aprendiz y romántica, y de benévola ceguera.

Pero el que esté convencido de la incapacidad irremediable de la política española para poner a Cuba, dentro del plazo vital, en posesión de sí, y en medio de la ruina creciente de la patria, mantenga y proclame contra su convicción la fe en el remedio de la política española; el que conozca la insuficiencia de una ley electoral burlona y mezquina para resolver los problemas improrrogables y totales del país, y cara a cara de la gravedad de éstos, defienda la ley afrentosa como remedio eficaz y aceptable para las angustias patrias; el que a la hora todavía oportuna en que su pueblo puede entrar, por el decoro de un esfuerzo feliz, en la competencia adelantada de las tierras de América, mantenga a sabiendas la política infecunda que lo sujeta a una metrópoli inútil, cuando pudiera aprovecharse la ocasión ya escasa de tomar puesto entre los pueblos competidores; el que, por miedo a la verdad y al necesario sacrificio, contribuya a sostener, contra su propia opinión, la esperanza hueca de un país de sangre viva y ociosa, y de necesidades impacientes, en una política sin pan ni porvenir, en una política sin seguridad y sin honor, en una política de quiebras y de bofetadas,—ése es culpable de veras, porque es desleal. Es desleal a su patria en la hora decisiva. Las oportunidades pasan para los pueblos, como para los hombres... Es lícito suponer que en nuestra tierra son más los ciegos que los desleales. ¿Qué decimos? ¿Habrán de veras, en la tierra de nuestras entrañas, algún desleal?

F E B R E R O / 1 8 9 3

1. AL GENERAL ANTONIO MACEO
2. A JOSÉ DOLORES POYO
3. A SERAFÍN SÁNCHEZ
4. A GONZALO DE QUESADA
5. A FÉLIX IZNAGA
- 6-7. A GONZALO DE QUESADA
8. A GUALTERIO GARCÍA
9. A FÉLIX IZNAGA
10. A SERAFÍN SÁNCHEZ

AL GENERAL ANTONIO MACEO

New York, 1 de febrero, 1893

Sr. General Antonio Maceo

Mi general y amigo:

Salgo del tren de la Florida, veo sale el vapor de aquí a pocos minutos y le escribo estas líneas. De mis angustias sobre tiempo y distancias tendrá Vd. idea cuando le diga que hasta hoy, 1 de febrero, no ha habido oportunidad de enviar al General Gómez la respuesta de Vd. Todas mis comisiones están en la Isla y espero en estos días respuestas de todas sobre los detalles pedidos. El Oriente, como sabrá, perseguido y preparado. Camagüey respondió plenamente las preguntas de Gómez. Vd., por supuesto, tendrá ya a sus gentes por Oriente corriendo la voz. Sobre Vd., veo que cuenta con salir en compañía de 26 ó 25 hombres. Vd. me dijo, y así lo transmitió al General Gómez, que era su deseo meterse por un rincón, en plan sólo de Vd. conocido, con unas cuantas cabezas fieles. Ahora veo que aguarda le señale el General lugar donde tomar los auxilios de guerra. Como su plan, supongo, será el mismo, tengo para Vd. 50 equipos completos de oficial, para desembarcar y armar el doble, y Vd. me dirá, el punto en que desea recibirlos.—Se me va el correo. ¡Qué elocuente carta me mandó Vd. sobre la querida viejecita! La he leído mucho. ¿No leyó a *Patria* sobre ella?

Su amigo

JOSÉ MARTÍ

2

A JOSÉ DOLORES POYO

2 de febrero de 1893

Sr. José Dolores Poyo

Amigo mío:

¡Es tanto lo que tengo que decirle, y tanto aun el malestar conque le escribo! A un hombre como Vd. sólo necesito decirle que, sea cualquiera el estado de mis fuerzas, y punto menos que imposible el tomar la pluma, sobre el trabajo incésante de esta recomposición y el del periódico, y las angustias de la responsabilidad creciente,—todo lo hago, temblando o no, y anden como quiera el corazón y los intestinos. La correspondencia oficial anda atrasada, porque no sé hacer las cosas en pequeño, ni me deja vida la tarea menuda, y muy fatigosa, de poner en orden de acción práctica y disciplinada a esta emigración, que hay que ganarse ojalá a ojalá, y tener junta con esfuerzos inauditos. Aún no recabo la salud deshecha; y no puedo aceptarle al médico la condición de resistirme a todo trabajo: ¡hoy, cuando tenemos que trabajar más! Vivo, Poyo, desde lo de Tampa, como resultado de mi gran choque nervioso: lo que hago, sin embargo, Vd. lo irá sabiendo: los instantes libres, desde la cama o el escritorio, para torcer en Cuba las malas agencias; rehago el periódico que hallé deshecho; los clubs, al garete en mi ausencia, resucitan briosos; dispongo, si nos sentimos todos con bríos, los pasos ya más decisivos de la campaña real: yo soy a todo. Rodaré por el suelo, sin cuerpo y sin premio,—sin el premio siquiera de que mis amigos me entiendan y acompañen en hora de verdadera agonía,—pero habré hecho cuanto cabe en alma y cuerpo de hombre. El martes fue la junta: cómo fui, no sé: sé que la sala, llena por fin de los reacios, oyó,—la sala magnífica de empinados y pobres, la declaración absoluta de nuestra total independencia de la propaganda autonómica, insincera y fantástica e inútil, por no decir más, y todo se dijo: la declaración razonada de que, en la total incompatibilidad de Cuba y España, el Partido Revolucionario, hoy más necesario, ordenado, aclamado, bendecido que nunca, sigue, piadoso e inquebrantable, sin que la piedad llegue nunca a flojedad o vacilación, la tarea de preparar al país para una guerra pronta, democrática y bastante. Se venía la casa abajo.—Yc, a la cama, a la consulta perpetua, a halar el periódico,

a agenciar lo preciso para llevar tanta pequeñez adelante, a un club reorganizado cada noche; esta noche al Borinquen y a escribir la arenga, mañana a las ocho a la imprenta, a todo el día, y a la noche a dos clubs más,—y así, preparando la próxima jira, y no por allá, así, sin brazo con que escribir, ¿para que se me atufe y me niegue el cariño, el cariño y limosna de la carta, un hombre a quien quiere uno como a un hermano?

...¿Que me ayuden? ¿Que dicte? ¡Ah, Poyo! ¡viniérase por acá, que algún día ha de venir, y entenderá cómo se levanta de puro bravo un muerto! Yo no me quejo. Pero quíerame.

En escrituras, lo diré al paso, no me ha podido Gonzalo ayudar, porque entre frios y bodas, se me ha puesto cañengo. Pero él solo me ha ayudado, con espontaneidad de hijo, en cosas mayores. Y como hijo, muy tierno y fiel, me ha atendido, por sí y por todos los suyos, en mi extraña y continua enfermedad. Se padece de ver a los que se quiere, por cualquier detalle, en menos de lo que se desearía. Se goza en hallarlos buenos e íntegros.

Se acaba la luz y la carta. Mañana se va Gerardo, cuya visita, en resultados mudos y patentes, ha sido fructuosísima. El sábado aun me ocupa, con exceso indebido e indispensable, el arreglo de la distribución mejor del periódico; pero irá la carta total al Consejo. ¡Y al campo, con Estrada; a descansar todo un día, y en dos o tres semanas, preparar todo lo que viene! Y a todo, en cuanto esté preparado. Tampa bien. Esto, mejor que nunca, a puro puño. Y yo, en su casa, como uno de su casa, aunque me le haya dado, con su largo e injusto silencio, un portazo al corazón.—Pídame obras más que letras!

Su

JOSÉ MARTÍ

3

A SERAFÍN SANCHEZ

Febrero 7, [1893]

Sr. Serafín Sánchez

Serafín querido:

Gerardo va, carta excelente. Con Vd. estoy bravo, porque hace ya mucho no recibo carta suya. Le impongo, válgame Pepa, la penitencia de escribirme una vez a la semana. ¿Que no lo merezco? ¿Que no escribo puntualmente, porque a puro ejemplo y médula llevo acá adelante la mula patriótica? ¿Y cómo me premia el comisionado nuevo

que he mandado a Cuba, mozo mayor y para gente especial, en los calcañales mismos de Gerardo? ¿Y el viaje decisivo que intento, mientras en Cuba alzamos los fondos que podamos, a fin de ver al viejo a la vuelta, a ver si, como un rayo inesperado, caemos con los calores? Lo que no esperan es lo que hemos de hacer. Y yo no caigo. Quíerame: sienta yo su cariño. Y tengo ánimo y cuerpo para todo.

De los autonomistas, ni piense. Sálveme al *pueblo autonomista* en su magnífica campaña. Péguemele a *esos saludadores* de que hablo en mi discurso. *Ese es el sentimiento en Cuba*: estemos con él; seamos los voceros de los que allí no tienen voz. Siga con la distinción, y ni piense. Lo poco que vale del autonomismo, aunque vote, es *nuestro*. A ese villano carácter, intrigante y servil; a esos administrativos inútiles, y ambiciosos sin cuajo, a esos junteros es a quien me les debe Vd. sacudir la pluma luminosa. Y querer, y escribir a su

JOSÉ MARTÍ

Les bendice la casa, y la de Rogelio. ¿Qué noticias de Raimundo?

4

A GONZALO DE QUESADA²⁰

Night Message
Fernandina Fla. 14
2/14/1893

Gonzalo de Quesada
349 W 56

Estoy en Fernandina hotel Florida guarde cartas telegrafíe urgencia adelante fiesta

MARTÍ

5

A FÉLIX IZNAGA

Iznaga querido:

Ya ve que fio en Vd., y en todo lo real, con Vd. como hijo mío, cuento de preferencia, y sin duda alguna. Por increíble demora, por mala inteligencia al recibir la instrucción, le fue tarde el generoso préstamo

²⁰ Telegrama transmitido por la Western Union Telegraph Co.

de los \$70: se entendió que había de ir de los primeros fondos de Tampa: le fue en cuanto lo supe. Yo estuve muy enfermo desde mi llegada. Ya no. Las cosas arrecian. Se precipitan. El deber es mucho. Sigo en pie, y ningún picaro me mata. Perdónenme los amigos a quienes debo carta. Es mucho lo urgentísimo. No me cabe el deber, deber que no puedo delegar, en el día y la noche.

Dos telegramas le mandé, el del amigo Castellanos que supongo atendido; y el de Govín, secreto, que ahora explica. Gustavo Govín debe presentarse, o se habrá presentado ya a recoger de Vd. el sobre que adjunto. Sírvasse dárselo, impedir que lo vean con gente política, y comunicarme enseguida a N. York la entrega. Salí de allá, y ya voy de vuelta.

Le escribo en ferrocarril, sin luz, lleno de pensamientos que no son para la pluma. Por eso no le pregunto de Vd.; de Andrés, de la casa. Sépame suyo; sépame curado, o poco menos; sépame lleno de mucha angustia patriótica, y de toda la energía precisa para gobernarnos entre tantos peligros. Séame allí agente principal y caluroso de entusiasmo, y responda a su

J. MARTÍ

En camino, 10 feb. 93.

6

A GONZALO DE QUESADA

Fernandina, martes 14 [febrero, 1893]

Gonzalo querido:

En Fernandina recibo su carta, de acuerdo con un cable del Cayo, para que de Savannah bajase hasta aquí. Y aquí espero. Sólo Vd. sabe que estoy aquí, y sólo Vd. debe saberlo. Por telegrama se lo acabo de anunciar. No creo que estaré aquí más que el tiempo imprescindible. Las ideas están hechas; y la dificultad en cuanto cabe, prevista. Y de todos modos, aunque vaya regando las entrañas por el suelo, seguiré camino. El tiempo urge, y es mucho menos que lo que tengo que hacer en él.

Todo el asunto de la carta de Serafín,²¹ tan sincera y patriótica como todo lo suyo, me era conocido: Y más. Lo que puede preverse en casos así, lo traje acá previsto. Si obráramos por el bien nuestro, que en estas cosas no sería más que un poco de humo ensangrentado, podríamos equivocarnos. Obrando absolutamente por el bien ajeno, sin la indecisión de la cobardía ni la precipitación del interés, es seguro que daremos con lo justo. Deséeme salud: aunque con ella o sin ella haré todo lo que debo hacer. Pero a juzgar por lo que sufro, de la cintura abajo debo ser todo una llaga. Callo; pero vivo arrastrándome. Lo que haré, no lo sé, aunque probablemente será, y con más causa ahora, lo mismo que tenía pensado.

La fiesta, Gonzalo, es de la mayor necesidad, de necesidad absoluta. En el telegrama le hablo de ella, para que me azuce a Benjamín. Por anticipado tenemos que emplear sus productos. En un instante la pueden tener hecha. Pongan a coro los dos himnos, el de López, que tiene Carmita, y El Bayamés. ¿A que, con Figueroa de hilo mayor, no zurcen los puertorriqueños, un acto nacional, una sobremesa como la de Alvarado; donde,—en apariencia de improvisación, con absoluta novedad, comenzando con brindis sentidos por los puertorriqueños ilustres, que cada uno puede ser corta biografía y ruego de aplausos,—se siga con la música y los cantos del país? Marín es el escollo, que canta bien y obra mal. ¿Y por qué no, si no hay otra pieza a mano, *El Que Con Lobos Anda*, de Isaac Carrillo?: los papeles están ya sacados, en una de las gavetas de la derecha de mi escritorio. Y de Emilio, él hará asombros. Recuerden al amigo Tomás. Júntense; decidan; anuncien; no escondan mi ausencia, y deje entender vagamente que tiene causa grave: déjese ver por casa de Pollegre a hora oportuna; vamos de prisa, de todos modos; así es que no hay engaño. Pero nada que deje presumir que andamos en planes concretos. Yo creo que podemos ir a Cuba sin que se sepa hasta después de haber llegado. ¿Me alcanzará la vida para ir? No es éste el verde del mundo, este ético verde que veo aquí, ni esto es mar ni cielo.

¿Qué me pide para *Patria*, si le sobra? A ver cómo se me muestra buen director. Ni una palabra imprudente, que revele el verdadero estado de nuestro espíritu. El mío, por su misma ocupación, no está para palabras. Si mañana estoy libre, lo que de ningún modo deseo, mañana le escribiría. Pero la verdad es que lo que he de escribir está en lo

²¹ Serafín Sánchez.

futuro. A mi doctor, que soy todo flemas, coral y retortijones. En Lucianita, en quien siento una amiga, pienso a menudo. A Angelina la tengo aquí a la mesa, mirándome con sus ojos comprensivos y Vd. quiera a su

J. MARTÍ

7-

Fernandina, 18 [Febrero, 1893]

Sr. Gonzalo de Quesada

Gonzalo querido:

¿Conque pintar papel para *Patria* y descansar? Del Martes acá, y es Sábado, me he acostado una sola noche, desde el Martes que llegó el comisionado de Matanzas, hasta este instante, en que acaba de irse Julio Sanguily.²² Seguí por mis líneas, y todo ha ido bien. Los cascos leves se alarman, pero yo creo conocer mi mundo. Adelante, pero a pasos firmes, y sin prisa inmotivada. Se convino así, y aprovecho un campo nuevo de relaciones. De noche, ellos dormían: yo, tira que tira, las llené de cartas. El día, oír y hablar: la noche, despachar las sendas comisiones. Sin embargo, mi mal se ha interrumpido, y vengo de admirar, como único reposo, una playa de oro brillante, festoneado de blanco, bajo un cielo violeta, azul y rosa. Ahora no sé qué haré. Se me llevó la visita el último centavo, y telegrafíe a Benjamín: calle, a todos, esta sencillez, que la situación es para tomada con pinzas. Creo que daré un salto a Tampa, y acaso otro salto. Y luego, otro mayor, pero les iré antes a examinar el trabajo. Es mucha la habilidad que necesitamos para salvar la poca arca de la mucha boca, y hacer en el suspiro que nos queda la faena final.

Recibí, y contesté, el telegrama sobre intentona marítima. Fernandina da a la mar, y es cuanto hubo de intentona. Desmienta con brío: ya habrá desmentido. Es excelente anuncio. Cuando vayamos, no lo sabrán. Ahora ¿quién no sabía en Cuba la ostentosa visita? y aquí me hallé conocido de todo el mundo. Lo de las cartas me ha enojado mucho.

²² El general Julio Sanguily.

Por fortuna, salvo las de Vd., Gustavo²³ no hubiera llevado las cartas que el día 11 por mi mano entregué al conductor del *Pullman* para que las pusiese en el correo. Luego de escritas las demoré dos días, adivinando que de Matanzas venía algo. Y vino todo un héroe de aquella gente sensatisima, de aquella gente honrada. Es hermoso, verse a la obra con gentes de la misma perspicacia y pensamiento. Y esperaba sólo al segundo visitante para suspender por telégrafo las cartas que suponía en manos de Sánchez Iznaga desde el 11, cuando recibo—imagine qué pena—el telegrama de Vd. Gustavo me contestó: no Iznaga. Esta mañana, con sello especial, he enviado las instrucciones nuevas, y mucho más sencillas, que Gustavo recibirá, según le dije por telegrama, en el hotel a las 5; el vapor, en que se va por cierto Sanguily, sale a las 10 de la noche. Reservemos a Gustavo para ocasión mayor. Lleva encargo bastante. Le pido que, aun sin carta, vea, con instrucciones prudentes y fáciles, a Arturo y a...²⁴

Y como me quema la espalda derecha callo, lo veo escribiendo el otro número de *Patria*, y siento que no vean las dueñas de la casa, ni el doctor poético,²⁵ este cielo de aire azul.

Le avisaré por telegrama la mudanza. El periódico, sereno en la campaña, como si la autonomía fuera el humo que es; pero en templado contraste con esta alharaca.

Un buen abrazo de su

J. MARTÍ

Diga a Benjamín, como privadísimo; que Sanguily estuvo.

8

A GUALTERIO GARCÍA

Fernandina, Fla., febrero 18 de 1893

Amigo querido:

El día fue de plática, tal como Vd. lo pudiera desear, y la noche de rudo trabajo. Se va el amigo, y su visita ha sido fructuosísima. No

²³ Probablemente Gustavo Govín, primo político de Quesada y Aróstegui. También pudiera ser Gustavo Aróstegui.

²⁴ Nombre ininteligible que parece ser Feble.

²⁵ El Dr. Ramón L. Miranda.

puede haber dos pareceres en situación tan clara como la nuestra. Adelante, lo más pronto posible. En seguida sabe de mí: ahora un abrazo de su remozado

JOSÉ MARTÍ

9

A FÉLIX IZNAGA

[20 de febrero de 1893]

Iznaga querido:

¿Cómo le va en esa soledad? No se me ponga a apurarse por nuestra conversación última. Espéreme en calma. Yo salgo el miércoles, paso en Tampa un día y vuelvo a Vd.—Sálveme a *Patria*. Corra de un lado a otro y de Gonzalo a Figueroa, como amigo que es Vd. de su

J. MARTÍ

Guárdeme reservadas las cartas que vayan a Ernesto Mantilla. Las demás a Gonzalo.

10

A SERAFÍN SÁNCHEZ

[Febrero, 1893]

Sr. Serafín Sánchez

Mi muy estimado amigo:

¿Conque no sabe Vd. recibir las cartas que no se escriben, y la amistad que se fia al correo del pensamiento? ¿Conque veo por la carta de Gonzalo que está Vd. de ceremonia con este hombre que puede parecerle desamorado o descortés, no porque se le entibie el cariño para quién supo inspirárselo, sino porque queda del trabajo público sin fuerzas materiales con que escribir tan a la larga como quisiera a los sostenes

más seguros de una vida fiera y honrada, —a los amigos? Véame vigilante, preparando con la pluma y la conversación, el ejército con que hemos de salir de penas. Para mí, Serafín, no hay día ni noche. La salud me ha vuelto, y mucha necesito para cumplir sin flaqueza ni demoras con mi obligación. Yo no creo en esperas a la hora del cuajo: ni estoy yo amasado con esperas. Lo que se debe hacer, hay que hacerlo. ¿Qué amigo es Vd. que no le manda a menudo la medicina de sus cartas, como va el médico a casa del enfermo, cuando ha de saber que esto de sentirme querido y alentado por los hombres buenos es para mí tal vez el goce mayor, y la única fuerza, de este mundo? Desenójeme, con una carta larga, en que me diga por su mano todo lo que con mi afecto cuidadoso sé ya de Vd.,—y con el “carácter” que le impongo para la colección de *Patria*—un estudio de revolucionario: ¿por qué no Huerta? Esta no es súplica, sino contribución. Así es que se me sienta a la obra, y me pinta, con su elocuencia verdadera, una de aquellas vidas ejemplares. Ya *Patria* salió de la cuna, de los primeros números de fusión y tanteo. Ahora, venga cada perito a enseñar la lección de su experiencia,—a decir quiénes somos los cubanos, y cómo son los españoles que nos pudiéramos ganar. Están ilegibles, por la prisa, mis apuntes de Huerta.

Aquí paro, mal de mi grado. ¡Ah! no me atreví, por no saber si le desagradaría, a publicar los párrafos de justa indignación con que alude Vd. en su carta a Gonzalo, a ese caballero Camps, que no entiende lo que hicimos en 1879: ¡hicimos lo que debimos, saliese bien o mal! y si lo hubiésemos compuesto bien, con más generosidad y con más prudencia, la isla habría podido seguir el ejemplo de las Villas, nunca más gloriosas que entonces. ¿Por qué, a no ser que por lo cercano del suceso pueda haber en ello indiscreción, no me escribe Vd. sobre sus razones y propósitos al ayudar aquella guerra?

Lo que quiero que sepa es que, cuando no recibe la carta mía que le quisiera yo escribir, es porque ese instante lo empleo en ganar un amigo más al país, en apretar lo que anda flojo, en cerrarle un camino al español. Quiérame, y no me regañe.

Su

JOSÉ MARTÍ

MARZO / 1893

1. A MARTÍN HERRERA
2. AL PRESIDENTE DEL CLUB “CAYO HUESO”
3. A EDUARDO GATO
4. A FRANCISCO IBERN
- 5-6. A CARLOS RECIO
7. A SERAFÍN SÁNCHEZ

A MARTÍN HERRERA

Central Valley, 9 de marzo, 1893

Sr. Martín Herrera

Mi muy querido Martín:

Aquí tiene un agradecido que no olvidará nunca lo que un bravo corazón hace en su leal entender, y en la capacidad de todo lo grande, por el servicio de su patria. Todavía oigo sus palabras en el club. Todavía le veo brillar los ojos con la fe en la hora angustiosa, y tal vez grande y decisiva, en que vivimos. ¿A qué se iría, sin almas de la piedad y el arrebato de la de Vd.?

Pero el punto de ahora es lo del club. Lea esa nota que mando al club, y verá toda mi razón, y cómo quedan a cubierto sus esfuerzos de Vd., y de modo que nadie se los censure. Pero hay que quitar todo pretexto al enemigo, vigilante en estos días difíciles. Déjeme velar, y cortarles los caminos. Esta sencillez de devolver los fondos al club, los fondos que en realidad no necesito usar—por el anticipo natural sobre los fondos ordinarios—contribuirá al respeto que necesitamos. Déjeme quedar agradecido al club, muy agradecido a Vd., y al buen Pompey y hacer lo que creo conveniente para nuestro orden y cariño. Le ruego que sin pérdida de momento, y procurando concurrencia grande, me reúna al club, me le haga leer la nota adjunta y me escriba sobre la sesión.

Pancho ya tiene su cuchilla. No tiene Estrada discípulo más aplicado, ni de más moderación. Ha engordado y echado color y espaldas, y se le ha afinado la fisonomía. Lleva en los ojos la aspiración y el contento. Cuida especialmente de su traje. Es atento, tierno y pundonoroso.

La prisa me obliga a acabar. Porque esta alma mía es la de Vd., y no deje que me la hagan inútil, que me la hagan inútil al amor y la fe de mi pueblo, las arrogancias y preocupaciones ajenas. Trabajemos para la dignidad y bienestar de todos los hombres. Así lo entendemos y ésa es nuestra resolución. Ésa es la obligación que le echo encima: predicar sin cansancio el espíritu humano y democrático de nuestra revolución. Todo por los que padecen, y Vd. y su América, y sus hijas, quieran a su

JOSÉ MARTÍ

2

AL PRESIDENTE DEL CLUB "CAYO HUESO"

Delegación del Partido
Revolucionario Cubano

Central Valley, 9 de marzo de 1893

Sr. Presidente del Club "Cayo Hueso"
Key West

Mi muy estimado compatriota:

Con el más vivo agradecimiento, con el justo orgullo de que la patria tenga servidores tan constantes como los miembros de ese Club, y con la confianza de ser bien entendido por ese grupo de hombres valiosos a quienes en la angustia sagrada de mi cargo, hablé hace poco con todo el corazón,—vengo a dejar aquí testimonio del servicio extraordinario de ese Club, al convertir a los fondos de acción, insuficientes ya para las atenciones precipitadas de la preparación de una guerra que se nos viene encima antes de lo pensado, los fondos de guerra que tenía acumulados,—y a devolverlos al Club, retornando a su Tesorería el check en que los envié, para que continúen intactos en su Tesoro como fondos de guerra.

El Club recuerda bien, y la Delegación no puede olvidar, las circunstancias, de entusiasmo a la vez que de agonía, en que la Delegación, segura de que hablaba en el Club "Cayo Hueso" con cubanos capaces de apreciar las ventajas y deberes del momento, explicó, como ante el consejo de hombres de razón y de gobierno que ese Club es, la situación urgente y feliz de nuestros asuntos revolucionarios. "No estamos ju-

gando a guerra; sino a las puertas de la guerra". No vivimos en paseos y en orgías, sino regando la sangre por la tierra, y con la transparencia y la humildad de los apóstoles. No hemos necesitado, para unir a todas las emigraciones como antes nunca se ligaron, para despertar y atraer el patriotismo cubano disperso antes por el,²⁶ para unir las fuerzas revolucionarias aisladas en la isla y crearlas donde no existían, para juntar todas las fuerzas de la revolución de dentro y de afuera, más que una suma total de poco más de *tres mil pesos* en un año; sí, para resolver todos los problemas previos de la guerra, para mover y decidir a todos sus hombres, para levantar una organización con que inspirar a las naciones y a nuestros benefactores posibles, el crédito y respeto que nos son indispensables, y para reunir *doce mil pesos* de fondos de guerra, seguros en las manos de los que los han reunido, no hemos necesitado más que poco más de *tres mil pesos* en un año. Y el pasado y la buena memoria dirán si se hizo antes cosa parecida en nuestra revolución, o en cualquiera otra revolución. Pero el éxito de nuestros trabajos, y el influjo adquirido por su orden y rapidez, precipitó—mucho antes de lo que teníamos en nuestra modestia derecho a esperar,—los sucesos que presagian la guerra. La confianza en nuestro auxilio, agrandado por la imaginación, alentó e impacientó a los revolucionarios más preparados en la Isla, que no nos quieren dar tiempo a más preparativos. La unión cariñosa de nuestros héroes y trabajadores de siempre con los elementos nuevos de dentro y fuera de la Isla, inspiró fe a los revolucionarios importantes que no creían posible esa unión en un plan fijo y abierto y de buena política. El temor a la guerra que adelantábamos con tan buena fortuna contribuyó principalmente a que la dirección autonomista, como medio de distraer o desarmar el espíritu de revolución, acatase la reforma provocativa de elecciones, y saliese del retraimiento. Los revolucionarios preparados—y la indignación de la Isla, envalentonada con el auxilio que espera de nosotros,—rechazaron la reforma electoral, con una agitación unánime que, en pleno vigor de nuestros preparativos, hace temible en todo momento un estallido revolucionario. Más aún, por una razón u otra, por el fervor de algunos impacientes o por el plan artero del gobierno español de hacer abortar la guerra con un alzamiento prematuro, se ha fijado una fecha demasiado cercana, para la cual, no hay modo humano de que nuestras fuerzas estén preparadas como deben y pueden, y cuya fecha pudiese convidar a algún patriota inquieto, a algún culpable apasionado de gloria, a levantarse antes de que estuviera

²⁶ Espacio en blanco en el original.

el arma al hombro de todo el país, como estará pronto si queremos que esté. En esta situación gravísima, la Delegación tiene que acudir a todas partes: tiene que avisar a la Isla toda para que cubra sus fuegos, sepa lo que hacen los demás, y esté dispuesta para un alzamiento unánime e inmediato; tiene que pedir al mundo porque con doce mil pesos no se puede hacer la guerra, las armas y los barcos que las emigraciones apenas tienen ya tiempo de adquirir y emplear, si quieren llegar a hora, y evitar el desorden y acaso la catástrofe de la revolución; tiene que esparcir la voz entre los elementos de afuera y tomar las medidas necesarias para echar sobre la Isla lo que tengamos, sin esperar a más, cosa de que la guerra estalle sin esperar a nuestra ayuda: tiene que hacer todo esto en meses, en semanas. Y en el instante en que lo tiene que hacer, no existe un solo peso en la Tesorería de la Delegación,—y la fuente de fondos mayores, la del Cayo, por estar allí los cubanos en mucho mayor número, está comprometida a gastos anteriores de comisiones en Cuba con dos meses de anticipación.—¿Saldría por las calles la Delegación a explicar a la multitud estos detalles de esperanza a la vez que de dificultad, saldría la Delegación, para salvar una minimez del momento, a publicar escandalosamente ante el enemigo las entrañas de la situación revolucionaria, las entrañas que están ya a punto de echar afuera a su hijo? No: con la fuerza que le daba el hecho de haber realizado con sumas ínfimas resultados grandiosos, con la confianza de quien se dirige a un grupo de hombres escogidos, capaces de comprender y encarar una necesidad santa y extraordinaria, con el abandono y el fuego de un cubano que habla entre hermanos, el Delegado—enemigo de sacrificios innecesarios y excesivos,—puso ante el Club “Cayo Hueso” la situación, que no se podía poner ante la plaza pública, para que el Club meditase si debían pasarse en la desesperación e inactividad estos dos meses preciosos, o si convenía, en la discreción de un cuerpo de superior pericia revolucionaria, emplear en preparativos que bien pueden ser los últimos, y tan cercanos a la guerra que son ya verdaderamente de guerra, los fondos, o parte de ellos, que en concepto de fondos de guerra tuviese el Club acumulados. Esa era la situación el día en que el Delegado habló ante el Club, como un hombre ante hombres, como un hermano habla entre hermanos.

Y jamás olvidará el Delegado el entusiasmo genuino, y la adhesión unánime, con que el Club acogió sus declaraciones y su demanda. Y en el instante supremo, en que un detalle desatendido puede torcer la marcha de todo triunfo, en instantes en que el corazón se llena al fin de la dicha

indecible de ver cercanas las horas de la libertad, se siente una profunda ternura por los hombres que sirven con entusiasmo a la patria. El Club acordó enviar íntegros sus fondos a la Delegación.

Pero a la mañana siguiente trajo a la vez a la Delegación la oferta de fondos suficientes para los gastos más indispensables, con carácter de anticipo a los fondos de acción,—las ofertas, inaceptables por no romper los Estatutos que en nada han de romperse, de los fondos de otros Clubs, ansiosos de que la Delegación los emplease,—y la noticia de que, por puntos reglamentarios o respetable opinión, pudiera ocasionar alguna perturbación en la marcha del Club—del Club espontáneo y de patriotismo inolvidable—el acuerdo, unánime, de la noche anterior.—Con gratitud vehemente, con prudencia natural, con el hecho de no necesitar ya tanto de la conversión de fondos que pudiera perturbar al Club, aun levemente, y con la misma alma fraternal, para el Club todo y para cada uno de sus miembros, que le inspiró en la noche de la sesión y le inspira hoy, la Delegación rogó a la presidencia del Club,—no por puntillo áspero ni por soberbia de hombre,—sino por medida prudente de quien no desea emplear un auxilio innecesario ya que pudiese ocasionar divergencia o tibieza entre patriotas que ama, que rogase al Club dejase sin efecto la votación unánime de la noche anterior, y conservase en su Tesoro como fondos de guerra los fondos que había convertido en fondos de acción. Y después de este ruego a la presidencia, sólo quedaba a la Delegación el placer natural de poder atender a sus obligaciones sin acudir a un recurso extraordinario.—Y el cariño, el hondo cariño de ver el patriotismo generoso y la sinceridad valiente de aquel grupo de cubanos.

En Tampa estaba el Delegado cuando recibió noticia, por funcionario competente del Club, de haberse girado por la Tesorería a New York los fondos del Club; a pesar del ruego de la Delegación. Y la Delegación aceptó este hecho, reconocida a la adhesión que esta insistencia demostraba, a la adhesión a una causa que no se quiere ver entorpecida en momentos decisivos de acción por obstáculos pequeños; pero, como en verdad puede atender a lo más urgente de sus deberes con las sumas que le son espontáneamente ofrecidas como anticipo a los fondos ordinarios, decidió asimismo dejar intacta la remesa, y considerarla como fondos de guerra; sólo empleables en los gastos directos de guerra, que ya se acercan: en armas, municiones, barcos, y atenciones de la guerra armada.

Mas al llegar a New York, y recibir del Sr. Tesorero esta suma que no tiene en qué emplear, no cree el Delegado, hoy más que nunca agra-

decido al Club, que,—tomando en conjunto todos los precedentes, y teniendo en cuenta el saludable efecto de que en nuestro Partido mismo se vea cómo seguimos obteniendo resultados magnos con las sumas pobres del Tesoro ordinario,—deba permitir que quede ociosa en New York, en la Tesorería del Partido, una suma cuya vuelta al Club “Cayo Hueso” demuestra que la Delegación que tuvo, y tendrá, bastante confianza en su patriotismo para hacerle participe íntimo de sus deberes o angustias extraordinarias,—cree también conveniente, como el mismo Club pudiera creer, que no se alteren sino en caso imprescindible, que esta vez por fortuna ha desaparecido, las vías estrictamente reglamentarias con que hasta hoy el Partido ha logrado con sumas ínfimas resultados magnos.

El Delegado sabe con qué hombres habla; ellos saben que el Delegado entiende que el servicio de la patria demanda al buen servidor que aniquile en sí, aun con las más grandes razones, todo impulso de orgullo o arrogancia que, con crédito de su persona tal vez pudiera lastimar la unión de sus colaboradores en la libertad de su país. El Club “Cayo Hueso” sabe, hombre por hombre, que el deseo único del Delegado, al volver a su Tesoro natural los fondos que de todos modos dejaría por ahora sin empleo en la Tesorería de la Delegación, es causar en el público, entendiendo por público nuestra organización, el justo respeto que, ante un pueblo obligado más de una vez a sacrificios inútiles, ha de inspirar un Partido que, ni aún en horas de verdadera agonía, y de reforma justificadísima por la celeridad y grandeza de los hechos, usa más fondos que los que se puede allegar por sus medios estrechos y ordinarios. No vivimos para nuestra persona; sino para la patria. Debemos aceptar lo que nos mortifique, si es útil a la patria, si le es indispensable. Si mañana ve otra vez un gran servicio la Delegación ante sí, y cree mejor dirigirse, mientras duren estas estrecheces convenientes a la dignidad, a los propios que a los extraños,—y a un grupo de hombres sensatos que a la multitud de publicidad peligrosa,—mañana, sin temor y con cariño, volvería a dirigirse el Delegado al Club “Cayo Hueso” a pedirle este mismo servicio. Hoy el Delegado, lleno de reconocimiento verdadero y profundo, movido de respeto y de amistad hacia el Club, y hacia cada uno de sus miembros, cuyos móviles puros conoce y estima, devuelve los fondos al Club “Cayo Hueso” porque lo cree así conveniente a los momentos críticos, y muy vigilados por el enemigo, que atraviesa en su marcha al triunfo la organización de la patria.

Con este espíritu saluda al Club la Delegación. Con esta alma reconoce la activa energía con que sus miembros apresuraron con el vigor al Cayo peculiar, la remesa de unos fondos que con razón, en cuanto ellos podían saber, estimaban salvadores. Con esta alma acompaña a los que, en la vigilancia de su celo patriótico, hubiesen podido temer que la forma de la remesa dejara una opinión siquiera lastimada. Para amarnos estamos, y no para lastimarnos. Para echarnos unos en brazos de los otros, y fundar juntos la patria que nos aguarda.

Por su parte, sólo para el agradecimiento y la virtud tiene memoria el actual Delegado. No vuelve un hombre al seno de la tierra con mayor solemnidad que la que llena su alma en los momentos en que escribe, en los momentos en que ha empezado a intentar sus esfuerzos supremos por reunir el tesoro necesario para comprar armas y barcos a la independencia de la patria. Y en esta hora angustiosa en que ruega la compañía de todos los cubanos buenos, ni podía abrigar en su corazón ninguna pequeñez, ni en nadie la sospecha, ni para cubano alguno tiene mayor agradecimiento, y amistad más grande, que para los cubanos generosos y vigilantes del Club “Cayo Hueso”.

El Delegado

JOSÉ MARTÍ

3

A EDUARDO GATO Y OTROS

Delegación del Partido
Revolucionario Cubano

New York, 9 de marzo de 1893

Sres. Eduardo H. Gato
Carlos Recio
Manuel Barranco
Teodoro Pérez

Mis distinguidos compatriotas:

Cerrada ya la época de preparación y tanteo de opiniones que las emigraciones unidas en el Partido Revolucionario Cubano creyeron indispensable para inspirar confianza al país en nuestro plan ordenado y total de revolución en acuerdo con la Isla, nos hallamos frente a frente con una situación digna de la atención y ayuda de los cubanos de patrio-

tismo extraordinario.—Entre ellos cuento a Vds.; conozco su prudencia, su constancia, y sus sacrificios anteriores; conozco su crédito e influjo en ese asilo de la libertad de Cuba que han ennoblecido con su industria, y con su firmeza patriótica; y en el instante de recoger,—sin el delito de la exageración ni la ligereza de una mera tentativa,—los esfuerzos supremos que pueden llevar a Cuba en plazo breve y con seguridad bastante el auxilio armado que necesita para emprender con fuerza y fe la campaña que ha de poner al cubano en posesión de su decoro y de su suelo,—acudo a Vds. en ese Cayo glorioso, como a otros patriotas verdaderos en las demás emigraciones, para que, al mismo tiempo que la Delegación del Partido Revolucionario llama a todas las puertas en demanda de barcos y de armas, concierten y realicen en esa localidad de su influjo la manera más fácil y rápida de reunir la suma con que ese Cayo puede contribuir a una empresa que ha de ser ya de pocos meses, suma que no se empleará sin el beneplácito del interventor nombrado por los contribuyentes para cerciorarse de su digno empleo, y de la cual se dará cuenta detallada por vía del interventor a los donantes.

De sobra dice este lenguaje a mis distinguidos compatriotas la realidad y urgencia de la hora revolucionaria en que nos hallamos. La Isla ha respondido, y el período de ensayo ha pasado. En mucha angustia se podrá ver, y se ve acaso, la Delegación, que con poco más de tres mil pesos ha satisfecho las obligaciones todas de unir, en su campaña de un año aún no completo, las emigraciones,—de atraerse la adhesión espontánea de los veteranos esparcidos por el extranjero,—de exponer nuestro plan ante la Isla, y juntar, aumentar y ordenar sus grupos revolucionarios,—de levantar en el extranjero una organización que nos dé derecho a la simpatía y ayuda de los cubanos vacilantes y pudientes y de los pueblos que por interés o afecto deban auxiliarnos. Pero por apremiante que la situación sea para la Delegación, que ve claro ante sí su plan de deberes, ella sabrá cumplirlos, en tanto que el honor y peso de la representación de sus conciudadanos esté sobre sus hombros. Y lo que la Delegación se propone, en el plazo de los dos meses en que ya ha entrado, es allegar,—sobre la suma de doce a catorce mil pesos, si no más, que ya tiene acumulada de seguro,—la cantidad mínima, y no extraordinaria, que basta, sin dispendios extravagantes ni aparatosos, para llevar a Cuba, con probabilidades de éxito, todos los hombres de armas que tenemos fuera de ella, y el armamento bastante para que sea invencible la primera acometida de la Isla. Y la Delegación actual, si en su mano estuviese aún la obligación que hoy tiene, no empleará a

retazos el tesoro de guerra, con riesgo de que se pierda lo reunido por no poder tener a tiempo el resto, sino que no comenzará a emplearlo hasta que no tenga la certidumbre racional de poseer el total indispensable. Ni empleará al garete o a capricho las sumas reunidas; sino que, juntando el sigilo a la vigilancia, invertirá estrictamente, como ya ha dicho, en armas, pertrechos, barcos y atenciones expedicionarias, las sumas contribuidas, que el interventor de cada una de ellas desembolsará a cambio de dichos objetos o atenciones comprobadas. Porque estamos fundando una república honrada, y podemos y debemos dar el ejemplo de la más rigurosa transparencia y economía.

Ahora me cumple indicar a Vds. que la suma con que, midiendo el esfuerzo extraordinario por las probabilidades desusadas de éxito de nuestra empresa, estima la Delegación que, incluyendo en esta suma todo lo que el entusiasmo juiciosamente fomentado con el ejemplo de Vds. pueda levantar en ese Cayo, por concepto del día de la patria o cualquiera otro, de hoy en adelante, la contribución de ese Cayo a la guerra que estamos a punto de realizar puede ser de treinta y cinco mil pesos, que quedarán en manos de la representación de los contribuyentes hasta la hora de su empleo, y se emplearán en objetos y atenciones de guerra con conocimiento y anuencia del interventor.

Con otra especie de hombres usaría la Delegación un lenguaje entusiasta y tentador, que sería realmente ofensivo para cubanos de sobrada experiencia, que cumplen con su deber sin el estímulo de la pompa y la vanagloria, y conocen el acento de la verdad y los engaños de este mundo. La Delegación, que atiende secamente a su obligación, sin más esperanza que la de contribuir a la libertad y mejora de los cubanos, ni más placer que la compañía de los hombres buenos, se limita a decir que es la hora, que es la hora suprema, y que ése es el modo pronto y garantizado con que el Cayo puede ayudarla. ¡Dichosos los acaudalados del mundo, que pueden dar un poco de lo que les sobra para ayudar a la libertad de su pueblo! ¡Dichosos los que con un retazo de su fortuna pueden comprar un nombre inmortal en el cuadro de honor de los fundadores de un pueblo!

Del modo de reunir esta contribución pudiera hablar a Vds.; pero en esto, como en todo, cree la Delegación conveniente dejar los métodos de cada localidad al juicio de los que mejor la conocen y tienen influjo legítimo y natural en ella. Deseó la Delegación libertar de la carga personal a los patriotas que, siempre los mismos, la han llevado ya tantas

veces; y abrogándose nuevo trabajo, trabajo acaso irrealizable por sus complicaciones, ideó levantar un empréstito por esa suma, con interés suficiente, bajo la garantía primera de la emigración organizada, y la fundamental y subsidiaria de los contribuyentes, por notas aisladas y personales, a pagar sólo en el caso de que las emigraciones no satisficieran la deuda. Pero el patriotismo superior ha salido al paso de este pensamiento, para cuyos detalles múltiples no hay tiempo en verdad, y se ha propuesto a la Delegación, con sacrificio de verdadera hermosura, el contribuir directamente y sin ambages con la cantidad que a cada cual sea dable. No apunta, pues, idea ni forma alguna el Delegado; ni sabe a qué personas dirigirse; ni dará paso en esto sin el consejo de Vds. y para favorecer y fortalecer, si posible fuera, sus demandas. Deja totalmente en manos de Vds. el concierto y manera de la contribución; y sólo añade la conveniencia de fomentar en la primera ocasión el día de la patria, con una ayuda pública ostentosa que hará a la larga menor, como es justo que sea, el sacrificio personal. Con preparación previa y oportuna por parte de la Delegación, los manufactureros y personas de viso, solicitados por el Delegado, encabezarian con ímpetu unánime y superior al de las veces anteriores el día de la patria, y éste, con ese empuje, adquiriría naturalmente más crédito, quedaría definitivamente establecido, y haría mucho menor la contribución personal. Debe además la Delegación decir que en su pensamiento es justo que, hasta el día en que la guerra estalle, se dediquen a aminorar la contribución privada del Cayo, considerada como anticipo de la contribución total, los productos de todos los días de trabajo que siguiesen al de la colecta de la contribución, y de los fondos de guerra que desde esta fecha se recaudasen por los Clubs. Y esta suma, con el entusiasmo bien movido por el ejemplo, no puede ser insignificante, puesto que, sin más que meros preparativos y con las dificultades del día de la patria en los dos últimos meses, lo recaudado para fondos de guerra por el Cayo llega a más de siete mil pesos.

Expuestas las ideas generales, ¿édame sólo echarme en brazos de la nobleza y abnegación de mis distinguidos compatriotas. Ellos adoran a su pueblo. Ellos se le han sacrificado muchas veces. Ellos ven hoy la conveniencia y la oportunidad de un esfuerzo nuevo, que podrá ser vencido en la mar o en la tierra por el enemigo, pero que no podrá ser burlado o mal empleado. Ellos sienten el sublime deber que la for-

tuna pone hoy en su mano. ¡La patria nos dé a todos valor para hacer los esfuerzos extraordinarios que requiere hoy de sus hijos!

Saluda a Vds. con la alta estimación debida a sus largos e infatigables servicios patrióticos.

El Delegado,

JOSÉ MARTÍ

4

A FRANCISCO IBERN

Central Valley, 9 de marzo de 1893

Excelente Ibern:

Le escribo cerca de su hijo, que tiene contento a Estrada, y brilla con su cara fina en su banco de estudiante aprovechado. Lo veo de la ventana, jugando con la nieve. Le hablé de usted mucho, y de su madre.

Muy curiosas son y útiles, las noticias que en su carta me da, y robustecen, porque a todo hay que estar con enemigo tan astuto como el español, mi decisión de devolver, puesto que en realidad no los necesito, los fondos a ese caro club "Cayo Hueso". Cuidad con que nadie se me dé por ofendido. Jamás olvidaré aquel entusiasmo, aquella prueba de confianza. Jamás el cumplimiento nuevo de girar a pesar de mi resolución. Pero aprovecho la oportunidad, que me parece buena, para hacer algo de bulto, que cae bien en la masa donde culebra la picardía española. Ese es mi objeto, y se ha de entender así, y usted me lo ha de hacer entender. Cariño es mi palabra para el Club, palabra que yo no uso nunca en vano. Estamos en lo grande: en nada nos mostramos pequeños. Que nadie me mortifique a nadie. Resuelvo así porque lo creo de bien público.

Por lo que me dice de usted, un abrazo. Ya habrá puestos para todos. Acaso hoy reciba una nota que ha de ir a su hermano para que allí la mande recoger Manuel Barranco. Él le preguntará antes, si está ahí, o usted le mandará la letra. Dígame cuanto observe. Sólo las elecciones próximas tienen puesto un sello a mis labios. Por ellas, por no parecer candidato, no vacié allí otra vez entre los humildes todo mi corazón.

Su

JOSÉ MARTÍ

5

A CARLOS RECIO

Delegación del Partido
Revolucionario Cubano

Central Valley, 9 de marzo de 1893

Sr. Carlos Recio
Key West.

Mi muy estimado compatriota:

Por su valioso conducto recibí esta Delegación el check por la suma de \$654.28 que remiten miembros del Club "Cayo Hueso" a la Tesorería del Partido; y con esta nota devuelvo a Vd. esa suma en el mismo check, por haber venido a ser innecesaria esa cantidad actualmente, según explico a la larga, con razones que de seguro parecerán a Vd. satisfactorias, en la comunicación que dirijo al Club por conducto del Sr. Presidente.

Queda de Vd. con la mayor estimación,
El Delegado

JOSÉ MARTÍ

6

Central Valley, 9 de marzo [1893]

Sr. Carlos Recio

Mi amigo muy estimado:

Recibí su carta, y con ella el check que devuelvo, porque hallé modo de ponerlo todo en paz, ya que puedo salir de las primeras atenciones sin ese medio extraordinario. Me puso en aprieto y agradecimiento la noticia de que el Club giraba los fondos, a pesar de mi resolución. ¿Cómo negarme sin ofenderlo? Pero creo que mi nota, escrita con el alma, explica bien el caso, y todos comprenderán la oportunidad y cariño de la devolución.

Yo, ya sabe en qué ando. No estamos para pequeñeces, ni para dilaciones. Lo que hoy nos es difícil, nos sobraré de aquí a dos meses.

Si cualquier picardía española alza la cabeza por ahí,—cualquier mentira vil, puesto que en nuestras cosas no hay hoy más que república y virtud,—Vd. me la aplasta pronto, con la vigilancia que le conozco y estimo. Y vaya preparándome, sin precipitación, el camino magno para cuando con prueba suficiente para todos, lo necesitemos.

Aquí queda, dispuesto a sufrirlo todo por su país, su amigo
agradecido

JOSÉ MARTÍ

7

A SERAFÍN SANCHEZ

Serafín querido:

Todo lo de su carta será atendido. Muy principalmente medito en lo de Raimundo, y espero hallarle la situación que desea. A Batista, lo atenderemos enseguida según él indica; pero espero lo que Gómez me diga sobre lo propuesto. De todos modos creo que debe ir. ¿Y Roloff? Nada puedo hacer, trabados como estamos, y con tanto temporal encima; pero ¿cómo dejar de sangrar por los buenos? A dos cosas espero, y aborrezco mientras tanto la pluma:—a lo que me diga Gómez de preciso, para adecuar a esto la forma y plazos de nuestra labor,—y a lo que resulte del Cayo, que al fin creo sea para bien.

De sus biografías, nada más que puntos o comas les he puesto, y he mimado las pruebas, más que si fuesen mías. No sé si el título le habrá gustado. La observación de usted a Gonzalo es exacta; "Honorato", que está excelsa, no cabe en "Héroes Humildes". ¿No le gusta el título? Y ¿cómo osa decir eso de *lo que valgan* en un libro que es suyo? ¿Y siendo para lo que es? Los 50 ejemplares le irán enseguida, tan luego como mande usted la biografía que supla la de "Honorato". Esta va en este número. La carta, esperemos. Fío en que nos veremos pronto. ¿Me ha olvidado Pepa? Ni a ella, ni a usted, ni a Raimundo, olvida su hermano

MARTÍ

13 de marzo, [1893]

DE *PATRIA*, NUEVA YORK

14 DE MARZO DE 1893

1. HORA SUPREMA
2. POBRES Y RICOS
3. LA LOCOMOTORA
4. “¡VENGO A DARTE PATRIA!”

HORA SUPREMA

En ella estamos. Ciego es quien no lo ve. Con una sola alma se mueven la Isla y las emigraciones. El programa de las emigraciones cubre los deseos secretos y unánimes de la Isla. La Isla, como una resurrección, se alza sobre el codo de su agonía, ve el fango que la cubre y el camino sangriento por donde se sale a la libertad, y prefiere la sangre al fango. Nos hemos puesto en pie los cubanos de afuera a la misma voz, con la misma alma unánime y el mismo plan con que se pone en pie la Isla. Nada hemos hecho, sino llegar a tiempo. Tal vez, si nos demoramos o desmayamos, no lleguemos a tiempo. Hay auxilios que se parecen a la medicina que llega al paciente después de la muerte. Antes de la muerte es cuando hay que llevar al enfermo la medicina. Maldades y espionaje son como un gusano en el pecho de un león. A nadie más que al español conviene la desconfianza o la tibieza entre los cubanos: él la fomenta de cien modos: él se sienta a nuestra mesa y aconseja nuestra almohada: él se desliza en nuestros talleres, en nuestros salones, en nuestros hogares, en los rincones mismos de nuestros entretenimientos y nuestros vicios: él se aprovecha de nuestras pasiones y de nuestros odios: él afea la pureza que puede desafiar al mismo cielo: él clava a Cristo en la cruz del ladrón: él espera hallar cómplice en el jornalero indiferente, en el pensamiento pequeño que cede retorciéndose ante el pensamiento grande, en el militar que de seguro no hallaría, en la campaña de levantar dudas contra la guerra que va a salvar a su patria, el gozo sublime que sintió al ver correr su sangre por la patria frente al enemigo. Pero el español no hallará entre los cubanos los cómplices que cree hallar,—porque ellos oyen las voces de la tierra y las plegarias del corazón; porque ellos saben que ésta que se levanta es una guerra nacida de la rebelión del hombre contra todo lo que aje una dignidad o merme un dere-

cho humano; porque ellos conocen por las señales del alba aunque oscurezca una u otra vez el horizonte la sombra del despotismo o la soberbia del pasado, como el sombrero de teja de un mal cura mancha en la perspectiva el cielo azul, que los sacerdotes de la religión nueva se han puesto en pie, que la compasión por la infelicidad del hombre los guía y morirán por la felicidad del hombre, que el alma de los pobres ebionitas que acompañaron a Jesús, vibra otra vez y resplandece, y nadie la ha de pagar en el pensamiento que mueve y aconseja esta renovación de las almas cubanas. ¡Atrás el español! ¡Nuestra misma mano ahogue, en esta hora de agonía de nuestra patria, toda bajeza o vacilación o pensamiento indigno de la cabecera de la madre moribunda, de la cuna de la hija que nace! Es la hora de morir o de nacer. Al español, al español nada más conviene nuestra desconfianza o nuestra tibieza. ¡Eche sus serpientes por entre nosotros, y nos encontrará fuertes como un solo corazón, sin una hendidura por donde quepa un solo criminal! En el hogar, en las horas comunes, el padre exasperado por las faenas de la vida, encuentra en todo falta, regaña a la santa mujer, habla con brusquedad al hijo bueno, echa en quejas y dudas de la casa que no las merece el pesar y la cólera que ponen en él las injusticias del mundo; pero en el instante en que pasa por el hogar la muerte o la vida, en que corre peligro alguno de aquellos seres queridos del pobre hombre áspero, el alma entera se le deshace de amor por el rincón único de sus entrañas, y besa desolado las manos que acusaba y maldecía tal vez un momento antes. ¡Es la hora suprema!

Nuestra tierra se ha hablado y se levanta. No es mérito nuestro: es mérito suyo. Nosotros le tendimos el brazo; y ella se alzó de su timidez. Ahora ella nos sacude el brazo, nos pide nuestra palabra, nos llama tímidos. Afuera, los que tenemos cintura, los que tenemos verdad, los que no queremos comer el pan que no hemos ayudado a ganar, los que no nos sentimos hombres mientras veamos un solo hombre infeliz, los que no queremos injusticia, ni desequilibrio ni preocupación ni tiranía en la independencia de nuestra patria, los que queremos que los reclamantes de mañana contra los parciales y soberbios de la libertad tengan el derecho de haber ayudado tanto como ellos, o más que ellos, en la obra de fundarla; los que han echado su vida toda al viento, para que sea en las tempestades banderín de equidad, y en la tierra nueva sea semilla de hombres;—afuera, con las cien manos a la vez, recogen todas las virtudes de la revolución; juntan, callados, todas sus fuerzas. Por las inmundicias se pasa, como pasa el león sobre el gusano. Por las intrigas del

español se pasa, como pasa la luz sobre la culebra. Pasa el espíritu de construcción sobre el de destrucción que por ley humana le sale siempre al camino. ¡Atrás el español! La tierra entera se levanta, tendiéndonos los brazos. Entre los cubanos no hay criminales. Es la hora suprema.

La tierra entera se levanta. No se miente ante la tumba, como dijo bien el que acaso fue el primero entre los poetas cubanos. La tumba, abierta como un surco, llama a la semilla. Las madres viudas ven sin lágrimas partir al hijo a buscar en el monte perdido la sepultura de su padre, a morir digno de él, levantándole con su cuerpo un peldaño más a la patria: la tierra nuestra nos responde: ¿o nos pregunta, cubanos, nos pregunta si ya estamos listos! No se miente ante la tumba. Será pronto, será luego, será cuando la Isla mande, será cuando deba ser.

No tiemblan los corazones. No tiembla el juicio decidido a defender la libertad. No tiembla el viejo de ayer, ni el mozo de hoy. De todas partes acude el valor, se ofrece el valor. Será cuando deba ser. ¡Límpiese el corazón de pequeñeces, que va llegando la hora de nacer, o de morir! ¡Atrás el español! Es la hora suprema.

2

POBRES Y RICOS

Es la gloria de nuestra guerra. El esclavo salió amigo, salió hermano, de su amo; no se olvidan los que se han visto cara a cara ante la muerte: la muerte, con claridad sobrenatural, ilumina la vida. Nuestro pobre ha crecido: ha echado mente y autoridad, en la defensa de la vida, en pueblos extraños y cultos: todo su oro interior le ha salido a donde se ve, en la tribuna y el periódico, en el liceo y la escuela gratuita, en la religión nueva del filósofo, en el hogar virtuoso y fino: entiende y mantiene con incorruptible vigor la verdadera libertad.

Nuestro rico ha purgado en el sacrificio y el trabajo la fuente tal vez criminal de su fortuna. Los nietos han de hacerse perdonar el pecado de sus abuelos.

El servicio a la revolución de la libertad puede lavar la culpa de la riqueza, acumulada con el fruto de la esclavitud. El mundo es equilibrio, y hay que poner en paz a tiempo las dos pesas de la balanza. El decreto de emancipación de los esclavos aseguró para siempre la paz de Cuba en la independencia. La restitución a la guerra de la libertad de

una migaja siquiera de los provechos amontonados en la explotación de la servidumbre, hará más firmes y generosas las relaciones de los cubanos en la república.

¡Ah, pobres y ricos!

Ayer, en "La Rosa Española", la fábrica de tabacos de Cayo Hueso, no tenía un cubano ferviente, enfermo en la semana de la contribución voluntaria, con qué cubrir el día de trabajo de la patria. Y lo pidió prestado, para cumplir con el deber de dar a sus hijos un pueblo donde puedan aspirar y vivir, como se pide prestado para cumplir con cualquiera otra obligación sagrada. Ni latines ni alemanes sabe ese hombre bueno, que no quiere la vida sin la dignidad, que no entiende la vida sin poder saludar de frente y como igual a los que hoy gozan por su valor de todo el derecho humano en un pueblo suyo. Ese hombre, oscuro hoy, será leyenda mañana. Ese es el pobre de Cuba.

Ayer, un poco más atrás—cuando la guerra de Calixto García,—Carlos Roloff y José Martí fueron a pedir a un solo rico, a Don Miguel Cantos, el barco y las armas de la expedición. No había barco, no había armas. Martí le habló unos cuantos minutos. Don Miguel Cantos se puso en pie, y le echó el brazo por el hombro: "¡Vamos, hijo; ya tienes todo: ya tienes el barco, ya tienes las armas!" Y un hombre solo pagó la expedición, Don Miguel Cantos, que es polvo hoy, será mañana monumento. Si tuvo esclavos primero, redimió esclavos después. Así fue un rico de Cuba.

3

LA LOCOMOTORA

Hablaba una vez Martí, hace doce años, en la sala olvidada de Steck, en la calle catorce de New York, cuando la guerra que tuvo por jefe al cubano de la frente horadada, a Calixto García. Hablaba de las causas íntimas e inconstratables de la guerra, del estado revolucionario de la isla, de la independencia que como solución única se vislumbraba en el choque diario de un pueblo americano y consciente con el pueblo español, inconsciente y tardío, y construido todo él sobre el sistema del aprovechamiento desatado y despótico de las colonias. Hablaba ante el auditorio compuesto que en la cordialidad real de su doctrina entrevé, por la amalgama del respeto en la equidad, la condición indispensable,

sólo a la gente de medio corazón costosa, para que coexistan sin violencia los elementos discordes de nuestro pueblo. Hablaba ante la mujer del presidente mártir, ante el gallego que cayó muerto al llevar su caridad a la casa del jefe de la revolución, ante el liberto recientemente redimido que, para mentís de quienes lo suponen ingrato a sus libertadores, era entonces en el destierro, como fue en los últimos años de la guerra, sostén principalísimo de la revolución. Hablaba, hace trece años, previendo que, caso de que por su hilación precipitada u otras causas fuese vencida aquella tentativa revolucionaria, los factores permanentes de discordia que quedaban viviendo, entre las esperanzas que se desvanecerían y la explotación y ofensa congénitas que no habían de cesar, traerían la guerra definitiva dentro de un plazo que se debía emplear en robustecerla y ordenarla. Hablaba Martí, como quien sangra. Hace trece años, de la vileza en que vivimos; del hábito de la indignidad ambiente que afloja y extravía a los mismos que levantaron antes contra él la melena de león; de la generación fervorosa que del campo fiero y de la universidad piafante y de los hogares empañados e inseguros había de surgir, indómita como Agramonte y pura como Morales, a probar que los criollos de ahora, aunque los hayan envenenado en estos últimos años con el espectáculo continuo de una existencia de lujo tentador que inspira a la juventud fuerte y ambiciosa a la conquista impúdica de la fortuna, no son de la ralea bestial que mancha, en la vida íntima con el fraude y el vicio de los asesinos de su pueblo, la memoria de los que supieron preferir el peligro de la muerte a la llaga escondida de la existencia sin verdad ni dignidad: ¡terrible el paso por el mundo, con el rostro caído detrás de la máscara de cieno! ¡Viles, si los hubiera, semejantes mujeres y semejantes hombres! Hace trece años, en los mismos días en que un cubano rico armaba, él solo, el buque que llegó ya muy tarde a Oriente fatigado, hablaba Martí de estas cosas, ante la sala que no ha perdido aún un concurrente fiel, con las entrañas que dan poder al amor del hombre por el hombre, única pasión que ha de guiar a quien tenga la mano en la suerte de los pueblos, y profecía a quien busca el estado futuro de un país en el desarrollo y convivencia inevitable de los elementos que lo forman. Y por entre el gentío conmovido, por entre los generales y las viudas y los huérfanos de un pueblo que acababa de ver morir una guerra angustiosa de diez años y reconocía la persistencia fatal de los elementos de la guerra nueva, se abrió paso un pintor mexicano, el indio Alamilla, que con el genio de su lápiz había dibujado al vuelo en una tarjeta el símbolo que

en memoria de aquella noche regalaba "al amigo de América: a Martí". Venía a todo andar en el dibujo una locomotora; triunfante el penacho, la delantera como un ariete, el tren todo gallardo y seguro: y a su lado, un botijín, un bigotes, un panzón, un chaqueta, corría, a trancos míseros, con una banderuca en la mano, gritando: ¡peligro! Así quienes ahora, cuando el tren se viene encima, saliesen a verle las yerbas al camino, y a temer lo purgante de esta yerba o lo amargo de la otra, en vez de adquirir en el servicio de la revolución el crédito necesario para salvarla de sus yerros. Así quienes, de cuerpo pedante, quisieran salirle al paso a la locomotora.

4

"¡VENGO A DARTE PATRIA!"

PUERTO RICO Y CUBA

Una sencilla tarjeta postal, firmada por dos puertorriqueños y un cubano, invitó a un limitado número de amigos de la independencia antillana "a cruzar impresiones alrededor de una mesa fraternal", y eran quince los hombres que con alma de hermano se unieron en un salón de Raymond a hablar de la fe común, del cariño cada día más apretado entre las dos Antillas, del campo seguro que deja abierta a la empresa de la emancipación el mísero y previsto resultado del inútil acatamiento a la reforma electoral, que hubiera podido venir a ser un respiro más para los cubanos tímidos y una prórroga más para la dominación española si desde el guajiro hasta el prócer en la Isla de Cuba, si desde el jíbaro hasta el poderoso en Puerto Rico, no estuviese minada la tierra por una de aquellas revoluciones espontáneas que acaso sólo necesiten para estallar el pretexto propicio de una concesión que viene a ser una nueva ofensa, y el legítimo descontento de un pueblo que ve en manos de sus déspotas a aquellos de quienes esperó honor y empuje suficientes para echar a los déspotas abajo. ¿Qué importan los nombres de los que pongan su pueblo, a costa de un poco de sangre, en condiciones de realidad y vigor?: ¡paso a los emancipadores, bien surjan de Cuba, bien vayan de afuera! El vanidoso mira a su nombre; y el hombre honrado a la patria. Lo penoso e inútil es la sumisión voluntaria a un estado continuo y creciente de miseria y oprobio. Lo culpable, en las horas decisivas, es la indecisión. En las horas de

crisis se enjuga la pluma del bufete, se besa en la frente a los hijos, y se va, con la luz en el alma, y una dicha mayor que todas las del mundo, al sacrificio que pide el derecho amenazado del cliente a quien le aceptamos la defensa, con los honorarios a la vez que los peligros. Un pueblo no es un banquete, puesto a toda hora para nuestro gozo, con sus entremeses de fuegos artificiales; sino una masa de esperanzas y dolores, de vileza que se ha de sujetar y de virtud que se ha de defender, de ignorancia apasionada y luces e instintos que la salvan y dirigen, de hombres a quienes se ha de querer y servir como sirve el médico al enfermo que le muerde las manos. Al servicio de la patria se sale desnudo, a que el viento se lleve las carnes, y las fieras se beban el hueso, y no quede de la inmolación voluntaria más que la luz que guía y alienta a sus propios asesinos. La patria no es comodín, que se abre y cierra a nuestra voluntad; ni la república es un nuevo modo de mantener sobre el pavés, a buena cama y mesa, a los perezosos y soberbios que, en la ruindad de su egoísmo, se creen carga natural y señores ineludibles de su pueblo inferior. La patria, en Cuba y Puerto Rico, es la voluntad viril de un pueblo dispuesto al triunfo de su emancipación, a un triunfo indudable por el arranque unido y potente de la libertad contra el corazón inmoral y el tesoro arruinado de sus opresores. La república, en Puerto Rico como en Cuba, no será el predominio injusto de una clase de cubanos sobre las demás, sino el equilibrio abierto y sincero de todas las fuerzas reales del país, y del pensamiento y deseo libres de los cubanos todos. No queremos redimirnos de una tiranía para entrar en otra. No queremos salir de una hipocresía para caer en otra. Amamos a la libertad, porque en ella vemos la verdad. Moriremos por la libertad verdadera; no por la libertad que sirve de pretextó para mantener a unos hombres en el gocé excesivo, y a otros en el dolor innecesario. Se morirá por la república después, si es preciso, como se morirá por la independencia primero. Desde los mismos umbrales de la guerra de independencia, que ha de ser breve y directa como el rayo, habrá quien muera—¡digase desde hoy!—por conciliar la energía de la acción con la pureza de la república. Volverá a haber, en Cuba y en Puerto Rico, hombres que mueran puramente, sin mancha de interés, en la defensa del derecho de los demás hombres. ¡Lo odioso es la cobardía cuando se necesita el valor; el miriñaque, cuando se necesita la espada!: y el goce supremo, aunque hayan errado alguna vez y persistido en el error, sería ver dignos de su país, y a su lado en la hora de agonía, a los que, por hábitos de dilación, o costumbre colonial, o miedo y desconocimiento

de la virtud burda y oculta de su pueblo, obran en ocasiones de manera que más parecen criados del gobierno que les pudre a la patria, y los pudre, que del país donde los hombres supieron unir, durante diez años a lo menos, el poder del carácter, que es el varón del hombre, al de la inteligencia, que es nuestra hembra!—Con esta alma enérgica y piadosa, con esas ideas, con esas palabras en los labios se sentaron, a la humilde comida del día, los quince hermanos de la mesa de Raymond, quince amigos íntimos, que querían hablar de la tierra común, que querían declarar, como el club “Lares y Yara” de Cayo Hueso, como los dos pabellones con que recibía el pueblo de Tampa al Partido Revolucionario, como el puertorriqueño que abrazaba ayer en Ocala, jurando su sangre y su fe, a un cubano por donde habla hoy la voz de su pueblo, que en los tiempos que se abren, los de Ponce y San Juan caerán en Yara y en las Guásimas, y los de Cuba caerán por Puerto Rico.

La mesa misma, con el héroe a la izquierda y el tesoro a la derecha, con el cajista escritor frente al abogado revolucionario, con el jornalero del tabaco al lado del jornalero de la medicina, con el título de París cerca del criollo recién llegado, con el recluta centelleante, que ahorra el rifle de su sueldo, junto al maestro de armas, fino y seguro como su florete, era respuesta viva a los que dudan de la capacidad de nuestro pueblo para reemplazar sin trastorno las condiciones de desdén y disensión criadas en la colonia, por las virtudes republicanas de la acción unida y el respeto al mérito, más fáciles y durables acaso entre nosotros que en los pueblos que la pasión o el buen deseo nos quisiesen presentar como modelos: ¿dónde, en el Norte, una mesa como la que dijo adiós a Martí antes de uno de sus últimos viajes, una mesa sin casta ni color, con la riqueza junto al jornal y la pluma junto a la chabeta, una mesa de rara distinción, donde los oficios más opuestos rivalizaron en la elegancia y hombría naturales en los hijos de una tierra que sólo necesita de esta última bofetada que intentamos, para comenzar a ser, por nuestra alma superior, verdadero adorno y crédito del mundo? ¿Dónde en el Norte, más alabado que conocido, una mesa hecha de todas las universidades de la vida, del claustro del colegio y el claustro del taller, como esta mesa de Raymond, de los quince amigos? Los que viven de otros, y pasan sobre zancos a través del mundo, sin halarse con hiel y sudor por la fatiga de la realidad, éstos no se pueden conocer, y desconfían de sí y de su pueblo: los que viven de sí, los que en la vida verdadera se han graduado de hombres, éstos se conocen y confían. ¡Defenderán la independencia primero, la república en la independencia, la

independencia en la república! Porque no es que desconozcamos nuestros peligros: los peligros de la soberbia y de la aspiración en un pueblo que tuvo esclavos hasta ayer, y los peligros del ejemplo funesto de la gloria personal—que creó mal en una época distinta las repúblicas primeras de América—en esta época nuestra posterior, de otros hombres y otra capacidad política, donde chocaría con el espíritu rebelde de un país más maduro todo sistema o persona que, por concepto incompleto o precipitado de historias ajenas, quisiese prescindir de él. De nuestras ventajas de experiencia y cultura en Puerto Rico y Cuba sobre la condición inferior de las colonias de América cuando la independencia; de los deberes mayores que la geografía, la vecindad temible y el problema del continente y de la época nos imponen; de los métodos nuevos, serios y respetables que nos exigen desde el nacer estos deberes, del espíritu de religión, de concordia y de magnanimidad, que inspiró y mantiene, en pobres y en ricos, en los muchos pobres y en los pocos ricos, la caridad humana enérgica que hoy lleva, en su acción en las Antillas, el nombre de Partido Revolucionario Cubano; del heroísmo de nuestras casas, del valor y abnegación de nuestros jefes, de la mucha obra que la virtud puede hacer en este mundo con poco dinero; de la justicia de amar el rincón de la tierra donde se conoció la hermosura del mundo, y la pena y el cariño que nos van ligando a él y del pecado político de llevar ese amor santo y fuerte al extremo de consagrar y compartir, por ser de nuestro terrón, los atentados contra la libertad y la patria; de cuantas ideas nobles pueden remozar el pecho de un viejo, alentar a la juventud y satisfacer a los fundadores cautos de edificio tan complicado y riesgoso como una nación,—se habló con cariño, se habló con franqueza en aquella junta de independientes incondicionales, que hallan en el carácter de nuestra patria, y en sus dotes notorias y visibles, la profecía de su ventura en una independencia a que sería ilícito aspirar por la satisfacción culpable de ver imperar un pensamiento fantástico en un pueblo sin condiciones para mantenerlo en vida. La primera cualidad del patriotismo es el desistimiento de sí propio; la desaparición de las pasiones o preferencias personales ante la realidad pública, y la necesidad de acomodar a las formas de ella el ideal de la justicia. Y alrededor de aquella mesa fraternal sólo había hombres capaces de desistir de sí propios, había almas juradas, de una vez por todas, a mover el acero que destruye con la mano que edifica, había el centelleo, el ardor, el abrazo, el silencio súbito que presagian, como el amanecer al sol, las épocas donde el hombre, sacudido hasta las entrañas, echa de

si toda su fuerza y luz. La palabra de mera verba y sin propósito es desdenable y repulsiva, como las pinturas de una meretriz: las palabras de previsión y de amor, en vísperas del levantamiento de un pueblo, son rápidas y luminosas, como el florete del maestro de armas.

Así fueron, sin descuido para ninguno de los peligros presentes, sin encono para ninguno de los equivocados de hoy, sin la pompa y alarde patrióticos que repugnan a los hombres de verdad y sacrificio, las oraciones todas, breves y vibrantes, de los quince amigos; así, en anuncio de lo verdadero, con aquel entrañable afecto que reúne a las almas que lo exhalan en común, como el combate con la muerte junta para siempre a los que la han desafiado codo a codo en los campos de batalla, se mostró más por el fuego de los ojos que por las palabras mismas, el apego profundo, el cariño heroico, la unión ferviente, en esta hora sagrada de renuevo, de esas dos islas de nombre diverso que pelearán mañana con un mismo corazón, que se defenderán con un mismo brazo, que se fundarán con un mismo pensamiento: la isla de Puerto Rico, donde nacieron los comisionados que pedían a España en la Junta de Información la abolición de la esclavitud, y la isla de Cuba, donde el primer acto de los cubanos blancos reunidos en nación fue abolir la esclavitud de los negros, cubanos o africanos; así habló, como cabeza natural del pensamiento de Borinquen en New York, como hijo espiritual de aquel Betances que hace catorce años renunció la representación de una república en París, por aceptar de manos del mismo Delegado de hoy la representación de la guerra que iba a renacer con Calixto García Iñiguez, así habló el presidente reelecto del club puertorriqueño, el generoso y valiente Sotero Figueroa. Desde los días de la Junta historió él la hermandad de los cubanos y de Puerto Rico; pintó él el esfuerzo de Lares, anterior al de Yara, y el entusiasmo con que en el corazón de su tierra se amó y admiró, con el dolor de las manos atadas, a los precursores cubanos; habló él, autonomista de otros días, de la esperanza sincera con que, a par de mucha alma libre de su país, aspiró a ir recabando de España en el trato franco de la vida política, el reconocimiento de la emancipación incruenta de la hija entrada en la mayor edad; describió el desconsuelo y la indignación de su pueblo, sólo tachado de tibio por quienes no lo conocen, al darse otra vez de bruces con el descaro y osadía de una nación gozadora y despótica que no tiene, en el tiempo en que lo requieren las Antillas sofocadas, tiempo para convertir en un pueblo trabajador y de propia suficiencia la nación constituida, del cimiento al techo, sobre la explotación oficial y el comercio pri-

vilegiado de las colonias; señaló con justo orgullo, con orgullo que a no ser cubanos revolucionarios no hubiéramos podido sentir con él, al pueblo todo de su isla, recién salido de la tortura de la inquisición, que rechaza sin miedo, como la ofensa vergonzosa que es, la limosna electoral que levantó sumiso el partido autonomista de Cuba; y acabó su arenga de razón, fundada en el superior conocimiento que le asiste como persona mayor que fue del autonomismo, con palabras calientes como abrazos para la verdad y la previsión, para el amor al hombre y la fe en su pueblo, con que de brazo de los puertorriqueños, entran en la guerra inevitable los cubanos.

Antonio Vélez Alvarado puso en frases fervorosas su adhesión a la causa de que es impaciente mantenedor, y su palabra de cariño a Cuba arrancó a Gonzalo de Quesada, que fue allí como corazón hablado, el período impetuoso en que recordando a un prócer de su apellido, que ahogó la primera tentativa de independencia de Puerto Rico, prometía lavar la culpa de su antecesor con la decisión de hijo con que, como a la de Cuba, se tiene jurado a la libertad puertorriqueña. De lo más bello de la juventud, y con el orden y armonía del entusiasmo encendido en la razón, brotaban los arranques en que recordó Quesada a Felipe Goita, el puertorriqueño que cayó herido el primero por la libertad cubana al pie de Narciso López; a Baldorioty de Castro, reducido a la preparación lenta del carácter que ha de preceder a la acción revolucionaria; a Eugenio María Hostos, menos seguido de lo que se debió en los tiempos confusos en que la revolución de Cuba iba como al garete, entre la guerra poco ayudada de afuera en el interior, y el parlamento indeciso que imperaba entre los cubanos de la emigración. ¡Y con razón ofrecía Quesada al terminar que, con la pericia ganada desde entonces, y con el ánimo nuevo que Puerto Rico trae a la labor, no se conocerá en la época que ahora empieza, diferencia alguna entre un cubano y un puertorriqueño!

Y sucedió entonces lo que sólo sucede en los raros instantes de verdad que, como términos en el camino, marcan la vida del hombre por entre los apetitos y vilezas de este mundo. De los silenciosos como de los elocuentes salieron voces inolvidables y profundas. Era una sorpresa cada oración. Cada hombre se ponía en una frase eléctrica y precisa. Benjamín Guerra, en un párrafo de fuego, saludaba, para los peligros comunes, la amistad natural e indestructible de las Antillas. Lares entero habló, lleno de Cuba, por uno de los bravos de aquella empresa gloriosa. Virgilio Zayas Bazán, pálido de emoción, declara que ve lle-

gar con pasión de hijo los instantes en que hemos de imitar, o de mejorar, las hazañas de nuestros padres. Lorenzo García, el maestro de armas, dice que él ama su profesión porque con ella enseña a sus hermanos a ser fuertes y viriles. Manuel Collazo espera, seguro de la victoria, el saldo final de tantas vanidades y tanta complacencia inútil, el saldo de la revolución. Modesto Tirado, que ve la verdad, saluda a la esperanza de hoy en los veteranos de ayer. Vicente Díaz Comas admira la tarea de reunir todos los esfuerzos para combatir a un adversario cuya única fuerza estaría en nuestra desidia. José Agramonte, Manuel Vélez, Regino González hallan en la indignación patente de las islas causa racional de fe en la campaña, por vez primera emprendida con la fuerza de todos, contra el enemigo cuyo poder único estaba en la tácita alianza de la política del país, que daba sueltas periódicas a la cólera que, hoy, negándose por fin a ese ardid, estallará con toda su energía concentrada. Y José Núñez, con extraño poder de palabra en hombre que no la tiene por ejercicio, pintó la vida hipócrita, como un antifaz, de los que viven, afectando imposible contento, en la soledad de un pueblo indiferente; evocó la memoria del padre que lo puso en el mundo sin la libertad indispensable para cumplir con éxito y valor los deberes supremos de la existencia, y se juró a la obligación de volver a su patria de manera que pudiera decir algún día, arrodillado ante la tumba del que le dio el ser: "Vengo a darte en la muerte lo que tú no supiste darme en vida: ¡vengo a darte patria!"

Una sola voz faltaba entre los quince amigos, la del Delegado del Partido Revolucionario que ha logrado encender entre las islas complementarias tanta hermandad y fe; y su voz se alzó, trémula como la primera claridad de los días decisivos, grave como el deber ya visible que pesa sobre todos los hombros, para celebrar en aquella junta de almas el raciocinio que debe preceder, y a toda hora acompañar, a un entusiasmo pernicioso cuando no se mide con las fuerzas a su orden y con la oportunidad de emplearlo; para desechar por innecesarias, como la prueba de que la sangre arde en nuestras venas y el sol calienta el mundo, las declaraciones de hermandad entre dos tierras que son una sola desdicha, y un solo corazón; para señalar en el júbilo robusto de aquellos hombres sinceros, no por cierto una derrota, con los sucesos autonomistas, en los planes revolucionarios; sino la victoria patente de nuestras ideas en la triste campaña que, sin mano alguna de los independientes sagaces, ha parado en enviar ante España una minoría a que no tiene el derecho de atender un parlamento que la ve acompañada de

una opinión que le es tres veces superior; para declarar que el error gravísimo de las elecciones, irritando por su mentira y osadía a un pueblo a quien no se preparaba a la vez para las consecuencias naturales de la ira, ponía obligaciones mayores sobre los cubanos y puertorriqueños que se han echado a hombros el deber de acudir en la hora de la guerra a la patria abandonada al conflicto por los que no han sabido ordenarla para él; para saludar, ya como más cercana, la independencia de Cuba y de Puerto Rico.

M A R Z O / 1 8 9 3

- 1. A EDUARDO GATO**
- 2. A GUALTERIO GARCIA**
- 3. A JUAN FRAGA**

Delegación del Partido
Revolucionario Cubano

Central Valley, 18 marzo, 189[3]

Sres. Eduardo H. Gato,
Carlos Recio,
Manuel Barranco,
Teodoro Pérez.

Mis distinguidos compatriotas:

La realidad y urgencia, cada día mayores de nuestros acontecimientos —y la prisa natural y ordenada con que ellos de sí mismos se van acumulando, como concentrándose rápidamente hacia una fecha fija,— me mueven, y puedo decir que me obligan a añadir algunas consideraciones a la nota que, con fe absoluta en el resultado de sus gestiones, dirigí a Uds., sobre la mejor manera de allegar en un plazo breve la cuota de guerra de esa localidad.

No es mi objeto,—porque sería olvido injusto e ingrato del patriotismo excepcional y constante que copozco a Uds.,—avivar con frases de entusiasmo inoportunas su voluntad de contribuir, y hacer que otros cubanos pudientes contribuyan, a reunir en ese Cayo la suma de él necesaria; sino a decir a Uds. que esta Delegación, lejos de considerarse ahora empleada en meras tentativas, ha entrado ya a la vez en todos los trabajos que, recogidos a un tiempo dentro de un breve plazo, producirán la suma y estado de espíritu suficientes para llevar enseguida a la Isla todo el auxilio de hombres y armas que pueda esperarse de nosotros.

A cada nuevo trabajo de esta Delegación es mayor su convencimiento de que con sumas relativamente pequeñas pueden prestarse servicios

extraordinarios; que lo que otras veces ha costado una mala goleta puede hoy alquilar un vapor callado y bastante; que las cantidades antes malgastadas en excursiones expedicionarias aparatosas y en todo sentido funestas, bastan, y sobran, para llevar a Cuba toda la fuerza de hombres que podemos llevar; que con sigilo y orden, y sin economías criminales, podemos poner en Cuba el máximum de nuestros auxilios con la suma mínima que en el extranjero dentro de pocos meses pudiéramos y podremos allegar.

Para evitar el escándalo que guía al enemigo, y la súplica prematura que desacredita más que sirve a una buena causa; por la certeza de que el hecho patente de tener a la mano, en forma de promesa segura, la suma mayor, o la fundamental, convidará de sí mismo al donativo a los que hoy por razones sabidas se negarían aún a él; por la dignidad de nuestra empresa, más que por todo, no ha querido la Delegación dirigirse a las varias personas cuyo número y posición social, por los círculos casi todos hostiles o indiferentes en que se mueven, pudiera debilitar—con la publicidad de una demanda a la que creerían acaso poder resistir sin consecuencias—una empresa que será a sus ojos tanto más fuerte, y recibirá de ellos tanta más ayuda, cuanto más fuerzas cobre y más inminente llegue a ser sin necesidad de ellos. Con los fieles, con los de siempre, con los pocos, tenemos que comenzar la obra. Y eso es lo que la Delegación viene a decir: que sin haber llamado aún por esas razones u otras, a puertas extraordinarias, sin más que tocar a los recursos cercanos, y ofrecidos, la Delegación contaría hoy, si el Cayo allegase la suma fijada, con \$59,000 allegables dentro de un mes, esto es, con las dos terceras partes de todo lo necesario, si la Delegación obtiene, como espera, de una fuente gratuita, el grueso del armamento que puedan llevar nuestras expediciones.

En esto, como en cualquiera especie de negocios, la seguridad de lo que se tiene o se espera de seguro tener, da autoridad y probabilidad a todo lo que falta por hacer, y permite, con la honradez de la verdad, mover a aquellos que con menor argumento, o con menor ejemplo ajeno, no se sentirían movidos. Hoy, por ejemplo, la Delegación sigue su labor en la certidumbre de esa base. Sabe lo que se necesita; ve que es menos de lo que se creía; conoce los precios de las cosas y el modo hábil de obtenerlas; sabe que, pesos más o menos,—cuando se vean cada día crecer las probabilidades y acercarse los sucesos, cuando se tenga cada día más la seguridad de que el gran sacrificio no va a ser mal empleado ni echado a la mar,—las emigraciones cubrirán, y el Cayo

la primera, a pesar de todas sus penurias y alarmas en negocios, su parte en la suma santa. Los tiempos no engañan. Este es otra vez el alzamiento del pueblo. Parece increíble lo poco que se necesita para él, gastándolo con honradez y sensatez. Los salvadores en esta ocasión, ni por su conciencia ni por la historia quedarán olvidados.

Eso es lo que la Delegación ha querido decir. Pudiera mañana, por el voto de nuestro pueblo, salir el deber que hoy tiene de sus hombros, y caer en otros; pero su parte habría quedado hecha, y su sucesor la encontraría en todo eso adelantada. La comisión que la Delegación ha puesto en Uds. no es una tentativa despachosa, a ver si da o no resultados; sino una parte del plan cuyas otras partes están siendo al mismo tiempo puestas en ejecución;—y con tal esperanza de éxito que, al mero arranque, ya se ve que contaría hoy la guerra, si puede incluir la cuota del Cayo, con una suma que,—por lo natural y casi tangible del resto,—autorizaría ya a poner en planta los medios, estudiados y posibles de llevar a Cuba nuestro auxilio de guerra.

La falta de tiempo detiene aquí a la Delegación: ella, al poner aquí punto, continúa sus trabajos de terminación, todos a la vez, con una fe plena en que el plan que de todas partes adelanta no ha de fallar por la que ha puesto en la generosidad y en la prudencia de Uds.

Los saluda con la mayor estimación y carino

El Delegado,

JOSÉ MARTÍ

2

A GUALTERIO GARCÍA

Central Valley, marzo 21, 1893

Sr. Gualterio García

Mi muy querido Gualterio:

Todo le va contestado, y va lo del Yara amigo, y las cuentas, que es lo que más orgulloso me tiene porque con este precedente se estorbará en lo futuro abusos o excesos innecesarios.

Sobre fondos, y su venida acá, recuerde que, por más que estime conveniente, y aun urgente, la centralización de ellos, más urgente estimo

la confianza de los que pudieran tener menos de la que la concordia necesita, si se creyesen obligados a poner sus fondos afuera, antes de las mayores señales que para todos han de ir siendo más claras, o de la orden general, que sólo podría dar sin razón un criminal reconocido. Bueno ha sido el ejemplo de Occidente. Lo haré, pero no me lo apure ni exagere. Y así será más *juntífero*. No me ha dicho del club "Cayo Hueso".

Antes de irme, por supuesto, tendrá Poyo noticias del modo continuo de alcanzarme. Estoy al salir. Me vine a Central Valley a trabajar, y de puro bravo estoy sacando en salvo mi labor por entre tanta visita, y menudencia neoyorquina y tanta nieve.

Y otra razón hay para no promover mucho en estos días, por necesario que sea, en lo que tenga que salir de la Delegación; y es que el simple cumplimiento de su deber, el hablar con la fe y fuerza natural en estos instantes, parecería mal, y aun ofensivo, en los días de elecciones en que entramos. De la virtud misma hay que privarse, cuando puede oler a candidatura.

En lo que sí no tienen que hacer las elecciones es en lo que me dice del noble amigo Díaz Silveira. Porque guerra ha de haber, a pelear hemos de ir, y es bueno ir pensando en la excelente costumbre de los hermanos de armas. Puede ser que Díaz Silveira no me conozca a mí, pero yo sí lo conozco a él, por ser obligación y gusto mío saber dónde hay un cubano puro y leal. No me dé pícaros ni héroes de vanidad, sino gente de alma ideal y desinteresada. Firmemente creo que hemos entrado ya a los alrededores del fin, y es pronto o no es, en cuanto a mí a lo menos, porque si no me alcanzase el poder para lo que falta, que no es obra de dioses, lo diría francamente, para que entrase enseguida a la prueba quien pudiese más que yo. Hay que aprovechar la hora y arremeter con ímpetu. Allá empezaremos a ser hombres: iremos sin escándalos, e iremos los que podamos servir: y en cuanto al ofrecimiento que Díaz Silveira me hace, no tengo los ojos secos al darle por él gracias. Con este corazón sencillo podremos juntar un pueblo. Y si me toca caer, será el gusto mayor por tener alma tan generosa a mi lado. Yo voy a que me estrujen, a que me acorralen, a que me intriguen, a que me nieguen. Pero seré mientras viva, en el Cayo como en el monte, fortaleza de verdad y amor. Con la realidad, y por el cariño. Dé un fortísimo abrazo a Díaz Silveira.

Y para Vd. y su casa, callo. Que sean fiesta y animación las elecciones. Háblase de ellas. Háblase en todas partes. Que lleguen los ecos

a Cuba. Que se solemnicen. Que nos acostumbremos afuera a la República, y de adentro nos vean ordenados.

Su

J. MARTÍ

3

A JUAN FRAGA

23 de marzo, 1893

Mi muy querido don Juan:

Recibo su puntual aviso, salgo de New York, y volveré el lunes temprano, a fin de estar sin falta en la junta; yo nunca digo *meeting*, que es lo mismo que *junta* o *reunión* en castellano, y no vaya a tomar esto de regaño, sino de cariño, por el placer de travesar con Vd., y serle sincero hasta en las pequeñeces que me caen bajo la pluma; el cual placer me lo doy yo con pocos. Hermosa va a estar la reunión el lunes, y a ella me dispone muy gratamente la nobleza y espontaneidad que vi anteanoche en el Cuerpo de Consejo, y esa franca y magnífica pureza que hace singular y venerable el patriotismo de Vd. Hasta el lunes, pues.

Su

J. MARTÍ

DE *PATRIA*, NUEVA YORK

1 DE ABRIL DE 1893

- 1. LOS EMIGRADOS, LAS EXPEDICIONES Y LA REVOLUCIÓN**
- 2. PERSONA, Y PATRIA**
- 3. EL DÍA DE LA PATRIA**

LOS EMIGRADOS, LAS EXPEDICIONES Y LA REVOLUCIÓN

EL ALZAMIENTO SUPUESTO DE MARZO

El Partido Revolucionario, creado para salvar a Cuba de los peligros de la revolución desordenada, no puede contribuir, por el óbolo insuficiente de una expedición mezquina y pedantesca, al desorden que tiene el deber de evitar.

El Partido Revolucionario, compuesto por el examen previo y voto libre de los emigrados independientes, aborrece de raíz el concepto pueril y peligroso, y en Cuba de realidad imposible, de las revoluciones personales, de las guerras importadas a un país crítico y rebelde por un fanático ensoberbecido que no consulta ni respeta a su país.

El Partido Revolucionario ha explicado minuciosamente a quienes debe, y a todos a quienes lo debe, dentro y fuera de Cuba, su constitución republicana en el exterior, con el voto por base, y un delegado responsable de su gestión vigilada y corta a los electores; la obra unida y continua, sin un solo obstáculo ni reparo, de todas las emigraciones; su trabajo de tiempo y conjunto, en acuerdo constante y fraternal con el espíritu del país y su representación real, útil y activa; su plan de componer afuera, con verdad y equidad, todos los recursos, y no menos de todos, con que la emigración puede concurrir, a la hora acordada y jamás antes, a la guerra que de las voluntades juntas y ordenadas compone, aun inconscientemente, la isla.

Ha explicado sobre todo el Partido Revolucionario a Cuba—con el vigor de lo que ha de quedar, en la historia, y no se puede honradamente desmentir—la condenación expresa, por parte de los emigrados, de las correrías de carácter personal, sea el invasor evangelista irreflexivo, o

principiante vano, o capitán famoso;—del pensamiento temerario y estéril de precipitar a la isla, por un desembarco intruso y violento, a una guerra que el país no desee, que no haya acordado con él, y no arranque con toda la unidad y fuerza necesaria para su triunfo;—del crimen de aprovechar para la gloria privada de un solo hijo de Cuba el desorden revolucionario que todo cubano que no pueda negarlo a sus ojos debe, con cuanto tenga de hombre, y por su fuerza y métodos propios, componer y dirigir.

El Partido Revolucionario ha dicho en Cuba, por cuantos modos lo pudo decir, que existe para allegar los recursos de guerra y política indispensables a la rebelión que muchos anhelan, que pocos dejan de presentir, y que todos confirman, quien con el descontento rebosante, quien con su desesperanza mísera, quien con su fortuna viciosa, quien reconociéndola al negarla;—para preparar la guerra de manera que entren en ella los cubanos todos y las comarcas todas, y se eviten desde la raíz los pujos de redención personal, la lentitud de una organización de paz, la imitación de métodos extranjeros, complicados o primitivos, y los recelos de regiones o de regionarios que esterilizaron y perdieron la guerra pasada;—para impedir el aprovechamiento delincuente del espíritu de guerra, producto y propiedad de los cubanos todos, por un cubano solo, terco, ofuscado o atrevido ladrón, que creara en Cuba un estado de trastorno y muerte, sin pedir venia a los que van a morir.

El Partido Revolucionario ha publicado en Cuba, por su prensa y emisarios, su deber y determinación de no llevar a la isla una guerra culpable, ni un plan incompleto, ni una invasión inapetecida, ni expediciones caprichosas e insuficientes. No se ve como el azuzador de su pueblo, ávido de lanzarlo a una lucha ciega; sino como el ejecutante honrado de un programa de bases públicas y fijas, contra las cuales no se ha alzado voz cubana alguna, de bases en ningún acto ostensible o íntimo de conjunto o detalle traicionadas o desobedecidas, que prohíbe “precipitar inconsideradamente la guerra en Cuba”, “lanzar al país a un movimiento mal dispuesto y discordante”, “llevar a Cuba una agrupación victoriosa que considere la isla como su presa y dominio”. Ni reconoce, ni reconocerá, el Partido Revolucionario bandos, ni castas, ni exclusiones entre los cubanos que habitan en Cuba, donde el disimulo más engañoso es impuesto a veces a almas puras y viriles por el riesgo de la prisión y de la muerte, mal oculto bajo la cubierta de los ridículos derechos que hasta ahora han servido a España astuta para distraer, y ver de dividir, a los cubanos y dar pretexto de conformidad y patriotismo

cómodo a los tímidos que prefieren la agonía irremediable de Cuba en los vicios de España a la tentativa racional de su renacimiento con la virtud y vicios propios,—a los egoístas que ven en calma el régimen de iniquidad y desastre en que pueden gozar, sin cuenta alguna con el honor, de los beneficios materiales de la fortuna,—y a los pocos que de la guerra creadora, de la única época de realidad y unificación de Cuba, salieron cansados, o heridos en su vanidad, o arrepentidos... ¿aunque dónde, que no se los ve, están esos cansados y arrepentidos?

El Partido Revolucionario, cuya misión previa y transitoria cesa el día en que ponga en Cuba su parte de la guerra que haya acordado con la isla, ni tiene cabeceras que levantar, ni jefes viejos o nuevos que poner sobre los del país, ni pretensiones que serían de un aliento arrolladas por el derecho anterior de la primera república, y el derecho nuevo y supremo del país. No andan sus funcionarios, que sólo como funcionarios se miran, arrebatándose una gloria que sólo pertenecería, de todos modos, al pueblo virtuoso que diera ocasión para ella; ni pierden el tiempo, preciosísimo para la patria, en picarse la vanidad, en ponerse unos sobre otros, en murmurarse o negarse los méritos, en llevarse el honor del primer desembarco, en prepararse autoridades futuras. Son hombres los funcionarios del Partido de la Revolución, hombres dispuestos a morir por los cubanos que los temen, y los necios que afectan desdeñarlos y a deponerse ante las realidades humanas, ante el poder decisivo del interés, la vanidad, y el largo influjo del lugar y del tiempo. Son los padres de ayer, que vuelven: y sus hijos. Son los encargados de evitar, en vez de permitir o hacer por sí, los desembarcos pueriles y prematuros de héroes inexpertos, las acometidas flojas y parciales que sólo pueden aprovechar al gobierno que las desea y fomenta, las expediciones mezquinas y alardeadas de Key West, o de otra parte, bajo el mando de un hombre que por la prueba de su historia, por lo filial de su pasión al país, y por los hábitos mismos de conjunto y cautela de su mente, no podrá nunca caer, ante su conciencia y la historia, en el delito de usar los elementos allegados con la doctrina de la revolución total y bastante, en la empresa de niñez y traición que sería el vaciar sobre Cuba, en un rincón ahogado, una jícara del ejército que no ha perdido aún uno solo de sus gloriosos capitanes. ¡En verdad que semejante idea sólo puede ocurrir a un criado español, a un cubano ciego, o a quien aborrezca la revolución de Cuba!

Ni el 20 de Marzo estuvo para estallar en Cuba rebelión alguna; ni ha habido recientemente entre los cubanos de la isla y el Partido Revo-

lucionario trato alguno para fomentar o permitir un movimiento armado que comprometiese por su ligereza y pequeñez el éxito incontrastable de la guerra que se va ordenando en los espíritus, y nada podría estorbar o debilitar sino la precipitación, conveniente sólo a nuestros enemigos; —ni estuvo, ni está para salir, de Key West o de otra parte, expedición al mando del Delegado del Partido Revolucionario. Los agentes de España propalen esas villanías y miedos. Los cubanos, niéguelo. Porque, —aun cuando por la pobreza de la sangre, o el raciocinio insuficiente, o el desafecto señorial a la justicia, o el hábito de la domesticidad, o el desconocimiento del alma cauta y rebelde del país, desame algún cubano la revolución,—debe, si es honrado y bueno, regocijarse de que el ordenamiento de la guerra, que es por lo menos una de las consecuencias probables de la agonía de Cuba, esté a cargo de un Partido de sufragio individual y guía responsable, que aborrece la discordia entre los cubanos; que sólo reconoce y recuerda sus virtudes; que tiene por cubano a todo morador respetuoso y útil de Cuba, aunque sea de nacimiento español; que conoce y evita los peligros de desorden, personalismo, localidad, indecisión y demora de la guerra primera; que entiende y mantiene que la guerra en la isla es asunto de jurisdicción de los cubanos de la isla, con quienes debe tratarla y completarla, y de la competencia de los cubanos todos, a quienes convida y solicita; que jamás pondrá a Cuba en riesgo innecesario de una guerra impotente, de mera destrucción y alarma, con la fruslería de una expedición incapaz de levantar en la isla el crédito y fé que darán el poder del triunfo a la revolución; que tiene ante la conciencia y la historia el compromiso de “no precipitar inconsideradamente la guerra en Cuba”, “ni lanzar al país a un movimiento mal dispuesto y discorde”, sino “fundar con los esfuerzos reunidos de todos los hombres de buena voluntad, por una guerra generosa y breve, de espíritu y métodos republicanos, un pueblo nuevo y de sincera democracia, y asegurar, por el orden del trabajo real y el equilibrio de las fuerzas sociales, la felicidad de los habitantes de la isla”.

¡Y el Delegado del Partido Revolucionario, de un Partido que públicamente cuenta entre sus cabezas a los jefes ilustres de la guerra. sairá a hurtadillas en una cáscara de pino de las luces de Key West. para echar a la mar, muerta por la mano elegida para su prestigio, la idea revolucionaria!

El gobierno español, necesitado de dar a la guerra que crece el aire de espasmo y locura con que quisieran desvirtuarla sus enemigos. puede, por sus ventajas obvias, fomentar semejante juicio del Partido preci-

samente creado para librar a la guerra de los desórdenes de la escasa preparación, del desdén a la isla y de la intentona personal. Pero los cubanos, como un estratégico famoso, saben que no se ha de hacer nada de lo que desea que hagamos nuestro enemigo. A España le está bien poner de imbéciles a los que se preparan, con orden desusado, a llevar el fuego de su sangre y el peso de su moderación a la guerra espontánea del país. Los cubanos que por preocupación, o error mental, o por reversión terca de la memoria a yerros viejos, o por alarma inmotivada del patriotismo experto, o por olvido caprichoso de las declaraciones del Partido en sus bases públicas, jamás por ningún acto o palabra contrariados, hubieran, si tal puede ser, creído esta patraña española, münden el pensamiento, respeten lo que a respeto es acreedor y amen a los cubanos vigilantes que no quieren ponerse a Cuba de pedestal de una gloria vil,—sino salvarla.

2

PERSONA, Y PATRIA

A los cubanos de afuera; a los que han visto nacer y asegurarse por la unión de propósito y métodos de las emigraciones individuales un partido revolucionario que concilia la acción política más libre y la ejecución rápida y callada de los asuntos de la guerra; a los que con entusiasmo y cariño de hermanos ejercen continuamente el derecho de su idea y voto en el partido de sufragio a que pertenecen, y cuya cabeza visible el partido pone y quita, y ajusta sus hechos a los dogmas que se le señalan; a los que ven emplearse a sus ojos la autoridad que viene de ellos, y ellos pueden negar cuando no se emplee bien,—no habría que explicar que el Partido Revolucionario Cubano es la unión de pensamiento y voluntad de todas las organizaciones cubanas y puertorriqueñas del destierro, y que el representante electo por ellas, después del examen y voto personal de cada uno de sus miembros, no es la cabeza imperante e inamovible de cuyo capricho o alucinación depende el sacudimiento y llamada a muerte del país en que nació; sino un comisionado de su pueblo, con los deberes y las restricciones que a su pueblo le plugo fijar, para hacer, conforme a un plan que lo obliga a “fomentar relaciones sinceras entre los factores históricos y políticos de dentro y fuera de la isla”, lo que cumple, y nada más que lo que cumple, en la libertad de que gozan, a los cubanos emigrados. Ahora mismo va a ejercer su voto

anual el Partido Revolucionario, a elegir a los que deben representarlo; y el que es Delegado hoy de los cubanos emigrados, puede dejar de serlo mañana. El poder de la idea, ordenada y activa, que va hoy con él, mañana, sin más que un cambio de urnas, puede ir con otro. La grandeza es ésta del Partido Revolucionario: que para fundar una república, ha empezado con la república. Su fuerza es ésta: que en la obra de todos, da derecho a todos. Es una idea lo que hay que llevar a Cuba: no una persona. No es Martí el que va a desembarcar: es la unión magnífica de las emigraciones, juntas en la libertad local, para mantener el espíritu justo y los medios bastantes de la independencia del país consultado y querido: es el abrazo, grande como de las entrañas, de los revolucionarios de espada y de libro, de caballo y de bufete, de cárcel y de pelea, que el gobierno español y los errores de la guerra y el apartamiento del campo y el destierro mantenían como hostiles o desamorados: es la resolución previa, sí, la resolución previa de muchos problemas, de forma más que de realidad, que ofuscaron y perturbaron innecesariamente la guerra pasada; es el cariño y acuerdo indispensables entre los cubanos de afuera, que llevarán su parte de acción, y los de Cuba, que ordenan la otra; es el reconocimiento cordial, en la vida política, de los méritos y derechos de todos los cubanos, sin más grados ni diferencias que los de su virtud, y los de su utilidad para la patria; es la guerra total y sensata, con pensamiento, corazón y tesoro bastantes para asegurarle la probabilidad racional de la victoria. No es Martí quien va a embarcarse: es eso lo que se embarcó y ha llegado ya a Cuba. ¡Barrimos la Persona! ¡Servimos a la Patria!

Acá afuera, sabemos bien todo eso. Sabemos que el poder está en todos; que hemos dado a un representante activo su representación, pero que nos quedamos con su sustancia; que el representante va y viene por donde lo vemos, y le oímos y le preguntamos, y no goza de más autoridad que la que le quisimos dar, y la que cada uno de nosotros puede proponer que se le merme o se le quite; que estamos en una obra humana de cariño, de libertad y de razón. Para zares, no es nuestra sangre. Otras repúblicas nacieron hace setenta y cinco años: nosotros, ahora. Lo que ha pasado en otras repúblicas, no pasará en la nuestra. Tenemos la médula de la república, criada en la guerra y en el destierro; y los hábitos y el recelo saludable del gobierno republicano. El cubano, indómito a veces por lujo de rebeldía, es tan áspero al despotismo como cortés con la razón. El cubano es independiente, moderado y altivo. Es su dueño. y no quiere dueños. Quien pretenda ensillarlo, será sacudido.

Otros pueblos de América están al caer, porque quedó la libertad entre los poderosos que no la amaban, o la entendían sólo para su casta superior; porque la masa pública no conocía la libertad, ni la sabía defender, ni entendía los medios de propagarla y mantenerla; porque la mayoría nacional, que es la que asegura la libertad, entendió sólo de ella el espíritu de independencia contra el extranjero, que ha bastado para salvarla, una vez y otra, de la traición de los letrados y de los déspotas. Pero en nosotros hay masa pública, que conoce y adora la libertad, que la habla y escribe, que la razona y la acomoda a lo verdadero, que la defenderá con las uñas y con los dientes; ¡allí estaremos todos, defendiéndola! ¡No hay placer como el de defenderla!: el cubano, antes que la libertad, se arranca la vida.

¿Quién olvida aquellos caminos sublimes y dolorosos, donde dieron tantos las entrañas por ser libres? Y allá en Cuba, ¿se verá al cubano como aquí, asociándose para crecer, defendiendo de la muerte la casa, enseñando de noche después de trabajar de día, creando desde el taburete del obrero una religión nueva de amor activo entre los hombres, el sábado en la logia, el domingo en su presidencia o en su tesorería, la noche entre el periódico y el libro? Hay indiferentes que son hombres a medias, y aquellos que condenaba el Dante al infierno, como los peores enemigos de la república; hay egoístas, que es otro modo de decir infelices; hay viciosos, porque la sociedad es como el cuerpo humano, que también tiene llagas; pero dígame déspota ¡y no hay más que un corazón entre todos los cubanos! Y en Cuba es lo mismo que aquí: ¿pero cómo podrá el crucificado bajar de la cruz? Eso es lo que hacemos los cubanos de afuera: esclavar al crucificado: él ama la libertad lo mismo que nosotros: él ascenderá a ella desde sus vicios, como acá afuera hemos ascendido nosotros. Quien no lo sabe, es que no ve; o ve el polvo de las calles, y no ve las almas. Es como el aire la libertad para nosotros. El Partido Revolucionario vive y triunfa, porque es la libertad. Si aplaudimos a un héroe, la pasión por la libertad es lo que le aplaudimos. Si perdonamos un pecado, es porque el pecador sangró por la libertad. Si amamos a un hombre, es por lo que un soldado le dijo al preguntón celoso del cariño de la tropa a Dugonier: "porque él nos ama". Delegamos nuestra autoridad, porque no la podemos ejercer todos a la vez; pero la autoridad es nuestra y hemos gustado de ella ya, y de su ventaja y justicia, y no nos desprenderemos de ella. Lo que sucedió en las emigraciones, no volverá a suceder. La guerra no irá por un lado, y las emigraciones por otro. La emigración es una masa de

hombres, y el Delegado es un emigrado como los demás, que hace lo que se le ha mandado hacer. Si se le quisiera, sería por lo de Dugonniér, "¡porque nos quiere!" Pero ¿qué piensa de nosotros, y por qué nos ofende, quien cree que le llevamos a nuestra patria un mensaje, y obramos conforme a otro? ¿Qué alma de traidor es la que nos tiene por traidores? ¿Quién, ciego e ignorante, que no lee nuestros papeles y nuestros pechos, osa decir que esta junta gloriosa de todos los cubanos, tenga o no a Martí por Delegado, tuviera o no a Martí por proponente, no es más que la empresa vieja con el mote nuevo, y el barco infeliz con un poco de blanco humano para el fusil español, y una página más sangrienta e inútil, y una ridícula y nunca soñada invasión militar desde Key West, con Martí a la cabeza? ¿Cuánto paga por esos servicios la policía? ¿Por qué caen los hermanos en esa red? ¡Conócannos desde allá, y ámennos como desde acá los amamos y los conocemos! Aquí el hombre no tiene nada que hacer. Hoy es uno y mañana es otro. La Persona hemos puesto de lado: ¡bendita sea la Patria!

Y eso es lo que en Cuba saben los que deben saberlo, y lo que acá decimos a Cuba entera, por más que el fracaso total de la alarma perniciosa, sólo al gobierno de España conveniente, demuestra en el elemento mismo revolucionario de la isla, más expuesto al arrebato por su valor y preparación, la cordura y legítima desconfianza que han de salvar la guerra de los peligros, inexcusables en esta época decisiva, de un alzamiento parcial y desmadrado: al país no nos lo pueden sorprender, porque de allá nos adivinan de seguro, como desde acá lo adivinamos. Al país no se le hará ir por noticias de corrillos o incidentes falseados por la exageración y la impaciencia, a la guerra que por sus vías naturales y confirmadas no decidan los que, con el derecho que da el desafío voluntario a la ruina y la muerte, han de decidirlo. La guerra que prevé y ayuda el Partido Revolucionario Cubano es la guerra de todos, y tiene afuera quien habla; y lo que no sea guerra de todos, y de seguro lleve la voz que ha de llevar, o no es verdad, o es la guerra de rincón, fácil de desacreditar y acorralar, que el gobierno español fomenta y procura, para que aborte en ella la guerra grande y unánime. Al gobierno español sólo interesa y conviene, empequeñecer a los ojos de los cubanos la obra de la ordenación segura y total de las fuerzas de adentro y afuera de la revolución, que lleva inflexible y victoriosamente adelantada el Partido Revolucionario. Al gobierno español sólo conviene y urge hacer creer que este Martí de quien se habla no es lo que es, el representante electo por el voto de todas las emigraciones organizadas para ordenar de acuerdo

con la isla la guerra en que le asiste, según declaración política, el consejo y pericia de los jefes ilustres de la guerra de diez años; sino un caballero megalómano, una cabeza hinchada, un figurín atrevido, un héroe mínimo que se ha hallado afuera un rebaño de cubanos, y quiere, a modo de libertador providencial, caer de entrometido sobre su país que lo desconoce, y molestarle la tranquilidad a las majestades de la isla. Y si eso fuera, si hubiese cubano que por apetito de gloria o exageración de su derecho individual faltase con una intentona descabezada al respeto que debe al derecho de los demás cubanos, de cierto merecería la execración de su pueblo, o por lo menos el abandono y la censura. Pero ese Martí de quien se habla ha consagrado precisamente su vida, y hoy continúa consagrándola por el encargo expreso de todas las organizaciones de la emigración, a impedir que se trastorne a Cuba sin fuerza ni fundamento con expediciones personales, temibles e infructíferas; a preparar, por el respeto a la virtud, el olvido de las ofensas, y el reconocimiento del mérito, la acción unida y pujante de los cubanos de la isla y los del extranjero, con los recursos plenos y ancho corazón indispensables para intentar con éxito la independencia de la patria. Ese expedicionario de Key West, caído en Cuba al acaso como un providencial de baratillo, es una caricatura vil. La idea de la persona redentora es de otro mundo y edades, no de un pueblo crítico y complejo, que no se lanzará de nuevo al sacrificio sino por los métodos y con la fuerza que le den la probabilidad racional de conquistar los derechos de su persona, que le faltan con el extranjero, y el orden y firmeza de su bienestar, imposibles en la confusión y rebeldía que habrían de seguir, en un pueblo de alma moderna, al triunfo de una guerra personal, más funesta a la patria mientras más gloriosa. Mientras el interés español propala, y los cubanos engañados aceptan, esas torcidas pinturas de la obra impasible y triunfante que está llevando a cabo la emigración, mientras se ofende a los cubanos del destierro suponiéndoles capaces de echar sobre su patria en agonía un ensayo mezquino de revuelta, mientras se presenta al Delegado de los cubanos del destierro para ordenar la guerra suficiente y fuerte, como un cabecilla de rincón que prescinde de la isla, cuando la verdad es que los cubanos del destierro sólo prescinden de los malvados y de los inútiles,—las emigraciones, de acuerdo con la isla, sin envanecerse con la lisonja ni apresurarse con la pasión, ordenan con la unión de todos los elementos vivos y honrados de la revolución, la guerra fuerte y generosa para la independencia de la isla: ¡aborrecen la Persona, y adoran la Patria!

EL DÍA DE LA PATRIA

De paso sólo puede *Patria* tomar nota hoy del fervor con que, ayer en Martí City, la linda ciudad nueva de Ocala, hoy en el Cayo, han confirmado los cubanos esta institución continua y sencilla ¡suficiente, ella sola, para redimir a nuestro país! España en Cuba es un muñeco de fango; algunos se sientan a la mesa con él, y le beben el vino, y lo saludan al pasar, y lo apuntalan con el acatamiento indirecto a su soberanía: otros, que son los más, están ordenándose en silencio. ¡Es triste, el fango a la mesa, y los cubanos alrededor! De afuera, y de adentro, lo echaremos abajo. ¡A la obra, todos a la vez, y tendremos casa limpia! ¡A la obra, todos de una vez, y nos repartiremos en paz lo que hoy se llevan los pícaros, y las necesidades del despotismo que nos gobierna! ¡A la obra, una vez cada mes, y en poco tiempo estaremos arreglando nuestra propia casa!

Ayer, en Martí City, cuando llegó un viajero amigo, aunque el trabajo había sido pobre, aunque todos están pagando por semana el hogar en que viven, no hallaron mejor manera de celebrar la visita, que dedicar a la patria el día entero de trabajo. En el Cayo, pocos días hace, los escogedores de la casa de Gato, repitieron en un documento público su compromiso, el menor compromiso que puede contraer un cubano que ve a su país esclavo en esperanza y oportunidad de salvación, el de dar un día íntegro de trabajo al mes a la Patria, a la raíz única y fuerza única de la vida, y darlo alegremente.

Y ahora, en el Cayo mismo, han celebrado el día con una fiesta espontánea y hermosa. Un Club valiente y ya histórico, promovió la fiesta—el Club *Santiago de las Vegas*—todo de hombres;—pero el Cayo todo fue aquella noche un club. Hasta el Norte llega el esplendor de la noche hermosa. Unos pocos se meterán en su rincón, a maldecir de la virtud ajena. a ver que otros le preparan, con el trabajo de sus manos y la privación de su familia, la libertad de que el desvergonzado perezoso querrá ir a gozar luego. Pero éstos son pocos: ¡el cielo es azul, y los nubarrones son pocos! A vuela pluma, ya al cerrarse *Patria*, hay que decir la mucha hermosura de la fiesta. Trae *El Yara* una crónica vibrante de Francisco José Díaz. “La velada fue espléndida”: “el recinto se llenó completamente”: abrió, de presidente, el puro Salinas: habló, con la

autoridad de su vida, el editor del diario de la revolución, José Dolores Poyo: María Padrón, alma ardiente de Cuba, “avasalló al auditorio”: “largo rato—del aplauso continuo—estuvo Martín Herrera en la tribuna antes de poder hablar” “de toda la grandeza de la obra que lleva a cabo la emigración”: Fernando Figueredo, “que ha peleado diez años por su país”, y todos los días de cada mes en los diez años ¿cómo no ha de encontrar natural que los cubanos que no pueden pelear den a la patria, por unos cuantos meses de su vida, un día de trabajo al mes? Y hubo teatro, de pieza limpia y bien representada: hubo versos conmovedores de una niña, de Melitina Azpeitia: hubo orquesta y alegoría, donadas por el entusiasmo.

¡A la obra, todos a la vez, un día cada mes, a echar abajo el muñeco de fango!

DE *PATRIA*, NUEVA YORK

10 DE ABRIL DE 1893

1. ¿CONQUE CONSEJOS, Y PROMESAS DE AUTONOMÍA?
2. CASAS NUEVAS

¿CONQUE CONSEJOS, Y PROMESAS DE AUTONOMÍA?

Los que van a las hojas desde la raíz, y buscan el remedio de los males públicos en la extracción de sus causas, no en el mero cambio de sus nombres; los que creerían delincuente provocar o fomentar una guerra en Cuba, si hubiera el menor acomodo posible entre los intereses opuestos, los diversos estados de cultura, el distinto tipo personal, las necesidades hostiles de España y de la isla, y sus irreconciliables tendencias históricas; los que no procuran, en la cosa pública cubana, pretextos con que esquivar su obligación viril, sino un estado nuevo y permanente de libertad franca y pacífica y de finalidad y trabajo; los que conocen, de mucho ver y de mucho leer, los ardides con que un gobierno astuto puede ir sofocando, con formas de libertad que van en promesa de formas mayores, el sentimiento de emancipación de un pueblo temeroso de que el orden y fuerza de su levantamiento armado no correspondan al deseo secreto y notorio de su corazón; los que de antemano han contado, en el cálculo de su política, con los entremeses de falsa esperanza que España, mediante buena, ha de ensayar en Cuba para ir demorando su hora mortal,—esos ven como un simple entremés, sin influjo ni mudanza alguna en la verdad del país, el establecimiento del consejo administrativo que, de puro miedo a la actividad de los revolucionarios, promete a Cuba el mismo gobierno que la acaba de burlar con la reforma fraudulenta y ofensiva de la ley de elecciones. Y queda dicho que los revolucionarios hemos contado con esos entremeses,—y que sabremos aprovecharnos de ellos.

Pero pudiera, entre los cubanos inquietos o inexpertos, prender el temor, hábilmente azuzado por las agencias españolas, de que este anuncio de los consejos, y la institución nueva que pudiese seguirlo, desvanezcan

la oposición irreductible de los intereses de España y Cuba; la constitución viciosa, e incorregible en un plazo cercano, del pueblo español, que lo fuerza a emplear su sobrante perturbador y famélico en las colonias de cuyas gabelas viven sus próceres, así como de su comercio se alimentan sus únicas ciudades vivas; y la necesidad de España de mantener en Cuba, con un disimulo u otro, el ejército de ocupación que, ya roído de las costuras, sujeta aún, por nuestro consentimiento más que por su poder, la savia renovada de la revolución. ¿Y qué ha de desvanecer un consejo cualquiera, ni la misma risible legislatura que España pudiese conceder a la colonia de perpetua mayoría gubernamental, el conflicto—que nosotros de fuera siempre agravaremos— entre la aspiración cubana, sofocada en todo lo verdadero de la vida, y la política de España en Cuba, que no puede ser más, sean cualesquiera sus colorines, que la consecuencia de la constitución colonial y despótica de España, a pesar de sus alfileres de política moderna, y el medio de satisfacer en Cuba las necesidades que no tiene cómo suprimir, ni cómo atender en la Península! Lo demás es juego y máscara; y todos los que fomentasen esa fe serían cómicos y enmascarados. Traigan y lleven leyes, y llévenles la cola los crédulos de oficio: nosotros, hora a hora, vemos adelantar nuestro reloj revolucionario.

¿Y cuándo, sino cuando está la revolución a puerta; cuándo, sino por la virtud y poder de los partidarios de la revolución; cuándo, sino por la necesidad apremiante de quitar vigor a la idea de guerra en la isla, que las emigraciones impulsan y apremian; cuándo, sino por esta espuela que llevamos los emigrados al talón; cuándo, sino por el miedo que inspira al gobierno nuestra ordenación revolucionaria—obtendría Cuba, de la metrópoli que aun después de diez años de guerra se burla de ella, esas migajas de apariencia con que da a los tímidos pretexto para acatar, y con los que ya no puede engañar a la isla escarmentada? ¿Quién no ve la transparente astucia? ¿Quién no sabe que el Partido Revolucionario sería hoy, como siempre lo fue, el autor único de cuantas ventajas, para quitarle la fuerza del descontento de la isla, otorgase España a Cuba? No deja de haber revolucionario melancólico que piense con tristeza en esa misión, en apariencia desairada, de las emigraciones, condenadas, según algún perito superficial, a ganar con el martirio y el esfuerzo de los cubanos independientes las batallas de los cubanos parciales e indecisos, que no tienen la energía ni la capacidad de la independencia. Pero se engañarían los cubanos parciales e indecisos, y el perito superficial. Aunque no fuese más que como acicate de las

reformas que España pudiese otorgar a Cuba, improbables sin la amenaza de la guerra, sería factor decisivo en las cosas de Cuba, y el factor real primero, el Partido Revolucionario. Como su izquierda indispensable, y como su médula y respaldo, debería levantar afuera el partido de la reforma española en Cuba, de ala y de espuela, la amenaza patente de la revolución. Pero no es esa función de sacacastañas la que tienen en mientes los ordenadores del alzamiento ineludible de Cuba; sino la de allegar los elementos del triunfo rápido y generoso, para cuando la isla, totalmente convencida ya de la incapacidad de los remiendos españoles, se alce en su sangre nueva, y barra los titeres. Todo eso es entretenimiento y fantasmagoría, miga para recién nacidos y Málaga para chochos: parche y espanto es todo eso. Y nosotros somos acá los autores conscientes de esas reformas vacías, cuya aplicación, que nuestra actividad revolucionaria precipita de intento, quita las últimas esperanzas infundadas, los últimos obstáculos a la revolución. El gobierno español, pues, está sacando las castañas a los revolucionarios. Vengan reformas nulas, como la de las elecciones; desacreditense, como la ley de elecciones; limpien el camino a la revolución. Vayan y vengán máscaras. El Partido Revolucionario, cada día más cordial y vigoroso, continúa, con conciencia de su necesidad, preparando la guerra inevitable.

2

CASAS NUEVAS

“LA CUBANA CITY”, EN THOMASVILLE
EN GAINESVILLE, OTRA COLONIA

Como abriéndole casa al tiempo nuevo; como preparando el hogar a los que ya salen de Cuba, con la espuela del hambre o el peligro o el oprobio, buscando refugio durante la ventisca; como intuitiva obediencia a la política de la amistad y del trabajo entre Cuba y el Norte, que reemplazará al sueño caduco y rudimentario de la anexión, criado en buena fe por nuestros padres impacientes en la época idílica y desvanecida de la república norteamericana; como justo reconocimiento de la cultura y hombría del obrero cubano, que, desde el faldón de la chupa de su señor abuelo niega, con dientes verdes, el criollo parcial e incapaz que no ha querido ver de cerca el crecimiento y la virtud; como morada

propia del cubano obrero, amigo por naturaleza y desarrollo de la elegancia y de la libertad,—surge en Thomasville, en el Estado de Georgia, una ciudad nueva de familias de Cuba: “La Cubana City”. Y en Gainesville poco menos, donde “no dejan ir al cubano que llega”; lo que es de justicia, porque el cubano no va de pordiosero ni de codicioso, comiéndose la tierra con un ferrocarril, ni vendiendo a peso los gemelos de a centavo, sino que ha ensanchado y favorecido las tierras todas, trigüeñas o yanquis, que le dieron hospitalidad. Y ensancha y favorece.

Muchos hablan de esto sin saber, y desconfían de Cuba, porque desconfían de sí propios. El estudio excesivo de nuestras cuitas y ambiciones, sobre todo cuando éstas son frustradas, lleva al desconocimiento y negación de la aptitud ajena para la dicha y la prosperidad. El cubano, en verdad, más que para solicitar, está para solicitado. Esto hace Ocala, que les levanta a Martí City: esto Thomasville, con “La Cubana” de ahora; esto Gainesville, que disputa a su rival nuestros colonos. Florida y Georgia hacen esto, después de ver al cubano en el hogar y en el taller durante veinticinco años de destierro. Quien trabaja, adivina y ama al trabajador.

Por supuesto, que no hay razón de pena, como a primera vista aparece, en ver levantar tanta casa criolla en el país ajeno con que hemos de seguir después de la libertad en amistosa y preferente relación. Este es ensayo; y de la nulidad que éramos, y de los vicios e incapacidad de un pueblo criado a lomo de hombre, volveremos ya diestros en el arte de poblar, de crear por la asociación, de levantar entre todos, y para todos, lo que sólo vale por el esfuerzo de todos, de sembrar de ciudades sanas y alegres aquella maravilla de nuestro jardín. Acá, en New York, el cubano anda acogotado en su gabán, y pálido y murmurón, porque no halla cara que no sea pared, y la ciudad lo echa u olvida, y el clima lo azota; allá, en la Florida nueva, trabaja de obrero en la mesa y en su ciudad de explorador: echa pinos abajo: se guía a oscuras por la calle reciente; lee a prima noche, rodeado de la mujer y los hijos, en el silencio grande y puro de la naturaleza que acaba de despertar a manos del hombre. No se hinca el diente en la luz. El que dude de esto, vaya a verlo: o el que dude de sí. El cubano no duda de su pueblo por maldad, sino por ignorancia. Volverá a Cuba un pueblo de creadores. Por eso no se ha de ver con pena el nacimiento de un pueblo nuevo de cubanos; porque aprieten la amistad independiente y viril entre el cubano y el Norte, necesaria para el honor y la paz de ambos pueblos; porque en ellas

se habitúa el cubano a las artes de producir y administrar que le veda España a Cuba, y sin las cuales podría ser infructuosa o muy turbada su independencia política; y porque, con el crédito de los desterrados, se limpia la casa para los que, en la hora próxima e inevitable del sacrificio fecundo, huyan a buscar en tierra agradecida, como la floridana, el hogar semejante y económico que hará más llevadero y útil el destierro.

En la “Cubana City” todo es esperanza y vida. “Este industrioso suburbio—dice un diario de allá—presenta una animadísima apariencia. Resuena el hacha del leñador; de todas partes se oye silbar la sierra; caen los árboles grandes; todo da fe de la energía y verdad de aquellos fundadores. Gribben tiene el contrato de una fábrica de ladrillo, y el de cien casas de madera lo tiene Coulter. Y Coulter hará otra fábrica. Y hablan de otra más. Ya están poniendo los durmientes, y pronto va a correr la línea eléctrica. El taller de los Pino anda aún ambulante; tendrá enseguida casa suya; y el de ese otro meritísimo paisano Ramón Govantes. De la Habana, donde ha empezado ya la fuga, salió ayer para Martí City la fábrica numerosa de Morales, y para “La Cubana” anuncian cuatro más. Lluvias y vientos recibieron a nuestros colonos, como aviso de que no tienen derecho pleno a la ventura de la libertad ajena los que no han hecho cuanto pueden hacer por la propia; pero de los cubanos de Thomasville no se ha de decir esto porque al recibir de un diario generoso de la ciudad una columna libre para las cosas nuestras, al escribir su primera frase en la ciudad nueva ese cubano de oro, ese levantado Balleño, he aquí lo que escribe:

“Venimos a fundar en Thomasville una nueva colonia de emigrados cubanos y, al plantar nuestras tiendas sobre las bellas colinas de Georgia, nuestro primer pensamiento ha de ser para la patria irredenta y amada que espera de todos sus hijos el cumplimiento del deber sagrado de redimirla. Aquí sin tener que ceder a la presión de nada ni de nadie, ni aun a la presión de la opinión pública, sin más presión que la que ejerce sobre la conciencia el sentimiento del deber y de la dignidad, hemos de poner manos a la obra redentora que está encomendada a todos, hemos de organizarnos en club patriótico, afiliarnos al Partido Revolucionario Cubano y estar pronti a todos los llamamientos del deber. No queremos ruborizarnos ante nosotros mismos pensando que, mientras todos nuestros hermanos del destierro se imponen un sacrificio, nosotros lo eludimos escudados con el aislamiento y la distancia, co-

mo si dejáramos a otros a quienes consideramos de mejor madera que nosotros, el cuidado de hacer para nosotros una patria libre e independiente”.

Así, sin la vergüenza de ver con la calma del egoísmo o la insolencia del vicioso el esfuerzo valiente de los hombres de honor para ordenar y lograr la salvación del país común, del país del vicioso y del egoísta, podrán los fundadores de “La Cubana”, los que mañana irán a sembrar pueblos a Cuba, merecer y conservar, aún por su propio interés, el respeto de los americanos libres que desdeñarían con razón y tratarían con todas las consecuencias del desdén, a los americanos que quisiesen igualarse a ellos en los provechos de la libertad sin saber ser iguales suyos en el entusiasmo y sacrificios necesarios para conquistarla.

DE PATRIA, NUEVA YORK

16 DE ABRIL DE 1893

1. LAS ELECCIONES DEL 10 DE ABRIL
2. “MI RAZA”

LAS ELECCIONES DEL 10 DE ABRIL

Después de un año de trabajos asíduos; después de verse un año entero en la fatiga de juntar y preparar; después de rendirse cuenta minuciosa de sus entradas y de sus gastos; después de ver juntas, sin peligros de extravío, sumas superiores con mucho a las que se han empleado en reunir las; después de conocerse en el detalle íntimo, por los mil modos sutiles de nuestro pueblo crítico y franco,—todas las agrupaciones organizadas de los cubanos en el extranjero, todos los cuerpos cubanos, unidos bajo un plan fijo y conocido para allegar los recursos políticos y pecuniarios de la guerra de independencia de Cuba y Puerto Rico en acuerdo con las islas, se reunieron para elegir, conforme a sus Estatutos, su Delegado y Tesorero responsables, votaron hombre por hombre, y han reelegido por unanimidad al Delegado José Martí y al Tesorero Benjamín Guerra. Los representantes, que en esta consagración ven sin duda el premio y deber mayores de su vida, llevarán su carga noble y servirán a su tierra con cuanta humildad y fervor cabe en horas grandiosas en el alma humana. Ellos no tienen el poder de hacer calzada de la mar, ni oro de la podredumbre, ni república donde no la haya por la naturaleza, ni honor en los que viven contentos sin él, y osan llamarse hombres. Ellos tienen el deber de unir, en el plazo más breve posible, todos los factores de acción que los cubanos y puertorriqueños del destierro puedan allegar para que triunfe sin odio, y con promesas de ventura permanente, la guerra de independencia de Cuba y Puerto Rico. Pudieran otras plumas, más oratorias que reales, celebrar a lo largo, como sería de razón, el terco patriotismo criollo, y la virtud romántica, y como polaca o israelita, del mero sentimiento de independencia del país. Pero eso no es lo que hay que loar en las elecciones del 10 de abril; sino el mentís que con ellas dan los cubanos a quienes, de

su propia casa o de la ajena, los supongan incapaces para el orden y disciplina, para el pensamiento propio, para la política de voto y representación, para la autoridad delegada y responsable, para el acomodo de voluntades diversas en el bien común, para la idea esencial del gobierno por el pueblo de los actos y hacienda del pueblo, sin los que vive ensangrentada o muere entre cenizas la república. Mañana, cuando se viva en la patria palpitante, y se disputen el triunfo la tradición soberbia y la equidad previsora, que es todo lo que tiene que disputar en Cuba; mañana, cuando opongamos a una política recortada de preocupaciones con miras al extranjero, como la de los que en España acataron al rey José y en México llamaron al emperador, la política autóctona y veraz, que está en la explotación inmediata de la riqueza virgen por un pueblo cuyos hijos todos vean seguros sus derechos de hombre; mañana, cuando se tenga ya bajo los pies la realidad del suelo nativo, y hiervan apasionados los intereses y las virtudes, es natural que el cubano, sabedor por la experiencia ajena de que un voto descuidado es un derecho perdido, y la indiferencia en el sufragio la antesala del déspota, vote con la animación y el fuego de quien quiere poner techo firme a la casa nueva de sus hijos: que con la política locuaz, y voto libre y frecuente, no hay guerra que temer, ni tiranía de arriba, ni de abajo, en las democracias. Y entonces podrá ser, y debería ser, obligatorio el voto, porque nadie tiene derecho de poner a la patria en peligro por su desidia. Pero hoy, después de veinticuatro años de prueba; después de haber visto caer en la paz inesperada, aunque no inútil, una guerra de esfuerzo gigante, perdida sólo por falta de preparación y de unidad; después de haber visto con la hoga del ahorcado a tanta cabeza juvenil y tantas barbas canas; después de padecer de la cizaña incesante y hábil con que el gobierno español, por bocas criminales de cubanos, trata de aflojar o dividir las fuerzas libres de la emigración; después de oír inflexible la solicitud angustiosa de la madre anciana y la triste compañera, que cada día le ve en la expatriación menos raíz y dicha al hogar, al padre menos ventura, menos carácter y guía al hijo,—es admirable de veras la emigración que, sin el deber de la ley ni el estímulo de la pasión, sin la práctica del gobierno ni el estudio detenido del problema americano, practica antes de la república, como el único medio de obtenerla, el régimen de examen propio y voto individual que salvará a las nuevas repúblicas de América, a Cuba y Puerto Rico, de los trastornos necesarios que, por la incultura política de la masa, y las distancias inermes y caudillaje personal que en Cuba por naturaleza y carácter

no tenemos, impidieron el asiento de un régimen de educación pública y equilibrio de clases en el voto, en las primeras repúblicas, recién salidas de la casta de los países ineducados de América. Esa fe, ese orden, ese examen directo, esa confianza otorgada después del examen, esa responsabilidad de la representación delegada, esa disciplina voluntaria y unidad de acción, es lo que el cubano ve con regocijo, y el extranjero sorprendido aplaude, en las elecciones del 10 de abril del Partido Revolucionario Cubano. Antes, el mero sentimiento, encendido hasta la ceguera en un alma incapaz de creer en la sumisión perpetua del hombre a la ignominia, sacudía de vez en cuando, con llamarada que revelaba sólo la falta de orden revolucionario del país, la idea latente, y con razón después de la catástrofe asustada, de la independencia del país; y temía Cuba, con justicia, que una gran corazonada, una pechada de ambiciosos o de héroes, no pudiese inspirar en el país la confianza en el pensamiento político y económico de la guerra, y la fe en su ordenación y recursos, sin los cuales son inútiles las palpitaciones más vivas de los pechos generosos. Hoy, la revolución no es la amenaza ciega de un trastorno irresponsable que augura un régimen de exclusión y de supremacías; sino la censura alta y expresa de la guerra sin objeto ni democracia suficientes, sin plan y sin tesoro, sin unidad y sin precaución, y el edicto con que el pueblo cubano proclama que entra en la república, ya al acabarse el primer siglo de nuestra América, con los hábitos de propia conciencia y cultura política que faltaban en las repúblicas de principios del siglo, al nacer, de tribus de indios, sobre un montón de familias ensoberbecidas en territorios de rebeldes distancias.

Sin pasión; sin ira; sin el engaño del sentimiento, tan fatal en su exceso como en su carencia a la buena guía de los negocios políticos; sin el propósito culpable de trastornar el país con una guerra rechazada o desconocida que no se acomode a sus intereses y a su realidad; sin más pensamiento de persona, o terquedad de apóstol, o soberbia de caudillo que los que de antemano se doblegan ante un amor serviente a la patria, sin más afán que el de poner a los habitantes de Cuba, por un gobierno propio y equitativo, en condición de asegurar sus hogares arruinados y emplear sus notables aptitudes; sin más pasión que la de justicia entre los hombres, sin la cual no hay paz, y la de la hermandad entre los hijos de un mismo país, y entre los hombres buenos de todos los países,—los emigrados cubanos fueron a sus urnas el 10 de abril de 1893, con los ojos vueltos a la tierra que adoran, y votaron por el Delegado que ha de continuar uniendo los elementos de la guerra corta,

generosa y fuerte para la independencia de la Isla, y el Tesorero que custodia, como propiedad de los donantes, el caudal que va creciendo, día sobre día.

2

“MI RAZA”

Esa de racista está siendo una palabra confusa, y hay que ponerla en claro. El hombre no tiene ningún derecho especial porque pertenezca a una raza u otra: dígame hombre, y ya se dicen todos los derechos. El negro, por negro, no es inferior ni superior a ningún otro hombre: peca por redundante el blanco que dice: “mi raza”; peca por redundante el negro que dice: “mi raza”. Todo lo que divide a los hombres, todo lo que los especifica, aparta o acorrala, es un pecado contra la humanidad. ¿A qué blanco sensato le ocurre envanecerse de ser blanco, y qué piensan los negros del blanco, que se envanece de serlo, y cree que tiene derechos especiales por serlo? ¿Qué han de pensar los blancos del negro que se envanece de su color? Insistir en las divisiones de raza, en las diferencias de raza, de un pueblo naturalmente dividido, es dificultar la ventura pública, y la individual, que están en el mayor acercamiento de los factores que han de vivir en común. Si se dice que en el negro no hay culpa aborigen, ni virus que lo inhabilite para desenvolver toda su alma de hombre, se dice la verdad, y ha de decirse y demostrarse, porque la injusticia de este mundo es mucha, y la ignorancia de los mismos que pasa por sabiduría, y aún hay quien crea de buena fe al negro incapaz de la inteligencia y corazón del blanco; y si a esa defensa de la naturaleza se la llama racismo, no importa que se le llame así, porque no es más que decoro natural, y voz que clama del pecho del hombre por la paz y la vida del país. Si se alega que la condición de esclavitud no acusa inferioridad en la raza esclava, puesto que los galos blancos, de ojos azules y cabellos de oro, se vendieron como siervos, con la argolla al cuello, en los mercados de Roma; eso es racismo bueno, porque es pura justicia y ayuda a quitar prejuicios al blanco ignorante. Pero ahí acaba el racismo justo, que es el derecho del negro a mantener y probar que su color no lo priva de ninguna de las capacidades y derechos de la especie humana.

El racista blanco, que le cree a su raza derechos superiores, ¿qué derecho tiene para quejarse del racista negro, que le vea también espe-

cialidad a su raza? El racista negro, que ve en la raza un carácter especial, ¿qué derecho tiene para quejarse del racista blanco? El hombre blanco que, por razón de su raza, se cree superior al hombre negro, admite la idea de la raza, y autoriza y provoca al racista negro. El hombre negro que proclama su raza, cuando lo que acaso proclama únicamente en esta forma errónea es la identidad espiritual de todas las razas, autoriza y provoca al racista blanco. La paz pide los derechos comunes de la naturaleza: los derechos diferenciales, contrarios a la naturaleza, son enemigos de la paz. El blanco que se aísla, aísla al negro. El negro que se aísla, provoca a aislarse al blanco.

En Cuba no hay temor alguno a la guerra de razas. Hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro. Cubano es más que blanco, más que mulato, más que negro. En los campos de batalla, muriendo por Cuba, han subido juntas por los aires las almas de los blancos y de los negros. En la vida diaria de defensa, de lealtad, de hermandad, de astucia, al lado de cada blanco, hubo siempre un negro. Los negros, como los blancos, se dividen por sus caracteres, tímidos o valerosos, abnegados o egoístas, en los partidos diversos en que se agrupan los hombres. Los partidos políticos son agregados de preocupaciones, de aspiraciones, de intereses y de caracteres. Lo semejante esencial se busca y halla, por sobre las diferencias de detalle; y lo fundamental de los caracteres análogos se funde en los partidos, aunque en lo incidental, o en lo postergable al móvil común, difieran. Pero en suma, la semejanza de los caracteres, superior como factor de unión a las relaciones internas de un color de hombres graduado, y en sus grados a veces opuesto, decide e impera en la formación de los partidos. La afinidad de los caracteres es más poderosa entre los hombres que la afinidad del color. Los negros, distribuidos en las especialidades diversas u hostiles del espíritu humano, jamás se podrán ligar, ni desearán ligarse, contra el blanco, distribuido en las mismas especialidades. Los negros están demasiado cansados de la esclavitud para entrar voluntariamente en la esclavitud del color. Los hombres de pompa e interés se irán de un lado, blancos o negros; y los hombres generosos y desinteresados, se irán de otro. Los hombres verdaderos, negros o blancos, se tratarán con lealtad y ternura, por el gusto del mérito, y el orgullo de todo lo que honre la tierra en que nacimos, negro o blanco. La palabra racista caerá de los labios de los negros que la usan hoy de buena fe, cuando entiendan que ella es el único argumento de apariencia válida, y de validez en hombres sinceros y asustadizos, para negar al negro la plenitud de sus de-

rechos de hombre. De racistas serían igualmente culpables: el racista blanco y el racista negro. Muchos blancos se han olvidado ya de su color; y muchos negros. Juntos trabajan, blancos y negros, por el cultivo de la mente, por la propagación de la virtud, por el triunfo del trabajo creador y de la caridad sublime.

En Cuba no habrá nunca guerras de razas. La República no se puede volver atrás; y la República, desde el día único de redención del negro en Cuba, desde la primera constitución de la independencia el 10 de abril en Guáimaro, no habló nunca de blancos ni de negros. Los derechos públicos, concedidos ya de pura astucia por el Gobierno español e iniciados en las costumbres antes de la independencia de la Isla, no podrán ya ser negados, ni por el español que los mantendrá mientras aliente en Cuba, para seguir dividiendo al cubano negro del cubano blanco, ni por la independencia, que no podría negar en la libertad los derechos que el español reconoció en la servidumbre.

Y en lo demás, cada cual será libre en lo sagrado de la casa. El mérito, la prueba patente y continua de cultura, y el comercio inexorable acabarán de unir a los hombres. En Cuba hay mucha grandeza, en negros y blancos.

DE PATRIA, NUEVA YORK

22 DE ABRIL DE 1893

LA PROCLAMACIÓN DE LAS ELECCIONES DEL
PARTIDO REVOLUCIONARIO

LA PROCLAMACIÓN DE LAS ELECCIONES DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO

EL DIEZ DE ABRIL

LA OBRA DE LA EMIGRACIÓN

Hermoso es, y consolador, el espectáculo de entusiasta unión en el amor y servicio de la patria ausente, que el 10 de abril de 1893 dieron las emigraciones; y de justicia y enseñanza han sido las reuniones con que se las ha solemnizado. Después de una guerra de diez años que arrebató a la vida del goce y privilegio a la juventud, sacó a los ancianos de su holgado sillón, y echó a las matronas a morir de hambre o locura por las selvas; después de una campaña frustrada en que surgieron en la lucha y se enconaron en la derrota las pasiones naturales en el hombre, más potentes a veces que el consejo de la virtud; después de un cuarto de siglo de emigración, dividida primero por las contiendas de un señorío indeciso o incapaz y el patriotismo rebelde y engañado, y envenenada luego por el influjo de la indiferencia y corrupción de la colonia, del desaliento e ira de los que de mal grado entraron en la guerra, y de los agentes que mantiene España en el extranjero para avivar la pasión y la preocupación entre los cubanos, para dividir al obrero del que le da obra, al cubano negro del cubano blanco, al cubano de Cuba del cubano de afuera, al cubano radical del que tiene menos prisa por mejorar la desigualdad del mundo; después de veinticinco años de pruebas costosas y erróneas, y de ensayar el patriotismo impaciente en la guerra de sorpresa y aventura, más que en la de opinión y preparación,—es hermoso ver ligarse a toda la emigración independiente, a todo lo que se ve del pueblo libre de Cuba, y trabajar, del brazo todos,

con un plan que excluye la ambición y renuncia la paga, a fin de fundar en la isla, tocada ya de gangrena, un país trabajador, equitativo y durable.

Hermoso es, de pie en la tumba de los padres caídos, ver a los hijos seguir, con la verdad de sus cenizas, el camino por donde llegarán más pronto al triunfo los que por el sacrificio de los padres lo conocen mejor; hermoso es ver a un pueblo, hijo revuelto de los despotismos todos, habituado al capricho por el mando absoluto, e inclinado a la prisa ciega de la rebelión por la excesiva tiranía y la dilación de la esperanza, juntarse en la disciplina voluntaria de un partido político de orden y de espera,—de avance juicioso y seguro, sin puestos para el provecho y la vanidad,—y demostrarse como mantenedor de una república de trabajo y pensamiento, ante la patria sin pensamiento ni trabajo, que pudiera temer de él el despotismo o ligereza o parcialidad fatales en la fundación de las repúblicas.

Hermoso es ver, cuando pudiera temer Cuba que los emigrados tramasen sin respeto una guerra romántica y rudimentaria, sorda a las realidades del país, que lo que preparan los emigrados, todos a una, es la guerra aconsejada con el país, que lo ponga por fin en su realidad, y no lleve a la patria más que el vigor necesario a levantar y defender el gobierno que en su equilibrio y ajuste quieran darse las fuerzas residentes de la Isla. Para salvar a Cuba de la revolución desordenada vive el Partido Revolucionario,—de la revolución que se viene encima y nadie ordena; y para tener dispuesta a la Isla, sin los peligros del noviciado ignorante, sin recaer en los peligros del noviciado primero, la solución desesperada a que por lógica de la naturaleza han de acudir sus habitantes, cuando el extremo de la ingloriosa tiranía que no deja hoy a su miseria más consuelo y golosina que la retórica inútil, los mueve a preferir, a despecho de los medrosos e incapaces, la prueba de un combate decisivo contra un enemigo cuya única fuerza viene de los oprimidos que se pueden ligar, y se ligan, para negársela.

En vez de la tentativa tenebrosa que pudiera despertar en la patria liberal zozobra para lo futuro; en vez de la guerra privada, de tratos y compromisos, que pudiese ensoberbecer en Cuba a unos elementos contra otros: en vez de precipitar afuera de la Isla los factores mal enfrenados de una guerra de invasión que desconociese la voz y autoridad del país, es hermoso ver marchar paso adelante, sin un solo paso atrás, a los cubanos previsores de la emigración, que reúnen en paz todo lo que se pudiera odiar, y en la obra común todo lo que pudiera divorciar-

se, y crean y disciplinan de antemano el ejército de las emigraciones, salvador del de la isla; y cuando el país entretiene su agonía con las disputas de los desocupados y la desvergüenza de los celestinos, hermoso es ver crecer, peso a peso, donde no se le puede tocar, ni emplear mal, el tesoro de una guerra que cambiará toda esa comedia vil en un país de lengua útil y de concordia suficiente, en la igualdad inevitable de los derechos de sus hijos, la fuerza de la riqueza nueva, y la justicia del trabajo.

Mientras allá en la Isla, con todos los miedos de una sociedad de literatura segundona al trabajo nuevo y libre, se urde entre la gente real del país, la gente productora y cordial, una guerra que el enemigo no puede vencer, porque está en la disposición razonada y creciente de las almas, los cubanos de la emigración, jurados en la república y el desinterés, pidiendo y aceptando de los cubanos todos consejo y ayuda, adelantan en silencio, con su tesoro que sube y su organización de sufragio, para que el día que la desesperación complete la unidad de la Isla, y la impaciencia apresure su rebelión, no empiece la fuga desconcertada y loca, consecuencia fatal de la soberbia y la desidia, en que perdió su fuerza de arranque nuestra guerra primera.—Otros creerán mejor, por miedo al peligro de la preparación, o a su trabajo áspero y sin brillo, aguardar de codos sobre la mesa de convite a que el verdugo les llame a la puerta, o el espanto de la guerra deshecha y sin rumbo los lance a la mar. El Partido Revolucionario cree que se debe dar rumbo a la guerra, salvar del verdugo las cabezas útiles, e impedir la tristísima recaída en la emigración vagabunda y miserable.

LAS REUNIONES DE PROCLAMACIÓN

Eso es lo que dijeron a Cuba las emigraciones al elegir el diez de abril, en urnas sin ignominia, los funcionarios del Partido Revolucionario Cubano. Esas voces de hermandad, más altas que cuantas pudieran oponerles el desamor y la discordia, que cuantas piensan oponerles la codicia desairada y la pereza sorprendida, se levantaron, con enérgica unión, en todas las tribunas del Partido Revolucionario Cubano, en el Cayo, en Tampa, en Ocala, en New York. Eso, juntas las voces de 1868 y 1892, fue lo que aplaudía, con ese aplauso cerrado y cordial de nuestros públicos, la emigración de Nueva York, al ver aparecer ante los cubanos electores a sus elegidos, al oír a un presidente de la república de ayer saludar en el Partido Revolucionario Cubano al continua-

dor de la nación de Guáimaro, al preparador disciplinado y democrático, sin orgullo y sin beneficio, de la república de mañana.

Contar una de las nobles fiestas—fiestas de guerra sin odio y de república sin injusticia—es, en esta época de fuego fraternal, contar las fiestas todas. El Cayo, de días atrás, se preparaba para la noche de consagración, “y a conmemorar el día—dice *El Yara*—en que fue escrito: todos los habitantes de la República son enteramente libres”, y en que se fundó el Partido que trabaja porque ese artículo sea una verdad, nos reunimos muchos en *San Carlos* anoche. Clubs enteros de mujeres y de hombres, gente que hará la guerra y gente que ayudará a sostenerla, todos fuimos como impulsados por la voz amiga que nos grita desde el Norte: “a la obra todos”. El escenario estaba adornado con estandartes de varios clubs. Al frente lucían, una a cada lado de la escena, las banderas de Lares y de Yara, y al fondo, hermanadas y como abrazándose, la americana y la cubana, esto es, “the flag of our shelter and the flag of our hope”. Por cubanos enteros y de toda la vida; por hombres que salieron de Cuba a la primera luz y no volverán sino con la libertad; por hijos que se creerían traidores a sus padres si no fueran a levantar sobre sus tumbas la idea por que los padres murieron, por veteranos de la emigración que tienen a deshonor, como lo es en verdad, ver a su pueblo en esclavitud, y volverle la espalda, y pensar sólo en sí, y censurar a los virtuosos, y negar su poca ayuda; por Gualterio García, hijo leal de un héroe, y bochorno vivo de otros hijos que no son leales; por Cesáreo Hernández, ejemplo patente de los deberes del emigrado; por Ramón Valdespino, juventud limpia que vive afuera en el asilo alzado por la revolución, y no niega su tributo natural de fe activa revolucionaria al asilo en que vive; por Francisco María González, que de su hermoso desinterés, y de un profundo amor a la justicia, saca arranques de grande elocuencia; por Serafín Bello, que sirve con el consejo infatigable y el discurso ardiente la causa por que murió su hermano en el *Virginus* y su esposa en la pobreza del destierro; por esos cubanos seguros y ordenadores, habló el Partido en el Cayo; y por el hombre tenaz en quien se igualan, como en sus hermanos de fundación del Cayo libre y palpitante, el brillo de la acometida a la prudencia del consejo. Así decía José D. Poyo:

“Si la Constitución de Guáimaro fue la piedra angular de la República de Cuba, el Partido Revolucionario es la legión de obreros que procura y hacina los materiales con que ha de darse remate a la obra”. Examinó detenidamente la situación de los cubanos de dentro y fuera

de la Isla antes de la formación del Partido y estableció un paralelo entre aquella situación y la actual, y declaró que al Delegado, señor Martí, débense todos los progresos del Partido, y terminó pidiendo “amor, unión y concordia entre todos los cubanos”.—Pero en eso erró sin duda el generoso presidente reelecto del Cuerpo de Consejo del Cayo. El representante no es más que lo que son sus representados. A la constancia, a la fe, a la abnegación, a la economía, al orden, a la hermandad, al entusiasmo, a la honradez de los emigrados todos se deben los progresos del Partido Revolucionario Cubano. Por las virtudes de estos emigrados, por lo que en ellos se ve del cubano altivo y bueno en la libertad, puede asegurarse sin pueril complacencia que será Cuba feliz en la república.

El periódico *Cuba*, noble de vetas, dice lo que fue en Tampa la reunión cubana: “momentos hay en la vida en que, ante la grandiosidad de ciertos espectáculos, el que se aventura a narrarlos vacila, y teme no poder darles el verdadero color”. Con Juan Arnao, en pie desde 1848, habló la idea indomable, cansada en otros al primer esfuerzo; con Carlos Roloff, que salió glorioso y vivo de los diez años, habló la guerra, que da honra y salud; con Esteban Candau, fuego y brazo en todas las peleas del derecho, con Manuel Hernández, voz robusta que acusa y conmueve, con Marcos Gutiérrez, notable ejemplo de propia cultura, y de la capacidad vasta y juiciosa de la mente cubana, con Ramón Rivero y Rivero, corazón popular, rico y ardiente, y razón cauta, y poderosa oratoria, habló la emigración agradecida a la idea revolucionaria, cuyo tesón, cuando tocan a hambre en Cuba, le mantiene abiertas las puertas del trabajo: y la juventud, y toda su energía, habló con Genaro Hernández. Y las niñas cándidas y los ancianos fieles, eran, con sus trabajos de arte y poesía, discurso vivo, y prueba de honor, en la fiesta de los recuerdos y de la esperanza.

Ocala puso todo su corazón en la fiesta del 10 de abril. Martí City, el bello pueblo nuevo donde no hay un solo cubano infiel, celebró con la alegría toda de la linda ciudad, el día de Guáimaro y del Partido Revolucionario. Y robusteció la celebración el respeto visible y la compañía de los norteamericanos de Ocala. Nos estamos enseñando: y nos respetan.

LA REUNIÓN EN NEW YORK

New York vio henchida la noche de la proclamación la sala de Hardman. Para envanecerse era la ocasión, de ver tan fieles a los hijos de

la tierra infeliz, de no tener una traición, ni un fracaso, ni una retirada que lamentar en el primer año de trabajo triunfal del Partido Revolucionario; pero por el carácter de la fiesta se vio allí el de la revolución que hacemos, que no está, no, porque eso es feo y poco, en vivir a la sombra de lo que hemos hecho, o hicieron los demás, sino en limpiar el camino para lo que falta, sin mirarle al corazón los chorros de sangre, ni detenerse a curarle al cuerpo las lastimaduras. Con ver día a día la vida de los que aquella noche hablaron, volviera la confianza en Cuba a quien ya no la tuviese. Juan Fraga, el presidente del Cuerpo de Consejo de New York, bosquejó con su palabra erguida la constitución republicana, la economía ejemplar, la obra, a su juicio, original del Partido Revolucionario Cubano, que es la disciplina de la república y el imperio de la ley en la preparación de las revoluciones, dejadas hasta hoy al impulso de una entidad heroica o al desorden de un patriotismo ciego, y a menudo soberbio y rencoroso:—Juan Fraga, emigrado de los veinticinco años, compuso hombre a hombre, por todos los países del destierro el primer club que atesoró dinero para la revolución; y es hombre sin mancha, en quien caben la cordura y la verdad. Carlos Zahonet, gallardo orador, quitó esperanzas a los que en el desorden moral de Cuba fien el remedio, cobardes o interesados o perezosos, a algo menos que el trabajo previo de todos los días, y de todos, que lleva a cabo el Partido Revolucionario, para tener montura a la hora de salir al camino: Carlos Zahonet es hijo de sí mismo, y del jornal, y saca de su probidad y de la vida verdadera su elocuencia viril. Gonzalo de Quesada, continuo testigo del trabajo íntimo de las emigraciones y del aplauso entrañable que arranca a Cuba, dijo cuanto la discreción permitía decir, y con sus párrafos austeros llevó a las almas el fuego de la suya:—Gonzalo de Quesada, en los umbrales de la vida feliz, cree, con sacrificio de su persona en el deber oscuro, que no merece ser servido de los hombres el que no los sirve. Benjamín Guerra, el Tesorero reelecto por unanimidad, explicó en un discurso de composición robusta, oído con vivo placer, el oficio constructor de la revolución, que ha de reparar el desorden profundo e inmorai de la tiranía ruinosa que la hace indispensable:—Benjamín Guerra, comerciante sagaz y afortunado, emplea el descanso de su mucha labor, su sólido juicio y su sobrio carácter en preparar a Cuba, con la revolución de la concordia, el estado de propiedad permanente en que la riqueza no viva en el ahogo de la explotación, el susto de la pérdida, y la vergüenza de su complicidad inevitable con una corruptora tiranía.

Como de hijos eran todos los corazones cuando, venido para la fiesta desde su colegio patriarcal de Central Valley, recordó el presidente vivo de la república de Cuba, el incólume Tomás Estrada Palma, la dicha grande del día de Guáimaro, que “encauzó la rebelión de Yara”; reconoció el alma de aquel día y aquellos hombres, y su alma propia, sin arrogancia ni celos, en la democracia de voto y obra compacta e impersonal del Partido Revolucionario, y, con evocación de extraño poder y singular beldad moral, bendijo en nombre de los padres la obra de los hijos, trajo al 10 de abril del Partido Revolucionario la sanción conmovedora y augusta del 10 de abril de Guáimaro.—Tomás Estrada Palma ama a la libertad como hija suya que es; con la palabra y el acto continuo enseña la honradez de ella, y la vida sin pereza ni mancha, a los discípulos que se le agrupan amorosos; crece y arrastra cuando recuerda, de pie entre sus hijos, los días inmortales y creadores del carácter cubano en el sacrificio útil y necesario de la guerra; conoce las entrañas de nuestra revolución y su espíritu imperecedero y sus excrecencias, y con la autoridad de quien la gobernó, y hombre por hombre la ha estudiado, proclama que la revolución ha de vivir, porque es el alma de nuestro pueblo.

Por los hijos; por lo que falta que hacer; por los obstáculos que el interés español, y nuestros dejos de soberbia e indecisión, pueden poner a la guerra en el camino; por la isla que le habla, que se ha de respetar, que está cansada de descreídos e inútiles, y de la que puede dar fe, habló, dando a su pueblo el honor de cuanto se hace, el Delegado reelecto por las emigraciones: él conoce la reserva prudente, y la determinación sorda e inquebrantable, de los cubanos; él declara que el patriotismo de la isla no necesita de maestro ni de acicate, sino que al patriotismo de afuera y no al de adentro es a quien resta que hacer: él señala las causas de duda injusta, desconocimiento voluntario, localidad asustadiza e innecesario temor que, bien movidos por el gobierno hábil, puedan moverle objeciones al Partido Revolucionario creado para tener dispuesta la guerra, en el caso inminente de que el país, barriendo en su ira como un ápice toda oposición miedosa o venal, decidiese buscar en la pelea el remedio cada día más lejano de otras fuentes a su indignación y ruina: que al rayo no se le aparta con poner la mano contra el cielo, ni con negar el zig zag, que centellea en las nubes, ni con pararse a mirarle los colores, y a decir que son lúgubres y pavorosos, sino con abrir vía al fuego en las entrañas de la tierra. Y prometió el Delegado decir continuamente la verdad, pasar como quien no ve por

las contingencias que aturden a las almas flojas. decir a la Isla lo real de la emigración, y a la emigración lo real de la Isla, y evitar como un delito toda demora innecesaria en el allegamiento de fuerzas, junta de hombres y acomodo de ideas indispensables para que triunfe la revolución unida, con la guerra de todos, y de todos el consejo y la intervención, a fin de alzar en la ruina moral de hoy, que ya envilece los hombres a grado increíble, el pueblo bueno que llevamos en nuestras conciencias salvado de las llamas de Guáimaro.

A B R I L / 1 8 9 3

1. A JOSÉ DOLORES POYO
2. A GONZALO DE QUESADA

1

A JOSÉ DOLORES POYO

[Abril, 1893]

Sr. José Dolores Poyo

Poyo:

Una fe de vida. Vd. no necesita de mis palabras, y yo he puesto en estuche mayor las que de todas partes me le celebran en el famoso mitin. Ahora al 10. Yo entretanto aparejando finales. Mucho escollo hay para todo, y el Gobierno, aunque totalmente despistado, está ya muy sobre aviso. Pero creo, a pesar de estas mortales distancias, y de nuestra bolsa humilde, que haremos lo que nos hemos propuesto hacer, antes de cansar al país, ni de tener al Gobierno encima. Pero hombres, Poyo; hombres que vuelen conmigo y a mi voz; ¡qué falta me hacen dos o tres hombres! Por eso lo quiere tanto, porque le ve la realidad, su,

J. MARTÍ

2

A GONZALO DE QUESADA

Viernes, [abril 28, 1893]

Gonzalo querido:

Le escribo de Atlanta, con muy pocas fuerzas. Le puse telegrama. De Filadelfia, muy fiel y creciente; sólo pude arrebatarse a la visita y al quehacer continuo los momentos de escribir hasta el miércoles por la noche lo que ofrecí para *Patria*. A las 12 se acabó el mitin, después de

un día afanoso, y muy bien aprovechado: y a las 3 con no sé qué cabeza, estaba escribiendo sobre mis rodillas en la estación la crónica.²⁷ pá-lida de propósito, que llegaría a la imprenta el jueves muy temprano. El jueves, pues a primera hora faltaban sólo dos columnas y media, que por telégrafo distribuí, para que estuvieran el viernes temprano, entre V., Benjamín y Figueroa. Las pruebas, por supuesto, me las habrán visto con amor. Yo escribo a Figueroa, rogándole esa parte, en ayuda de V., aunque Vd. debe ayudarlo en lo que pueda. Mi tarea va a ser mucha, sea cualquiera mi cuerpo. En Cuba es mucha la intriga; y ha corrido peligro, por indiscreciones y traiciones, de caer en la trampa toda la organización. Eso me ha enfermado más. Miranda cayó en ese fermento, y yo no quise que corriera ese peligro en una situación desfavorable, que pudiera inutilizarlo para otra superior y crearle dificultades. En Nueva Orleans no tendré momento mío. No importa dejar correr, muy sutilmente, que he ido a ver a Maceo.

De cualquier modo, en N. O.,²⁸ si no muero, dejaré al día toda mi correspondencia, y Vd. me acusa recibo de cuanto llegue para mí, y me mantiene activa la gente con sus respuestas. Cuanto deba yo hacer, y noticias de V. constantes, mándemelas a

S. S. Capillon D.D.

"para J. Martí"

St. Ann St. bet. White and Broad St.

N. Orl.²⁹

Sobre *Patria*. Más le escribiré. Ahora no puedo. *Patria* es su carga de Vd., y su crédito. Es bella oportunidad, y el único trabajo que ahora le dejo. Su influjo es real y sus columnas son leídas con estudio, y por muchos con anhelo. Imposible llenarlo de ligerezas. Amenícemela, como yo hago en este número, para facilitar su redacción, que pesa cuando es toda idea,—y no me la saque de la filosofía de los últimos números, ni—y esto importa mucho en estos días de intriga alrededor de Vds.,—caiga en la red de hacer la menor alusión personal, ni para defensa innecesaria, ni para ataque indigno de la altura a que llevamos nuestras cosas. Porque corre la esperanza activa, ligada con la Habana, y por el lado peor, según prueba que he obtenido en Filadelfia—de que de Vds. se podrá sacar el conocimiento que de mí no se puede. El mozo

²⁷ Véase *Patria*, 29 de abril, 1893, pág. 2.

²⁸ Nueva Orleans.

²⁹ Idem.

que mandaron a Filadelfia a ver qué daño hacía, y el cual, espontáneamente conocido y señalado antes de mi llegada, he debido proteger y he protegido de la persecución que se le preparaba, me ha rodeado torpemente;—me ha revelado que todo lo que dije, porque creí deber decirlo, a cierto viajero ha vuelto en forma de pregunta de la Habana por otro conducto, para confirmarlo, o saber más,—y me ha enseñado el plan de ahí, que, como el de acá, fue fingir aquiescencia y solicitar explicaciones amistosas para llegar por rodeos a saber algo de la verdad, *que puede ir a parar a las mismas regiones de traición conocida de donde vino*. De modo, Gonzalo, oiga lo que cualquier buen amigo le tenga que preguntar,—responda con lo que se ve, que es suficiente, crecer de las emigraciones, camino sin dificultad, y sobre todo, *y muy encargado, calle en absoluto todo juicio desfavorable, o toda insinuación de que lo pudiera yo tener sobre la gente de la Habana de que tenemos noticias. Que de ninguna manera puedan asirse de ningún desvío nuestro, o acusación clara o embozada o desconfianza para justificar la actitud que el más temible de entre ellos parece tener encargo de provocar*. Acepte sólo lo sabido del Cayo. Deme por creyente, y por amigo incansable de los que desearían de mí pretextos para mostrar que yo no lo era. *Importa mucho la conducta que le fijo, que es parte de mi plan para acabar de inhabilitar la intriga de falsa entrada entre nuestros amigos de Cuba, que se ha estado desde hace dos meses llevando a cabo*.

Vuelvo a *Patria*. Ayúdese de Benjamín y Figueroa para cada número. Inaugure, para lo ameno, unas *conversaciones con los veteranos*, que eso se escribe al correr, aunque ha de ser artístico, y publique una cada semana; yo, siempre, le mandaré unas dos columnas, de editorial alguna vez. Y cuando no, editoriales de afuera *que en nada se rocen con nuestra situación en Cuba*. Pero el estilo, Gonzalo, púlame, y los *En Casa*, que pueden volver, para la circulación local, límelos como desearía limarlos yo, a fin de que las semillas se salven por el arte con que se dicen. Esa es su parte. A ver qué pruebas me da sobre las dadas, de sagacidad, elevación y aptitud ejecutiva.

Marcos Morales, 433 Pine Street, quiere 6 números de éste.

El periódico debe ir, desde éste al *Ledger*, al *Record*, y al *Enquirer*. Importa, mucho, cultivar el campo en Filadelfia. A los cubanos, manténgamelos contentos por la correspondencia activa.

Pida a José González y Lucena—González, Columbia Ave. 1738—dirección de familias sobre lo que hay para asegurar la lista; y vea de enviar 10 números a las dos manufacturas principales: Marcos y Domínguez.

¿Debo volver a decirle que para mí los mítines no son más que la cáscara de la fruta y que de Filadelfia salgo contento por otra especie de trabajos? Y vi, a Emilio³⁰ que se enojó porque no fui a su casa, y es tan noble y juicioso como siempre. Va a Cuba, y su nombre no ha de ser tocado.

Para la prensa de ahí, yo le enviaré una nota de N. O. Callemos, por razón: y lo que digamos, sea escalonado, para evitar el desorden en Cuba, *que ha querido el gobierno ayudar y justificar con las publicaciones expedicionarias de afuera*, y para preparar cosa mayor. ¡Cuánta red en el camino! ¡Y cuánta astucia necesitamos! ¡Y qué Cuba tan valiente y dispuesta! ¡Y yo arrastrando la última vida de este cuerpo miserable! Pero no habré caído en vano.

Adiós, pues, *Patria* es mi encargo, y lo que ruego sobre callar y esquivar la opinión que se desea, *por todos los medios*, sobre lo de *Cuba y el o los de la Habana*. Reciba sonriente, y complacido, y calle. *La Igualdad y Yara* mándenlos, durante 4 días. A ver qué lindo número nuevo, y qué 11 de mayo.

A Benjamín, que para el otro número, si ve que la cosa gana formalidad, escriba lo que me prometió—oportuno para que no se nos crea grupistas,—sobre lo de la prensa,—la feria: si gana formalidad.

De las fiestas, Gonzalo, nada. Son humo para nosotros, y lo son. No existen para nosotros.

Insista en cariño personal a las gentes todas de Cuba, a troche y moche: a los literarios, siempre puntillosos: a los que tienen mérito verdadero, y miedo de que no les haremos justicia.

Vea que ya no puedo escribir más: Viendo por el camino, de tierra como la nuestra, mucha rosa blanca, pensé en Angelina, que me vio con malos ojos, como a un agua-casamientos, cuando estrenó el lindo vestido lila. Y yo no soy eso, sino el amigo que más la cuida.

Adiós Gonzalo. Y piense, cuando lo molesten, en cómo vive y viaja

Su

J. MARTÍ

M A Y O / 1 8 9 3

- 1-4. A GONZALO DE QUESADA
5. AL GENERAL MAXIMO GÓMEZ
6. A RAMÓN RIVERO
7. AL PRESIDENTE DEL CLUB "PEDRO FIGUEREDO"
8. A MARTIN MARRERO
9. A J. A. LUCENA
10. A MANUEL BARRANCO
11. A NICOLAS DOMÍNGUEZ COWAN
12. AL PRESIDENTE DEL CUERPO DE CONSEJO
13. AL GENERAL ANTONIO MACEO
14. A FLOR CROMBET
15. A FRANCISCO IBERN
16. A GONZALO DE QUESADA

³⁰ Emilio Núñez.

1

A GONZALO DE QUESADA

Key West, mayo 3, 1893

Suceso importante³¹ Cuba confirma situación prevista por partido que sin alarde encara sereno obligaciones confirma con entusiasmo indescriptible deber unir prudencia energía Tampa Cayo locura ordenado escriban editorial solemne así conviene mitin inmediato como solicitud pueblo.

• MARTÍ

2

[Mayo, 1893]

Gonzalo querido:

Voy viaje Cayo, a encarar dificultades. Recibiría mi telegrama por Benjamín. Repita prensa que el alzamiento, si es, es espontáneo, o precipitado de intento por España, para copar la isla. Que vigilamos, y haremos—no lo que esté en el interés de revolucionarios ambiciosos—sino en el de la Isla.

Bajo el rubro *Antecedentes*, traduzca y publique, extractando, desde este número, las noticias principales de Cuba, a partir del alzamiento. Extracte, bajo *La prensa norteamericana* lo del *Ledger*, y lo que le irá hoy del *Atlanta Constitution*. Así se hace el periódico pronto, e interesa,

Su

M.

³¹ Se refiere al alzamiento de los hermanos Sartorius.

Por supuesto, voy sin cuerpo. Ahí escribí, al salto del tren, esas cuartillas. Cuideme las pruebas. De Tampa envío editorial, justo para la primera página: de modo que, aunque llegue Jueves, pueden esperar por él hasta el último momento. Urge ahora salir a punto, sale el tren.

Su

M.

322

Key West Fla. 5
Mayo 5 1893

Gonzalo Quesada—349 West 46 St.

Fio mucho habilidad elocuencia suya mitin³³ saque justo triunfo perspicacia partido previendo desórdenes revolución sacándola incólume yerros impaciencias redes comunique cablegrama resoluciones periódicos cubanos ahí.

MARTÍ

4

[Cayo Hueso, Mayo, 1893]

Mi Don Gonzalo:

Emilio le dice. Llena la casa. Lleno el día. Termino en este instante los arreglos de forma de la magnífica contribución espontánea de los obreros: ya sabe \$20,000 en un día. La situación nos es clara. Aquella gente, o perseguida o engañada, se precipitó: nosotros, contándolos por lo que son, y como avanzada de prueba, ni debemos ocultar la verdad, por si falla su precipitación, para que no le quede el descrédito a la idea, invencible con los recursos de que ahora se hace, ni de ningún modo los desamparamos ni desautorizamos. Ante la Isla en armas, sin hacer alarde de esto para que no se sigan nuestras huellas nos preparamos a todo. No parece posible que se acorrale el alzamiento antes que, con el resultado actual de él, hayamos adquirido los recursos necesarios para llevar la guerra mayor, tal como está acordada. Sigilo, artículo

³² Telegrama transmitido por la Western Union Telegraph Co.

³³ Se celebró el mitin en Hardman Hall, el 6 de mayo. Véase *Patria*, 8 de mayo, 1893

muy breve sobre esto, en que lo principal sea que el suceso confirma nuestras predicciones; y cunda este entusiasmo, igual en todas partes, y disciplinado. Se va Emilio. Imposible escribir. El Cayo hierve a mi alrededor. Lleve ésta a Benjamín, y envíe copia a Fraga, como noticia y guía al Cuerpo de Consejo. Imagíneme. Siento mucho no ver a Lucianita.

Su

J. MARTÍ

5

AL GENERAL MAXIMO GÓMEZ

Key West, Mayo 6 [1893]

General Máximo Gómez
La Reforma

Mi General y amigo:

Desde ayer, porque sólo un día ha pasado desde que lo ví, hace cerca de un año, sólo he vivido, con lo que me queda de cuerpo, para cumplirle lo que le ofrecí. No puede tener idea de mi vida. No le escribía porque Vd. me veía vivir, y nos lo habíamos dicho todo de una vez, y sólo la flor de mala tierra necesita el riego de todos los días, y usted sabía en qué andaba yo. Yo no tengo miedo de que Vd. me juzgue mal. Vd. me conoce y me quiere. La fuerza entera he gastado en poner a nuestra gente junta, en torcerle las intrigas al gobierno español, en salirme de la red que con sus visitas y espionaje nos tiende en la casa propia, en salvar la revolución indudable de lo único que la amenaza: —de la traición de los que la sirvieron una vez, y hoy sirven al gobierno español. ¿Y me habré yo equivocado con Vd. y lo grande de su alma, y mi fe en que mi carta diaria a Vd., la carta nunca escrita que Vd. recibía, era mi vida sin sueño y sin salud, en el cumplimiento mortal de todo nuestro deber, desde el más alto hasta el más humilde? Vd. y su casa han vivido conmigo. Ya me verá, ahora que voy, hecho un cadáver. Pero ha sido por ponernos en condición tal que al alcanzarme, camino de los últimos preparativos, la noticia temida del alzamiento de Holguín, y abandonarlo todo para tomar las riendas alborotadas en el Cayo, he podido convertir la derrota que ya se anuncia, de los hermanos Sartorius,³⁴ precipitados o engañados, que debían ir en Mayo a la

³⁴ Ricardo y Manuel Sartorius.

Reforma a verse con Vd., y conmigo, en una victoria verdadera, en un esfuerzo tan vigoroso de las emigraciones, en dinero y unión, que él nos dejaría con crédito mucho mayor que el que pudiéramos perder con la presentación, aún increíble, de los holguineros. Su amenaza continua me ha tenido angustiado todo este año, sin poder llevar mis esfuerzos a la distancia en que hubieran dado mayor fruto. Los amigos aparentes del alzamiento aspiraron a perturbarle a Vd. el corazón, y a destruir, ¡vaya una manera de ayudar a la guerra! el plan con que la hemos estado preparando; pero caso de que, como de Cuba dicen y el raciocinio niega, se hayan presentado sin batalla y a los pocos días de alzarse los Sartorius, del entusiasmo de este suceso, y de la filosofía francamente aceptada de su fracaso posible, he sacado tal ímpetu que en verdad la equivocación de Holguín, en cuyo mal éxito no quiero creer, nos dejaría con más unión que la que tuvimos jamás, con un entusiasmo duradero y reflexivo, y con casi todo el tesoro necesario.

Imposible me es escribirle de todo. Tres días hace que llegué, \$30,000 he levantado, en la cara derrota, en el Cayo sólo. He desviado la intriga contrarrevolucionaria, que, de parte de los revolucionarios aparentes, dos o tres acomodados o vendidos, nos preparaba el gobierno desde la Habana, he convertido en triunfo el desbandamiento de nuestro pueblo, que parecía inevitable si tras tanto esperar, y ver al fin la primer luz, caía la guerra en su primer arranque, sin ver que no era la guerra lo que caía, sino la impaciencia o imprudencia de ella; no la guerra bastante y prudente. Y ahora, obedeciendo,—si me lo querrá creer— a la obligación del momento y al cariño, corro a verlo, pasando por N. York, adonde llegaré como el 15, y de donde saldré en el primer vapor, en el que más pronto me lleve a Vd.—no le explico, pues, mi primer cablegrama por el Cayo ni el que envié por Jamaica, los explicaré en persona. Después del primero, la certidumbre del descubrimiento de los Sartorius, la incomprensible familiaridad con que se hablaba en la Habana de nuestros detalles más íntimos después del viaje seguro y repetido al Cayo y a verme de Julio Sanguily, y el trastorno causado por la publicidad e impunidad de él en la organización adelantada de la Isla, se juntaron a mi enfermedad y la agravaron, hasta el punto de que, aunque desde mi cama no he faltado a todo lo urgente, estuve un mes sin poder alzar la cabeza de la almohada. El viaje de Julio, sin resultado positivo, me desvió un mes de lo que en él pude hacer, y, por la colecta de él en el Cayo, desmoralizó a los que tenía yo criados para contribución mayor, base esperada de negocios con ellas fáciles. Por eso hube

de poner a Vd. un cablegrama enterándole de la situación; y, siguiendo las cosas, y estando yo a todo, y no pudiendo llegar a Vd., lo que llega hasta mí, y estando avisado de que el gobierno astuto se vale de amigos indiscretos o inexplicables, de sacar la verdad de Vd., y de mí, insisto en que, por la salvación de lo que amamos, oiga Vd. con reserva, sea de quien sea, y vaya quien vaya, lo que de la Habana, con extrema impunidad y pretextos plausibles, pudieran ir a preguntarle. Yo estaré allá, aunque sea a rastras, para el 22 de este mes. Dejo en tanto preparado en cuanto cabe, y estudiado lo que puede ser, y voy a sus consejos y opinión, y a ver qué cree Vd. que conviene que hagamos en la situación que para entonces se mantenga. Hasta hoy, ¿cuándo con la mano cansada de tanta pequeñez, y seguro de su confianza y cariño, iba a encontrar hora de escribirle las cartas que Vd. leía día por día, en mis enfermedades, en mis caídas, en mis logros, en mis preparaciones, en mi silencio ante las tramas y desvergüenzas en que, negando el sol, querían envolverme, el nombre de Vd.? Fié en Vd., con una fe que yo sé que está bien entendida y pagada. Comisiones, diarios, colectas, gente de Cuba, todo me rodea en este instante, y no puedo mover apenas las salud deshecha. Se me va el vapor. Repito mis ruegos; lo invito nuevamente a recibir con cautela, sin excepción alguna, por los peligros de la indiscreción de los nuestros, u otros peligros, cualquier mensaje curioso o visita de la Habana; y voy a Vd., como si lo hubiera visto ayer, seguro de que fue ayer cuando lo vi a Vd., y anheloso de verlo otra vez en el rancho histórico para mí, y de verle la gloria de su casa. Su

JOSÉ MARTÍ

Me rodean, sin saber que le escribo, Fernando, Serafín, Rogelio, que ya quiere ir a Vd., todos los que lo quieren a Vd. tanto.³⁵

6

A RAMÓN RIVERO

[Mayo, 1893]

Sr. Ramón Rivero

Mi noble amigo Ramón:

Van los papeles; excuse prisa grande para Vd. y para Martín Marrero. Ya sabe: que organice sin violencia, sujetos, el contingente que ha

³⁵ Fernando Figueredo, Serafín Sánchez y J. Rogelio Castillo.

de armarse—que reunan lo suficiente para armarlo;—que digan cuánto armamento; que estudien el modo de hacerlo llegar; que abran comunicación continua con Vds. A Marrero que le tengo mucha fe: que arregle su comarca.

Sale el correo desde Ocala. Abrace a Palma nobilísimo.

Su

J. MARTÍ

7

AL PRESIDENTE DEL CLUB "PEDRO FIGUEREDO"

Partido Revolucionario Cubano
Consejo Local de Presidentes
Cayo Hueso

Mayo 6, 1893

Sr. Presidente del Club
"Pedro Figueredo"

Señor Presidente:

Son bien conocidas de Vd. la gravedad y obligación de la hora presente y creería el Delegado ofensivo a Vd. y a ese Club insistir en ello, después de la magnífica prueba que en este instante dan todas las emigraciones.—Ruego a Vd. por ello, en caso de que ese Club aún no haya enviado los fondos a la Tesorería General en New York, los remitan sin dilación, bajo dos sobres, uno certificado con la letra de giro, y otro con la carta en que se anuncien, caso de que no crean más oportuno enviarlos por conducto de la Secretaría del Cuerpo de Consejo.

Con la mayor estimación y agradecimiento por la patria, saluda a Vd.

El Delegado

JOSÉ MARTÍ

J. D. Poyo

Gualterio García
Sec.

8

A MARTÍN MARRERO

[Mayo 1893]

Sr. Martín Marrero

Querido compatriota:

Convencido de su patriotismo y aptitudes me dirijo a Vd. Tenemos que salvar la Patria, y para ello es necesario buscar, recoger y organizar este movimiento separatista, que en Cuba desordenadamente brota; para afrontar una revolución que será tanto menos duradera y dolorosa, cuanto mayor y unánime sea el esfuerzo empleado: armar a los decididos, convencer a los indecisos y avisar a todos los buenos, para que no sean sorprendidos; esa es la misión que a Vd. le queda encomendada.

Estos trabajos se harán aisladamente, y para ello en cada Término Municipal habrá un delegado, el que se concretará única y exclusivamente a su Término, sin conocer ni relacionarse con los trabajos de los otros. No obstante ésto, llegado el momento, el movimiento será unánime, simultáneo en toda la Isla y ésto se hace con el fin de que si por cualquier causa es sorprendido uno, el gobierno no tome el hilo de la conspiración.

Para la dirección y vigilancia de estos trabajos, habrá un Delegado General para toda la Isla, con poderes para resolver en todos los casos, el que transmitirá las órdenes por conducto de los Delegados Provinciales, con el que cada uno de Vds. se entenderá directamente. Y para facilitar su cometido queda Vd. autorizado para hacer recolectas y utilizar todos los medios hábiles que estén a su alcance.

Saludo a Vd. y en Vd. a todos los buenos cubanos de su Término.

JOSÉ MARTÍ

9

A J. A. LUCENA

[Mayo 1893]

Sr. J. A. Lucena

Mi amigo Lucena:

Leo con gusto, a pesar del tema penoso, su carta de hoy, y sin las proporciones que da el cablegrama, ni el carácter de intentona aislada que se desprende de él, bien puede ser que haya algo de verdad en lo que dice. Estamos, mi amigo Lucena, en revolución. Pero mal soldado

me haría Vd. si se me aturde con las primeras noticias del enemigo, o se me rinde porque de un encontrón se le salió el cado al machete. Nada debe hacerse, y en el Partido Revolucionario nada se hace sin que, en lo humano, las desventajas sean menos que las ventajas. La importancia de este suceso ya saldrá, y no cabe en mí tratar de ella. Pero la prueba irrefutable de actividad y energía en la obra revolucionaria que va en suceso tal, y el ánimo que ella ha de traer a la masa sorda o indiferente del país compensarán —ya lo verá Vd.—desde ahora, caso que la noticia sea cierta, todos los males que del suceso pudieran resultar. Por los hombres habría que sentirlo, por los hombres acaso muy valiosos. Pero cuando se está dispuesto a morir, se piensa poco en la muerte, ni en la propia ni en la ajena. Estamos en guerra. Con el dolor y la sangre, lo mismo que los hombres, nacen los pueblos.

Dispense, pues, Lucena amigo y tenga o no enojo público, para después del 10 se irá a Filadelfia, y lo verá a la larga en casa de hombre honrado su

JOSÉ MARTÍ

10

A MANUEL BARRANCO

Mayo 9/93

Mi Sr. D. Manuel:

Esta noche nos juntamos, los de la Comisión famosa, a tratar de lo viejo y de lo nuevo, y a dejar las cosas en buen punto. Gato y Recio están citados para casa de Teodoro a las nueve. Ahí por supuesto lo espero, a que me ayude.

Su

JOSÉ MARTÍ

11

A NICOLÁS DOMÍNGUEZ COWAN

New York, mayo 25, 1893

Sr. Don Nicolás Domínguez Cowan
México.

Mi muy querido Nicolás:

La enfermedad me obliga a escribirle por mano ajena, pero de buen amigo, la carta que, desde hace un año, día por día, le estoy escribiendo—V., tan noble como puntilloso, no me ha querido ver la larga

angustia, que años enteros me ha tenido postrado, y últimamente, la junta de almas, muy laboriosa y escapadiza, porque nos vamos acercando al sueño de V. y mío—a ver si hacemos a Cuba tierra útil. Pero los meses pasan. Nicolás, y yo esperaba la hora *precisa*, dejando a su nobleza el perdón de todo lo preliminar, para poner en manos de V. el encargo de que aún no quiero hablarle. Esta no es la carta que le iba a escribir: pero he escrito hoy en respuesta al buen Garófalo, y me tendría por traidor, si no le pusiese estas líneas. Le diré de paso que en la aceleración extraordinaria de la labor en que me ve, ha sido intencional mi falta de convite a los paisanos de México, por causa magna, que tendrá toda su aprobación. Iba a escribirle, por fin seguro de su mente y de su corazón, cuando sucedió lo de Holguín,³⁶ y he estado en pie un mes, sin más tiempo de pluma que para el manifiesto que le envié. Ahora sigo viaje y a mi vuelta, para la obra común sabrá V. de mí. Lo quiero mucho Nicolás. Hay penas que quitan las fuerzas para escribir. Hay cargas públicas que postran y se comen todos los minutos. Uno debe ser entendido en silencio por aquellos a quienes quiere. Preparan el viaje a mi alrededor y sólo tengo tiempo para el adiós. No vea contradicción en lo de enfermedad y viaje: es mi deber seguir. En la carta a Garófalo verá algunos detalles. Ahora sólo quiero que sea bueno, que evite en lo que pueda las desvergüenzas españolas que andan entrándose por esa prensa, que salude con verdadero cariño a la piadosa Mariana y a su Nicolás, y que sepa que siempre recuerdo la mañana aquella en que de su casa acomodada bajó V. a la mía infeliz a impedir, con su servicio, que me fuera triste y pobre de México—y no me guarde rencor. La dicha es parlera, y el sufrimiento silencioso. Su

JOSÉ MARTÍ

12

AL PRESIDENTE DEL CUERPO DE CONSEJO

Nueva York, Mayo 25, 1893

Sr. Presidente del Cuerpo de Consejo
[Nueva York]

Señor Presidente:

El peligro de guerra precipitada que acaba de correr Cuba, el justo temor de que a cada instante pueda estallar en Cuba la guerra que hemos de auxiliar enseguida, la decisión y obligación del Partido de estar en

³⁶ El frustrado alzamiento de los hermanos Sartorius.

todo momento preparado para actuar con vigor y rapidez en el instante en que se decida la guerra, y la importancia de no revelar al enemigo, por la hora de la colecta la hora de la acción, son razones que sin duda parecerán suficientes a los meritorios clubs de ese Consejo para recomendarles, caso de que no lo hubiesen hecho ya, el depósito de los fondos de guerra en la Tesorería Central, donde está hoy ya enviada espontáneamente por los Clubs, la mayor parte de ellos.

Seguro de que los Clubs de ese Consejo se esforzarán inmediatamente, dada la fe que inspiramos y el peligro del país, en llenar de nuevo el Tesoro que deje vacío la remesa a la Tesorería Central, saluda en Vd. a los Clubs,

El Delegado,

JOSÉ MARTÍ

13

AL GENERAL ANTONIO MACEO

New York, mayo 25 de 1893

Sr. General Antonio Maceo

Mi amigo y general:

No empiece por extrañar la letra ajena, porque mi compañero de trabajo es su amigo de Vd., Gonzalo de Quesada, Secretario hoy de nuestras labores y esperanzas a ver si volvemos con la ayuda del país a rematar lo que Vd. comenzó con su valor incomparable: le pide otra vez la patria, como va Vd. viendo, toda su bravura. Pero ni por mano de este amigo querido le escribiría, sino por la mía propia, a no ser que estoy en cama, sin moverme más que para las obligaciones.

Mañana tomo el vapor, con rumbo a Vd., aunque parándome por el camino a arreglos previos, y espero, sin aparato y anuncio de ninguna especie, estar en Puerto Limón del 15 al 30 de junio.

Ardo en deseos de verlo. Ya le escribí de Nueva Orleans, a Vd. y a Flor. Ya sé que Vd. me conoce el alma bien, y que sólo espera de ella lealtad y cariño. Con igual tesón vigilo por nuestra Patria, donde no hay problema que no se pueda resolver con honor y justicia,—y por la gloria de los que la han creado con sus servicios. Precisamente tengo

ahora ante los ojos “La protesta de Baraguá”, que es de lo más glorioso de nuestra historia. Vd. sabrá algún día para lo que vive este amigo de Vd.

¿A qué hablarle de lo de Holguín, ni de nada, si nos vamos a ver? Mejor ha sido que me detuviera la noticia cuando iba a verlo a fin de abril, porque hoy estamos ya sobre seguro, y ahora podemos hablar con la concordia de las horas grandes, como si estuviéramos ya más cerca de las cosas.

Si Vd. quiere hacerme alguna observación previa a mi viaje, aunque ya conoce mi sencillez y discreción, y que procuro estar a todo, escríbame a Jamaica, por cualquiera de los amigos, que por allí creo tener que pasar.

A mi amiga María, la más prudente y celosa guardiana que pudo dar a Vd. su buena fortuna, dígamela otra vez todo mi respeto y cariño. Ahora volveré a ver a una de las mujeres que más han movido mi corazón: a la madre de Vd.

Seguiría conversándole, pero el quehacer es mucho. Espéreme con los brazos abiertos, que ya yo sé por mi cuenta que lo único que pudiera faltar a Vd. es la ocasión, que ahora se renueva, de mostrarse grande. A sus hermanos, y a los míos, todos cuantos cubanos viven por ahí, saluda cariñosamente en Vd. hasta el día de mi callada visita, su amigo,

JOSÉ MARTÍ

14

A FLOR CROMBET

New York, mayo 25 de 1893

Sr. Brigadier Flor Crombet

Mi muy querido Flor:

De Nueva Orleans, cuando iba a verlo, le escribí unas líneas apresuradas, en el instante de volverme atrás, a cambiar como hemos cambiado, lo que pudo ser un desbandamiento en una verdadera victoria. Precisamente está ahora nuestro peligro y el de Cuba en este vigor nuestro, que excita y acelera en los cubanos de la Isla la esperanza y en los españoles el que puede llevarlos a la violencia. Si Cuba quiere, nosotros

podemos. De mí nada tengo que decirle, porque Ud. me conoce y me quiere: y yo lo quiero. De la situación presente, yo llevaré mucho tratado a la visita que quiero hacer a Ud. y a Maceo del 15 al 30 de junio en Puerto Limón. Mis discreciones, Ud. las sabe. Allí no verán llegar más que un insignificante enfermo—por mi enfermedad no le escribo con mi mano, sino por la de un amigo mío que lo es de Ud., Gonzalo de Quesada.

Lo de Puerto Limón no es por hacerlos viajar, ni ahorrarme yo viaje, sino para no llamar la atención y ganar tiempo. De veras está España viendo cómo nos copa el tiempo: a nosotros el disimular y el tenerlo todo dispuesto por si es necesario.—Me dicen que Ud. se ha casado: no sé por qué me imagino a su compañera modesta y dulce. Ojalá, aunque no lo espero, pudiera decirle todo lo bueno que sé de aquel Flor heroico y leal a quien siempre tuve particular, y aún regañón cariño. Míreme aunque joven, como a padre viejo. De verlos por allá, en tierra como la nuestra y cerca acaso de la gloria, recobraré la salud

su amigo

JOSÉ MARTÍ

15

A FRANCISCO IBERN

[Mayo, 1893]

Mi amigo bueno:

Nunca se me ocurren estas cosas de persona; pero yo ahora no soy persona. Y está bien su observación. Creo que el telegrama diría lo que debe con estas pocas palabras.

“Martí corta visita aquí Tampa prepara confirmación pública trabajo día patria animación sería”.

Y créame, Ibern bueno, que no podemos perder día, y he de aprovechar mucho los pocos que me tiene por aquí, queriéndolo como merece.

Su amigo,

MARTÍ

16

A GONZALO DE QUESADA

[Mayo, 1893]

Sociedad de Beneficencia Hispano
Americana de New York

Gonzalo querido:

Me quedé para ver a la Sra. de Serrano, que ya no vive en 59th St., sino en 436 West Central Park, y me voy mañana, en el primer tren. Pero a trabajar, y necesito, sin falta, el manifiesto del Partido Revolucionario al país,³⁷ después de lo de Purnio, sin eso, nada puedo hacer, y mañana es el día destinado a eso. Me urge, pues, que, si tiene U. ese mamotreto, me lo busque esta noche, y me lo ponga, temprano, esta noche en el correo, para que llegue mañana por el primer tren.

Yo estaré aquí el viernes, y le dejaré escrito lo que haga esta noche.

Su

J. MARTÍ

³⁷ Publicado en *Patria*, 27 de mayo, 1893.

DE *PATRIA*, NUEVA YORK

27 DE MAYO DE 1893

EL PARTIDO REVOLUCIONARIO A CUBA

EL PARTIDO REVOLUCIONARIO A CUBA³⁸

La patria es sagrada, y los que la aman, sin interés ni cansancio, le deben toda la verdad. Cuando acaba de sorprender a Cuba el alzamiento aislado de un grupo rebelde que sólo pudo durar en el campo el tiempo necesario para que apareciese nula su tentativa, pujante el gobierno, abandonada la idea de independencia y supremo el influjo de los amigos de la paz, o para que el fracaso aparente de la rebelión aturdiera o desbandase las emigraciones dispuestas a auxiliar la guerra por donde Cuba entre en el goce de sus capacidades y su suelo,—cumple al Partido de la revolución, censor enérgico de toda rebelión parcial o insuficiente, declarar que el alzamiento de Holguín, que a mantenerse en armas habría recibido su ayuda, como cualquiera otro por donde el país mostrase su deseo de ser libre, no obedeció a orden ni consejo del Partido Revolucionario Cubano, creado y regido por el voto de las emigraciones unidas, en un plan hostil al despotismo y el desorden, para allegar todos los elementos de emancipación que existan dentro y fuera de Cuba; para impedir que se trastorne el país sin propósito adecuado a sus necesidades y cultura, o recursos bastantes a realizar el propósito; para salvar la guerra, patente en los corazones, de los yerros naturales y corregibles de la primer República, y para ordenar, con anuencia de la Isla, el levantamiento vigoroso y total que cambiará por fin en nación equitativa y trabajadora a la colonia desesperada y miserable.

Reciente aún el alzamiento de Holguín, no puede de seguro decirse que fuera causa de él la precipitación heroica, sorda a veces a la más cariñosa prudencia, o un ardid del gobierno de España, que, conocedor del espíritu de la localidad, la forzó a rebelión antes de que madurase y cundiese, o cualquiera otra causa impenetrable, cuyo resultado único ha sido robustecer en los cubanos del extranjero la fe entusiasta en el

³⁸ Aunque este manifiesto circuló profusamente en hoja suelta, salió publicado en *Patria* del 27 de mayo de 1893.

plan de orden y extensión con que se ha de intentar la independencia, y en los de Cuba el respeto a los que de afuera han ligado al país con tan repetidas y sinceras declaraciones en este plan formal, que cuando surgió la rebelión escasa o misteriosa, reservó sorprendido su concurso, hasta que se les vieran las relaciones a los cubanos alzados, o desapareciese el misterio. Un partido ambicioso, que temiese comprometer con declaraciones francas una popularidad indigna cuando a tal precio se la compra, pudiera aguardar a más amplias noticias, esquivando declaraciones expresas, o alimentar en sus prosélitos impresionables la creencia, útil al entusiasmo, de que fue suyo el alzamiento de Holguín; pero ni los acontecimientos en que va la vida de los pueblos pueden dejarse al azar, a que los comente y trastorne la desidia malévola, o la cobardía disimulada, o el interés venal, o el pavor de los que ven amenazadas su bochornosa prominencia o sus satisfacciones pueriles en una sociedad donde el honor anda descalzo y sólo prospera quien se ayuda o beneficia del delito ambiente, o reduce el alto espíritu o el caudal salvo al trato violento con las leyes y las costumbres inmorales; ni desea de auge falso un partido que tiene su poder en el decoro, más potente por reprimido, de los cubanos de la Isla, faltos sólo del auxilio que les pueden llevar sus compatriotas más libres, en el irreductible conflicto del interés urgente de Cuba y la composición colonial de España, y en el espíritu de concordia, superior a toda malicia, con que depone la ayuda del extranjero ante los cubanos del país, a que disponga él sus formas y poderes, y liga en fusión piadosa y sagaz, esperanza del pobre a la vez que garantía del rico, a los cubanos de más opuestos grados de riqueza y cultura, que ven un verdadero peligro, y síntoma de caquexia moral, en la intentona de crear en un pueblo de América, donde la inteligencia y la aspiración no son patrimonio de una minoría soberbia, una sociedad de categorías que al gozo viril de componer en justicia su pueblo rescatado, prefiera servir de apoyo al opresor que corrompe a su patria, por no abrir sus vidas medrosas a la fatiga de creación del mundo nuevo, ni reconocer a sus conciudadanos todos el derecho que les viene del buen uso de sus capacidades naturales, sello único de la autoridad entre los hombres. Ni a la demagogia ni a la pasión debe su fuerza el Partido Revolucionario, sino al concepto y análisis de nuestros problemas, al propósito de convertir en agencias útiles los errores del pasado, y al cariño y respeto con que junta a los cubanos que en la Isla desesperan sin ayuda ni voz, con los desterrados cuya culpa única será ante la historia aprovechar su libertad del extranjero para auxiliar a su patria

inerte. Ni puede el Partido Revolucionario permitir que el ánimo de la Isla, robustecido desde que conoce el plan ordenado de las emigraciones para su independencia, desmaye al creer culpable de ligereza o deslealtad al partido único de que puede esperar su inmediata redención. Cree el Partido Revolucionario que la revolución no se ha de intentar hasta no haber allegado los acuerdos y recursos necesarios para su triunfo; pero sabe también cómo la patria padece y piensa; y si el pundonor o el genio estallan, y los cubanos levantados desafían el poder que una banda atrevida burla felizmente desde hace años, nada podrá sujetar la rebelión que aguarda impaciente—oculta sólo a los que no la desean—en el alma de la Isla, ni el auxilio dispuesto de las emigraciones, que indignadas pasarían sobre quien quisiese negar a los sublevados de Cuba el oportuno amparo. En el desorden del noviciado volvería así a nacer la guerra inevitable; y el deber del partido creado para ayudarla, sería acudir a ella velozmente, a ahorrar sangre y yerros. Llevará a Cuba su auxilio el Partido Revolucionario; lo pondrá en manos del país, con asombro sin duda de los que sólo esperan grandeza de los hombres cuando conviene a su interés; y como soldado y ciudadano, no como intrigante ni dueño, seguirá la marcha de los ejércitos libertadores.

¿Qué es el Partido Revolucionario Cubano? España, o la villanía, intentará sin duda propalar, contra la declaración expresa, y tanto privada como pública, de los cuerpos del Partido y de sus representantes, que la obra unida de todas las organizaciones cubanas, desde la ciudad poblada a las puertas habaneras con recién llegados de Cuba, hasta los rincones recónditos donde resucita por toda América el valor errante,—la obra en que las emigraciones, divididas en la primer guerra, juntan unánimes, bajo su representación electa y responsable, los medios de llevar a Cuba el auxilio necesario para que ella establezca, sin presión ni invasión, la República libre,—la obra en que los revolucionarios históricos, aun los de fama más personal y agresiva, se congregan con nobleza admirable en una constitución admirable, en una constitución republicana para ofrecer a la Isla impotente la guerra robusta y respetuosa,—la obra que viene a encauzar, después de larga espera y necesarios errores, el pensamiento de guiar la revolución, con pruebas de hecho, de modo que no la tuerzan o mancillen las disensiones o la idolatría por donde padecieron en tiempos distantes las Repúblicas de América,—la obra donde trabajan a la vez todos los cubanos libres, sin lisonja al vano ni paga al vil, sin reparto inhumano de poderes futuros, sin más autoridad que la que arranca del voto individual en las emigraciones, sin más anhelo

que el de procurar a la Isla los medios de lograr en una guerra fácil la posesión de la patria detentada, y el derecho de levantar la frente entre los hombres,—no es más, acaso, que la empresa pueril de un soñador de revoluciones, que tiene atrás, por armada única, una aldea vocinglera. ¡Así puede la maldad pintar ante los cubanos confusos de la Isla la empresa pura y potente en que los cubanos todos de tierras extranjeras se han unido, desde los generales sazonados de ayer hasta la juventud recién llegada de Cuba, para ofrecer una vez a su patria los medios de ser libre!

Si en Cuba hubiese vías actuales, o cercanas al menos, de suficiente mejora; si no desfalleciera visiblemente el carácter personal, base única del bien público, en la existencia de ocultación, mendicidad y bochorno, que allí con raras excepciones se vive; si en un plazo racional pudiera esperarse de una metrópoli prudente la libertad necesaria para entrar a tiempo en el concierto de los pueblos con que ha ligado a Cuba la naturaleza; si no fuese preciso, para hacer a Cuba feliz bajo el gobierno español, nada menos que la mudanza total e imposible de una nación basada sobre la explotación de las colonias, en un pueblo capaz de sacrificar a la justicia las únicas fuentes de riqueza que nutren sus empresas, remozan sus ciudades, agabelan a sus políticos y sustentan su pueblo inquieto y desocupado,—pudiera el ideal sumiso de la emancipación, como pálido recuerdo de pérdida gloria, o visión vaga de lo porvenir, ceder, sacrificado, ante la libertad, siquiera incompleta, que se podría obtener sin riesgos y sin sangre. Pero cuando, después de la lección suprema de la guerra de diez años, repite y afinca el gobierno vencedor, so capa de falsas libertades que deshonran a quienes mentidamente las invocan, los agravios que llevaron a las armas a los que sólo fueron vencidos por su desorden e inexperiencia; cuando la importación continua de la burocracia corrupta e incapaz de España y la protección creciente al peninsular inculto, reducen a la miseria al padre criollo, que en vano busca empleo, salvo con grande y extraño favor, o lo compelen en plena paz al destierro voluntario; cuando la guerra sube silenciosa, hombre por hombre, de cada campesino a quien priva del sustento el soldado que le oprime, de cada obrero a quien desaloja el competidor de la península, de cada desheredado que trabaja de peón en la comarca donde su padre desposeído murió por la libertad, de cada mérito, vencido sin lucha, en la guerra sorda del peninsular predatorio contra el cubano maniatado; cuando la guerra, impalpable por su misma verdad y extensión, puede venir a ser, por punible desidia, el consorcio de la rebelión

novel y un auxiliar burdo e interesado,—urgente es que, en el general descuido, vele el Partido Revolucionario para que el país, que se rinde al azar, con la guerra en el alma, halle abierta a su hora la vía de la emancipación. ¿Quién, si no, lo salvará de la política concesionaria, que nunca llegará, aun en sus mayores triunfos, hasta privar al peninsular en Cuba de su supremacía, y dejará languidecer al país, fuera de su aptitud y de su época, bajo la liga inmoral y satisfecha de los beneficiarios españoles y un número exiguo de beneficiarios cubanos, servidos, de cerca o de lejos, por los que de España se valen como de barrera contra la igualdad, triunfante ya por todo el universo, de los derechos humanos? ¿Quién, si no, salvará a Cuba de la revolución vengativa o despótica?

No existe, pues, el Partido Revolucionario como el tesón ilegítimo de ideólogos marciales, por más que siempre se ha de considerar de mejor ley procurar el bien de un pueblo en la libertad de sus moradores que servir de instrumento al opresor incapaz del pueblo en que se nació; sino que es el Partido—fruto del profundo estudio de las fuerzas y vicios de nuestra revolución—la liga espontánea y unánime de las emigraciones cubanas, en un plan de sufragio y responsabilidad madurado y aprobado por todas, para atesorar el caudal de la guerra de independencia, y librarla desde sus arranques del misterio y capricho que suele, después de la más santa rebelión, pagar el pueblo incauto con el gravamen injusto de su hacienda, o la merma, cuando no la ruina, de sus libertades.

No desea el Partido Revolucionario, desconociendo el carácter humano y las lecciones de la guerra, ocultar por pasión o ignorancia los peligros de la lucha en Cuba, no mayores que aquellos de que pueblos semejantes se salvaron en época pasada e inferior, y preferibles siempre, dado lo fácil del remedio en suelo propio, a los males incurables y crecientes que los provocan: pero el Partido aprende a confiar en la historia serena, que relaciona los detalles y los juzga por la ley que los rige y por su composición final y beneficiosa,—en la historia que concede a los pueblos el derecho de balbucear, previo al de hablar, y otorga a los hombres a la vez el don de errar, y el de arrepentirse.

No ignora el Partido Revolucionario las dificultades y obstáculos de la guerra de independencia contra el último poder de España en América, y los esfuerzos que aún puede hacer su autoridad caduca en la nación que con la colonia pierde su primer sostén, y en la Isla, en que le falta ya el corazón, antes engañado, de los españoles que hoy

en gran número prefieren la desaparición del gobierno que los esquilma a asesinar su propia libertad en el pecho de sus hijos. Y el Partido, sin prisa ni ilusión, allega los recursos indispensables para poner, sobre la colonia expulsa, la República en donde puedan vivir en paz cubanos y españoles.

No intenta el Partido Revolucionario una guerra de invasión, que cayese sobre la Isla hostil a ensangrentarla sin su anuencia, o se arrogase la facultad que en el trastorno del país reside principalmente—fuera del título igual de la indignación, fuera del clamor del hijo huérfano y el corazón privado de todas sus raíces, fuera del derecho de todo ser humano a recobrar la patria en que no puede vivir con honor, fuera de la potestad de todo hijo de Cuba a rebelarse en ella contra el Gobierno que la estanca y corrompe—en aquellos que pudieran tener por escasa la fuerza de la Isla en que habitan, ante el poder de cuya venganza no sufrirían, sin embargo, más que los que, dueños ya en el extranjero de su libertad individual, no hallan paz en ella si no la usan para ir a conquistar la de sus hermanos. No es que la emigración intrusa quiera llevar a Cuba la guerra que condene el país, y a la que no podrán oponer la moratoria de una independencia más lejana los que con sus actos la estorben y desmientan, y empleen en su descrédito el favor que deben a su tácito culto; ni es que un cayo de cubanos ínfimos, de los menos letrados y vistosos, usurpe a la mayoría residente de la isla el poder de decretar la hora y carácter de la revolución: es que los cubanos, libres en el destierro de la desconfianza y espionaje que impedirán en Cuba siempre el ordenamiento de la guerra, cumplen con su obligación, todos a la vez—haciendo afuera lo que el país no puede hacer adentro—de allegar las voluntades y recursos necesarios para conquistar la independencia que desea la Isla. El Partido Revolucionario puede disponer, y dispone, la guerra que Cuba, ceñida del mar y celada por la traición, no puede preparar por sí; pero si la patria desoyera su ofrecimiento, y le echara atrás el brazo, el Partido Revolucionario acataría la voluntad de la patria.

Con honradez igual habría hablado el Partido a las emigraciones, a haberse podido convencer de que la Isla se negaba a la guerra; y si por la respuesta a su investigación respetuosa no tuviera conocido el asentimiento del país, el Partido no se habría considerado con causa para existir, porque la más noble pasión debe ceder el puesto a las realidades que la hacen inoportuna o imposible. Los cubanos expatriados, por justo que fuera su móvil, no tendrían el derecho de organizarse

para una guerra que la Isla rechazara, pero como en Cuba es unánime el deseo de la independencia, y poco más que unánime la convicción de que una guerra de unidad y de recursos, que no tiene hoy por qué durar y dividirse como la primera, derribaría fácilmente a un adversario cuya única fuerza está en la conformidad de los que se le pudieran oponer, el Partido existe, seguro de su razón, como el alma visible de Cuba, harto crecida para no desear empleo a sus fuerzas, y sobrado prudente para lanzarse a empresas temerarias. No pudiera el Partido Revolucionario, que congrega en su seno a cubanos de las más apartadas residencias, ostentar a las puertas de Cuba tal vigor, si la continua comunicación con ella no le trajese un germen de entusiasmo comparable a la flojedad que le vendría de la opinión contraria. En vano España, o la villanía, tacha de réprobos, o poco menos, a los cubanos emigrados que a costa de sus vidas y haciendas ofrecen a la patria, apta ya para la libertad, los medios de conquistarla, sin pedirle más premio que el honor de haberla servido como hijos: en vano se procuraría hacer recaer sobre las emigraciones de hoy, unidas de antemano para armar y ayudar sin tasa al ejército de la revolución, la censura que la emigración de ayer, culpable sólo de confusión primeriza, mereció por su falta aparente de auxilio en la guerra anterior. Porque no ayudaron se censura a aquella, y no se ha de censurar a éstas porque ayudan. Recién venida de Cuba es la mayoría de las emigraciones de hoy, y a los cubanos constantes del primer destierro ha unido su ímpetu la generación actual: asociaciones hay en el Partido Revolucionario formadas por los desterrados voluntarios de uno y otro pueblo de Cuba, y alguna hay, de expatriados recientes, en que está el pueblo todo: pueblos enteros han emigrado en estos años últimos de la miseria e hipocresía de aquella vida: con entrañables voces saluda la isla agradecida a los que limpian la vía de la guerra de los riesgos de desorden, localidad o mando flojo o excesivo que en los largos ocios que le permitió la emigración pausada, minaron y rindieron la guerra primera. Defrauda a Cuba quien le describa las emigraciones como resto enconado de la pasión de otros días, en vez de loar el espectáculo de un pueblo que en los errores de la primera tentativa ha aprendido la disciplina y tolerancia esenciales al triunfo: defrauda a Cuba quien describa las emigraciones de hoy, donde los más humildes oficios se igualan en grandeza a las altas fortunas, como cohorte de voceadores que va detrás de un empírico revolucionario. Las glorias todas de la guerra, libres en el extranjero, están en el Partido Revolucionario Cubano; en él los jefes de ayer, desagraviados con la

fructuosa unión de las emigraciones, fraternizan, soldados todos, con los que antes, en su noble impaciencia, tenían por poco amigos. Unense en el voto, a elegir su representación, doctores y obreros, fabricantes y mecánicos, comerciantes y generales. Junto al íntegro Presidente de nuestra República, espera ansioso, puesto a la mesa de una industria humilde, el bachiller descontento de su inútil diploma; y el hijo de padre ilustre no cree tener cedido su derecho de cubano porque nació de seno valeroso en los montes libres, y no pudo vivir en su tierra, satisfecho con menos honor. Ni a los cubanos de ayer se ha de negar el derecho de opinar sobre su país, porque sangraron por él diez años en la guerra; ni a los cubanos de hoy, porque, en busca de asilo para sí y salvación para la patria, cruzaron hace poco el mar. Los emigrados, sin más anhelo que el de servir a sus compatriotas impotentes, ordenan la rebelión que no pueden ordenar ellos, la salvan de los peligros que pudieran hacerla temer, y, en el instante en que la Isla desvalida parece a punto de abandonar su porvenir a la revuelta sin concierto o a las tinieblas de la nada, aprontan la guerra unánime con que el país puede lograr su libertad. Él decida.

La separación de España es el único remedio a los males cubanos. Redundancia fuera describir el estado del habitante de la Isla, criollo o peninsular, bajo el gobierno que distrae de la producción del país el tesoro con que lo tiraniza, y cobra en las innúmeras formas del soborno en presupuesto silente, más dañino por la inmoralidad que fomenta que por los caudales que acapara. La consideración de hermanos, que se han de guardar siempre los hijos de un mismo país, y la esperanza legítima en el reconocimiento final de su error, aconsejan dejar a su propia censura los actos de prolongada conformidad de los cubanos que han fallado en entender que el único problema real de Cuba está en el conflicto entre la aspiración del cubano a regir su propio suelo, y la incapacidad en que España estará siempre, por su resguardo e interés, de entregarle con el gobierno del país los privilegios en que mantiene a fuerza de armas a la población peninsular. Sin implicar que en el día de la República sean lastimados en su derecho de hombres nuestros padres peninsulares, condueños de la Isla por nuestro nacimiento, bien puede decirse que todo el caso político de Cuba está en la lucha por el predominio entre el cubano y el español. De sobra habrá siempre en tierra tan despoblada y rica espacio para el español trabajador, y el comercio legítimo de la península tendrá mercado constante en nuestras costumbres; pero debe cesar con la independencia del país, modo único

de obtenerlo, la injusta exclusión de los cubanos de las vías todas de la vida, en provecho del español favorecido. Pasea arrogante el necio o el aventurero por las calles donde solicita empleo en vano el mérito criollo, y expira el cubano insigne a los pies del politicastro tahir, el gozoso militar y el juez comprado. La necesidad fatal habitúa al criollo a la dependencia, y aun a la gratitud indebida, del español que posee lo más de la riqueza pública. O se come el pan con manchas, o no hay pan que comer. Buscan los políticos de la paz en leyes lentas de elecciones—leyes de perpetua servidumbre bajo la máscara de sus formas, que a lo sumo no vendrían a ser más que modos perfectos de suplicar a un interés contrario—el remedio a la perversión creciente y al desahucio de los naturales. Empléanse en servir al gobierno desmoralizador, con pretexto de combatirlo, las fuerzas que debieran emplearse en ordenar los ánimos para la defensa. Vive una minoría medrosa o complaciente, encarada a la patria deshecha, en las delicias del acomodo o la calma de la dejadez. Los mismos campesinos que aparecen armados en defensa de España, confundiendo con esta fidelidad monstruosa todas las bases de la moralidad, más cargan armas por quitarle oficio al guardia español, harto caro en los campos a sus protegidos, y para salvar las propiedades que el gobierno no le puede defender. Se cae la patria a pedazos. Fatigado el espíritu, y sin salida visible a tanta angustia, llega el cubano, solo en su vergüenza, o satisfecho en la contemplación de su virtud inactiva, a oír indiferente el clamor de su alma propia, como el presidiario de más blandas entrañas oye por fin sin temblar los alaridos del infeliz a quien las varas, al son de la música, desgarran las carnes desnudas.—En vano se pedirán a un dueño armado e imperioso las leyes que han de arrebatarse la prosperidad y el poder.

Pero está la separación de España y Cuba, para bien final de España misma, impuesta por más alta razón que la de sus intereses encontrados, la burla del derecho criollo y la postergación del país: y es la del espíritu y fin diversos de ambos pueblos, y su grado distinto en la composición social. Cuba, amaestrada en la guerra, la expatriación, y la estrechez misma de sus hijos en la isla para desarrollar la riqueza de su suelo y el vigor de su mente, más servido que herido por la mezcla de sus razas, es un pueblo superior, como entidad contemporánea, a pesar de su heterogénea y peculiar formación, a la nación española, que con su pueblo inerte en su organismo feudatario, vuelve, bajo el remedo superficial de las formas políticas extranjeras, a la verdad, retrasada por siglos, de sus nacionalidades originales y diversas, fuente lenta y única de su

reconstrucción, cegada en el arranque de la independencia contra el moro para alzar sobre ella la unidad que mantuvo, más que la misma religión triunfante, el botín deslumbrador de las Américas. Sobre las Américas quedó constituida la nación española, maleando desde la raíz su forma nueva con el azar y el ocio; y fuera de los siervos pegados al terruño, o los mercaderes que del descubrimiento habrían de aprovechar, buscó en las aventuras americanas y sus oficios lucrativos un rendimiento más pingüe que el del solicitante recomendado en la corte oscurecida de capas y sotanas. Con el subsidio colonial quedó desde el nacer viciada la monarquía española, que quebrará su forma inútil antes que pueda desprender de la constitución nacional—basada en el tributo de las colonias—el hábito y necesidad de dependencia de los empleos y comercios impuestos, para sostén de la península holgadora, a los países americanos. Desprovista España de trabajo real y directo con que nutrir su población emigrante, su milicia larga y levantisca, su numerosa magistratura, su gentío universitario y burocrático, la excrecencia toda de una monarquía que desaparece sin realizar la unidad para que fue creada, echa hoy sobre Cuba—sin tiempo, modos ni voluntad de sustituir sus bases coloniales—el peso que antes repartía por el continente, y no aligeran siquiera las industrias que con el ímpetu del siglo le han ido naciendo, y en el trato con Cuba tienen su sostén forzado y principal. Cuba, en tanto, enclavada entre ambas Américas en el crucero del porvenir, ve a sus puertas al mundo hervir y mudarse, los canales abrirse, el comercio de sus frutos crecer en manos libres, ligarse por tierra y mar con sus únicos mercados los pueblos de su misma producción y clima, mientras sus hijos, dotados con especial favor por la naturaleza, disciplinados en la guerra y la expatriación para el gobierno propio, y en las sorpresas de la suerte y la larga escasez para el trabajo, unidos, a pesar de sus simientes de odio, por la evidencia de su mérito común y su impetuosa aspiración a la cultura, desfallecen en impuesta ociosidad, atados a un pueblo elemental y lejano, cuya subsistencia depende de sus colonias sofocadas. El porvenir feliz de uno de los países ventajosos del mundo en la época más propicia de la libertad y el trabajo de los hombres, se estanca, aislado en el progreso veloz, y se pierde acaso para siempre, por mantener a un gobierno que ofende y empobrece a sus súbditos, por abastecer la población ávida del pueblo que lo oprime, y por orlar de palacios las calzadas de Barcelona y Santander. No puede Cuba, dispuesta ya para el progreso libre en el mundo americano, seguir de peatón

de un pueblo europeo, reino oscilante o república militar, que retrograda, tras siglos estériles de holganza y tiranía, al período de fomento de sus nacionalidades rudimentarias.

La independencia, sin embargo, pudiera temerse, si de ella hubiesen de venir peligros mayores que la ruina y degradación que la hacen deseable, o si crease conflicto alguno que no fuera, en cualquier forma política, natural e inevitable desenvolvimiento de la sociedad cubana, —capaz, con el simple trato equitativo entre sus miembros, de convertir en grande fuerza nacional los elementos que sólo podrían hacer peligrosos la arrogancia y la injusticia. Son suma los pueblos de las aptitudes de sus hijos: y Cuba habrá de ser,—con el ímpetu de la libertad, la exención súbita de sus tributos onerosos, la conversión al peculio nacional de los caudales que hoy paga al vicio y la tiranía, y el retorno de los cubanos hechos a la dificultad y la creación en la aspereza del destierro,—conjunto robusto de la laboriosidad, moderación y empuje de que en el mismo país oprimido, y en los pueblos más agrios de la expatriación, ha dado muestra, humilde o culto, el criollo cubano. Llega Cuba a la vida de América, por sus hábitos de trabajo, disciplina liberal, extensas peregrinaciones, mejoras modernas, aspiración pública y feliz geografía, con elementos muy distintos por cierto del patriciado indolente, las constituciones postizas o teocráticas y el campo inculto e inaccesible que estorbaron, con conflictos en su mayor parte ajenos a Cuba, el desarrollo, en una época sin luces y sin vías, de las primeras Repúblicas Americanas. En la guerra y en los primeros años de la paz tuvieron los Estados Unidos, puestos a menudo de ejemplo inimitable ante oyentes crédulos, los mismos celos, traiciones y desdenes, las mismas disidencias, rebeldías y conflictos, las mismas intrigas, cábalas y crímenes que pudieron haber afeado nuestra guerra, o nos afearán la República mañana.—De padres de Africa, ignorantes y sencillos, ha nacido en el país gran número de cubanos, tan aptos por lo menos para el arranque original y productor de un pueblo naciente, como aquellos de color más feliz que en la desgracia y el trabajo no hayan purgado su sangre de soberbia y molicie; pero el amor engendrado entre unos cubanos y otros en los diez años de guerra, el lazo natural que para siempre liga al cubano esclavo con el que lo rescató de la servidumbre, los méritos de trabajo, orden y generosidad por donde el liberto, en condiciones desiguales, se ha mostrado tan capaz y bueno como su señor antiguo, y el adelanto rápido y afanoso de los cubanos redimidos, más que los casos patentes de cultura extraordinaria, son hechos de influjo social

superior, para la paz y asiento del país, a la inquietud que pudiera causar el deseo vehemente de salvar las vallas que en todo color se dejan al fuero privado, o la negación sistemática y ofensiva del alma igual del liberto, y del respeto público que se ha de tributar a sus derechos, talentos y virtudes.

Pudiera también el que quisiese alejar de la Isla el estudio, en todos los pueblos creciente, de los problemas de la sociedad contemporánea, ver con temor innecesario las garantías más firmes de la paz, que son el debate franco de las aspiraciones del hombre, siempre al fin conformadas a la realidad y a su naturaleza, y el deseo brioso de toda especie de mejoramiento, por donde los pueblos se salvan de la anemia y de la tiranía. Sólo la opresión debe temer el ejercicio pleno de las libertades, y apenas hay espectáculo más noble que el del hombre descontento de la iniquidad del mundo, ni almas más puras que las que, adórnennas o no fortuna o letras, buscan sedientas el alivio del dolor humano. Ancha es la tierra en Cuba inculta, y clara es la justicia de abrirla a quien la emplee, y esquivarla de quien no la haya de usar; y con buen sistema de tierras, fácil en la iniciación de un país sobrante, Cuba tendrá casa para mucho hombre bueno, equilibrio para los problemas sociales, y raíz para una República que, más que de disputas y de nombres, debe ser de empresa y de trabajo. El español por su parte, sin ver que es padre nuestro, ni meditar en la hermandad de aspiraciones que une al cubano rebelde a los abusos de sus dueños, y al peninsular que de ellos padece como él, podría temer el desborde de un odio que jamás se asiló en pechos cubanos; pero será vano su miedo, porque de Cuba sólo se ha de desarraigar el gobierno que la aflige y el vicio que la pudre, no el hombre útil que respete y ayude sus libertades: y si la pasión quisiese vengar en las cabezas inocentes los crímenes del gobierno vencido, habrá sobrados pechos que se pongan de escudo entre el inocente y la venganza.

La impericia republicana, natural en las mismas clases cultas de un pueblo donde el deseo tímido adquiere en el estudio literario la noción de la libertad que todo niega alrededor, puede inspirar en los cubanos teóricos el miedo de trastornos que no espera quien en lo real de las Repúblicas haya aprendido que el peligro de ellas no está tanto en la muchedumbre aspiradora, que en su libertad y cultura corrige al ascender su propia vehemencia, como en la altivez y vanidad que ignoren que el reconocimiento constante y sincero de los derechos naturales es salvaguardia única y suficiente de las más complejas sociedades humanas. Sólo ese desasosiego del cubano colonial, a quien la preocupación y depen-

dencia de su vida predisponen a desconocer las pruebas de acuerdo y vigor ya en su pueblo visibles, pudiera, unido al pánico inmotivado del español pudiente, buscar la salud de Cuba en el ingreso limosnero a una nación que debió a la sangre de los combates su libertad, que de su territorio ya distribuido ve desbordarse sobre la presa de los pueblos débiles su población agresiva y codiciosa, y que no ha sabido resolver para sí el problema mismo de que se irían a refugiar en ella los cubanos. Ni el español que defiende sus empresas y tiendas ha de querer, mientras sea hombre de razón, abrir la Isla a la horda avarienta que con el favor político y poder de la riqueza monopolizada, barrería de Cuba el comercio español; ni el cubano que teme, sin causa visible, el predominio de los libertos en la República, ha de procurar la anexión a un país que, por los labios mismos de su Presidente mártir, tiene escogida a Cuba como la tierra propicia para vaciar en ella la población liberta que embaraza a los Estados Unidos. En vano desconocen los cubanos imprudentes que el respeto conquistado por la propia emancipación, y el comercio libre, son los únicos medios de mantener la paz cordial entre la colonia que sale convulsa e inexperta de un gobierno tiránico, y la nación adelantada e impaciente que, en el conflicto de los caracteres y los métodos, arrollaría en la anexión las fuerzas que estimará, y llegará a amar, en el goce del comercio pleno que se le ha de abrir con la independencia.

En este desconcierto de ideas y voluntades, en que la Isla sin rumbo desespera de la demanda nula de la autonomía, irrealizable sin la previa mudanza de la íntima y terca naturaleza de la nación española,—o fía a la idea vaga de una anexión inconveniente, sin orden que la pida ni pueblo que la oiga, el remedio premioso a la descomposición del país,—o duda de aspirar a la independencia, por el temor de la poquedad o desorden de la guerra que la ha de obtener,—los cubanos que tienen la voz libre en tierras extranjeras, recogiendo en un plan de acción continua las lecciones todas de la expatriación y la primer república, se unieron en la organización que, por su acatamiento al país, el estudio y vigilancia de sus peligros desatendidos, y su misión única de llevar a la Isla desvalida los medios necesarios a su redención, no viene hoy sin títulos, con motivo de un suceso que pudiera ocasionar juicios confusos, a explicar su obra de previsión y de cariño, bajo el nombre de Partido Revolucionario Cubano. Vergüenza de sus promovedores, y culpa de que no los pudiera redimir el mismo éxito, serían las de aumentar los males de la Isla con la amenaza de la guerra insuficiente para el fin que

se propone, o compuesta, en la pasión y ceguedad, con los peligros que suelen ser precio harto caro de la más anhelada victoria. Si Cuba necesita de un guardián celoso contra la guerra incauta, contra la exaltación del entusiasmo ignorante por un demagogo terco, contra la tiranía embosada a veces bajo el servicio aparente de la libertad, contra la desidia satisfecha que se pone de valla a la obra laudable de sacar a la patria de su postración,—ese guardián celoso es el Partido Revolucionario. Digno del amor y la confianza de Cuba, él pide a cubanos y españoles que aceleren su parte de labor para fundar en la Isla un pueblo de verdadera libertad, seguro para sus moradores, respetable para quien pudiera codiciarlo, amparado del desorden por la práctica de la justicia, y apto para ocupar, cuando aún es tiempo, su puesto de lucro y honor entre los pueblos trabajadores de América.

Con la reverencia de la primer república en el alma, y su espíritu mismo de sacrificio y abnegación, trabajan sin reposo los cubanos expatriados, desde las aldeas indígenas de América hasta su ciudad más populosa, no por recobrar a mano armada una tierra a donde la mayoría de ellos pudiera vivir en la paz infecunda, sino por ayudar, con su peculio y con sus vidas, a crear un pueblo moral y feliz, antes que pase por sobre él el mundo presuroso, en la tierra, sembrada de héroes, donde el cubano no puede ni vivir con honra ni aspirar a la felicidad. El amor sensato a las libertades públicas, la natural tristeza de ver sumisa y en riesgo de mortal abatimiento a nuestra propia sangre, y el indomable anhelo de restituir al decoro de otros días el pueblo que hoy se desmigaja en el período más vergonzoso de su esclavitud, unen en conmovedor desinterés a los héroes constantes de la guerra, fieles a Cuba como a una madre, a los expatriados que prefirieron a la zozobra colonial el rudo y útil ensayo en las tierras afines del carácter que han de probar luego en su suelo propio, y a los que con el ímpetu de la nueva indignación, huyen de Cuba día tras día, y de la miseria y el bochorno, dan a la revolución naciente el fuego angélico e ímpetu inconstable de 1868. Cuba ha de amar, Cuba no puede aborrecer a estos Jefes, sobrados ya de gloria, que por defenderle su libertad volverán a dejar solas sus casas, sin más amparo que el que les quiera dar su pueblo agradecido; a estos hijos acaudalados, que del seguro de tierras extranjeras, acuden con su tesoro a conquistar a su país el bienestar de que ellos ya disfrutaban; a estas admirables masas cubanas, levantadas en el destierro a rara cultura, que de un jornal infeliz sacan porción principal para dar patria libre a los que las desconocen y desdeñan. Por la eman-

cipación de la patria trabaja el Partido Revolucionario; por la concordia de los hijos de Cuba, que pudieran luego ensangrentarla con sus odios; por extirpar, desde la guerra inicial, los peligros que amenazasen a la República; por levantar una nación buena y sincera en un pueblo que habría de parar, si se le acaba el honor, en provincia ruinosa de una nación estéril o factoría y pontón de un desdeñoso vecino. Él expone ante los pueblos de la tierra la razón y conveniencia de la emancipación de Cuba, y su ansia de entrar a trabajar en el mundo moderno; él proclama y prueba los méritos de orden y virilidad del carácter cubano; él despierta el respeto de los que pudieran acelerar con su ayuda la santa obra, o estorbarla con su esquividad; él, con el reconocimiento cordial de todos los derechos, prepara a la patria el goce pacífico de su cultura y su riqueza; él continúa en el pueblo cubano la unión sublime de almas que comenzó en la guerra; él, con el respeto a Cuba y con su asentimiento, prepara, libre de ambiciones, la guerra que Cuba anhela, y en su servidumbre no puede preparar. El Partido Revolucionario ofrece a Cuba su parte hecha de la revolución por la independencia: el país sabrá si en esta oportunidad de ser libre, rechaza la oportunidad, y continúa esclavo.

El Delegado del Partido Revolucionario,

JOSÉ MARTÍ

JUNIO-JULIO / 1893

1. AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ-
2. A SOTERO FIGUEROA
3. A FERNANDO FIGUEREDO
4. A SERAFÍN SÁNCHEZ
5. A JOSÉ DOLORES POYO
6. A SERAFÍN SÁNCHEZ
7. LA DELEGACIÓN DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO
CUBANO A LOS CLUBS
8. A LOS PRESIDENTES DE LOS CLUBS

AL GENERAL MAXIMO GÓMEZ

Cabo Haitiano, 6 de mayo 1893⁸⁹

Señor General Máximo Gómez

General:

No le quiero escribir. Lo que llevo en el alma, no cabe en palabras. Véame siempre a su lado, que lo envuelvo con mi corazón. Si quiere saber más de mí, pregúntelo a sus hijos. Déjeme callar. Ahora a hacer lo que falta.

El cuerpo flojo, y Dellundé, bueno. El sábado salgo. Escribo a Guelito lo que debo, y lo que conviene. Todo protege y guía... Yo, merced a la grandeza de Vd., llevo en el alma uno de los goces más limpios del mundo. Protéjame con su pensamiento y no deje que me olviden en su amada casa.

Su

JOSÉ MARTÍ

A SOTERO FIGUEROA

El Cabo, 9 de [Junio] 1893

Sr. Sotero Figueroa

Mi noble Figueroa:

Escribo a escape, a la salida de un inesperado vapor, y con el estribo en el que me lleva a Puerto Príncipe, de Haití. De salud no voy bien,

⁸⁹ Evidentemente que Martí, por un *lapsus calami*, fechó esta carta como escrita en mayo en vez de junio.

pero llevo en el alma cuanta alegría puede dar a un hombre bueno el trato íntimo, en momento de fundación, con la absoluta grandeza de los demás.

Vengo de días históricos, y sigo en ellos. Mis deseos y proyectos han sido plenamente realizados. Mi fe en la estabilidad y gloria de nuestra nación es absoluta. Reprimamos nuestra alegría, para que no se conozcan por ella nuestros próximos hechos. Pero rebose indirectamente en cuanto Vd. escriba y haga.

Patria en manos de Vd. está segura, y en su corazón limpio, y en su alto juicio. Importa, sí, no hacer la menor alusión a cosas cercanas. Que nuestra fe se refiera a nuestra organización, a cosas de que no se puedan deducir hechos concretos. Insistamos un día y otro que todo depende de la Isla; que de ella es la voluntad; que aunque todo lo tuviésemos pronto, la decisión será de la Isla. Así es, y así ganamos tiempo y adelantamos bajo cubierta. ¿Qué le tengo que recomendar? En palmas va por todas partes nuestra idea.

Aver hablé de Vd. con un haitiano extraordinario, que por Betances y por *Patria* lo conocía; con Antenor Firmin.

Para Julio estaré allá. No se me canse. Ponga mejilla de cuero a la maldad. ¡Habrá tantos que al terminar nuestra obra traten de apoderarse de ella! Quiera a este enfermo suyo. A la vuelta será lo de las notas. Ahora déjeme seguir ligando con fortuna para mí mismo increíble, los hilos mayores.

¡Qué esperanza en todos! ¡Qué unanimidad! ¡Qué caridad con el pobre viajero! Le abraza y le saluda la casa, su

MARTÍ

3

A FERNANDO FIGUEREDO

Junio 14, 1893

Fernando querido:

Uno aquí expirando, sin sueño, y sin comer, y atendiendo como una abeja a todo, sin un ápice de ceguera ni de cobardía, y con el pecho alto como las nubes y los amigos de uno callados en el Cayo; y con los labios de morriña, porque el impresor ha salido perezoso, y no ha podido acabar aún, tras dos meses de labor, el libro que, por estar ya⁴⁰

⁴⁰ Roto el original.

pliegos, había de preceder a esa querida el⁴¹ pensable Historia de C.⁴²
Luego⁴³

—¡Uno sufriendo aquí quién sabe de qué penas, y de la de acomodar el espíritu nuevo y saneado a la historia exigente e inflexible, y de humillar contento el espíritu brioso a esta o aquella dilación, y el buen amigo del Cayo enfurruñado, porque, por culpa de otros, que no saben del rayo, no le está ya cumplida la promesa de imprimir! He tenido, Fernando, en estos días, tristeza grande y larga primero, y luego mucha labor: en estos días Vd. me imagi⁴⁴ n/ hará y yo no tengo nada que decirle: ni caer en trampas ni perder momento; ni prescindir de nuestras cabezas naturales, ni dejar perder la verdadera oportunidad.—Converse con Serafín y Poyo, a quienes escribo sobre esto. Tengo los ojos sobre lo de las Villas: parece otro Purnio, acaso más sombrío: o la mano forzada, fuera de tiempo y necesidad.

4

A SERAFÍN SANCHEZ

Bath Beach, Julio 22, 1893

Sr. Serafín Sánchez

Serafín muy querido:

El correo lleva carta, por donde verá Vd. la razón de la justa alegría que con Vd. como quien más comparto, y de que con su propia persona, sobria y decidida, le lleva el mensaje mejor nuestro Comandante Porfirio Batista y Varona. Todo va estando, y él es la prueba, y lo ha visto con sus ojos. Él es amigo de Rogelio, que sólo puede querer a los que se le parezcan. Allá se lo mando a su corazón, para que hermanen, y esperen juntos la hora de empezar; que ahora sí, con la voluntad activa de Cuba que ya conocemos, parece cercana. ¡Si ya no siento mis males, y creo que se me curan, desde que se me quitó la angustia de que todo lo hecho fuera vano, porque la tierra no quisiese servirse de nosotros! Bese la mano de Pepa, estime a Batista en lo que vale, y véale el alma contenta y cariñosa, y encendida, a su

JOSÉ MARTÍ

⁴¹ Idem.

⁴² Idem.

⁴³ Idem.

⁴⁴ Idem.

A JOSÉ DOLORES POYO

Bath Beach, Julio 22, [1893]

Sr. José Dolores Poyo

Amigo queridísimo:

Ya escribo por el correo, aunque todavía en el hervor de la vuelta, y en el justo contento de lo que traigo y lo que hallo, más estoy para callar y abrazar que para la pequeñez de decir cosas grandes en carta. Ya le digo aparte que los arreglos de acción con que he vuelto, de acción simultánea y pronta, encajan y se autorizan con el entusiasmo y disposición que las comisiones de Cuba, que aquí aguardaban, me revelan. Estas líneas no son para eso, sino para presentarle y recomendarle, como el cubano valiente y caballeroso que es, y como persona que acaba de acreditarse de sensata y discreta, a nuestro comandante Porfirio Batista y Varona. Baste un rasgo: deja en Guatemala todo lo que tenía para ocupar su puesto en Cuba. Al Cayo va como a estación de espera. Abra-le los brazos. Démele, en cuanto lo desee, su consejo superior. De otras cosas, Vd. le verá enseguida el carácter sobrio, y le oirá con júbilo la gran fe con que ha vuelto del Camagüey, donde son suyas todas las casas principales, y es él persona amada.

Conversen. Yo quedo aquí, casi bueno del gusto, penetrándome de todo antes de echar la voz al aire. Figúrense que me tienen esta noche sentado entre Vd. y Clarita, en un sillón de su casa.

Su

JOSÉ MARTÍ

A SERAFÍN SANCHEZ

New York, 25 de Julio de 1893

Sr. Serafín Sánchez

Serafín muy querido:

Para Vd. pongo, después de las que llevó Batista, las primeras líneas, que el trabajo fructuosísimo de estos días me deja escribir. Todo lo suyo lo he leído. Me he bebido las noticias. Caí postrado el día mismo

en que se fue Batista, y el siguiente: ¿fue la enfermedad, o el quehacer grande, o el gozo de ver nuestras cosas en hilera? Hoy mismo no le puedo escribir aún: el día, que era para Vd., lo he invertido íntegro en una comisión plena de Matanzas, totalmente en acuerdo con el espíritu y acción con las demás comarcas de la Isla. Estamos, pues, de recogida, y marcha. La pobreza reinante cesará a tiempo: no creo que nos entorpezca. Sobre vernos, yo no iré ahora allá, porque aquí estoy, y sigo, recibiendo gente de Cuba y esperando más, y de aquí ha de ser ahora la campaña inmediata. Déjeme decirle, en esta carta y la que sigue, el estado de los trabajos, y en todo caso, sería Vd., quién viniese, y en toda probabilidad será.

Lo primero en que debo pensar es que todo queda, en plan general, detalles, y personas, acordado con Gómez, sin un ápice de discrepancia, ni más demora que la precisa para terminar la organización de Oriente, menos completa que las demás, y para lo que queda comisionado a Maceo, de quien vengo enteramente satisfecho, y que tiene a honor, de él mismo solicitado, el que se sepa su parte de compromiso. Oriente está bien, pero desigual, y en algunos puntos abandonado de propósito, a lo que se ha de acudir con prisa, para nivelar la organización con lo demás. De Manzanillo me vino comisión, y va otra, delicada, por lo de Incháustegui y Maceo: Vd. me ayudará a preparar la paz. De otras comarcas, vienen las noticias más favorables. El Camagüey, uno. De las Villas, Santa Clara es lo que me preocupa, y Marcos aún, aunque ahora podemos rodearlo más. Matanzas, depurada y satisfecha, y con agregaciones de la más alta importancia. Los de la Habana, ya vienen a nuestros brazos, con sinceridad de que no quiero dudar.—Ahora, pues, la duda de conciencia está removida. Hay que poner a las emigraciones, respetando la penuria presente, en el deseo y capacidad del último esfuerzo: hay que ordenar las expediciones, y proveer de armas la Isla, por las vías abiertas, sin escándalo y sin antelación peligrosa: hay que situar dentro de poco los que nos sirvan de levadura donde sea menester. El riesgo era que Cuba no estuviese dispuesta a la acción, o que se necesitase más de lo que tenemos, o que no hubiésemos podido reducir a nuestras cabezas a una acción común. En todo hemos vencido. De Gómez vengo enamorado, y no puedo recordarlo sin ternura. Maceo no me ha opuesto el menor obstáculo, me llevó él mismo al Presidente de Costa Rica, se ha libertado del contrato que lo entrababa, ha dejado ajustado conmigo su modo especial de ir. Calixto, pronto.—Confortaremos las emigraciones, hablaremos a la Isla otra vez, redondearemos el

tesoro, y lo distribuiremos enseguida en acuerdo con el plan ajustado. De tal modo me posee el ansia de acción que hoy, más que nunca, me estorba escribir. ¿Ni a qué esperar más, por meticulosidades de economía, o deseo mío excesivo de no llamar la atención? Venga enseguida, y así le daré la impresión entera, la llevará de viva voz, y me dejará las suyas, y ajustaremos su parte de obra. Los comisionados se vuelven satisfechos, y con el pensamiento unánime. Riegue por allí entusiasmo. No oculte mi alegría. Que sepan su viaje. Venga pronto, antes de mi operación. Quiero remendarme en tiempo, y recobrar, si es posible, la salud indispensable para la enorme campaña final: dinero, uniformidad, sigilo.—Va una circular a los clubs, pero es para todos. Otra nota irá al Cuerpo de Consejo; pero la otra labor, la de las comisiones, muchas y minuciosas, me roba noche y día. Es preciso que queden bien atendidas. A publicaciones, cartas y notas, y con los hechos visibles, desatancaremos por ahí las almas tristes: eso no me apena. Venga, que veo bien que eso mismo convendrá. Enseguida lo devuelvo a Pepa, de quien hablamos sin cesar en casa de Gómez. En los tres días, Gómez y yo dormimos tres horas. Panamá, entero. Excelente, Costa Rica. Deséeme salud, y con la verdad saldremos a puerto. La Isla quiere. Eso es todo lo que era menester.

Un abrazo a ese bravo Raimundo, y a Rogelio. Aquí le arreglo el viaje, si Teodoro no lo puede hacer por cable. Léale ésta a Fernando. Y en camino. Su

JOSÉ MARTÍ

7

LA DELEGACION DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO A LOS CLUBS⁴⁵

[Julio, 1893]

Señor Presidente:

La Delegación acaba de volver del viaje que emprendió para acelerar los trabajos de acción en el extranjero, a fin de estar a todo instante en capacidad de comenzar la guerra unida, segura y democrática que

⁴⁵ Según Enrique Trujillo, *Apuntes Históricos*, página 184: "A fines de julio el señor Martí distribuyó entre los Presidentes de los Clubs adscriptos a su Partido una circular, con carácter privado, pero que fue publicada en *El Yara* de Cayo Hueso".

la astucia o el miedo de España pudiera querer precipitar. No tratamos en palabras, ni en mero vocerío de patriotismo: tratamos de vida o de muerte, y de aprovechar la última oportunidad para la independencia de nuestra patria, que peligraría para siempre acaso si no la preparásemos con el empuje secreto, el tesoro gradual y continuo y la unánime grandeza con que hemos logrado—digámoslo con la mano en la conciencia—poner ya la idea a las puertas de la realidad. Nada se opone ya a la terminación y realización de nuestros planes. Cuantas redes nos ha tendido el enemigo sagaz, las hemos vuelto sobre su cabeza. Las cobardías que aconseja y paga, valiéndose de las angustias pasajeras de la vida o de cualquier apariencia favorable, sólo deshonrarán y desacreditarán a los que se presten a servir al enemigo astuto, en la hora en que la indignidad inseparable de ciertas naturalezas, es manejada y movida por las agencias españolas de modo que parezcan, aunque no sea más que a los ciegos y ligeros, el fracaso o el decaimiento de nuestro patriotismo. Es mucha la nobleza que el Delegado acaba de ver para que pueda preocuparse siquiera de cualquier nuevo ardid de España, impotente para echar abajo la obra, ya seguramente trabada, de los cubanos de todas partes y de la disposición jurada y proclamada de sus jefes a pelear por fin, puesto que es la verdad gloriosa y confirmada que nuestra Isla nos lo pide y nos lo ordena,—a pelear, abandonándolo todo, bienestar y consideración y familia,—a pelear, olvidando magnánimas diferencias y celos, hasta que los cubanos entren al fin, con la patria libre, en un estado nuevo donde la dignidad despierta los haga incapaces de infamias que los manchen. Cuanta grandeza y unanimidad y sacrificio fue a buscar el Delegado entre los jefes inmediatos y activos de la guerra, tantas ha hallado, y más porque el Delegado viene henchido de ternura y admiración: ¿qué importaría un puñado de gusanos ante tanta sublimidad y abnegación, ante el martirio sonriente de los que están dispuestos a morir por los mismos que nos deshacen?: es tanto el azul del cielo que no lo puede empañar una nube. Jamás fue tanta nuestra virtud, tan compacta nuestra acción, tan cercano nuestro esfuerzo, tan probable nuestro éxito. Cuantos obstáculos hubiéramos podido encontrar, hasta los obstáculos insuperables que a la mayor virtud pone siempre la ambición o vanidad de la naturaleza humana, nada han podido, ni han aparecido siquiera, ante esta alma de redención que hoy nos consume y nos inspira. Somos un ejército de luz, y nada prevalecerá contra nosotros. Nos queda por hacer lo que sabemos que queda por hacer, y será hecho, porque pasará todo lo que debe pasar, y en los luga-

res donde se oscureciese el sol, quedará el sol por encima. Pero las condiciones todas del triunfo están logradas y concertadas. La acción posible en todos los momentos, no hay ya sorpresa ni desacuerdo que pueda echarla atrás. Esa es la verdad, que el Delegado viene a decir. Todo lo que a esta hora debía estar hecho, está hecho:—Todo lo que en todo momento debe estar junto, está junto.—Con la autoridad y el orgullo de nuestra conciencia, podemos decir a nuestro pueblo:—todo está preparado, todo está vencido.

Una sola angustia tenía la Delegación, al volver de su viaje con la fuerza y orgullo extraordinarios que le han dado el sumo desinterés y el patriotismo ardiente de las emigraciones que acaba de visitar, y de los héroes que viven en ellas. Y la angustia era, siendo como es el PARTIDO REVOLUCIONARIO un partido de respeto y verdad, que esta actividad nuestra no fuera imitada en la Isla,—que el corazón del país que es nuestro, cercana ya la hora feliz, no latiese tan brioso como nuestro corazón,—que nuestro patriotismo nos alucinara, y el campo de batalla viniera a estar menos dispuesto que los que queremos ir a él. Pero el alma rebosa aquí también de orgullo santo: el temor era vano: todo está, en esto también, como debe estar: la pelea cercana no arredra a Cuba, sino que Cuba nos espolea y la apetece: es menos lo que hacemos, con ser tanto, de lo que Cuba nos exige: no haya miedo de que nuestros esfuerzos caigan en el vacío: hemos crecido debajo de la tierra: se nos ama, se nos desea, se nos espera: hemos encendido el corazón de nuestros hermanos.—La prudencia no deja decir más: ¡bendita sea nuestra patria!

Otra angustia, si el Delegado no conociera a la emigración, hubiera podido tener, y no tuvo jamás: ¿habría sido posible, sería nunca posible, que cuando por el comité de la emigración, salvo al menos de la muerte en el extranjero, se une y decide Cuba, por la fe en los emigrados, ante el peligro diario de la muerte, decayésemos, menguados, en nuestra promesa y nuestro honor, y dejáramos solos a los que hemos convidado a morir? ¿Habría sido posible, cuando por el respeto que les hemos sabido inspirar vuelven al servicio, más potentes y generosas que nunca, nuestras virtudes, cuando los demás han hecho ya toda su parte, cuando tenemos ya en fila y a la mano todo nuestro ejército, cuando hemos realizado lo que nunca hasta hoy hemos podido realizar, que dejásemos en la inacción a tanta gloria, en la desesperación a la patria que la aguarda, y en deshonor perpetuo el nombre de las emigraciones salvadoras? ¿Habría sido posible que todo estuviese a su hora pronto,

y en el instante de la cita decisiva, no acudiesen a ella, dignas del país y de sus héroes, las emigraciones?

Pero en eso también es mucha la grandeza. De esto también viene orgullosa la Delegación. El espíritu ha cundido y los cubanos tienen fe, aprontan contentos su tributo, y se aman unos a otros. Con entusiasmo de religión se juntan los que no estaban juntos antes, olvidan lo que no se había podido olvidar hasta hoy, ofrecen y anticipan para la suprema acometida un esfuerzo supremo, vibran de entusiasmo, rodean a nuestros héroes. Nadie se lo pide; les nace así del corazón. Se han organizado, los lugares que aguardaban la visita o los hechos para la organización. Grupos nuevos valiosísimos, de especial significación y valor, se levantan en secreto, donde no es conveniente o posible su aparición pública. Clubs nuevos, y pueblos, tiene el Partido. Cuba adelanta; sus héroes trabajan juntos, con un solo pensamiento, olvidándolo todo, menos los deberes de la abnegación y la verdadera superioridad. Callados, estamos marchando todos.

Que nadie detenga su paso. Véase el cuadro admirable, y nadie se puede fuera de él. No importa que aquí o allá se esté en pobreza: la realidad ha de tenerse en cuenta siempre, y no se pondrá en agonía a los pobres; para ellos ha de ser principalmente la libertad, porque son los más necesitados de ella, y no se les ha de agobiar en nombre de ella: la pobreza pasa: lo que no pasa es la deshonor que con pretexto de la pobreza suelen echar los hombres sobre sí. Allí donde haya aflicción, la patria, que está más fuerte de lo que parece, puede esperar a que la pobreza pase; la aflicción está en unas partes, pero en otras no: en el reparto de las cargas está el buen gobierno: lo que unos no pueden hacer en la hora de su cruz, los que no están en la cruz lo hacen: lo que importa es que se vea la fe, y no se deshonor nadie. Marchemos todos de modo que nos vean. Por un indigno haya cien dignos. El gobierno español paga, allí donde vé angustia, a cobardes y arrepentidos aparentes, para que aparezca que los cubanos todos, allí donde son más en número, son cobardes y arrepentidos. Lúzcase más sin que haya esa oscuridad. Donde haya esa vileza pagada, no se haga violencia a la vileza; déjesela sola, paseando a la luz libre, para que la historia cuente los viles. Levantemos todos el corazón, y veamos el espectáculo admirable de las emigraciones ligadas en la democracia justa y amorosa, de los héroes unidos en un plan abnegado y experto, de las obligaciones todas cumplidas sin desmayo, aunque a uno le cueste lo último de su bolsa y a otro lo último de su vida.

Repitámonos la verdad: todo adelanta: cuanto se ha intentado, se ha hecho: ya no son posibles la sorpresa ni el desorden: extraordinaria es la grandeza del corazón cubano: haga cada uno su parte de deber, y nadie puede vencernos, y se hará lo que está cerca, y la patria será libre. Esta es la situación de hoy: ¡nunca estuvo más viva la patria!

En cuanto al deber, el Delegado cree humildemente haber cumplido con el suyo: no puede creer, por tanto, que ningún otro cubano haya faltado a él.

En usted, señor Presidente, saluda a cada uno de los miembros de ese Club,

El Delegado,

JOSÉ MARTÍ

8

A LOS PRESIDENTES DE LOS CLUBS

[Julio, 1893]

Nada se opone ya a la realización y terminación de nuestros planes.

Cuantos obstáculos hubiéramos podido encontrar, hasta los obstáculos insuperables que a la mayor virtud pone siempre la ambición o vanidad de la naturaleza humana, nada han podido, ni han aparecido siquiera, ante esta alma de redención que hoy nos consume y nos inspira. Somos un ejército de luz, y nada prevalecerá contra nosotros. Nos queda por hacer lo que sabemos que queda por hacer, y será hecho, porque pasará todo lo que debe pasar, y en los lugares donde oscureciese el sol, quedará por encima

La acción posible en todos los momentos, no hay ya sorpresa ni desacuerdo que pueda echarla atrás. Esa es la verdad, que el Delegado viene a decir. Todo lo que a esta hora debía estar hecho, está hecho. Todo lo que en todo momento debe estar junto, está junto. Con la autoridad y el orgullo de nuestra conciencia, podemos decir a nuestro pueblo: todo está preparado, todo está vencido.

No tratamos en palabras, ni en mero vocerío de patriotismo: tratamos de vida o de muerte y de aprovechar la última oportunidad para la independencia de nuestra patria, que peligraría para siempre acaso si no la preparásemos con el empuje secreto, el tesoro gradual y continuo y la unánime grandeza con que hemos logrado—digámoslo con la mano en la conciencia—poner ya la idea a las puertas de la realidad.

JOSÉ MARTÍ

DE *PATRIA*, NUEVA YORK

19 DE AGOSTO DE 1893

- 1. LA CRISIS Y EL PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO**
- 2. POBREZA Y PATRIA**
- 3. OTRO CUERPO DE CONSEJO**

LA CRISIS Y EL PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO

Las casas que se levantan sobre puntales de papel, se vienen abajo en cuanto sopla un viento pasajero: el viento, vencido, azota en vano la casa que se levantó, como los árboles, sobre largas raíces. El pródigo que cuenta con el azar y vive a la loca, desaparece deshonrado o befado, en cuanto baja la espuma que lo cargaba por el mundo: el previsor, que gasta en lo necesario y niega a los pícaros la bolsa, que no reparte entre timadores el sudor del trabajo virtuoso, ése mide de antemano la ola y el vendaval, y pone a la patria por sobre su cabeza, donde no se la alcance el vaivén de la marejada, ni la aturda la alarma de los hombres. Es la patria lo que se lleva por sobre la cabeza; es la esperanza de toda la vida; es el clima feliz y el pueblo de generosidad donde el amor de la tierra, y la firmeza del suelo nativo, y la abundancia del corazón criollo consuelen y remedien las desigualdades de la fortuna, que en la soledad de la tierra extraña de tal manera afligen y perturban que la casa amenazada, envuelta en la nube sombría, no ve por encima, con su luz nueva e invencible, el sol del porvenir. Los que están en el taller del sol, no tienen miedo a la nube. Mientras más sea la agonía en la tierra extranjera, más se ha de trabajar por conquistar, pronto, la tierra propia. El Norte ha sido injusto y codicioso; ha pensado más en asegurar a unos pocos la fortuna que en crear un pueblo para el bien de todos; ha mudado a la tierra nueva americana los odios todos y todos los problemas de las antiguas monarquías: aquí no calma ni equilibra al hombre el misterioso respeto a la tierra en que nació, a la leyenda cruenta del país, que en los brazos de sus héroes y en las llamas de su gloria funde al fin a los bandos que se lo disputan y asesinan: del Norte, como de tierra extranjera, saldrán en la hora del espanto sus propios hijos. En el Norte no hay amparo ni raíz. En el Norte se agravan los problemas, y no

existen la caridad y el patriotismo que los pudieran resolver. Los hombres no aprenden aquí a amarse, ni aman el suelo donde nacen por casualidad, y donde bregan sin respiro en la lucha animal y atribulada por la existencia. Aquí se ha montado una máquina más hambrienta que la que puede satisfacer el universo ahito de productos. Aquí se ha repartido mal la tierra; y la producción desigual y monstruosa, y la inercia del suelo acaparado, dejan al país sin la salvaguardia del cultivo distribuido, que da de comer cuando no da para ganar. Aquí se amontonan los ricos de una parte y los desesperados de otra. El Norte se cierra y está lleno de odios. Del Norte hay que ir saliendo. Hoy más que nunca cuando empieza a cerrarse este asilo inseguro, es indispensable conquistar la patria. Al sol, y no a la nube. Al remedio único constante y no a los remedios pasajeros. A la autoridad del suelo en que se nace, y no a la agonía del destierro, ni a la tristeza de la limosna escasa, y a veces imposible. A la patria de una vez. ¡A la patria libre!

Pero pudiera afligirse el corazón de los cubanos buenos, temiendo que el desorden y oscuridad que ven en torno suyo invada o trastorne la revolución a que han de fiar su esperanza única. Pudiera el padre cubano, que ve ya su mesa sin mantel, creer que la patria se queda sin pan y sin sal, lo mismo que su casa. Pudiera el fiel patriota, porque le falta a él de pronto el óbolo que dar, creer sin razón que a todos los cubanos esparcidos por el mundo les falta el óbolo a la vez, y que se les ha caído la cintura a los que en el silencio prudente lo tienen ya todo ordenado para la salvación incontestable. Ese sería un grande error. Hay dos cosas totalmente distintas: la pobreza que por causas independientes de la revolución pueden padecer los cubanos, y la marcha firme e independiente del Partido Revolucionario.

A causas independientes de la revolución, y que ella no puede evitar, se debe la pobreza de los Estados Unidos, de que los cubanos residentes en ellos vienen a padecer. El Partido Revolucionario, con las fuerzas de los cubanos de todos los destierros, y con la representación de todos, va a conquistar la patria que hoy les falta, porque ése es el modo único de dar asilo permanente a aquellos de sus hijos que escogieron para vivir un país que no puede ya con la población que se ha echado encima, y del que todo hombre previsora debe ir buscando refugio en tierra más cordial o despoblada,—o en su propia tierra. De los Estados Unidos no vive el Partido Revolucionario, y la crisis de los Estados Unidos sólo le alcanza en el dolor con que ha de ver la pobreza de sus cubanos y de sus puertorriqueños,—dolor que lo espolearía, si necesitase espuela,

para bracear con más vigor, aun contra los clamores de los suyos, y robar a la mar y a la tiranía un suelo donde los antillanos vivan en seguridad y el miedo de la miseria no acorrale y rebaje a los hombres. A pasos seguros ha ido adelantando el Partido Revolucionario, y no ha dado un paso solo, sin tener bien firme el de atrás. Avanzar puede, no retroceder.

Con los esfuerzos de los cubanos todos se ha levantado en el Partido Revolucionario una organización a la que, por dicha de los cubanos, no puede detener en su marcha regular y asegurada la penuria de que padezca un grupo especial de los cubanos del destierro. El Partido Revolucionario no tiene una sola raíz, sino todas las raíces que le vienen de la unanimidad del deseo de independencia en las comarcas varias donde anhelan por ella, con entusiasmo renacido, los cubanos. La fuerza y la victoria del Partido Revolucionario están en el acuerdo entre sus propósitos y métodos con la situación actual del país, en la unión estrecha y decidida entre la revolución de la Isla y la de la emigración, en la concordia abnegada de todos los jefes que con su falta de avenimiento pudiesen debilitar la guerra, en el cariño justiciero que une a los elementos antes desconfiados del pueblo de Cuba, en el fervor y confianza con que se juntan en él las emigraciones todas, en el respeto que a la Isla merecen el orden y hermandad de los trabajos totales y uniformes, y en la reducción de los gastos cursantes del Partido a una pequeñez tal, y tan prevista y segura de antemano, que en esta crisis del Norte, que pudiera aturdir al imprevisor, ni le falta al Partido nada de lo que le es necesario, ni interrumpe el movimiento regular de una sola de sus ruedas, ni tiene por qué temblar, desde hoy hasta el día probable en que con los cubanos de la Isla reanude, con el ímpetu de la primera vez y con experiencia mayor, el empeño de fundar en el afecto y el decoro una república donde la desigualdad y desamor no enconen las pobreza de la vida, donde por fin puedan hallar los cubanos el refugio que en tierra extranjera no ha bastado a crearles el trabajo de un cuarto de siglo. ¡A la patria libre! ¡Al remedio único y definitivo! Para la guerra democrática y juiciosa de la independencia fue creado el Partido Revolucionario, y no se desviará de su objeto, que es hacer con democracia y con juicio la guerra de independencia.

La crisis por que los Estados Unidos atraviesan no le quita uno solo de los elementos de su fuerza,—ni su conformidad con la situación del país,—ni la unión en espíritu y detalle del país revolucionario y las emigraciones,—ni la concordia asegurada de nuestros jefes ilustres,—ni

la justicia y cariño con que se juntan en él los elementos diversos del pueblo de Cuba,—ni el alma religiosa en que se confunden, con renovado ímpetu, todas las emigraciones,—ni el aplauso de la Isla al orden revolucionario que se le hace ver,—ni la economía que permite, en una hora de crisis, hacer cuanto ha de hacerse, sin que se pierda una sola hora, ni se detenga una sola rueda. ¡A la patria libre! ¡Al remedio único y definitivo! La pobreza actual es una obligación mayor, es una prueba más de la necesidad de andar de prisa, y de acabar de una vez. Se cae la casa del destierro. El Partido Revolucionario, aunque el clamor de los suyos le despedace el corazón, no se quedará cobarde donde no hay remedio para ellos, ni se pondrá a curar con dedadas de caldo la agonía, ni faltará por el aturdimiento de una hora al deber solemne y superior del porvenir:—él irá, como buen padre, a buscar para sus hijos, en los dientes de la misma muerte, una casa de donde no tenga que echarlos la miseria.

2

POBREZA Y PATRIA

De tiempo atrás venía elaborándose en los Estados Unidos la crisis que estalla hoy por todas partes. El país, levantado en gran parte sobre el crédito, ni sabe cuánto tendrá que pagar por la moneda con que ha de cubrir sus obligaciones, ni cuánto ha de cobrar al consumidor por artículos cuyo precio depende de la tarifa que está ahora al mudarse, ni si le será posible fabricar con provecho en las condiciones que cree la nueva tarifa. Ni tiene el Norte donde colocar la suma enorme de productos que elabora; ni los puede elaborar al precio bajo y plazos cómodos de otros países; ni osa el dinero venir al auxilio de industrias repletas a cuyas labores no se ve salida. El crédito es un descuento sobre el porvenir y el porvenir, por la inseguridad del valor de la plata, por el desconocimiento de la tarifa que está al componerse, y por el hecho fatal y dominante del exceso de la producción del país sobre sus ventas,—es tan confuso o amenazador que ha cesado justamente la confianza en él. El acreedor espantado exige su anticipo al deudor que no halla con qué pagarle, en el mercado sin confianza y sin tipo seguro de monedas. Ni el manufacturero puede fiar, ni el comerciante se atreve a comprar. Las industrias todas se paralizan, y, sobre todo, las industrias muebles. La industria del tabaco, ya lastimada, por el exceso de pro-

ducción y el derecho alto de las *capas*, ha sido de las primeras en sufrir.—¡Y es ya largo el sufrimiento, y el Norte es áspero y triste! Key West, el centro mayor de la elaboración, aguarda, con sacrificios grandes, la hora inevitable y cercana en que el consumo de los depósitos actuales obligue a los compradores a hacer pedidos nuevos. Tampa, que vive toda de la industria, se alcanza apenas con lo poco que elabora. Cuanto vive del tabaco padece. New York cierra sus fábricas o las tiene a medio cerrar. Los corazones generosos, bien vivan entre las hojas del tabaco o fuera de ellas, sangran de lo que ven. Unos se agitan impacientes, y otros consuelan callados.

Pensaron en esta situación algunos antillanos de alma buena, que convendría citar a reunión pública a los obreros, a fin de ir hallando modos de evitar la pobreza extrema: y convidaron a una junta próxima. Pero *Patria* recibe hoy para su inserción un documento que honra a la par la caridad y el patriotismo de sus firmantes. Desisten de la convocatoria, porque no quieren que el enemigo vigilante, azuzando y aprovechando las manifestaciones de una pobreza que jamás llegará a su extremo sin alivio, utilice este acto público de prudencia como prueba de la incapacidad de las emigraciones a que la patria confiada vuelve hoy los ojos; de quienes espera la patria, con razón, su independencia. ¡Porque todo puede cejar o atropellarse; pero la santa guerra sigue su camino, sin que le lleguen al calcañal las manos criminales que quisieran atajarla desde la sombra! Los cubanos de todas partes la mandan hacer, y no los de una sola parte. El trabajo es de todos, y el compromiso es con todos. La guerra viene de Key West y de Bolivia, de los cubanos del taller y de los del bufete, de los que se cansan ya del Norte inseguro y de los que viven allá al Sur, en las tierras amigas. La guerra no se afloja, ni se deja vocear. Estamos en lo sublime, estamos hasta la cintura en lo sublime; y no hay policía, descarada o disimulada, que distraiga de su paso firme y cauteloso a la guerra que se ha medido, y que se basta. No hay conflicto entre el patriotismo y la pobreza,—el conflicto que España, que tiene mil manos, espolea y promueve. Al pobre, nadie lo angustia. Y si algún bribón le dice que, por ser pobre, ha dejado de amar la libertad, que por perder el asiento en la tabaquería ha perdido su amor de hermano al hombre, y el deseo de buscarle en tierra propia una casa feliz, y el dolor de la vergüenza de sus compatriotas oprimidos, y todo lo que hace la limpieza y dignidad del ser humano, el tabaquero sin asiento clavará de un revés contra la pared a quien crea que por haber perdido su jornal ha perdido la honra. ¡Tabaquero, bandidos,

fue el indio Benito Juárez, que echó un imperio al mar, y supo desafiar la pobreza con honor, y reconquistó y aseguró la independencia de su tierra!

Dice así el documento de los antillanos nobles:

A LOS CUBANOS Y PUERTORRIQUEÑOS
RESIDENTES EN NEW YORK

Los abajo firmados, participando de la alarma justa de las industrias todas en el pánico actual de los Estados Unidos, creímos de nuestro deber, para evitar males imprevistos, congregar a los antillanos de New York a un mitin en que se tratase de afrontar la pobreza que pudiese caer sobre nuestros hogares. Pero el estudio más íntimo de la situación, las precauciones ya intentadas contra ella y que no conocíamos y el provecho que los enemigos astutos de la patria han pretendido sacar del mitin con el simple anuncio de él, nos hacen desistir de la convocatoria. Nuestros pobres no serán desatendidos; ni los enemigos de nuestra libertad podrán valerse de un hecho local, de un hecho de simple humanidad y cordura, para presentarlo, ante la Patria, en estos días de espera, como prueba de nuestra incapacidad para contribuir a su independencia.

Bastó el anuncio del mitin, nacido de lo más puro de nuestro corazón, para que las agencias vigilantes de España empezasen a sacar partido de él, a fin de usarlo en Cuba y Puerto Rico como muestra de la desolación y desorden de los emigrados de quienes esperan auxilio. No podemos prestarnos a semejante habilidad. Pobres estamos, y más pobres podremos estar, pero hallaremos manera de aliviar nuestras casas sin que se use de esta amargura para quitar a aquellos pueblos oprimidos la fe que con justicia tienen en nosotros. Nunca hemos sentido más la necesidad de la Patria que en estos instantes en que vemos cuán frágil es el suelo extraño bajo nuestros pies.

De ningún modo daremos con nuestros actos derecho al enemigo para que, en los momentos en que las islas oprimidas lo aguardan todo de la emigración, se le presente a la emigración como incapaz para la salvación que de ella se aguarda.

Y nuestra decisión, al desistir de la convocatoria, es tanto más fundada cuanto que hemos adquirido la certidumbre de que si la agonía llega a entrar en nuestras casas, no faltará techo al expulso ni amparo al desvalido. Las Antillas serán libres y nuestros pobres de New York serán auxiliados por sus hermanos de todos rangos y matices.

New York, agosto 22 de 1893.

GABRIEL P. LÓPEZ.—F. G. MARÍN.—FEDERICO PACHECO.—F. J. PRIETO.—NARCISO GARCÍA.—SILVESTRE BRESMAN.—S. PIVALÓ.—ISIDORO APODACA.—ANTONIO MOLINA.—ROSENDO RODRÍGUEZ.—ARTURO SCHUMBURG

OTRO CUERPO DE CONSEJO

Sin lisonja, sin solicitud, sin llamamiento exaltado al patriotismo, sin el reparto inmoral de la autoridad vanidosa, sin más móvil que el voluntario de la fe sensata en los métodos de amor, energía y prudencia del Partido Revolucionario Cubano, se han ido creando, con la fuerza de lo que nace de sí mismo, los Cuerpos de Consejo, o asambleas locales de los Clubs por donde el Partido Revolucionario Cubano, funge en armonía y mutuos respetos durante esta época de preparación, y deja sentadas para mañana las costumbres de autoridad local dentro de la obra común, que asegurarán a la guerra el auxilio continuo, y libre de querellas, de las emigraciones. Ni una carta se ha escrito, ni una súplica se ha hecho, ni un encargo expreso o disimulado, para crear, no ya un Cuerpo de Consejo, sino un solo club; todo lo que existe es hijo de la razón libre de los cubanos escarmentados y observadores: todo es espontáneo.

Y más que en ninguna parte ha sido el Partido Revolucionario Cubano cuidadoso de esta libertad local en los países de América, donde por los compromisos oficiales del gobierno, o por olvido piadoso y extemporáneo de la mala obra de España en nuestro continente, pudiera la actividad cubana, en los límites breves de un pueblo menor, parecer ingratitud o intrusión a los países que han abierto a los cubanos los brazos, y cuya alma real, sea cualquiera el parecer, es de todos modos nuestra. El mejor modo de hacerse servir, es hacerse respetar. Cuba no anda de pedigüeña por el mundo: anda de hermana, y obra con la autoridad de tal. Al salvarse, salva. Nuestra América no le fallará, porque ella no falla a América. Pero la sustancia no ha de sacrificarse a la forma, ni es buen modo de querer a los pueblos americanos crearles conflictos, aunque de pura apariencia y verba, con su vieja dueña España, que los anda adulando con literaturas y cintas, y pidiéndoles, bajo la cubierta de academias felinas y antologías de pelucón, la limosna de que le dejen esclavas a las dos tierras de Cuba y Puerto Rico, que son, precisamente, indispensables para la seguridad, independencia y carácter definitivo de la familia hispanoamericana en el continente, donde los vecinos de habla inglesa codician la clave de las Antillas para cerrar en ellas todo el Norte por el istmo, y apretar luego con todo este peso por el Sur. Si quiere libertad nuestra América, ayude a hacer libres a Cuba y Puerto Rico. Pero ¿a qué hablar a nuestra propia familia de interés?: por el clamor de su corazón ama ella y ayuda a los cubanos, y porque el pueblo libre de América que censurase hoy a las Antillas su voluntad

de ser libres, se negaría el derecho todo de su propia historia. No son los pueblos de América como los ricos viles que nacieron de la pobreza y se olvidan luego de que fueron pobres. No hay caterva más fétida que ésta de los desagradecidos que se abochornan de su origen, y niegan a los demás el auxilio que ellos en su día estuvieron a punto de pedir: debieran ser polvo, estos hombres ingratos, polvo y hoja mala, a que se los llevase el viento: no es nada menos que un criminal quien ve pobreza, y puede ayudarla, y no la ayuda. Sobre cada un hombre debe pesar la carga de todo el universo: y así, el universo familiar responde a su hora al hombre. Los pueblos que salieron de la servidumbre, por voz que les viene de la raíz y por razón de honor y vida, no afligirán a los que luchan por salir de ella.

Seguro, pues, de la unanimidad americana, y de la obra callada de los cubanos en todas partes, ni azuza ni pide el Partido Revolucionario la creación de cuerpos visibles en los pueblos donde no son de prudencia o no son menester. Ni los promueve ni los esquivo. Pero con el calor en que esta revolución de pericia y amistad ha puesto las almas, es difícil que donde hay un buen puñado de cubanos quede oculto el deseo de demostrar su actividad creciente, su fe en la obra actual, su propósito y compromiso expreso de ayudarla. Cuba está lejos, y es preciso hablarle de lejos para que oiga. Oirá de un lado el clamor de tristeza del obrero al que falta en el extranjero el pan. De otro lado, oirá la voz de aliento de los cubanos que en suelo más seguro le declaran su ayuda en la prueba que comienza. El cubano asediado se viene a tierra en su país, y ya venden las ventanas de los palacios para comer. El hambre de acá afuera pasa: la de Cuba, no pasa. El hambre menor debe ayudar al hambre mayor.—De Veracruz, la tierra donde un barco oportuno que les fue del Norte salvó a la república acorralada cuando el emperador; de Veracruz, casa hermana de todos los cubanos peregrinos, viene la voz de hoy. Un club había allí hace poco. Mandó a ver la verdad, y ahora hay siete clubs. Ya se han reunido en Cuerpo de Consejo. El Presidente es un veterano de nuestras luchas y de nuestras letras, un hombre de idea propia y actividad indomable: J. M. Macías. El Secretario, renuevo erguido de un padre batallador, y abogado de mérito, es Ignacio Zarragoitia.—De todas partes viene su fuerza al Partido Revolucionario: al mandato y encargo de los cubanos de todas partes tiene que obedecer: lo que de una parte se le merme de otra se le aumenta: no teman los pobres que se quede sin hijos la libertad, porque de todas partes le nacen nuevos hijos. Y si se va a generosidad y tesón, a espíritu propio sin narigón ni muletas, a patriotismo genuino sin menta ni cantáridas, no hay cubanos que venzan a los de Veracruz.

DE PATRIA, NUEVA YORK

26 DE AGOSTO DE 1893

A LA RAÍZ

A LA RAÍZ

Los pueblos, como los hombres, no se curan del mal que les roe el hueso con menjurjes de última hora, ni con parches que les muden el color de la piel. A la sangre hay que ir, para que se cure la llaga. No hay que estar al remedio de un instante, que pasa con él, y deja viva y más sedienta la enfermedad. O se mete la mano en lo verdadero, y se le quema al hueso el mal, o es la cura impotente, que apenas remienda el dolor de un día, y luego deja suelta la desesperación. No ha de irse mirando como vengan a las consecuencias del problema, y fiar la vida, como un eunuco, al vaivén del azar: hombre es el que le sale al frente al problema, y no deja que otros le ganen el suelo en que ha de vivir y la libertad de que ha de aprovechar. Hombre es quien estudia las raíces de las cosas. Lo otro es rebaño, que se pasa la vida pastando ricamente y balándoles a las novias, y a la hora del viento sale perdido por la polvareda, con el sombrero de alas pulidas al cogote y los puños galanes a los tobillos, y mueren revueltos en la tempestad. Lo otro es como el hospicio de la vida, que van perennemente por el mundo con chichonera y andadores. Se busca el origen del mal: y se va derecho a él, con la fuerza del hombre capaz de morir por el hombre. Los egoístas no saben de esa luz, ni reconocen en los demás el fuego que falta en ellos, ni en la virtud ajena sienten más que ira, porque descubre su timidez y avergüenza su comodidad. Los egoístas, frente a su vaso de vino y panal, se burlan, como de gente loca o de poco más o menos, como de atrevidos que les vienen a revolver el vaso, de los que, en aquel instante tal vez, se juran a la redención de su alma ruin, al pie de un héroe que muere, a pocos pasos del panal y el vino, de las heridas que recibió por defender la patria. Esto es así: unos mueren, mueren en suprema agonía, por dar vergüenza al olvidadizo y casa propia a esos mendigos más o menos dorados, y otros, mirándose el oro, se ríen de los que mueren por ellos. ¡Es cosa, si no fuera por la piedad, de ensar-

tarlos en un asador, y llevarlos, abanicándose el rostro indiferente, a ver morir, de rodillas, al héroe de oro puro e imperecedero, que expira, resplandeciente de honra, por dar casa segura y mejilla limpia a los que se mofan de él, a los que compadorean y parten el licor y la mesa, con sus matadores, a los que se esconden la mano en el bolsillo, cuando pasa el hambre de su patria, y riegan de ella, entre zetas y jotas, el oro del placer! Hay que ir adelante, para bien de los egoístas, a la luz del muerto. Hay que conquistar suelo propio y seguro.

De nuestras esperanzas, de nuestros métodos, de nuestros compromisos, de nuestros propósitos, de eso, como del plan de las batallas, se habla después de haberlas dado. De la penuria de las casas, del trastorno en que pone a mucho hogar nuestro la crisis del Norte, de eso se habla, en decoro fraternal, de mano a mano. De lo que ha de hablarse es de la necesidad de reemplazar con la vida propia en la patria libre esta existencia que dentro y fuera de Cuba llevamos los cubanos, y que, afuera a lo menos, sólo a pujo de virtud extrema y poco fácil puede irse salvando de la dureza y avaricia que de una generación a otra, en la soledad del país extraño, mudan un pueblo de mártires sublimes en una perdigonada de ganapanes indiferentes. De lo que se ha de hablar es de la ineficacia e inestabilidad del esfuerzo por la vida en la tierra extranjera, y de la urgencia de tener país nuestro antes de que el hábito de la existencia meramente material en pueblos ajenos, prive al carácter criollo de las dotes de desinterés y hermandad con el hombre que hacen firme y amable la vida.

Si a la isla se mira, el dejarla ir, bajo el gobierno que la acaba, entre quiebras y suicidios, entre robos y cohechos, entre gabelas y solicitudes, entre saludos y temblores, podrá parecer empleo propio de la vida, y cómodo espectáculo, a quien no sienta afligido su corazón por cuanto afee o envilezca a los que nacieron en el suelo donde abrió los ojos a los deberes y luz de la humanidad. Cuanto reduce al hombre, reduce a quien sea hombre. Y llega a los calcañales la amargura, y es náusea el universo, cuando vemos podrido en vida a un compatriota nuestro, cuando vemos, hombre por hombre, en peligro de podredumbre a nuestra patria. ¡Aunque no ha de haber temor, que las entrañas de nuestra tierra saben de esto más de lo que se puede decir, y no es privilegio de los cubanos expatriados, sino poder de los cubanos todos, e ímpetu más vehemente que el de sus enemigos, este rubor de la sangre sana del país por todos los que en él se olvidan y se humillan! Es la tierra en quiebra la que se levanta; la tierra en que las ciudades se van cayendo

una tras otra, como las hileras de barajas. Es la ofensa reprimida, y el bochorno ambiente, de que ya la tierra se ahoga. Faltaba el cauce al decoro impaciente del país; faltaba el empuje; faltaba la bandera; faltaba la fe necesaria en la previsión y fin conocido de la revolución: eso faltaba, y nosotros lo dimos. Ahora, vamos a paso de gloria a la república. ¡Y a lo que estorbe, se le ase del cuello, como a un gato culpable, y se le pone a un lado!

Y si vemos afuera, y en lo de afuera a este Norte a donde por fantasmagoría e imprudencia vinimos a vivir, y por el engaño de tomar a los pueblos por sus palabras, y a las realidades de una nación por lo que cuentan de ella sus sermones de domingo y sus libros de lectura; si vemos nuestra vida en este país erizado y ansioso, que al choque primero de sus intereses, como que no tiene más liga que ellos, enseña sin vergüenza sus grietas profundas,—triste país donde no se calman u olvidan, en el tesoro de los dolores comunes y en el abrazo de las largas raíces, las luchas descarnadas de los apetitos satisfechos con los que se quieren satisfacer, o de los intereses que ponen el privilegio de su localidad por sobre el equilibrio de la nación a cuya sombra nacieron, y el bien de una suma mayor de hombres; si nos vemos, después de un cuarto de siglo de fatiga, estéril o inadecuada al fruto escaso de ella, no veremos de una parte más que los hogares donde la virtud doméstica lucha penosa, entre los hijos sin patria, contra la sordidez y animalidad ambientes, contra el mayor de todos los peligros para el hombre, que es el empleo total de la vida en el culto ciego y exclusivo de sí mismo; y de otra parte se ve cuán insegura, como nación fundada sobre lo que el humano tiene de más débil, es la tierra, para los miopes sólo deslumbrante, donde tras de tres siglos de democracia se puede, de un vaivén de la ley, caer en pedir que el gobierno tome ya a hombros la vida de las muchedumbres pobres; donde la suma de egoísmos alocados por el gozo del triunfo o el pavor de la miseria, crea, en vez de pueblo de trenza firme, un amasijo de entes sin sostén, que dividen, y huyen, en cuanto no los aprieta la comunidad del beneficio; donde se han trasladado, sin la entrañable comunión del suelo que los suaviza, todos los problemas de odio del viejo continente humano. ¿Y a esta agitada jauría, de ricos contra pobres, de cristianos contra judíos, de blancos contra negros, de campesinos contra comerciantes, de occidentales y sudistas contra los del Este, de hombres voraces y destituidos contra todo lo que se niegue a su hambre, y a su sed, a este horno de iras, a estas fauces afiladas, a este cráter que ya humea, vendremos ya a traer, virgen y llena de frutos, la

tierra de nuestro corazón? Ni nuestro carácter ni nuestra vida están seguros en la tierra extranjera. El hogar se afea o deshace: y la tierra debajo de los pies se vuelve fuego, o humo. ¡Allá, en el bullicio y tropiezos del acomodo, nacerá por un fin un pueblo de mucha tierra nueva, donde la cultura previa y vigilante no permita el imperio de la injusticia; donde el clima amigo tiene deleite y remedio para el hombre, siempre allí generoso, en los instantes mismos en que más padece de la ambición y plétora de la ciudad; donde nos aguarda, en vez de la tibieza que afuera nos paralice y desfigure, la santa ansiedad y útil empleo del hombre interesado en el bien humano!

Cada cubano que cae, cae sobre nuestro corazón. La tierra propia es lo que nos hace falta. Con ella ¿qué hambre y qué sed? Con el gusto de hacerla buena y mejor, ¿qué pena que no se atenúe y cure? Porque no la tenemos, padecemos. Lo que nos espanta es que no la tenemos. Si la tuviésemos, ¿nos espantaríamos así? ¿Quién, en la tierra propia, despertará con esta tristeza, con este miedo, con la zozobra de limosnero con que despertamos aquí? A la raíz va el hombre verdadero. Radical no es más que eso: el que va a las raíces. No se llame radical quien no vea las cosas en su fondo. Ni hombre, quien no ayude a la seguridad y dicha de los demás hombres.

AGOSTO-SEPTIEMBRE / 1893

- 1-2. A SERAFÍN SÁNCHEZ
3. A FERNANDO FIGUEREDO
4. A GUALTERIO GARCÍA
5. AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ
6. A CLARA CAMACHO DE PORTUONDO
7. A GONZALO DE QUESADA
8. A FÉLIX IZNAGA
9. A MARTÍN HERRERA
10. A RAFAEL SERRA
11. A J. A. LUCENA

A SERAFÍN SÁNCHEZ

[Agosto, 1893]

Sr. Serafín Sánchez

Serafín querido:

Me hace falta aquí, me acostumbré a tenerlo, y a mi alrededor todo el mundo cayó pronto en la costumbre. Gran contrariedad lo de Teodoro. Excelente lo de Carrillo. Las cartas van al viejo. Julio le escribe a Vd. que “el país no quiere la guerra”, que yo “debía estar en el Cayo, mandando gente a Cuba”. Tal quisiera el gobierno español. El país quiere la guerra. Y nosotros se la vamos a llevar antes de que se merme la confianza en nosotros, o se ponga el gobierno demasiado sobre aviso. Si me sale bien el paso que voy a dar, y que no es ir a París, en dos meses ya estaremos para marcha. Conque váyase alistando. Con esta esperanza justa sigue camino

Su

J. MARTÍ

N. Y., agosto 29/1893

Sr. Serafín Sánchez

Serafín querido:

¿Qué es eso, que se van trabando tan bien nuestras cosas, tan bien que no las podemos ya echar a perder y no me escribe Vd. una sola línea? A Poyo y Teodoro escribo esta vez largamente. Y a Luz y al Consejo. Por supuesto que no recaeremos. Lo que nos falta es poco,

menos de lo que Vd. y yo mismo pensábamos hace unos quince días. Eche así ya la voz con prudencia; no crea porque vea letra de Gonzalo que tengo más que cansancio; mándeme las poesías y lo de Payán: y defiéndanos con todo su vigor de cuanto pueda ponernos en peligro innecesario ya al último momento esta obra tan adelantada. Sigo asombrado de su felicidad, y de su inesperada rapidez.

Recuérdeme a Pepa y a Raimundo y a Rogelio.

Su

J. MARTÍ

3

A FERNANDO FIGUEREDO

N. Y., agosto 29/893

Sr. Fernando Figueredo

Mi muy querido Fernando:

¿Qué le he hecho que no me alienta, en los días de más necesidad, en los días más solemnes de mi vida?

Lea lo que le escribo a Poyo y a Teodoro que es todo para Vd. Contésteme a vuelta de correo, antes de salir, que nada se nos echará a perder entre las manos, que el artículo sobre Gómez⁴⁶ le ha parecido bien y que me quieren todavía en su casa. La letra de Gonzalo le revela mi cansancio, pero no enfermedad mayor. Mi salud es la de nuestra tierra, que parece de muy buena salud. Uno o dos peldaños más, y ya estamos en la cima.

No parece que pueda faltarnos lo que necesitamos. Avanzamos bajo la miseria, como bajo de un camino abierto. Yo salgo, con todo preparado atrás, para reparar lo que por aquí nos falla a mala hora y caer con lo que tenemos ya ajustado.

Mi cariño de pobre a la casa entera, y a Vd. el de hermano de

Su

J. MARTÍ

⁴⁶ Se refiere al artículo suyo *El General Gómez*, publicado en *Patria*, 26 de agosto, 1893.

4

A GUALTERIO GARCÍA

N. Y., agosto 29, 1893

Sr. Gualterio García

Mi Gualterio buenísimo:

Escriba a correo vuelto por si salgo de pronto. Ya no creo con la mano en el alma que voy a tardar mucho en necesitarlo de una vez. No le apene la calma natural de la emigración, muy bien analizada en su carta a Benjamín. Así es y debe ser, pero no hay que sacudirla en vano ni demasiado a menudo, ni hoy que está en estrechez. Ya la sacudiremos pronto. A Vds. el irla manteniendo a flote con espíritu nuevo, con el espíritu de la verdad. Pero cuidado con poner asunto con esas recibidas a Calleja a caballo. En eso hay grandísimo peligro. Lo más y seguro, no se ha de trastornar a la hora madura por cosas, Gualterio, demasiado dudosas. Mucho cuidado. Prohibición absoluta de salirnos, sea cualquiera el pretexto, de lo que se tiene concertado y ya a la mano. Se va el vapor y un abrazo a Vd. y a la casa inolvidable, y a Pompey y a Peláez de su

J. MARTÍ

Y a Paulina.

5

AL GENERAL MAXIMO GÓMEZ

New York, 29 de agosto de 1893

Sr. General Máximo Gómez

Mi muy querido General:

Yo mismo quisiera ser la carta, porque es mucho lo que tengo que decir, y entre la menudencia de tantos detalles, casi me enoja tener que hablar con Vd. con las mismas trabas de papel y pluma con que hablo con los demás. Ni la gravedad y cercanía creciente de nuestras cosas me dejan calma y espacio para explicárselo todo de la manera que podría en una conversación. Acaso será también que recuerde con ternura y orgullo las que he tenido recientemente con Vd., y ante aquella grandeza sencilla me parece enano este comercio por cartas.

Creo, General que "edificamos mejor de lo que nos imaginábamos", como se dice en inglés, y que por todo lo que se ve, y sin cometer imprudencias y quedarnos cortos en lo necesario, tendremos que acelerar nuestra acción, y podremos acelerarla. Vd. irá juzgando. Cuando los sucesos de Holguín, fue mi pensamiento, a pesar de la escasez de los recursos destinados a estos gastos de preparación, cubrir por mi parte la Isla de comisiones, a decir lo que podíamos y pensábamos hacer y lo que deseaban y podían ellos, mientras que yo por la otra acordaba con Vd. la organización que le pudiéramos dar al impulso que ha de ir de afuera. Vi a Vd., y adquirimos la convicción de que, con opinión oportuna en la Isla, podíamos ajustar nuestras expediciones a las sumas con las que sin engaño podíamos contar. A lo que entonces hablamos faltaban detalles, pero allí, con gran júbilo mío, quedó compuesto todo lo esencial. Ahora le iré diciendo cómo se han presentado desde entonces las cosas.

A mi paso por Haití, vi con mis ojos que sería imprudente fiar la muy delicada misión que le preparábamos a Masó⁴⁷ y me abstuve de poner en sus manos la orden de Vd. Ni el estado de ánimo de Masó, muy preocupado con luchas personales suyas, ni su actitud hostil respecto de Heureaux después de una cesión de armas nuestras, unos quince rifles, a sus enemigos, lo hacían, aparte de otras razones, propio para las funciones que él comenzó a aceptar, pero que no llegué a detallarle yo.—Y seguí a Costa Rica.

Era allí mi principal objeto poner en conocimiento del General Maceo las instrucciones que de Vd. le llevaba, y el espíritu de cordialidad y porvenir que mueve esto que hacemos. Yo, que no pongo prisa en censurar ni absolver, tengo gusto grande en decirle, uniendo la prudencia al natural deseo de hallar buenos a los hombres, que Vd. y yo debemos estar contentos de la aceptación plena y afectuosa por el General Maceo de la parte de obra que considera Vd. como natural de él, y que él acogía de antemano en la carta que envió a esperarme a Puerto Limón. Lo trato con la verdad angustiosa y honda que está en mí, y no creo engañarme al decirle que él, y lo que le rodea, está pronto a ocupar su puesto en el pensamiento general, y a ocuparlo con entusiasmo y fe. Debo decirle, por lo que conozco de los hombres, que nunca temí que fuese de otro modo. Ni esperé para Vd. menos respeto y asentimiento por lo menos cordial, que el que me mostró al aceptar sus obligaciones, y reconocer la elección recaída en Vd. por sus antiguos compañeros, para ordenar y dirigir nuestro Ejército de ayuda, que tardará poco, por todo lo

⁴⁷ Juan Masó Parra.

que se ve, en ser el de nuestra libertad. Enemigo yo de exageraciones que son delitos en cosas tan delicadas como éstas, no le pinté más situación que la que entonces nos era conocida. No le describí la condición de Oriente, entonces menos clara que hoy, sino con la confusión con que a aquella fecha la veíamos, y que a él, como a mí mismo, no le pareció de difícil remedio: y acaso por esto, o por el deseo natural de conciliar su servicio patriótico con algunas obligaciones personales, o por convicción suya sobre lo oportuno de la época parecía inclinarse a creer que tendríamos tiempo de aguardar hasta diciembre, aunque yo en todo momento hice hincapié con aquiescencia suya, en la necesidad de estar de de entonces dispuesto para todo instante. De la sinceridad de su determinación, y de que ésta era previa a mi visita, me dio pruebas con el hecho de haber transformado sus obligaciones directas con el Gobierno de Costa Rica con el compromiso personal entre cada uno de los colonos y el Gobierno. Ni hizo tampoco ocultación al Gobierno del verdadero propósito de mi visita, sino que él me acompañó a las que desearon de mí el Presidente y el Ministro de la Guerra, con quienes dejé abierto cuanto camino pude, y ante quienes traté libremente de nuestros intentos, y de la parte que naturalmente tenía en ellos el General Maceo. Tal fue en sustancia mi entrevista con él. Su hermano, y dos compañeros suyos, se pusieron por telegrama a nuestras órdenes. De Flor hallé carta amplia aquí; y de propósito, por cierta diferencia que aún tenían, hice a Maceo mensajero de todo lo que a él mismo le había dicho, y he repetido luego en carta a Flor. Flor no pudo venir, porque no está bien de dinero y depende ahora de otros en la finca en que está. Ni pude ver a Cebreco,⁴⁸ sino por recado. En algo más fue beneficiosa la visita a Maceo, y es, en saber que él no desea expedición grande, ni barco de aquí, ni cree que lo acompañen,—ni lo desea,— más que unos cuantos Jefes y Oficiales escogidos. Para él el plan está en que le adelantemos cuanto podamos la organización en Oriente, en que se puede él poner, como quedó en ponerse enseguida, al habla con los elementos de pelea de la región, y en el poco dinero que con esos proyectos necesita, y los mismos cubanos de Costa Rica, que ya quisieron reunirle cinco mil pesos cuando lo de Holguín, darán al Partido para él. Esto es como una tercera parte menos de los gastos que pensábamos. Y así quedó en parte.

De Costa Rica volvía yo con angustia. Nunca creí que lo poco que llevábamos hecho había bastado para crear en la Isla una situación tan favorable. Temí que ciertas comarcas despaciosas, aun entre nuestra

⁴⁸ Agustín Cebreco.

misma gente revolucionaria, nos pusiesen estorbos, o pidiesen espera, por el incidente de las reformas. Me inquietaba el temor de ir llevando a pareja difícil y acaso imposible, las emigraciones desmayadas por falta de empleo, y la Isla larga e indecisa. Me entristecía pensar que por acá tuviéramos realmente casi todo, y que nos fuera inútil, porque no estuviese a punto lo de allá. Y el tiempo va a faltarme de seguro para contar a Vd. minuciosamente lo que me esperaba. Me engañé. No sólo recibí respuesta satisfactoria, y en los más casos apremiante, por las comisiones que volvían; sino que no he cesado de recibir visitas espontáneas, y solicitud de acción, de lugares como Santiago de Cuba, donde por el silencio o confusión de ánimo de Yero⁴⁹ no se había dado curso a los trabajos que acatando la opinión pública, puse desde el principio en sus manos. Le diré en globo, después de idas y venidas, cómo parece hoy estar todo, por el informe directo de los comisionados. En Oriente, las cosas se encadenan, aun sin la acción de Maceo, que contribuirá tanto a anudarlas: envié a un comisionado a inspeccionar y ligar todo el Departamento, pero—y de eso le hablaré al fin—Julio Sanguily, con razón de salvarle la vida lo hizo volver de la Habana al Cayo: pero de allí venían casi al mismo tiempo, las respuestas a lo que enviábamos a preguntar. De Holguín me anuncian los Sartorius,—y yo investigo—que su organización no está deshecha, sino aguardando. En Guantánamo, según me dice Juan Pastor Sánchez, el Pelado, sobre lo que yo sé, hay núcleo grande, que espera armas nuestras. Moncada, pobre y dispuesto, me da prisa. En Baracoa y Manzanillo, en Baracoa sobre todo, hay buenos núcleos, y mucha voluntad popular. Lo que nos faltaba era Santiago, y allí han tomado sobre sí la obra, por dos vías que se juntan, los más humildes con su club activo, y los jóvenes de más representación de la Ciudad.—Me avisan, en la Oficina, que no fengo modo de aligerar de gente, que el correo está al salir y debo ir aglomerando las noticias.—El Camagüey se ha constituido; con todos los buenos dentro de la Junta, y viene en su nombre a verme Alejandro Rodríguez; lleno de satisfacción y de hechos gratos volvió de allí el juicioso Comandante Varona Batista, que nos acompaña y está ahora con Rogelio:—perdió su esposa el pobre Rogelio.—De las Villas, veo lo que le dice Carrillo,⁵⁰ a quien no he querido acercarme, seguro de que con Vd. está él, y de que lo mejor es caer como un rayo sobre todo a última hora, sin enseñarle mucho los caminos con idas y venidas al enemigo. En Cienfuegos, por tres nú-

⁴⁹ Eduardo Yero Buduén.

⁵⁰ Francisco Carrillo.

cleos distintos tenemos buena gente. Reguera, hijo de uno de los hacendados más ricos, Federico Zayas, que campea por Cruces, Ranchuelo y cercanías, y un grupo de veteranos: éstos nos piden armas: Reguera se procura las suyas: de Sancti Spiritus creo que hay hecho cuanto se puede hacer, y después de la entrevista de Pepa la mujer de Serafin, con Carrillo en la Habana, creo que irá muy adelante todo lo de allí; Remedios y Trinidad. En Sagua, está Emilio,⁵¹ que no parece desear la guerra, ni estar dispuesto a quedarse fuera de ella, según me dice, cuando la vea estallar a su alrededor. En Matanzas, de acuerdo con lo poco sano de la Habana, trabaja un grupo de lo mejor de la Ciudad, muy bien repartido por el campo y hoy ya en íntima comunicación,—y esto sí que ha sido júbilo para mí—con Enrique Collazo, de quien recibí una cariñosa carta, con esa que le incluyo a Vd., por el Comisionado que devolví con los brazos abiertos. Los de Matanzas se tocan con los grupos, capitaneados casi todos por médicos, de la Vuelta Abajo, tres grupos, que se extienden hasta el extremo Occidental. Manuel García en carta triste y sumisa, espera órdenes. Este, en cuadro brevísimo, es el estado de nuestras relaciones en la Isla, que funcionan hoy todas a una voz y con nuestro plan uniforme.

Pero sucede, como es natural, que el gobierno aunque no nos toma un hombre ni un papel, gradúa nuestra fuerza por nuestro tesón y actividad, y da muestras de querer ganarnos por la mano. Y como nosotros tenemos,—porque lo que falta ya cae inevitablemente dentro del tiempo indispensable para la preparación armada,—todo lo necesario para la expedición de Vd., para la de las Villas, para la de Maceo, y para las armas que de tres lugares principalmente se me piden, si no engañan los datos casi definitivos sobre buques buenos, yates de a quince nudos que tengo en manos;—creo que es ya la hora, para impedir desastres y caer antes de que nos esperen; de ir llegando—y en dos meses podemos hacerlo todo sin escándalo—a la hora final. Yo ahora envío otra noticia General a Cuba, para que se vayan disponiendo a la cercanía. Afuera, de una brazada, recojo lo que falta en el mes que entra, y dispongo ya de más cerca la compra de armas, que no ha de ser sino días antes de su reparto para Cuba y nuestras salidas; y en cuanto a nuestro barco, muy calladamente, le junto aquí de veinte y cinco a treinta hombres de pericia, o de juventud brillante y conocida, mientras Vd., junto con todos sus consejos me envía de allá, o me prepara, su noticia sobre el puerto adonde lo he de ir a buscar—Cayo Grande por Chucho Aybar,

⁵¹ Emilio Núñez.

o Fortune Island que tengo un poco vista, o lo que Vd. disponga,— y sobre si puede asegurar allá, o se ha de buscar por otra parte, el práctico que nos lleve a la Isla. Al vuelo voy poniendo estas ideas, por la prisa de perder todo un vapor. Pero no espere de mí, bien lo sabe Vd., precipitaciones ni imprudencias. No saldremos hasta que por allá haya cuajado la cosa un poco más. Pero es ya mucha la zozobra del gobierno: y nos dará ya muy poco tiempo. Urgenos aprovecharlo. Así escribo a todos, y a Maceo y a Flor ya escribí. Y a Carrillo, presintiendo y anticipando la respuesta de Vd. En suma, completo los fondos mientras aviso y junto a Cuba, y preparamos con el cuidado que ve, para antes que España lo espere, las tres expediciones simultáneas. Vd. me dirá lo que necesite para reunir cerca de Vd. los que lo han de acompañar. Por supuesto quedará un pan para las santas casas.

Pierdo acaso el vapor, veo lo que sucede, y lo que he hecho. A Teodoro⁵² lo recibe Julio en la Habana, y lo hace volverse al Cayo: él le facilita la vuelta, le trae los pasaportes, se ofrece a acompañarlo al vapor. Y al mismo tiempo, como si cosa semejante estuviese esperando al paso casual de Teodoro por la Habana, le dice que, enseguida, sin tiempo suficiente para tratar conmigo, necesita cuatro mil pesos del Cayo para *recibir a caballo a Calleja*,⁵³ *que es su enemigo*. Y del Cayo, que le dio hace poco mil cuatrocientos pesos para un alzamiento que decía tener listo y paró en lo que Vd. sabe—me envían hoy este telegrama nuestros tres amigos Serafín, Teodoro y Fernando:—“Imposible detener y abandonar Julio imprescindible remitir dinero pedido según informe Teodoro contes inmediatamente”—Yo, que procuro resolver con juicio, que ya había previsto esta ofuscación de nuestros amigos, y que tengo en mi poder una carta de Julio dirigida a Serafín un día o dos antes del viaje de Teodoro en que le dice que ya se perdió la ocasión, y que debemos entender que el país no quiere la guerra, contesté enseguida así, dejando sinceramente la puerta abierta a los servicios futuros: “Acuerdo Gómez en ejecución y conocimiento verdadero estado cosas Cuba prohibiéndonos comprometer revolución y Julio mismo: yo carecería excusa autoridad decidiendo acción imperfecta, contra planes organizador guerra, cuando terminamos ya acción perfecta. Lo racional es Julio sálvese saliendo para volver luego sin comprometer ahora situación cada día más feliz. No se ofusquen y vean lejos: Digan Julio caso apremio salga”. Ojalá esta resolución mía, que tomé sin esfuerzo ni combate por lo claro del caso,

⁵² Teodoro Pérez.

⁵³ General Emilio Calleja e Isasi, militar español, que era entonces Segundo Cabo y fue poco después Gobernador General de Cuba.

halle la entera aprobación de Vd. Yo debo terminar aquí. Perdona la mano; insegura, de escribir toda la noche, y hoy sin cesar. Mi carta verdadera. está en esas líneas impresas que para Vd. me saqué del corazón.⁵⁴ Y su casa ¿no es la mía? Quiera y responda enseguida, para premiar y guiar, a su

JOSÉ MARTÍ

6

A CLARA CAMACHO DE PORTUONDO

Nueva York, agosto 30, 1893

Sra. Clara Camacho de Portuondo

Distinguida compatriota:

En momentos de la mayor actividad para esta Delegación, y al punto mismo de la salida del correo para esa isla, recibe el Delegado, como el mejor sostén que pudiera apeteer para sus esfuerzos, el acta, a los ojos del Delegado conmovedora, de la constitución de la Sociedad patriótica *Hijas de Hatuey*, llena toda de nombres de héroes, y que en Vd. tiene valiosa Presidente.

Sólo un instante queda al Delegado, y éste lo empleará en repetir que el aliento que precisamente necesitaba en estos instantes mismos para la obra de la patria, ya final y mayor, el aliento nunca tan grato como cuando viene del corazón sagaz y puro de la mujer, es esa muestra lujosa de patriotismo activo de que le da constancia la formación de esa Sociedad. Si estamos en momentos solemnes. Si nos urge toda palabra y todo hecho de apoyo. Se ordena ya el gran sacrificio, y es justo que se apresuren a premiarlo las mujeres, que son su corona natural. En la premura de estos instantes envía a las *Hijas de Hatuey* un ferviente saludo.

El Delegado,

JOSÉ MARTÍ

⁵⁴ Se refiere a su trabajo, *El General Gómez*, publicado el 26 de agosto de 1893, en *Patria*.

7

A GONZALO DE QUESADA

Sept. 1893

Gonzalo querido:

En el más estricto sigilo, porque así importa, salgo al Cayo. Creo que será mi último viaje. Cállesele. Muéstreme su cariño atendiendo absolutamente a *Patria* ahora que se le muere la hija a Figueroa. Por lo mismo que estamos en lo bravo, dé la nota de fe y de seguridad, pero no la de braveza. Ayude a Benjamín en lo de la Beneficencia. Responda al punto cualquier carta de los clubs. Vuelva a acercarse a Agramonte⁵⁵ a *Patria*. Vi a Mendiola con gusto y éxito. Para el 16 volveré, y querré ver a Ignacito. Sería mejor que él me quisiese ver. Y cuide mucho a Angelina: no la deje sola sino cuando sea indispensable. No se olvidan estas horas del primer hijo.⁵⁶ Ni se repiten. Salude a Lucianita.

Su

J. MARTÍ

Gonzalo:

He tenido un momento más, y van las líneas públicas. Publíquelos apropiadamente si están en armonía con la situación allí, y si sigue en Cuba encendido nuestro fuego.

Su

J. MARTÍ

8

A FÉLIX IZNAGA

[9 de septiembre de 1893]

Félix:

No me importa. Esquivo y silencioso como está, sin duda por mi culpa, sepa que mañana que no es sábado, estaré en Tampa, abrazándolo, y cada vez más digno y necesitado de que lo quiera

Su

JOSÉ MARTÍ

Cariños a la casa.

⁵⁵ Seguramente J. A. Agramonte, primer administrador de *Patria*.

⁵⁶ Se refiere al nacimiento de Aurora de Quesada y Miranda, primogénita de Gonzalo de Quesada y Aróstegui.

9

A MARTÍN HERRERA

12 de septiembre, [1893]

Sr. Martín Herrera

Muy distinguido compatriota:

Ruego a Vd. que, olvidando con su singular patriotismo toda razón de excusa, tome un puesto en la comisión de la colecta del comercio, suscrita en abril pasado para los fines que es ya la hora de realizar.

Seguro de su aceptación, saluda a Vd.

El Delegado,

JOSÉ MARTÍ

10

A RAFAEL SERRA

[N. Y., septiembre, 1893]

Sr. Rafael Serra

Mi señor don Rafael:

Clavado a trabajo mayor, no pude verlo ayer: y, sin embargo, era indispensable. Ya habrá Vd. recibido, o recibe por mí, la invitación indeclinable, para hablar Vd. el 10 de Octubre. Yo quedé en verlo, como a los demás. A ellos, hasta ayer no los pude ver: todos aceptan su parte de carga. Vd., tan fuerte y bueno como el que más, aceptará la suya, sin más ceremonias. Salgo a trabajos y mañana estaré aquí. A las siete y media y no después—vea que ya estamos militareando—quiero verlo en el mitin. El asunto, ya Vd. lo sabe: nuestra alma entera: el agravio olvidado, y la fe encendida. Nada de concreto, porque no parezca alarde, y por no enseñar nuestras vías. Salen mejor los barcos que no se anuncian. Pero, como hay razón, levante su fe al cielo:—eso espera de Vd., y que lleve a Gertrudis y a Consuelo, su

JOSÉ MARTÍ

11

A J. A. LUCENA

[Septiembre, 1893]

Amigo Lucena:

No habría podido perdonar a Vd., por lo mismo que lo tengo en tanto, la duda siquiera que envuelve su carta para mí incomprensible de agosto pasado, sobre preferencias mías, que jamás ni en ningún caso oso expresar ni indicaciones de puestos, que me parecen aún en lo más sencillo, y siempre me parecerán, un robo al derecho ajeno y un abuso del mío. Jamás. Pero todo se lo excuso, sobre tener Vd. razón aparente, por el bello volumen de versos que acabo de recibir a mi vuelta, y la carta memorable, para mí, que lo acompaña y queda en mi corazón. Bien me conoce Vd.; no se engaña.

El miércoles, primer día hábil para mí, estaré por la tarde en Filadelfia, para reunirnos por la noche en Agramonte. Y los detalles desaparecerán amigo mío, sean cualesquiera, ante la obra de grandeza que en estos instantes mismos realizamos. Conoce a Lucena, y no lo tiene por hombre menor, y le adivina y estima los favores

su amigo

J. MARTÍ

DE PATRIA, NUEVA YORK

23 DE SEPTIEMBRE DE 1893

LA LECCIÓN DE UN VIAJE

LA LECCIÓN DE UN VIAJE

Ni para denunciar sus propias huellas con alardes inoportunos se ha creado el Partido Revolucionario Cubano; ni para acusar público recibo de las desviaciones o ceguera de los hijos de Cuba; ni para mermar, con críticas fáciles e inútiles, las filas seguras, a despecho de los mismos que las habrán de enriquecer, de los soldados de mañana. En prever está todo el arte de salvar. ¿A qué ofender hoy, por la cita a que responde o por la necedad que dice, al compatriota a quien, por la sangre que derramó y el sacrificio que hizo de sí, se quiere para siempre como a hermano? ¿A qué, por la fruición ridícula de la verba, perder en azotainas a fantoches, o en lanzadas a un teatrúelo de títeres, el tiempo necesario para juntar, acaudalar y arremeter? Hay hombres-varones, y hombres-hembras. Por eso *Patria* pasa, silenciosa, sobre todo cuanto en Cuba acontezca sin significación real: y va a lo que tiene que hacer: a hacer la patria libre,—la patria en que vociferarán luego como dueños, e intrigarán como serpientes, los mismos que se niegan hoy a servirla como hijos. ¡Cuba, afuera y adentro, está llena de hijos!

Ni de las flaquezas de los suyos toma *Patria* nota, porque son suyos los flacos, y es mejor curarlos con el ejemplo cordial que con el castigo vejatorio; ni de suceso alguno de pura superficie, cuyo examen abierto pudiera afligir a un corazón cubano, y cuyo efecto real, como la declaración de desasosiego español que entraña la convocatoria desmañada a algunos jefes cubanos, es visiblemente útil, por el lerdo miedo y el despotismo incorregible que revelan, a la revolución que crece espontánea, y se desbordará por sobre estos u otros entretenimientos burdos, como la marea impasible sobre el pobre loco, con el tapavergüenza de dos colores, que le conmina y gesticula desde la playa. Ni un ápice importa, sino para revelar el punible candor e ingénita nobleza de los cubanos, el aplauso inútil y tantas veces en vano repetido al primer español que se contenta con algo menos que con regir al criollo a cárceles y sangre: a

unos satisface, por el poco apetito moral, lo que a los hombres pensadores y laboriosos parece fuera de toda relación con la necesidad actual, y oportunidad preciosa, de la Isla de Cuba en el desarrollo, ya hoy crítico, del continente americano. Donde estamos, estamos, y no podemos seguir viviendo de grupera española sobre este potro sanguíneo y lozano de América. Es otro, visiblemente, nuestro destino. El arnés se ha de ajustar a la cabalgadura. En aparejo no se puede montar sobre caballo de raza. *Patria* pasa a quienes lo deseen el aparejo.

Pero como la única enemiga verdadera de la felicidad de Cuba es la desconfianza de mucho cubano, por la educación colonial tímido y arrimadizo, en el carácter viril y decoroso de su pueblo, le es lícito a *Patria*, y aun obligatorio, señalar la marcada prueba de nobleza que el pueblo de Cuba, el pueblo de la emigración, ha dado durante el último y súbito viaje del Delegado del Partido Revolucionario a la Florida. Cayó sobre Key West, y aun en buen sentido pudiéramos decir que sobre la Habana, en instantes en que no se le esperaba, y en que, por el justo temor de los desaciertos y olvidos a que la privación dilatada suele llevar a los hombres, hubiera tal vez esquivado su presencia quien tuviera en el pueblo de Cuba menos fe, o le conociera menos la grandeza, que el que hoy ostenta, como la honra singular que es, el título de Delegado de su pueblo. Cayó allí el Delegado, e hizo, en los dientes de la Habana, cuanto tenía que hacer. Si habrá por todas partes, y en Key West sobre todas, agencias políticas de España, es fácil imaginarlo: si se habrán, en estos meses de extrema penuria, movido estas agencias para crear dificultades o disensiones o impopularidad en torno del representante de las emigraciones revolucionarias, calcúlese por cuantos tengan pensamiento: y calculen luego cuán hermoso será, y cuánto aplauso no merece, el que ni una palabra sola, hablada o escrita, haya venido a perturbar la obra rápida y visible de aquél a quien las tristezas de este mundo abren paso en silencio respetuoso, porque lleva consigo el encargo de remediar la tristeza de la patria. La miseria gemía tal vez a su alrededor; pero se puso su última sonrisa para recibirle. Y el entusiasmo, más pujante y espontáneo que nunca, ha llegado al cielo. ¡Ni una sola mano atrevida, o pensamiento bajo, han logrado mover, en esta admirable disciplina de almas, todas las agencias españolas!

Pero la lección no está en eso, ni a eso se ha de hacer alusión, porque tal respeto era merecido y esperado; sino en la tierna delicadeza con que la ciudad de Key West, castigada hoy por tenaz escasez, escondió

sus penas de aquél que, para acudir a las de la patria, necesita hoy de todo su recogimiento y valor. Natural parecía que, azuzados por el enemigo hábil, acosasen a su llegada al Delegado los cubanos de alma floja, o lo acogiesen con frialdad, o lo censurasen con la murmuración reprimida, o con el encono del silencio, o aguardaran de él alivio a sus aflicciones temporales: ¡pero a las puertas de la familia heroica que dio asilo al Delegado no llegó una sola aplicación privada a distraer de sus labores, visiblemente felices, al hombre pobre que sólo de su corazón podía hacer lonjas de pan, o de lo ajeno hubiera tenido que valerse para sofocar la impopularidad que hubiera podido acarrearle la indispensable negativa: nadie ofendió al Delegado, "al hermano Delegado", como por allí se le llama con frecuencia, suponiéndolo rico cuando es pobre, o bastante cobarde para hacer lo que no debiese, por el miedo de comprometer el afecto popular que lo rodea. Y dio así el pueblo cubano, la más alta prueba que el hombre puede dar de sí, y por la cual se ve la alta o baja estatura moral de los hombres: y es no sospechar en los demás las faltas que no es él mismo capaz de cometer. Digno y valiente es en el hambre como en la pelea el pueblo cubano, y por eso creyó a su Delegado digno y valiente como él. ¡Y la bandera se ostentaba tal vez, durante aquella visita, en alguna casa donde sólo se servía al día una vez de comer! Pero las mujeres se pusieron su mejor traje blanco, y los niños saludaban a la patria, que se acerca, con cintas y flores.

OCTUBRE-NOVIEMBRE / 1893

1. A FRANCISCO IBERN
2. A AGAPITO LOZA
3. A SOTERO FIGUEROA
4. A JUSTO CASTILLO
5. A SERAFÍN SÁNCHEZ
- 6-7. A JOSÉ DOLORES POYO

1

A FRANCISCO IBERN

Oct. 3 [1893]

Ibern querido:

Recibí a mi vuelta sus cartas valiosas. Ya notaba por la Habana que no había recibido Gómez las cartas: dinero y tiempo nos ha costado eso, pero ya se ha arreglado. Y lo de Recio,⁵⁷ volvió al carril. Apriétense los buenos, y muévanse y crean, y no hay modo de que entre cuña alguna en esta muralla. Ni dará mucho tiempo a eso, en cuanto esté en su mano.

Su amigo,

J. MARTÍ

César muy bien. Note lo de *Patria*.

2

A AGAPITO LOZA

8 de Octubre de 1893

Mi amigo Loza:

Van los tres: Nº 1, López; Nº 2, Zayas; Nº 3, Reguera.

A López ponga en clave en el mismo papel si quiere lo que va con lápiz; firme como suyos los números 2 y 3: a Usatorres, que su padre me les hable y que les escribo por el vapor siguiente. Abraza a ese padre noble. Escriba la esquila fingida rogándole entregue cartas a José Freire, que las irá a buscar.

Su

MARTÍ

⁵⁷ Carlos Recio.

A SOTERO FIGUEROA

[Nueva York, octubre, 1893]

Sr. Sotero Figueroa
Secretario del Cuerpo de Consejo de
New York

Mi amigo muy estimado:

Mi discurso del 10 de Octubre se sirve Vd. pedirme, en nombre del Cuerpo de Consejo, para publicarlo en *Patria*, y yo, levantado ya de la enfermedad pasajera, para nuevas labores, éstas le mando, como discurso mejor que el ya pasado, en vez de las palabras que sólo con gran violencia podría recordar ahora. Como la lava, salen del alma las palabras que en ella se crían; salen del alma con fuego y dolor. Horas después, aún chispea el discurso y resplandece, y se le puede tomar vivo, en los surcos que abrió al pasar. Días después, amigo mío, que es lo que me sucede ahora, el quehacer grande y presente, se lleva las palabras que en la hora agitada pudieron parecer bien, o sembrar idea y método, pero que luego, ante el sol, ante el alma encendida, ante la marcha firme y silenciosa de tanto leal como le queda aún a nuestro honor, no es más, amigo mío, que cáscara y pavesa.

Ni me pida, ni me dé, palabras ajenas o mías, como cosa principal. Déme hombres: déme virtud modesta y extraordinaria, que se ponga de almohada de los desdichados, y se haga vara de justicia y espuela de caballería: déme gente que sirva sin paga y sin cansancio, en el mérito y entrañas de la oscuridad, el ideal a que se acogerán luego, pedigüenos y melosos, los mismos que, en la hora de la angustia, porque el polvo del camino les mancilla la corbata, se apartan de él. Lo honrado es la brega: y no ver, con los brazos cruzados, cómo bregan otros. Nosotros encendemos el horno para que todo el mundo cueza en él pan. Yo, si vivo, me pasaré la vida a la puerta del horno, impidiendo que le nieguen pan a nadie y menos, por la lección de la caridad, a quien no trajo harina para él. Pero en república, más que en nada, debía ser verdad lo del valenciano Mondragón: "el que quiera pan, que lo cave; y mientras más blanco, más hondo". Y así quedo yo; cavando, para todos.—No me pida palabras desvanecidas, las palabras del 10 de octubre, que debieron

ser, y fueron sin duda, de menos pompa y apariencias que otras veces, porque la dignidad de las virtudes que de todas partes veo, y que por su naturaleza son más secretas que públicas, ponía en mí como cierto desdén de lo meramente hablado; aparte, amigo mío, de la dificultad de ahogar por prudencia ante un público ardiente, a riesgo de que tuviese al orador por mermado y enjuto, las voces de victoria que, como himno indómito, se levantaban a aquella hora tumultuosa en mi corazón. Lejos, muy lejos del tablado extranjero estaba mi pensamiento real, y mi mayor obligación: mi discurso, aquella noche, era ella misma, y el religioso concierto y obra sensata e incontrastable en que, después de una guerra desordenada en un pueblo heterogéneo, hemos logrado componer las almas. Ese era mi discurso, y mi vida: valámonos a tiempo de toda nuestra virtud, para levantar, en el crucero del mundo, una república sin despotismo y sin castas.

Queda, cavando, su

JOSÉ MARTÍ

A JUSTO CASTILLO

[Octubre, 1893]

Sr. Justo Castillo

Mi querido y buen Justo:

Vd. tiene razón, y es necesario que nos pongamos elegantes. porque a los hombres no se les juzga por lo que son, sino por lo que parecen; y porque hay razón para juzgar mal a quien no cuida del respeto y buena apariencia de su persona. Mientras haya un hombre alto, todos los hombres tienen el deber de aspirar a ser tan altos como él. El hurón se mete por los rincones de la tierra. El águila sube vencedora por el aire. A mí me gusta más el cielo que las cuevas. Me ha puesto muy contento ese baile de casaca.

Pero de la casaca se nos van a burlar, y nos van a llamar danzones y casaquines, si no mostramos ser hombres, que a su hora de poner el charol y el frac, y a su hora, para adquirir el derecho a la fiesta,—trabajan y pelean. ¿Está Cuba alzándose, y sus mozos no le tenderán los brazos, para ayudarla a levantarse,—para levantarse con ella? El que levanta a su país se levanta a sí propio. El que no tiene país propio, se

queda sin raíces en el mundo. Póngame en cubano el nombre, y juntémonos en el Club nuevo, a bailar de vez en cuando, que eso no está mal en mozos, pero bajo la bandera de Cuba. Póngamele un nombre lindo que va a ganar fama: "Cuba joven". Y avíseme para el bautizo.

Su

JOSÉ MARTÍ

5

A SERAFÍN SÁNCHEZ

Octubre, [1893]

Sr. Serafín Sánchez

Mi querido Serafín:

Gracias por su noble carta última. ¿Qué tenía que decirme? Pero ya dí en rostro con ella a dos conversadores, y me ha servido para dos de las comisiones a la Isla. Hoy, Serafín, le escribo poco. Estoy muerto, y contento. Desde que llegué, me puse a recoger hilos, a uniformar el país, a ajustar los múltiples detalles, a completar los fondos, y a procurar la acción coincidente e inmediata de nuestras fuerzas y las de la Isla.

De M. he tenido, y de Guillermon, la respuesta anticipada, casi por completo, a nuestras preguntas: pero necesitamos datos aún más concretos. Lo mismo he pedido a todas partes, por gente de mérito. Aquí, lo anticipo todo, y en cuanto estén las respuestas, y el General listo, y Maceo, por su lado, nos echamos al mar. Pero yo aquí, seguro de lo que ha de suceder., lo preparo todo de antemano. Ya le digo que de Orte,⁵⁸ como del C.⁵⁹ se me han enviado muy buenas noticias, y la certeza de que sólo se aguarda por nosotros. En tanto, en la Habana repiten, por orden superior, el argumento de mi desdén a los jefes de la guerra pasada, y de mis *jespeculaciones!*

¿Por qué, con su mano de Jefe, no me le dá un revés a esa picardía,—no pinta mi alma militar, y mi mayor ternura, mi ternura de hermano, que Vd. sabe y palpa que guardo para los que han dado su sangre por mi tierra? Le aseguro que convendría ahora, *para arreglos en la Habana*, una buena bajada en ese sentido. ¿Y aquel banquete nuestro?

⁵⁸ Oriente.

⁵⁹ Camagüey.

¿Y la carta de Vd.? ¿Y lo de Gómez: "yo les diré que es como nosotros"? Si yo lo digo, parece adulación. A ver quién lo dice, quién pinta mi corazón hermano y militar, para que no nos estorben en lo que *ya en la Habana*, hacemos ahora. Combatamos la maldad con la prueba continua y entusiasta de nuestro cariño. A ver, Serafín. Sea mi padrino de armas.

Charles no viene, y me tiene impaciente. Ya le dije que le envié la orden un día después de mi llegada, el primer día hábil. Continúo tratando con G. lo referente a su parte de trabajo. Ahí manténgame encendida a la gente, a fuego sordo.

Un gran saludo a Pepa, y vea, cansado y feliz, a su

MARTÍ

6

A JOSÉ DOLORES POYO

Octubre, 1893

Sr. José Dolores Poyo

Mi buen Poyo:

Hoy ha de perdonar. Todo lo he echado a andar esta semana. Si he dormido, no sé, y estoy rendido, aunque,—más que de trabajo,—de agradecimiento, por esa hermosura del Cayo, que ya sé que ha prendido en Florida. Ahora mantengamos ese fuego, para que anime y conforte a Cuba, ahora que estamos en el final convite, y para que el arranque primero de nuestras emigraciones, a raíz de nuestra ayuda armada, le produzca un auxilio grande e inmediato. Caeremos y nos refuerzan. Esto lo he leído en el cielo, y Vd. llevará una cinta de mi caja vacía; pero moriré dando luz.—Ahora lo que importa, si le parece bien, es arreciar la fe a los ojos de la Habana, donde vuelve la mala gente a gritarme entre los jóvenes y la menudencia militar, como gran pecador, y enemigo de los militares. Ahí hay que dar: ahí nos están dando. El martes escribo más. No duerme un instante su

MARTÍ

2 de noviembre de 1893

Sr. José Dolores Poyo

Mi querido Poyo:

Tengo justa alegría, porque, según telegrama—cables—que he recibido, ayer por fin han terminado las confusiones o causas de indecisión, o pasos débiles que hubieran podido entorpecer en momentos en que necesitamos de precisión no menos que matemática, para caer sobre el Gobierno antes que nos revuelva o cierre el campo. Estoy contentísimo, y no quiero escribir; no quiero más que escribírmelo. Ahora, una semana de encierro, preparando papeles y despachando gente, y enseguida, ya veremos por dónde sea más preciso arremeter. Pero alégrese, sacuda a las gentes, fortalézcales el corazón. No veo nada que se ponga seriamente en nuestro camino. Déjeme hoy ceder a mi mala crianza de no escribir, en gracia de que el martes lo haré tendido con todo el gusto de hoy, y con más reposo.

Su

J. MARTÍ

Lo de Cristo inútil. Mandé a un hombre y tengo ya su respuesta por cable de ayer. Ahora ya podemos hablar al público, y ya verá qué arrepentido va.

DE PATRIA, NUEVA YORK

4 DE NOVIEMBRE DE 1893

¡PARA CUBA!

¡PARA CUBA!

Hay crímenes en política, y hay política baja y superior, y en las dos hay crímenes. Pero hay una política sin crimen, que es la que conoce y mueve los elementos reales de un país para su mayor bienestar, y la habitación decorosa del hombre en él. Y ésta, y jamás otra, es la política del Partido Revolucionario Cubano. Si pusiese sus manos sobre el país, se las echarían abajo. Si le saliesen manos que se quisiesen poner sobre el país, él, guardián visible de la patria, las echaría abajo. Lo sagrado es el país. Un pueblo no es peana del hombre que sobre la hecatombe de él quiera, ante los siglos futuros, codearse con las glorias pomposas de la historia de nuestro mundo, que al cabo, en el globo incalculable de la creación, será vapor, de agonía y de sangre, que orle, como vaga nube, la dicha suprema: la dicha que se vislumbra en la existencia corriente cuando se deja bien hecho un trabajo útil, o se decide dar la vida, y el mismo gusto doloroso de cumplir los deberes menores, por mejorar y salvar la vida ajena. De las carnes caídas surge entonces una luz, serena y deleitosa, que ha de ser como la paz final del mundo. Los enamorados de él aspiran a clavar su nombre en el vapor eterno. Los verdaderos héroes, como los hindús ante el Juggernaut, se postran, a que pase por sobre ellos el país, a que la verdad sacrificadora pase por sobre ellos. De las raíces vive el árbol; y la verdad, de los hombres que a los pies de ella caen sobre la tierra. A quien de su pueblo toma pretexto y de su desorden e inactividad, para aspirar a una distinción culpable; a quien sirve a su pueblo con mente que no sea la de darle, sonriendo, el último hilo de las entrañas; a quien, por no parecer vencido en sus propósitos, esconde la verdad que los daña, en cosas de sangre y riesgo de su pueblo, y le estorba con esperanzas mentidas el juicio claro y la solución verdadera, a ése no cuadra más que un nombre:—criminal. Crimen sería vender la vida de los cubanos que en la fe del silencio hacen lo que deben hacer, y cuyo auxilio no merecería el

Partido que por la vanidad y ligereza de la lengua extranjera los vendiese: crimen sería comprometer, con revelaciones o insinuaciones que no sean de principios públicos, y abiertos de par en par, la guerra indispensable para su conquista. Crimen sería ponerse, por no bajar la persona o confesar el error, en el camino de la patria.

El Partido Revolucionario Cubano nació y vive para la verdad de la patria, y para servir a la patria conforme a la verdad. En él nadie tiene que caer. Su obligación era, en la hora del peligro de guerra por el desorden de las esperanzas, tener juntas, y en vía de acción, las fuerzas de una lucha previsoras y cordiales, que desde sus orígenes y por sus métodos y propósitos extirpe los riesgos de una guerra deshecha, de celos y de ceguedad, y de odios posibles. Ni hacer esto siquiera pudo ser, en la falibilidad del hombre, el objeto del Partido Revolucionario Cubano: sino intentar hacerlo. La grandeza está en haberlo intentado: la caída sólo podía estar en haber dejado de hacer, con la humillación voluntaria y completa de la propia persona, todo lo necesario para realizar el intento. Pero todavía queda una grandeza al Partido Revolucionario, a que por fortuna, por el honor y temple de sus miembros, que son todos los miembros constantes y limpios de la revolución, y por el interés mismo de gloria y porvenir, no parece que haya de acudir jamás:—y es la de declarar honradamente al país que intentó juntar para su bien, sin ambiciones ocultas ni reservas sombrías, los elementos necesarios para una guerra democrática y fundadora,—y que su intento fue vano. El hombre que a la hora necesaria tuviese este supremo valor, este valor bien entendido y más difícil que cualquiera otra especie de él, caería en los brazos y el respeto de sus conciudadanos. ¡Descanse Cuba! En el Partido Revolucionario no hay cobardes morales: ni hay ambiciones ocultas ni reservas sombrías. Lo que se calla, de callarse ha, porque estamos en guerra, y una guerra ya lo es, en la prudencia y la sorpresa, desde que se la compone y prepara. Pero si la verdad sublime lo dejase de ser, si el intento republicano hubiese dado con escollos invencibles—si la patria se negase adentro, o sus auxiliares no se pudiesen ajustar en desinterés y honor afuera—así, con las espinas en el alma y la luz en la frente lo diría el Partido Revolucionario Cubano: y seguiría cada cual, a su modo y camino, sirviendo a la patria. ¿Vivir, y no servirla? ¿Felicidad, mientras no sea feliz ella? Descanse Cuba: y fie: porque hasta hoy, es himno lo que tenemos en nuestro corazón, lo que se ordena y triunfa en nuestro corazón,—y no es verdad que se nos niegue la patria.

NOVIEMBRE / 1893

- 1-2. A GONZALO DE QUESADA
3. AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ
4. A SERAFÍN SÁNCHEZ
5. A FÉLIX IZNAGA
- 6-7. A FRANCISCO IBERN
8. A SERAFÍN SÁNCHEZ
9. A JOSÉ DOLORES POYO
- 10-12. A SERAFÍN SÁNCHEZ

A GONZALO DE QUESADA

[Nueva York, noviembre, 1893]

Gonzalo:

No sé qué haré hoy aún. Depende de los telegramas. Zayas⁶⁰ está en el campo, y según parece, otros y los Mora. Si es así, ni al Cayo puedo ir sin hacer algo antes. Si antes de las 11 no recibe noticia mía, baje a su quehacer, y júntese conmigo en la oficina a las 4½. De todos modos, baje, y esté en la oficina, para que vean allí hoy a algunos de nosotros, y no decir nada a la prensa, sino que esos son *geysers*, que nuestras noticias son las mismas, y no afirmar que eso sea orden nuestra, ni quitarles ningún crédito. Es el país espontáneo.

Su

J. MARTÍ

[Nueva York, noviembre, 1893]

Gonzalo:

Las noticias del *Herald*,⁶¹ confirmadas por un cable del Cayo, más tranquilizador aún que el de anoche sobre cualquier arrebato que de allí pudiera temer, me hacen suspender el viaje, y acaso no hacerlo. Pero dejo en sus manos el periódico de mañana. A Benjamín le escribí, y ahora le digo la suspensión. Sin embargo, esto sólo es cambio de trabajo, y emplearé bien, y fuera de N. York tal vez, la semana que entra.

⁶⁰ Se refiere al levantamiento frustrado de Federico Zayas, no ordenado por el Partido Revolucionario Cubano.

⁶¹ Véase *Patria*, 13 de noviembre, 1893.

Esta noche lo veo probablemente, o le escribo: y si no, no deje de ver lo de la corrección de P.⁶² temprano: a Aldao⁶³ aún no le escribo: ya le avisaré a Vd. antes de mañana si he de rogarle que me sustituya por unos cuantos días. Empleo el día en las cosas varias en que lo tenía dividido. He de procurar una declaración breve en el *Herald*, para no cargar con la culpa ajena. Ese Pendleton, ya le dije, es malo. Nos aborrece.

Su

J. MARTÍ

3

AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ

[Noviembre] 1893

Mayor General Máximo Gómez
La Reforma.

Mi General y amigo:

En persona, y no por carta, iba a contestar la estimable de Vd. que llegó a mis manos junto con un alcance sobre los mil pesos que le envié el mismo día en que me vinieron sus letras. Iba en persona, porque sólo así podía explicar a Vd. los minuciosos detalles de la situación de Cuba, y—sin tomar ofensa de lo que me dice—demostrarle cómo la explicación que le hacía en mi carta anterior no provenía del menor deseo mío de realzar mis servicios, ni de mermar a Vd. la autoridad indispensable, y que por mis propias manos he puesto en las suyas, después del voto de la gran mayoría de los jefes y oficiales de la emigración, y con anuencia, aplauso y solicitud de los núcleos revolucionarios de la Isla. Pero éstos se dan tal prisa, algunos de ellos están en tal peligro, y su comunicación íntima y frecuente conmigo, que estoy más cerca, es tal, que es deber mío, hoy como ayer, poner ante Vd. la situación real, a fin de que pueda ajustar a ella los arreglos que son de su exclusiva competencia.

Y ahora mismo escribo a Vd. estas líneas al garete, porque, en confirmación de lo que antes anuncié a Vd., y aunque pude sofocar el

⁶² *Patria*.

⁶³ Carlos Aldao, Secretario de la Legación Argentina en los Estados Unidos de Norteamérica.

movimiento intentado en Guantánamo para el 8 de octubre,—se ha alzado Cienfuegos hace cuatro días, y Villa Clara según parece, con gente nueva y vieja,—el gobierno ha cortado todas las comunicaciones, las emigraciones están hirviendo, y yo le escribo con todo esto a cuestas, con las riendas de la razón muy en la mano, pero con un barco pronto para llevar 150 hombres a Cuba, y cuanto armamento puedan introducir sin embarazo, caso de que—contra lo que espero y acaso deseo—Carrillo, según dice el cable de hoy, se haya visto, por el peligro de la persecución, obligado a alzarse. Yo no fomento algaradas, y las emigraciones están decididas a no fomentarlas; pero si esos desesperados, o perseguidos se mantienen y han causado el auxilio forzoso de hombres como Carrillo, yo no los abandono,—e irán con auxilio—ya listo del todo a esta hora los que deban ir. Ya ve que me puede querer: ni precipito, ni me duermo. No es mi nombre, miserable pavesa en el mundo, lo que quiero salvar: sino mi patria. No haré lo que me sirva, sino lo que la sirva. Ni siquiera me ofenden el desconocimiento e injusticia que encuentro en mi camino. El mundo es hiel, y bebo: pero no me dé Vd. hiel a beber.

Le diré de Cienfuegos. Federico Zayas, hombre nuevo, tachado de exaltación, ha dado su mediana fortuna a preparar la guerra, merece y goza respeto en su comarca, tenía hablados,—según mis informes revisados,—unos cuantos cientos de hombres, pero los más prudentes de su comarca—Ranchuelo, Lajas, Cruces, etc.—le temían por su publicidad e impaciencia. El 21 de septiembre debió alzarse, y lo sujeté: y luego en los primeros de octubre, y lo volví a sujetar. Ahora tuvo un duelo con el Alcalde Municipal y a pesar de sus promesas sinceras he ahí el alzamiento. Se llevó las armas de la Guardia Civil; hubo encuentros: se entró en el monte: está con él de los publicados por cable, el oficial Esquerma. ¿Qué puede suceder de esto? El gobierno ha cortado las comunicaciones: lo que se sabe afuera es que el *Herald*⁶⁴ ha preguntado para mí, y lo que de la Habana a medias han dicho al Cayo los de los Vapores, y ahora lo de Felipe Hernández, que vino en un bote, dice H. que a nombre de Carrillo. Y eso era lo que yo temía: que, alzado Zayas, que es bravo y ardiente, lo hiciese con tal núcleo que el gobierno, que en todos los nuestros tiene puestos los ojos, y en Carrillo sobre todo, los persiguiese,—y ellos no se dejan coger—: ellos se alzan. A esto estoy preparado, y debo al vuelo decírselo. ¿Qué he de hacer? Tener pronta una expedición, a Maceo, que recibió de Vd. por mí, como delegado y

⁶⁴ *The New York Herald*.

como enviado de Vd., el encargo de llevar su expedición bajo el concepto de que Vd. encabeza por voto de sus subordinados los trabajos militares, a Maceo, digo, que ya ha aceptado de Vd. la comisión, y opinó por diciembre, y entiende y sabe la condición superior y de elección con que Vd. se le dirigió por mí en virtud de nuestro acuerdo en Monte Cristi, a Maceo le escribo, a fin de que, por cable mío, pueda alistarse caso de que el alzamiento se mantenga, y de que lo ayudemos, y se alcen, o alcemos otros en otras partes que desvien la atención del gobierno y dividan inmediatamente sus fuerzas que es nuestro primer deber en estas circunstancias,—y a Vd., puesto que no puedo moverme de aquí, le doy esta rápida cuenta, ya que por cable no nos podemos entender. Si lo de Cuba perece, con la misma seriedad de la gente comprometida que aguarda nuestro aviso,—y la orden de Vd., que les tengo anunciada, y a la cual invariablemente someto toda impaciencia, y demanda de fechas cercanas o fijas,—entonces seguiremos con la trama creciente y fuerte, pero como Vd. ve, ya muy vecina la acción. Si no perece, ayudaremos. Maceo se preparará a caer por Cuba, según su oferta expresa, con los recursos que a su lado dependen de mi indicación,—y Vd., General, puede estar seguro de que, cinco días después de su respuesta, o al recibo de las palabras que aquí convengamos, le tengo como convinimos, un barco rápido, con 25 hombres seguros, a unirse donde Vd. me diga, con lo que Vd. haya preparado a su alrededor. Las palabras en este caso extremo, serán éstas, sin firma alguna de ella:

Imposible, querrá decir: estaré dispuesto, aguarde carta; prepare expedición.

Regular, querrá decir: venga a Fortune Island, donde yo estaré, (y aquí el día en que Vd. pudiese estar allí).

O, si el cable no pasa por Cuba, y hay una vía que no pasa, puede decirme al principio y fin de dos palabras nulas la *fecha y lugar* donde debo encontrarlo, por ejemplo: *doce* cargas listas Cayo Grande.

En cuanto a grupos en Cuba,—me avisan que el correo se cierra,—lo más valiente, de influjo social y estimable de Matanzas, con Collazo a la cabeza, esperando órdenes de Vd., y entre tanto recoge los núcleos varios de Occidente,—jóvenes habaneros de buenas familias, médicos, guajiros, Manuel García:—de la Habana a Pinar del Río hay organizaciones disciplinadas. En Sti. Spiritus, todo lo que ha podido hacer Serafín. Remedios, Carrillo. Santa Clara, los Mora, que dicen muertos. —Cienfuegos, otros de que le hablé, a más de Zayas, pero deben haber

sido arrastrados con él. El Camagüey tiene a la cabeza de su junta al Marqués,⁶⁵ y reitero lo que de él le dije, y a Vd. habrán confirmado sus enviados allá. En Oriente, grupo ¡impaciente y fuerte en Guantánamo—confirmada la disposición de los de Holguín—recibida la impaciente de los de Manzanillo—Guillermón ligado con los de Guantánamo—la mejor juventud de Santiago de Cuba—todo eso! iba a poner, confirmando lo que le dije en persona, y le escribí ante los ojos de Vd., a fin de que viera estas cosas sin la palidez de las cartas, y volviese a cerciorarse de que no caben en mí impaciencia de fanático, ni flaqueza de ambicioso, ni la ligereza y presunción del político soberbio y novel. Quisiera la guerra sana y fuerte, y tomada con toda cordura, pero cuando la guerra salta por sobre nuestras preparaciones, creo que debemos estar dispuestos a acudir a ella, y a prever los desastres de lentitud, o de especie peor, que causaren el abandono criminal de los que en el campo sólo aguardaban entonces un auxilio oportuno para dar al Mundo un nuevo pueblo libre. Para esto vivo; para lo real de las cosas y los hombres; para que eso no vuelva a suceder, para abogar en mi patria por una guerra potente, y de mano libre y única, no dificultada con trabas innecesarias, que en su forma sencilla y verdadera lleve en germen la concordia y firmeza de la República.—La prisa con que le escribo no es descortesía: es angustia. Vd. imaginará lo que tengo en este momento a mi alrededor. Y en mí, el deseo vehemente de que Vd. esté contento con su

JOSÉ MARTÍ

Todo, a su hermosa casa, que no ha querido ver con cariño lo que dije de ella.

Los cables a *Barranco*.⁶⁶ New York.

4

A SERAFÍN SÁNCHEZ

Nov. 7 [1893]

Serafín querido:

Son las 2 de la madrugada, y se va el correo. Vengo del *Herald*, donde me he pasado la noche, esperando respuesta de la Habana. Llega. Se han alzado Zayas y un *Esguero Rose*: que los han derrotado, y que

⁶⁵ Salvador Cisneros Betancourt, Marqués de Santa Lucía.

⁶⁶ Manuel Barranco, patriota y comerciante cubano, residente en Nueva York.

se han metido por el monte en Santa Clara. De Madrid telegrafían que los Mota—(los Mora, por supuesto)—se alzaron y murieron. ¡Y pensar que ya hubiéramos podido estar allá, y debido, y que no estamos, no por nuestra culpa! Ese, Serafín, era mi silencio. Lo quiero mucho para callarle impresiones que tampoco le podría decir, a lo menos mientras me durase la amargura. Y hoy, al sentarme a escribirle, decidido a emprender el viernes viaje a Santo Domingo—a donde ha un mes envié lo pedido para “empezar a arreglar”, en la creencia de que las cosas no están aún como están en verdad,—recibo el *Herald*, y la noticia de Madrid con él. El *Herald* nos ha servido muy bien durante el día. En este instante, pues, maduro lo que he de hacer sin pérdida de tiempo, lo cual depende de las noticias. De usted, las espero por cable mañana. Creo en este instante que las parvidas están alzadas. Creo que les será imposible sostenerse sin el Oriente y Camagüey. El Oriente, sobre todo, se alzaría si se le dice, y conforme él desea ansioso; pero ellos creen que Gómez va, conforme a nuestros arreglos y promesas, y yo, dada la delicadeza especial de mi situación, y el tiempo y forma—más a mi juicio de los necesarios—que Gómez cree necesario para entendimientos, que ya yo he dejado hechos, con Maceo—tan lejos en Costa Rica, y Cuba, donde todo se lo tenemos preparado, no oso autorizar el levantamiento, hasta no ver de nuevo a Gómez. Si esos bravos han sido infelices, y ya están vencidos, volveré a Gómez, en cuanto conozca los detalles de la situación. Si no, tal vez con esta misma carta, iré a verlo a usted—iré al Cayo por unas cuantas horas, a ver más de cerca que de aquí, y a ver qué resolvemos. ¡Y yo que todo lo preví en tiempo, y fijé el plazo, y quise tenerlo concertado todo! Pero no, había que esperar. Ese fue mi silencio, Serafín: sinceridad y dolor.

Bueno: adelante. No sé qué haré en este momento. No dormiré. A las ocho por la mañana sabré más. Tal vez a las 9 salga con esta carta, que pongo al último instante en el correo. Es para dificultades, y lo quiere mucho

Su

J. MARTÍ

5

A FÉLIX IZNAGA

[12 de noviembre de 1893]

Félix inolvidable:

Le hablé por telégrafo. Es preciso. A mí, que me echo todos los días a la mar, me parece natural todo sacrificio. Y a V. también, cuando yo lo pido: ¿qué no será cuando lo pido yo, que vivo de dar, y muero de pedir? Pero para nuestra tierra, todo.—Ahora, un abrazo; adivine, ayude, quíerame a Gonzalo.

Su

J. MARTÍ

6

A FRANCISCO IBERN

Nov. 14 [1893]

Sr. Fco. Ibern

Amigo querido:

A tiempo, y con provecho, recibí su última carta, como todo lo que viene de usted oportuna y útil. Ni usted ni yo somos gente de mucho papel. Ya ve lo de Cuba. Pienso en usted muchas veces, y más en cuanto hay cosa de hombres. Usted sabe que por mí no hay peros, ni que me van a hacer caer en trampas de pájaros. Ni es por mí, Ibern, por quien habrá que esperar. Eso le quiero decir. Y que me escriba cuanto piense y desee, que lo quiere de veras y lo oye su,

J. MARTÍ

7

[Noviembre, 1893]

Ibern querido:

Van 150 a pesar de su orden, por el bono del número. Ud. lo hará circular con un poco de brío. Las pobrezaas no nos debilitan. No es mía hoy la cabeza, de tanto problema. Pero hoy veo más claro que nunca.

Salgo en pocos días y nada temo, y haremos las cosas a su hora. Un abrazo a Poyo. Su Oscar, rosado y bueno.

Su

J. MARTÍ

8

A SERAFÍN SÁNCHEZ

New York, 14 de noviembre de 1893

Sr. Serafín Sánchez

Mi querido Serafín:

Aquí está Charles con su carta, y sus noticias singulares sobre la orden de Zayas, que no sólo no pudo recibir de mí, sino que está en absoluto desacuerdo con la comisión terminante que le mandé pocas semanas antes, y a que contestó él con la más formal promesa de no alzarse hasta recibir mi orden definitiva, que significaría ser llegada la ocasión del movimiento general. Cualquier orden falsa que hubiese podido recibir, debió llamarle la atención y moverlo a confirmarla previamente, puesto que no iba por mi conducto usual, y estaba en contradicción con mi comisión última. No quiero prejuzgar. Si se quiso violentarlo, debió dudar, dadas tantas circunstancias en contra, y habiéndole yo prevenido contra esa violencia posible, y los hombres que tenía al pie, y la intriga posible del Gobierno o del partido conservador, para afirmar su autoridad en la Isla; si ha sido instrumento voluntario y culpable del Gobierno, lo que aún no oso creer, no ha logrado su objeto principal, que sería sin duda provocar un alzamiento incompleto, y aturdirme, a fin de que enviase yo mal y a retazos nuestro auxilio descompuesto. Nada de esto se logra. Si eso es cosa de honor y respeto, y arrastra gente de poder, ya Gómez está minuciosamente avisado, y continuaré avisándole por cable para que en vista de la situación y de mi carta decida: yo, por mi parte, tengo hecho lo que he dicho, y en pocos días se alza lo que de la Isla parece querer alzarse, y vamos los que de afuera tenemos que ir. Si eso ha sido la obra inmadura de una ciega precipitación, y no puede aguardar en pie el tiempo necesario para los acuerdos indispensables en nuestras distancias actuales, por rápidos que sean, quiere decir que el auxilio llegaría tarde, o iría a seguir un

arranque sin crédito, comprometiendo la suerte de la revolución verdadera, o cayendo en una trampa española.

Mi actitud, yo no tengo que decírsela. Esa es, y Vd. la ha visto en hechos. Gómez está avisado desde el primer instante, con noticias de los lugares que tienen prometido levantarse,—de la expedición primera, que puede ser como Vd. sabe,—de mi aviso simultáneo y en camino a Maceo—y de mi disposición a hacer, a orden de cable, por lo que respecta a él, lo que tenemos acordado. En estos siete u ocho días, indispensables para que él reciba la carta, que acaso le sea la primera noticia, y para que me conteste por cable, yo le habré anticipado la situación real, y lo de Cuba habrá cesado o habrá prendido. Tal vez, y eso sería funesto, ande por el interior de la Isla, para lo cual, e ir viendo su gente, me pidió y le envié recursos. Lo que dificulta más mi libertad de obrar es que, según puede Vd. ver por mi carta anterior, no parece estar Gómez en la realidad de la Isla, tal como se me presenta y a tiempo se la exhibí, para que ya a esta hora hubiéramos caído sobre el campo como pudimos y acaso debimos; sino que en respuesta a mi carta, muy cercana y angustiosa, y diciéndole cómo podía hacer lo acordado si la precipitación del país lo requería, y él lo deseaba, me respondió como si se hubiera ahora de empezar las labores de relación y acuerdo suyo con los jefes, que es lo que yo precisamente le he venido adelantando, y aun vi en su carta como el desagrado de que se pudiera tener en poco su autoridad, lo que naturalmente me obliga a ser todavía más cuidadoso de no lastimársela. Lo que en mí es patriotismo y angustia, pudiera parecerle ambición mía, o deseo de servir mi preponderancia, valiéndome de su nombre. Por eso, sin faltar en un ápice al deber que pudiera de un día a otro exigir el país, y a que me sabe Vd. preparado, no tomaría medida alguna sobre alzamiento sin su anuencia, sobre todo cuando a los que pudieran alzarse en Cuba, se les ha asegurado con la verdad estricta, que Gómez iba, y que su situación entre nosotros es la que es.

Ahora, si la guerra prende, y justifica y requiere nuestra acción, y es visible e indudable el deber de auxiliarla, no hemos perdido tiempo—lo necesario está—lo primero puede ir enseguida—otras comarcas pueden alzarse, y esperar por nosotros muy poco—enseguida puede ir lo demás, y todo casi a un tiempo. Así propuse hace más de meses. Así lo reiteraré hace cuatro días.—En este instante, sin embargo, no veo en Cuba más que una partida generosa e impotente, que no ha arrastrado elementos de sus mismas plazas que conozco y poseo, y que parece haber

sido víctima de una orden falsa, o de una intriga española. Los revolucionarios del país, que tienen otras promesas, y aguardan otras órdenes, no se lanzan detrás de este movimiento confuso y sin carácter. Supongamos, repito, que el alzamiento cunde, contra lo que se ve hasta ahora, en otras comarcas, y que viene el caso de salvarlo con el auxilio rápido, o dejarlo morir por puntillos y esperas. Entonces, se acude con cuanto hay a mano, sin caer en el exceso de dejar pasar la hora única por no parecer deseoso de usurpar autoridad a nuestro jefe militar. Y él lo entendería y lo aplaudiría. Pero siempre habrá tiempo, con mis previsiones, para que él piense y ordene.—Y si esto cae, como ha caído, o pienso que va a caer, planteo el problema urgente, y se es, o no se es, porque al país no se le puede tener en esta agonía. En esa ansia quedo, ganando respeto entre los nuestros por no haber querido abusar de la situación presente. Acaso pasado este período ya harto largo y continuo del miedo de los alzamientos locales, hayamos entrado en el de un rápido y magnífico fin de nuestras labores preparatorias.

Con Charles ya he hablado de los detalles de nuestros amigos. Hay tiempo para ser luego más largo. Pero de ningún modo,—pienso desde ahora,—ha de quedar un día por el aire, ni andarse dando vueltas. Lo de afuera y lo de adentro a un tiempo. Llegar al punto, hallarlo todo pronto y enseguida adelante. No quiero escribir más por correo sobre estas cosas.

A Roloff, Serafín, me le dice cuanto debemos, y no le escribo por no repetirme. De mi natural inquietud, nada le diré: sepa sólo que mi energía para obrar es tanta como mi prudencia para decidir. Ni me aloco, ni pierdo minuto. Es la revolución lo que tenemos que salvar, y si esto falla, trataremos de guardar íntegras sus verdaderas fuerzas. Nuestra tierra escarmentada no va detrás de sombras. Es nuestra, si la merecemos; pero si la forzamos, o la movemos a la loca, nos dejará morir con razón en el abandono y el ludibrio. Por fortuna lo entendemos así, y nuestra conducta en este incidente robustecerá nuestro crédito. —Sobre mis cables ¿qué necesito decirle? Nada fío al papel. Es como le he dicho: *no tengo: observen*. Así es en todo momento. Por eso debía estar aquí Chicago, y se queda, mientras pueda haber necesidad de él.—Un abrazo fuerte, Serafín, de su

J. MARTÍ

El correo próximo lleva los mapas. Pero ya los vi, los mejores, y no fío en ellos. Algo más se necesita.

9

A JOSÉ DOLORES POYO

New York, 16 de noviembre de 1893

Sr. José Dolores Poyo

Mi muy querido Poyo:

Mis telegramas habrán ido indicando a Vd. las noticias por mí recibidas, y la situación corriente, y el último le habrá tranquilizado, y dicho que, confirmando con los hechos la previsión que de ellos hice a Gómez, hace unos dos meses, le expliqué hace ya cinco días, por la primera oportunidad después del alzamiento, lo que hasta entonces se sabía de él, y ajusté cablegramas para los tres casos posibles de acción inmediata que en mi carta sugería, y se acentuarán o desvanecerán precisamente en los días que a la vez faltan para que las explicaciones lleguen a su destino, y para que lo de las Villas desaparezca o eche raíz. Al papel se debe fiar poco, y basta con que diga Vd. que, caso de ser este alzamiento algo más de lo que parece hasta ahora,—el arranque crédulo y sincero de una gente engañada por una orden falsa que se supuso ir de mí, o la caída involuntaria de un puñado de patriotas en una intriga del gobierno;—caso, digo, de sacar este alzamiento al campo gente experta, y de la que puede campear y esperar;—caso, en fin, de justificar nuestra ayuda, nada sorprende sin hacer de cuanto debía yo tener hecho. ¿A qué decirle más? Esa es la situación: de seis a ocho días, o antes tal vez, sabré más de Cuba, y sabré de Gómez; lo demás está avisado; otras preparaciones dependen de la necesidad que amerite su realización. Dificultaría mi acción en un caso demasiado urgente, en el de que cundiese y levantase a gente sería esta arrancada de bravos, mi convencimiento doloroso de que Gómez, según su última carta, creía menos cercanos y dispuestos de lo que parecen estar los elementos de la guerra en Cuba, o me creía, sin conocerme aún bien, un tanto engolosinado con las promesas de ciertas lealtades de afuera y algunas ayudas de adentro. Y de pronto, sobre este estado de espíritu, arribado acaso por el temor injusto de que la aceleración justificada pudiese ser deseo de quitarle ocasión de ejercitar su autoridad, caen las noticias de Cuba con la frialdad lejana del papel que no se espera, y las prisas consiguientes a la situación en que nos vemos. Pero la verdad me defiende, y con toda

ella le escribí. Contando con su aquiescencia a la situación, y una vez conocida su voluntad de entrar inmediatamente en ella si así lo requiere, no habrá valla al júbilo y la energía de este hermano de Vd. y criado de Cuba. Pero al país hemos llevado, con pleno derecho, el nombre de Gómez, que es todo un ofrecimiento y parte principal de un contrato tácito, y no podría yo intentar por sobre él una guerra que en él ve una entidad principal, y se trama contando con ella. Ahora, como que la razón de su demora sería sólo la muy justa de apretar por sí los lazos que no ha tenido aún en las manos, y cerciorarse de su fuerza, si los hechos rápidamente se acelerasen o hicieran nula esta mayor investigación, y nos impusiesen claramente el deber de una acción sin esperas ni melindres, ni unas ni otros habrá en mí: se caerá con cuanto se pueda y se tiene dispuesto, sin perder minuto: se hará lo que en conciencia no se puede en este instante hacer, por no sernos conocido el alcance del alzamiento, que a esta fecha parece frustrado, o sin autoridad y resistencia para justificar mi acción sin la orden del director de la guerra, y por la desigualdad de grados de energía a que en todo nos obligará esa medida y el relativamente menor de confianza del director de la guerra en un alzamiento ya inmediato. Un pretendiente a héroe no andaría con tantos remilgos, ni un enamorado de esa vanidad tantas veces criminal que los hombres llaman gloria: hay guerra en Cuba, poca o mucha, y por tanto, pretexto para llevar más; hay impacientes que de aquí la quieren ayudar y que de allá la esperan; hay con qué llevarle un fuerte ímpetu: ¡pues se pasa por sobre las glorias pasadas, se desconoce todo lo sutil y fatal de nuestro problema político; se juega con la sangre del país a la carta de la inmortalidad, y se comete un crimen bajo la capa de una santa idea! Yo no hago eso: acato la realidad, y no quiero preeminencia para mí, sino felicidad para mi patria. Ahora, si el deber es patente; si se va a perder la ocasión robusta; si se justifica el auxilio y no se justificase la demora; si no hubiese tiempo para más consultas, aquí tiene una mano con alas y no me pararé en lo que se pueda decir de mí: el que sirve a su patria debe estar siempre dispuesto a ser su víctima. Pero he medido el tiempo, y puedo saber de Gómez en un plazo muy breve, así como realizarle lo propuesto, a que él puede, en caso de urgencia, acceder por cable. No soy, Poyo, hombre de meses. El cable, en tanto, le complementará mi carta, y acentuará o hará útil la gran prisa de ella. Si esto sigue, pues, se hará lo que se debe, y ve Vd. que todo lo he hecho en esa previsión y lo tenía hecho. Si cae, no es nuestra obra, y con la celeridad a que esta alarma nos obliga, o llevamos

la nuestra con valor, o nos desistimos de ella con honor. Podemos y debemos. Yo, por mi parte, no temo pararme en puntos ni miedos futuros. Sea yo potro o fusil, y hagan de mí después lo que quieran. Los pueblos se amasan con sangre de hombres.

Sobre la conducta del Partido escribo para el Consejo. He puesto a todos a punto de entusiasmo eficaz, por si es necesario; pero no he aceptado nada aún de él, para quedar con el crédito de la verdad y no perder luego, cuando lo de veras, el auxilio mayor por haber acudido antes con falsos pretextos, o aprovechando una situación ambigua. Esa autoridad merecemos: publíquela y levántela, por ahí ganamos. Tampa, Ocala, Filadelfia, Nueva York, todo se hallaría maduro si fuera mcnester. Entusiasma nuestra necesidad. Era ya tiempo de que entrásemos a ser cntes de razón. No me le tenga miedo por allá a esa situación. Vd. sabe, y su pluma bravía, que del aislamiento de la verdad se sale al respeto y al tiempo. ¡Y estamos, por fortuna, muy lejos del aislamiento! Cálceme esas ideas: yo las juntaré luego en forma oportuna y vívida, y este incidente, si ya está cercano, será todo en nuestro honor.

Escribo a Serafin muy largamente. Envíeme una palabra.

Su

MARTÍ

10

A SERAFÍN SÁNCHEZ

[Noviembre, 1893]

Serafin querido:

Unas líneas no más, para que sepa de mí, mientras me llegan cables de Cuba sobre la situación, que aguardo de hoy a mañana. Plantearé la situación conforme a ellos. O vamos, o nos desistimos. En Cuba han comenzado los extrañamientos y los avisos privados. Los que hemos trastornado el país, debemos ir a las consecuencias del trastorno. Yo sé que usted, a la vez impaciente y justo, me ayudará con toda el alma en esta empresa. Pues podemos, y estamos juntos, vamos. O declaramos que no podemos ir. Yo, ya estaría andando, y allí, pero estoy a la historia y a la cordialidad, y me muerdo los puños, porque no se me

diga irrespetuoso e intruso. No quiero escribir mucho. ¿Cómo fue que ayer no me llegó carta suya? Perdóneme, en gracia de estas agonías, Rogelio y Porfirio, en lo que les es personal. Usted imaginará cuánto estaré haciendo para impedir tibiezas afuera, tener afuera con tacto la gente a punto; quitar razón a violencias en Cuba, y dar tiempo a que Gómez me conteste sobre esta situación.—El cable me dirá lo de Zayas. —En cuanto a lo de acá, usted sabe. No le falla su

MARTÍ

Téngame bien hablado al buen Roloff.

11

[Noviembre, 1893]

Serafín querido:

Me he bebido su carta. Vale vivir, cuando se vive entre hombres, cuando—en el rincón del cariño—se ha dado asiento a hombres como usted.—Sale hoy mismo el correo, y por él quiero decirle que toda su carta me regocija, y todo es justo en ella, sólo que, según noticias de Gómez mismo, que me mandó la carta del bribón, Massó nada lograría hacer con él: y así ha debido ser, porque en Santiago de Cuba se presentó sin comisión a una junta, donde se ofreció a venir al Norte de portador de un dinero que allí se recogía, y ahora está—¡ah países!—de Teniente Coronel del ejército venezolano: está en Caracas. Pero lo de Gómez, ¡cuán cierto! Y usted, ¡cuán franco y leal!—Al vuelo escribo. Muy bueno que ya C. tenga su carta, y el comisionado ande por allí. Lo de Aquiles, bueno: pero cuidado con Aquiles. Un par de abrazos al bravo Raimundo. Aquí espero la vuelta de todas las comisiones. Lo de los andaluces, verdad como el sol. Lo de Maceo, se refiere a nuevas órdenes —punto, previsión de guerra: ni pierdo tiempo, ni dejo agujero. ¿Pero Rafael Ros B.?—Enseguida saldrá lo de Huerta, que le salió hondo y florido—como los valles del corazón.

A Pepa, este hermano, y a usted, su

J. MARTÍ

12

[Noviembre, 1893]

Sr. Serafín Sánchez

Mi amigo Serafín:

El lápiz mismo le dirá mi deseo, y ya me lo ha de perdonar, quien anduvo alguna vez por el monte, sin tener sobre sí donde guardar un lápiz.—Voy al correo, ya muy en la madrugada, y quiero darle el parabién por la magnífica ironía de su artículo sobre los estudiantes,—y por esa juventud de su corazón que me lo ha de tener siempre bueno y fuerte. Quiero además pedirle un *Carácter* o un *Héroe* para *Patria*: ¿vio como empecé a hablar de su Huerta?—*Patria*, ya usted sabe lo que es. Enojadísimo de la menor duda, a todas luces pecadora y fea, sobre la santidad de nuestros planes, esta gente evangélica decidió, toda, expresar en un periódico su adhesión unánime: y yo dejé que en mis manos cayese para salvarlo de toda pequeñez de personas. Le urjo por el *Carácter* o el *Héroe*. Y a ver qué me le hace escribir a Fernando Figueredo.

De organización, Uds.—Aquí todos en pie, ansiosos. La hora es grande, pero no más que nuestro corazón. La entiendo, y la obedeceré.

Su

JOSÉ MARTÍ

DE *PATRIA*, NUEVA YORK

21 DE NOVIEMBRE DE 1893

EL ALZAMIENTO Y LAS EMIGRACIONES

LA DELEGACIÓN DEL PARTIDO Y EL ALZAMIENTO

EL ALZAMIENTO Y LAS EMIGRACIONES

Lo de Cuba, ha sido acaso un gran crimen, un crimen de España. Se le desenmascarará, y se le clavará en la frente culpable. Se echó a la guerra a un puñado de hombres buenos; se les engañó, para echarlos a la guerra; se les mintió. Se ha provocado a un pueblo a la revolución, para tener luego causa de fusilarlo por los caminos, o de perdonarlo con ostentación, o de probar su impotencia. ¡Pero lo que se ha alzado no es el pueblo de Cuba, sino un puñado de hombres generosos, a quienes la revolución cubana, escarmentada, dispuesta a escoger su hora y a burlar a su enemigo, ha visto caer en la red, con indignado silencio!—Lo que queda patente es el crimen de España,—y la prudencia y disciplina triunfantes de la revolución.

La revolución en Cuba no es una trama; es el alma de la Isla. No es una conspiración: es el consentimiento tácito y unánime de lo más viril y puro del país: el actual movimiento revolucionario no tiene su fuerza en el trato secreto con este o aquel núcleo de revolucionarios conocidos, sino en la confianza que ha logrado inspirar a la gran masa, a la masa de rifle y corazón,—en la espera sorda y creciente de lo bueno y bravo de Cuba en la obra sosegada y respetuosa de las emigraciones,—en la fe ambiente del país, que es como el aire que se respira y el sol que alumbra. No se prende el aire ni el sol. No se puede prender a la Isla entera. Esta vez, la conspiración ha estado en tener a la Isla informada de la verdad: en tener su ánimo pronto a la empresa grande y definitiva. En el ánimo de la Isla se ha trabajado, no en el compromiso de esta o aquella cabeza conocida. Cada cabeza, guíe luminosa, o caiga en el deshonor. El espíritu del país es nuestro cómplice: no se arrincona en la cárcel el espíritu del país.—Y si el crimen hubiera llegado esta vez a sacar a los inocentes de sus casas, a cebar la rabia sofocada desde el

tiempo de la guerra, a vengar por fin en pechos nobles y amados de Cuba el delito, a ojos de España todavía no expiado, de vivir después de haber puesto la mano sobre su tiranía, a vengarse de la humillación de haber tenido que acatar, del Zanjón a acá, al criollo irreverente,—se habria el crimen vuelto sobre España, porque las persecuciones abrirán allí las puertas de la guerra, y nosotros aquí, aunque harto prudentes para caer en el lazo del enemigo y enviarle nuestras fuerzas incompletas, tenemos fuego en el corazón y quimbo al cinto, y volaríamos a nuestros hermanos.—Por eso no completó España esta vez su crimen, no por magnanimidad, sino por miedo a la Isla, y a nosotros.

Se necesita mantener en Cuba el sistema pingüe de ocupación militar, no tanto para defenderse de la guerra inminente como para disfrutar de sus gabelas y beneficios. La revolución, como que no se dispone para el acomodo de los españoles logreros, sino para abrir un pueblo estancado al mundo, para el bienestar y honor de Cuba, para la equidad y concordia de sus habitantes, sea cualquiera su lugar de nacimiento,—no andaba con tal prisa, o por lo menos, con tal prisa notoria, que los logreros pudieran sacar argumento de ella; ni por vías en que pudiesen poner mano:—la sienten, y no la palpan. ¡Pues se fomenta, donde se tienen gentes para el oficio, un alzamiento que se pueda acorralar; y así se prueba a España la imposibilidad de regir a Cuba de otro modo que el de la ocupación militar que hoy la rige,—se levanta la caza humana allí donde se tienen vientos de ella,—se echan rumores por las calles, para justificar la persecución de los hombres a quienes verdaderamente se teme,—se debilita, por el descrédito nuevo de la guerra, la campaña de las emigraciones, o se les corta por pedazos la ayuda descompuesta que pudieran mandar en el primer alocamiento! Se finge una revolución. Se levanta la caza humana. Se echa a los hombres buenos al camino, y luego, amparando a los azuzadores, se acaba con los buenos, porque se echaron al camino. ¡Chorrea sangre este inicuo teatro! Se puede decir: “¡Ese es el matador!” Se pueden contar las manos que se han empleado en el crimen.

Pero, en cuanto a las emigraciones, España yerra. Aquí están, preparadas en unión mayor de lo que ellas mismas imaginan; ardiendo en deseos nuevos de redención y sacrificios; ligadas, por un vehemente amor al hombre, en el anhelo de expulsar de la patria la tiranía y la deshonra. Aquí están, para salvar a Cuba, no para echarla sobre las bayonetas de sus dueños. Aquí están, trabajando incesantes por la guerra que ha de hacer con la deposición de todas las ambiciones, y con

la invencible alma popular, para que Cuba sea por fin un pueblo de su época, y patria de justicia, donde la libertad quede segura con el ejercicio pleno de ella por todos los hombres, y con la súbita y grandiosa emancipación de las fuentes sujetas del trabajo. Aquí están, más dispuestas que nunca a la obra de la revolución, hoy que han dado con tal modo de hacerla que ya los hombres no se odian en su seno, y no se expone el fruto de tantos sacrificios al primer engaño ensangrentado de los enemigos, o a la imprudencia y arrebato de los propios. A todo están preparadas las emigraciones:—cómo y cuánto ¡eso sólo lo conoce quien tiene su mismo corazón!:—a todo lo verdadero están preparadas. a todo lo honrado y digno de hombres libres, a todo lo cordial y republicano. A eso, y a nada más, y a nada contra eso. Jamás podrá la astucia española echar a las emigraciones descompuestas sobre la isla convidada a una falsa revolución. Jamás podrá lograr que las emigraciones agiten sin razón la isla, ni que la abandonen. Un guardián tiene la isla, y son las emigraciones. Haya guerra, pero contra España, puesto que lo merece por codiciosa e injusta, y por ser madre que convida a los hijos a salir al camino,—y los mata después por haber salido al camino; pero la guerra no ha de ser como España la quiere, y donde ella lo quiera, y donde ella la pueda vencer; sino como la componen los cubanos, en el desinterés y la pasión de la república, en modo y hora que España no pueda vencerla. Para guerra fuerte y honrada, para guerra de hermanos que ponga a Cuba en la firmeza de la libertad y en el rango de nación contemporánea, para eso están aquí las emigraciones: no para guerras locas y tiránicas, ni para dar a España pretexto inicuo de segar la nueva generación cubana, o de ahogar nuestra libertad en la sangre de nuestros hombres gloriosos. Esto es un duelo, y tenemos la espada por el puño. Si no nos precipitan, vamos. Si nos precipitan, vamos más pronto. Si nos engañan, no vamos. Y si falseando nuestro nombre se ha sacado a morir alguna gente buena, y muere tal vez ahora, esa sangre, que habla y clama, cae gota a gota en nuestro corazón. ¡Haremos una cruz con ella sobre la frente del culpable!

2

LA DELEGACIÓN DEL PARTIDO Y EL ALZAMIENTO

Es costumbre en esta época revolucionaria hacer lo que se debe y no alardear de ello, ya porque la censura maligna o ignorante puede menos que la verdad sencilla y útil, ya porque escasea el tiempo, y no se ha

de emplear el poco que hay en los recodos del camino. Pero es justo y oportuno tomar nota, en estos mismos instantes, de la conducta notoria de la Delegación del Partido Revolucionario desde los momentos primeros en que llegó a Nueva York la noticia del alzamiento en Cuba. Su deber era claro, y lo ha cumplido entero: ante una rebelión de orígenes confusos, que podía cundir o ser ahogada, que podía arrancar de una imprudencia feliz o de un engaño inicuo, la Delegación, que en Cuba, de seguro, tiene preparado al país contra toda especie de sorpresas, debía mantener las fuerzas revolucionarias del extranjero en conocimiento de la verdad, de modo que acudieran a la isla, con toda su pujanza, si lo ameritaba el caso, y no comprometieran con el auxilio ciego e inmaturo, a un alzamiento dudoso, a las fuerzas sólidas e intactas de la revolución. El alzamiento no era de orden del Partido, y éste no debía esquivar las responsabilidades que por su propaganda de Partido auxiliar le cupieran en él, ni echar sobre sí las responsabilidades de una obra que no es suya. Las dos partes de esta obligación del Delegado han sido evidentemente atendidas: en todo instante han estado las emigraciones en condición, en estos días, de prestar su servicio total e inmediato: en ningún instante han sido exaltadas por ninguna falsa representación del Delegado ni abuso de noticias que, por un equivocado concepto de la guía de la revolución, pusiera a los emigrados y a Cuba en el peligro de prestar a la loca, con sacrificio de nuestras vidas y tesoros, el auxilio que la ocasión no merecía. Pudiera algún otro funcionario popular, deseoso de allegar recursos para la obra que representa haber caído en el error de creer cierta, con prisa, la noticia favorable, y azuzar con ella la generosidad cubana. Pudiera la Delegación haber aceptado las vehementes ofertas de ayuda que de todas partes le venían. Pero a todas las investigaciones, como sabe de público, ha respondido con la estricta verdad, y segura de su pueblo, le ha dado justa muestra de respeto no abusando de su credulidad ni de su patriotismo. Así se vence. Los hombres, habrán apreciado esta conducta. Las revoluciones no se hacen con los que no lo son.

Y en prueba, sobre las muchas que ya hay, de la conducta honrada y prudente que ha permitido a la revolución salvarse de este nuevo lazo de España, con crédito mayor, sin trastornar al país ni debilitar o desmigar sus fuerzas, publicamos al pie los siguientes extractos:

SUPLEMENTO A "CUBA"

Tampa, Fla., Noviembre 16 de 1893

RECTIFICACIÓN

En el suplemento extra, que dimos al público el jueves 8 del corriente con motivo del telegrama recibido del señor Martí, anunciando el levantamiento de las Villas (Cuba), se ha cometido un gran error, a causa de lo mal copiado que vino de la oficina telegráfica de esta ciudad, que obligó a pedir a la oficina de New York rectificación del despacho. Este vino rectificado, a las tres horas de enviado y al momento se publicó en el referido suplemento.

He aquí cómo se entendió el telegrama del señor Martí, después de rectificado por la oficina telegráfica:

"Están levantados Zayas, Esquerra, Rosa, Cienfuegos Mora, Santa Clara no fallará. No fallen ustedes. Su

MARTÍ"

De este modo se insertó en el suplemento en cuestión.

Pero es el caso que noticias posteriores nos hacen comprender el error que se cometió, por culpa de la mala copia del despacho, y como tenemos hoy el texto verdadero de lo que Martí escribió el día 8, nos apresuramos a rectificar la noticia, a fuer de hombres honrados, con el fin de que la verdad resplandezca y queden las cosas en su verdadero lugar.

El telegrama, según lo escribió el señor Martí, es como sigue:

"Están levantados Zayas, Esquerra, Rosa Cienfuegos, Mora, Santa Clara. No fallaré. No fallen ustedes. Su

MARTÍ"

Con lo cual fácilmente comprenderán nuestros lectores que la mala copia del despacho, escrita por personas que desconocen nuestro idioma, ha sido causa del error antes citado, el cual con este suplemento queda subsanado.

The Evening Sun, de New York, del día 14, publicó, entre otras noticias, una conversación con el Delegado, y su sustancia era ésta: "El alzamiento de Cuba no ha sido ordenado por el Partido Revolucionario, ni será abandonado por él si, una vez aclarados sus orígenes, resultase el ayudario justo y útil al país. Lo que importará ahora es repetir que el

Partido Revolucionario, desde el instante mismo de las primeras noticias, no las ha agrandado, ni procurado excitar entre los propios ni entre los ajenos un entusiasmo falso. Nuestra fuerza verdadera es tal que no necesitamos exageraciones. Es de aborrecer, y no de solicitar, la simpatía que se obtiene con falsas representaciones. Si lo de Cuba es lo que puede ser, se le ayudará de modo que quede contento todo corazón americano; si falla, lo que ha fallado no es lo nuestro, y seguimos nuestro camino, hasta haber dado una república más a América".

El mismo día 14 por la mañana, los periódicos todos de Filadelfia, con muestras de afectuosa consideración, publicaban expresiones semejantes como oídas a la misma Delegación. Le dio volumen indebido a la reunión de apoyo celebrada por los cubanos entusiastas de Filadelfia en el primer momento, y se publicaron telegramas y artículos excesivos, envolviendo sin derecho alguno distinguidos nombres cubanos. En persona fue el Delegado a Filadelfia a corregir la exageración, y dar las noticias reales. Allí dijo también: "Nuestra fuerza está en la verdad, y nos respetamos demasiado, y respetamos a los demás, para obtener una simpatía momentánea e inmerecida con falsificaciones que no dejarían bien puesto nuestro crédito de hombres. Ni un peso, ni un abrazo, sin causa bastante para pedir el uno, y merecer el otro". Así hablaron el *Ledger*, el *Times*, el *Record* y el *Item* de Filadelfia.

NOVIEMBRE / 1893

AL GENERAL MAXIMO GÓMEZ

AL GENERAL MAXIMO GÓMEZ

New York, 23 de noviembre de 1893

Sr. Mayor General Máximo Gómez

Mi General y amigo:

Con mucha más tranquilidad escribo a Vd. que en la ocasión de mi última carta; porque aunque no he recibido aún noticia precisa de Cuba del enviado que mandé, sobre las causas y alcance del alzamiento de las Cruces, Lajas y pueblos vecinos, ya poco después supe que, como preveía yo y anhelaba, Carrillo no se había dejado engañar ni alocar por él, ni otras gentes de peso en Cienfuegos mismo, advertidos continuamente por mí, para sujetar sus repetidas muestras de impaciencia, del estado real de nuestros trabajos, y de nuestra verdadera disposición, que a la vez es la de aprovechar,—puesto que se tiene a favor la opinión suficiente y la ocasión propicia,—los instantes que en realidad parecen sernos amigos,—y la de diferir por poco tiempo nuestra acción hasta que esté, a juicio de Vd., madura; por eso, previendo sucesos como el de las Villas, y otro como el acallado en Guantánamo, que venían sin sazón, envié pocos días antes de este alzamiento a los principales de la Isla, precaviéndoles del peligro, y anunciándoles el trabajo a la vez activo y meditado de Vd., y la razón de esperar a que la trama fuese suficientemente estrecha. El suceso vino, y ya sé poco más o menos cómo, pero la gente real se ha quedado al rescoldo. Afuera he contenido las emigraciones, con la pura verdad, y he podido convencerme de que en ellas, cuando hayamos cruzado la mar, tendremos la ayuda rápida y entusiasta que necesita una buena guerra,—así como cuanto pudiera sernos necesario para nuestro arranque. Quedan en este instante en el campo, como verá por una carta que de Serafín acabo de recibir, los hombres de Higinio Esquerro y Quevedo, que no parecen dispuestos a ren-

dirse. En cuanto al levantamiento, calculo a esta hora, con razón bastante, que fue de origen español. Es un hecho que Federico Zayas, a quien envié comisión angustiosa para que no se alzase como me anunciaba y que me prometió formalmente atenderla, ordenó el alzamiento como de orden mía, que le pidió aquella gente sensata, y que él por supuesto no pudo hacerles ver. Al lado de Zayas estaba—enviado del Cayo como él decía, o simplemente favorecido para su viaje por tener cerca del campo a un mozo violento—un Mayolino a quien vengo siguiendo por espía español, a quien desvié de Vd. cuando misteriosamente quiso ir allá, y en quien, a pesar de mis advertencias, tenía demasiada confianza Serafín. Ni Zayas ni Mayolino salieron al campo: fueron presos en una casa del pueblo. En las Lajas, según carta mía de hacendado de allá, el azuzador conocido fue el principal español de allí, un Laureano Gutiérrez. Zayas ha visto mucho en la Habana a Julio, y un agente de Julio—Cisneritos—estuvo recientemente por Cienfuegos. En Zayas, por lo excesivo de las ofertas, no tuve yo nunca confianza verdadera, y envié un hombre tras otro para cerciorarme, pero todos me lo abonaban, y aún lo abonan, y los que no querían trabajar con él sólo le ponían la tacha de exaltado. Sólo dos orígenes podía haber tenido este movimiento, fuera del caso, hoy improbable, de ser absolutamente espontáneo, y sin conocimiento ni relación nuestra: uno pudiera haber sido el deseo de alguna gente nuestra, más impaciente que sensata, de forzarnos la mano, y echar la guerra a rodar, en el falso concepto de que la Isla escarmentada seguiría un movimiento discorde y desconocido: otro, el interés del partido español, de la guerra, que para ciertos propósitos es uno en Cuba con el gobierno, y en realidad es el gobierno mismo, y sus objetos son claros: demostrar a España la necesidad de mantener en Cuba el actual régimen, para ellos fuente de pingües beneficios,—desacreditar toda tentativa de reforma, en momentos de patente estado rebelde del país,—tomar pretexto del estado de guerra para perseguir o expulsar a los hombres a quienes verdaderamente se teme,—sacar al campo antes de tiempo, donde se les pueda acorrallar ante la Isla indecisa, la gente que se sabe por aquel lugar dispuesta,—intimar con el ejemplo, y aleccionar con el fracaso, a las demás comarcas revolucionarias,—y, en cuanto al extranjero, desacreditarnos por el mal éxito de una tentativa revolucionaria, que parece haber sido ordenada en nuestro nombre, o alocarnos, y hacernos echar a la mar, mientras Vd. anda por Santo Domingo, y Maceo por Costa Rica, una poca de gente mal compuesta que quiebre nuestros recursos, pruebe nuestra

pequeñez, y sea fácil de cegar en el camino, o después de la llegada. En todo eso, en cuanto a mí, se hubiesen equivocado, y se han equivocado. Si lo de Cuba hubiese cundido, o tenido otras proporciones, Vd. sabe por mi carta anterior que las precauciones estaban tomadas: aquí tengo, sin más que una semana de aviso y con su práctico y guía, la expedición que hubiera podido ir a las Villas: y en cuanto a Vd., Vd. sabe que estaba, y estoy, aguardando su decisión. Pero hemos hecho lo que debíamos:—anticiparnos al lazo en Cuba, y no han caído en él: y afuera a la vez que manteníamos la gente en actitud de prestar en dinero y persona su auxilio inmediato, nos desligábamos de la tentativa, a fin de no caer con ella, y de quedar como quedamos, con el doble crédito de la energía y de la prudencia.—Ni—harto lo sabe Vd.—en cosas de guerra hubiera accedido yo a dar orden alguna en oposición posible, o con violencia, de las que sólo a Vd. toca dar. Por eso, como decía a Vd. anteriormente, debo explicar a Vd., y explico con minuciosidad, la situación, a fin de que Vd., que ha de obrar sobre ella, añada a su conocimiento el que yo tengo el deber de procurar y de comunicarle. Sacaré, pues, de esta situación, que no parece haya de alterarse inmediatamente, todo el partido posible. Daré tiempo, con un manifiesto hábil y necesario—en que nos sacudamos toda la responsabilidad de lo actual, y nos quedemos con el crédito de nuestra prudencia—a que me lleguen noticias de Vd. sobre el plazo a que debemos ir encaminando en Cuba y afuera todos nuestros trabajos. Envío comisión circular a la Isla, calmando la impaciencia general y grande, reiterándoles que la ordenación final está ya en manos de Vd. Yo aquí, en verdad, nada puedo hacer a derechas, ni hablar a Cuba con toda la honradez que debo y con toda la precisión que justamente se me exige, hasta que Vd. no me fije su resolución. Yo he ido diciendo a la Isla lo que ha ido siendo verdad: elemento principalísimo de la fe que se tiene en Cuba en el éxito de la guerra, es la seguridad de que Vd. va a encabezarla: no lo dije hasta que no fue así, y cuando fue así, lo dije: y si la desgracia de mi patria, y de nuestra América, fuera tanta que contra lo que es y ha de ser no creyera Vd. deber acudir a Cuba en este empeño, cuando en verdad parece que sólo es rapidez y oportunidad lo que necesitamos, así lo diría al punto, aunque mi actual popularidad se viniera por tierra, y se alejara nuestra hora de ser libres. Ya sé que es un abrazo su respuesta: pero ardo en deseos de recibirlo, ya que—por no apartarme del teatro del peligro—no puedo ir a buscarlo. No son días lo que me importa, ni semanas, ni mes más o menos, aunque creo sinceramente que no esta-

mos para muchos meses: es la verdad, para poder decirla. Es el derecho de conciencia, y el conocimiento concreto de su parecer de Vd., a fin de que me sirva de rumbo, y acomodar yo a las de Vd., mis operaciones, y extenderlas o acortarlas, e irme o quedarme, en acuerdo y servicio del pensamiento de Vd. sobre la hora y modo de comenzar la guerra. No es de su corazón, debo repetirle, de lo que necesito seguridades, que con razón me mandaría Vd. a paseo, y ya se las ha dado Vd. a Cuba con veinte y cinco años de su vida. Es su parecer sobre tiempo, parecer que llamo concreto arriba, porque la situación en Cuba es concreta.

La situación en Cuba ¿a qué pintársela? El gobierno teme una revolución y se prepara contra ella. Tiene en casa a los que considera sus sostenes principales. Afuera, por mucha que sea nuestra prudencia, aunque nada se dice o hace jamás que indique acción inmediata ni comprometa a los de la Isla, no podemos cejar, ni estancarnos, que sería lo mismo que cejar. A pura astucia hemos ido salvando del gobierno el conocimiento de los compromisos reales. ¿Se puede prolongar mucho en Cuba esa situación?—Yo sé que no se prolonga, sé lo que a la sordina se persigue y rodea a los sospechosos, muchos de ellos cabezas queridas, o cabezas nuevas, como en Vuelta Abajo, de la gente nueva de la localidad;—y sé, sin misterio pueril ni exageración de principiante, todo lo que, con los hilos naturales en la mano, debo saber de estas menudencias. Puedo decir que el clamor es unánime. De París me escribe Betances,⁶⁷ lejos—por supuesto—de la realidad cubana, pero dentro de la realidad española, lo que me escriben de Guantánamo, de Santiago, de Manzanillo, de Matanzas, de Sancti Spiritus, de Baracoa. Por esa carta ingenua y desordenada que le envió con la de Serafín, confirmará Vd. el conocimiento de la situación: así son todas, y tan temeroso estoy del deseo de la Isla,—tanto como seguro del respeto y afecto con que atenderán a una demora corta y un poco precisa,—que a parte alguna he enviado armas, para que no abusen de ellas, aunque tengo abiertos los medios, por goletas carboneras usuales, de ir las dejando, o dejarlas todas a la vez, en los tres lugares donde parecen desearlas más ardientemente, y las esperan—en Guantánamo, Cienfuegos y Matanzas. Continúo creyendo, sobre todo desde que Vd. me lo aplaudió, que las armas sólo deben ir a Cuba en momentos próximos al de la acción general.—Y en esa situación general ¿qué podremos llevar nosotros ahora mismo, con

⁶⁷ Ramón Emeterio Betances, médico puertorriqueño, que trabajó activamente por la emancipación de Cuba y de su patria, especialmente en París, donde estudió y residió largos años.

el nombre mágico de Vd.? pues tres expediciones—la de Vd.; como la hablamos en mi último viaje inolvidable—la de las Villas, que está lista—la de Maceo, que solemnemente me ofreció ir, en respuesta directa al mensaje de Vd., y a la delegación: y podemos llevar mil quinientos rifles.—Más podremos: pero estoy a lo que tengo en las manos. ¿No cree Vd., General, que si, con la expectación simpática del país, con el arranque de los jefes acreditados en las diversas comarcas, con la situación violenta y favorable en que es corriente la fe en la debilidad patente de España, y en su pobreza, es hora de que caigamos sobre el país, puesto que tenemos lo que parece necesario para empezar con fruto, y una emigración ordenada que nos seguirá dando la mano?—Pero yo, considero la situación oportunísima. ¡Y tengo que esperar un mes a que Vd. de allá me diga simplemente su respuesta escrita, un mes precioso! Si estas ideas pareciesen a Vd. propias del momento, si—salvo detalles—creyese Vd. que es la ocasión y entra como Vd. sabe y puede en ella,—si puedo con esa firmeza aligerar la mano, redondear los recursos, a fin de allegar más de lo que se tiene y sujetar la Isla,—dígame por una palabra de cable a *Barranco New York*, la palabra *Bueno*.—Y yo, que soy todo lo prudente que Vd. pueda desear, conduciré mis últimos esfuerzos de modo que maduren dentro de un plazo corto, que la Isla parece fijarse. Diciembre no, porque ya lo tenemos encima, sino enero o febrero. Lo mejor sería, y como pueda lo he de hacer, ir a hablar con Vd., y traerme sus encargos definitivos. Pero ¿no me los traje cuando vine? En realidad, tal como estamos, 15 días después de recibir la noticia de Vd., ya estamos andando. La situación general, es para nosotros de responsabilidad suma, y para el país delicadísima. Se está pendiente de nuestros labios. Y yo de los de Vd. Mande, y yo continuaré teniéndole hecho lo que, con mi levita negra y mis apariencias de litero, puedo hacer sin que parezca que se tienen las cosas tan cerca como están. Y piense que yo no puedo responder a aquella gente inquieta con demasiada vaguedad, ni dar tal o cual paso de trascendencia, con razón de la guerra cierta e inmediata, sino hasta que en conciencia sepa que es cierta e inmediata.

Ahora noto que al tratar de uno de los orígenes posibles del alzamiento—el de que los nuestros que por afuera nos hubieran querido forzar la mano—no hablé de este punto. Es porque, después de examen, lo deseche. Ese peligro había mientras no veían la obra tan cercana. Sólo de Serafín se hubiese podido sospechar por su impaciencia conocida, y su intimidad con las Villas; pero es él el primer indignado, y antes

fui al Cayo a verlo sobre esto, y él sabe de sobra que las cosas, sobre plazos, están en manos de Vd.; y es el primero, como verá por su carta, en estimar mi prudencia.

De otra cosa no le había hablado por no pensar mucho en defenderme, como que yo voy defendido por lo que hago.' ¿Cómo pudo Vd. pensar que di yo a Sanguily el dinero que pedía? ¿ni qué concepto de lo que en mí pueda haber de seriedad y previsión, tendrá Vd., mientras crea esas cosas de mí? Todo lo contrario significo, y no eso. Sin mi absoluta oposición previa y continua, Sanguily hubiera obtenido cuatro mil pesos una vez, y dos mil otra, con los trastornos en Cuba consiguientes a ese escándalo. A todo me negué. Le pagué por primera vez por prudencia y utilidad posible, su viaje de vuelta en comisión. Los que le dieron los mil cuatrocientos pesos los perdieron, salvo un Club que lo dio por sorpresa, y a quien se le acreditó la suma: trescientos pesos—después, mucho ha trabajado; pero la situación respecto de él no ha salido de mis acuerdos con Vd.

El correo se va, General, y yo quisiera irme con él. Ya ve todo esté discurso, en que espero no verá palabra inútil, antes faltan muchas que le quería mandar, no de cariño, aunque sea el mío mucho, pero con su pena y fiereza de que vaya a creerlo interesado, sino de lo que pienso sobre nuestras cosas, y de la confianza con que, sazonado ya por una vida no corta, entro en una campaña de libertad que llevaremos a camino, porque sabremos encontrar, y ayudaremos a que se encuentren, formas que convengan a un pueblo en batalla. Para su casa ¿qué le diré, si parece que con las líneas que de ellos escribí los tengo ofendidos? Y sin embargo, yo creía que esa era mi casa. Vd. lee en el corazón de su amigo, que aguarda ansioso su respuesta

JOSÉ MARTÍ

DE PATRIA, NUEVA YORK

28 DE NOVIEMBRE DE 1893

EL 27 DE NOVIEMBRE

EL 27 DE NOVIEMBRE

En el crimen del 27 de noviembre de 1871—el día sangriento en que una turba rifó la vida y gozó la muerte de los ocho estudiantes de la Universidad de la Habana, por la falsa culpa de haber atentado al cadáver de un hombre de odio cuyo propio hijo declaró luego intacto el cadáver de su padre—tuvo su expresión culminante la ira del español bajo y logrero contra el criollo que le pone en peligro el usufructo privilegiado de la tierra donde vive en gozo y consideración que no conoció jamás en su aldea miserable o en su ciudad roída y pobretona. Esa alma cuajó, y todo ese aborrecimiento, en el asesinato de los estudiantes. Por eso es tristemente famoso: porque en él, a la claridad de los tiempos modernos, se expresó el alma rencorosa y cruel de España en América.

Tal fue el caso histórico. Cada bestia obraba con la furia de su privilegio amenazado. La injuria no es preciso, ni el disimulo. No es el honor lo que España defiende en América, porque el honor no está en corromper y asesinar a nuestros propios hijos, cada cual al hijo del otro, y los unos a los de los otros: lo que España defiende en América es la posesión.—Es más horrendo aquel crimen, porque en él, de su nacimiento a su ejecución, se pusieron visiblemente todos los abominables factores del gobierno colonial español: el miedo que denuncia,—la codicia que ve provecho en el rescate, y exagera el peligro para aumentar el precio de la salvación,—la ferocidad del interés amenazado, que se sacia contra los que se le ponen a mano como símbolo de la rebelión que lo amenaza. Hay odios excusables, que nacen de una aberración, de una abstracción, de una pasión nacional. Hay odios, como el del 27 de noviembre, que suben, babeantes, del vientre del hombre. Cada tendero defendía la tienda. Cada dependiente defendía el sueldo. Cada recién venido defendía la colocación del hermano o el primo por venir. “¡Allí están, esos barbilindos, esos felices, esos se-

ñoritos que viven sin trabajar, cuando nosotros barremos la tienda y servimos en el mostrador, esos amos: sean criados nuestros una vez al menos!" Y los criados se saciaron en los amos. Esa fue otra faz del crimen. España, en aquella vergüenza, no tuvo más que un hombre de honor: el generoso Capdevila, que donde haya españoles verdaderos, tendrá asiento mayor,—y donde haya cubanos.

En verdad, aquel crimen, concreción y estallido de fuerza hasta entonces confusas, o no tan claramente manifestas, puede ser, y ha de ser, objeto de hondo estudio, en que se acomode el resultado sangriento a los agentes sordos, y de siglos, que se enconaron y revelaron en él. Pero hoy, baste con sacar, y sáquense continuamente, del terrible suceso las dos lecciones que de él saltan: fue la una, la persistencia en América del alma inmutable de la conquista española, igual en Ovando hace cuatrocientos años, en Monteverde hace setenta y cinco, en los Voluntarios de la Habana hace diez y ocho: la otra, la que levanta el ánimo y se recuerda con más gozo, es la capacidad del alma cubana, de aquella misma porción de ella que parece tibia u olvidadiza o inerme, para alzarse, sublime, a la hora del sacrificio, y morir sin temblar en holocausto de la patria. Del crimen ¡ojalá que no hubiera que hablar! Háblese siempre—en estos días en que la observación superficial pudiera dudar del corazón de Cuba—del oro rebelde que en el fondo de todo pecho cubano sólo espera la hora de la necesidad para brillar y guiar, como una llama. ¡Así, luces serenas, son en la inmensidad del recuerdo aquellas ocho almas!

DICIEMBRE / 1893

1. A CARLOS RECIO
2. A SERAFÍN SANCHEZ
3. A TEODORO PÉREZ
4. A ROGELIO CASTILLO
- 5-8. A GONZALO DE QUESADA
- 9-10. AL GENERAL ANTONIO MACEO
- 11-13. A GONZALO DE QUESADA
- 14-15. A JOSÉ DOLORES POYO
16. A GUALTERIO GARCÍA
17. A FRANCISCO M. GANZALEZ
18. A FÉLIX Y ANDRÉS IZNAGA
19. A AGAPITO LOZA
- 20-21. A SERAFÍN SANCHEZ

A CARLOS RECIO

New York, 3 de Dic., 1893

Sr. Carlos Recio

Mi estimado amigo:

Ausente de New York, hallo a mi vuelta la carta de Ud., en que me repite su patriótica oferta; y me habla de detalles que veo ya por fortuna francamente arreglados en la noble reunión cuya acta imprime *El Yara*. Así somos ya los cubanos, amigo Recio,—incapaces de ceder a lo que no nos parece justo,—y de abandonar a nuestra patria. Y ya sé yo, sin que Ud. me lo repita, que Cuba tiene en Ud. al mismo hijo de siempre, y que el esfuerzo, bien módico en verdad, que hacemos todos, en la única época de acción unida y de tesoro responsable que ha tenido nuestra revolución en el extranjero, tendrá en Ud. el amigo entusiasta que el orden y adelanto visibles de nuestros trabajos merecen.

Ahí lo dejo, pues, trabajando con sus compañeros de comisión. Yo creo que, por mi parte, quedo haciendo por acá mi deber.

Salude a su señora, y recuérdeme a esos hijos simpáticos, en cuyo rostro criollo siempre ha visto amistad su paisano y servidor

JOSÉ MARTÍ

A SERAFÍN SÁNCHEZ

Diciembre 7/93

Serafín muy querido:

Iba el miércoles: por eso no escribí el martes. Ni le escribo mucho ahora, porque pienso darme un salto allá el sábado, con las horas contadas, para dar una braceada última, para verlo, y venir enseguida, a

encontrarme con el mensajero de los últimos arreglos. Aquí, desde que supe la disposición inmediata de Gómez, no me doy alcance a azuzar en lo real y a apagar en lo visible, a informar en la Isla el estado de espera, a avisar y tener pronta la gente del primer arranque. Nosotros tenemos poco que hablar: ¡cómo le he agradecido sus últimas cartas! Ese es el Serafín que yo conozco, y a quien quiero tanto: pero no necesitaremos, por fortuna, de ese tesón en una derrota inmerecida, puesto que parece que todo se junta a tiempo para arremeter con esperanza de triunfo. Lo que importa ahora es andar a paso de luz, y que cada diente encaje en su ranura. Creo que así va a ser. Por ahora, reciba esa nota de Gómez, y dé por recibida la que la Delegación, por falta de momento, no le envía con ella. Va otra para Roloff, a quien me ha de consolar y mimar, porque está como sentido con nosotros. De mi viaje, ya se dice allá, y explico a Poyo por qué no creo que debe tenerse secreto, sino tratar con afirmaciones vagas, de levantar a fe unida los espíritus, como prefacio a mi viaje rapidísimo y a sus naturales consecuencias. Que no se perciba de público más que nuestro contento resplandeciente, y la razón de fe. Que lo demás, sin palabra nuestra, nazca de sí propio. Véase con Poyo, a quien pondré cable sobre mi ida, para que lo sepan allá los más íntimos, y él determinará si debe o no decir mi llegada. En lo que insisto únicamente, para hacerlos pensar es en el temor de que la llegada secreta le dé al viaje cierto aire de oscuridad, o de vacilación. ¡Y qué difícil, Serafín, en estos días, hacer lo que hay que hacer, y recabar lo que hay que recabar, sin decir nada sin embargo, que pueda revelar lo inmediato de nuestra acción!

Callo, pues, con muy grande alegría, con pleno contento de las cartas y rapidez de Gómez, y con aquel misterio en el alma que precede a los grandes acontecimientos. Se siente más puro, al acercarse al sacrificio. Besa la mano a esa fiel Pepa, y lo quiere mucho, y a Raimundo, su

MARTÍ

3

A TEODORO PÉREZ

Diciembre 9 de 1893

Sr. Teodoro Pérez

Teodoro muy querido:

Ese hijo que le acaba de nacer no es cosa de que lo salude yo por carta: ese es el Bautista, Teodoro: ya parece que asoma la libertad cu-

bana. Mucho ha padecido su amigo: ¿que encendíamos la hoguera, y luego dejábamos morir sobre ella a nuestros hermanos?: ¿que era la hora, y lo queríamos ver?: ¿que podía más en el hombre lo bajo que lo grande?: y en estos días nace su hijo, a decirme, porque esas nuevas me vienen con las de su nacimiento, que, entre nosotros, lo grande ha triunfado. Que se sienta, y no se vea: pero ya estamos en campaña, y todo esa fe, y todo nuestro amor por Cuba, es lo que yo, de propia persona, voy a llevar a la cuna de su hijo.—Que no es sólo de Vd. ¿no nos hemos querido como hermanos, y mostrado que lo éramos, cuando él estaba ya en el camino del mundo?

Voy, pues, por viaje próximo, y allí hablaremos, en mi cortísima estancia, de las cosas menudas. Barrios si puede, quédese en La Habana. Aguardo de allí, de cerca de él, carta importante. El no ha excitado sospechas. Ahora empieza a ser más necesario. La carta que viene por él es un nuevo peligro; pero me hallo preparado. Acabo, pues, para escribir a gente más ceremoniosa. Tocaban danzas en la casa mientras escribo, y me molesta: ¿quién tiene derecho todavía a tocar danzas? No será esa a la larga nuestra música. A lo menos, otra tiene en el alma su

JOSÉ MARTÍ

4

A ROGELIO CASTILLO

Diciembre 9 de 1893

Sr. Rogelio Castillo

Mi querido Rogelio:

Habré parecido a Vd. descuidado. No ha sido descuido, sino angustia, y un abatimiento—por fortuna ya pasado—que Vd. mejor que nadie debe comprender, porque fue el del que, por falta de medida y ésta oportuna, ve que pierde su ejército la batalla ganada, y se aleja, o se pierde tal vez la libertad del país. Ese dolor me atravesaba como un puñal. Dígame sincero, y hombre que vive o muere de su idea, y que cuando la ve por lo alto puede mover un pueblo; y si la ve comprometida no sabe alzar la pluma, ni conserva la justa atención a las cosas del mundo. Pero el miedo, Rogelio, fue en vano, según verá por la nota adjunta del General,

y le diré yo mismo que me voy a dar allá un salto. Cuanto deseaba, es. El General ve la situación, y está obrando con la rapidez que ella manda. Voy y hablaremos. Sobre Vd. todo lo tenía pensado yo, y sólo aguardo detalles de él, que me anuncia para estos mismos días: ¿a quién atenderé yo, sin excepción alguna, con más estimación, y cariño de hombre a hombre, que a Vd.? ¡Ojalá me sea dado, en campo abierto, mostrármele digno de quererle así, y revelar le las condiciones que me permiten entender su mérito y premiárselo como se lo premio! Callo por no parecer verboso.

La delegación no tiene tiempo para acompañar con su nota oficial la de Gómez, en el apremio del correo de Cuba. Hasta pronto. Batista no se me ha enojado. Es que no hay más que un sol, y vivir en él. Y hombres como Vd. y como él son los que menos me lo tachan. Voy y conmigo los muñecos. Su

JOSÉ MARTÍ

5

A GONZALO DE QUESADA

Domingo [diciembre, 1893]

Gonzalo:

Eso es indispensable. Se lo anuncié por telégrafo. Voy trabajando. Anuncie animación en Filadelfia. Escribiré en el camino a Figueroa. Voy como ungido: veremos qué sale.

De las pruebas, Gonzalo, véalas muy bien, por mí: y por el crédito cubano. Que no quede una frase sin sentido gramatical. Las comas lo ayudan, cultive las comas. Relea el original, haga las correcciones de mayúsculas con arreglo a lo anterior y entrecome bien las oraciones incidentales, que no se le escapen letras. A ver qué perfección me enseña a mi vuelta.

Véame bien, para que quede claro, lo de Mariana Maceo.⁶⁸ Y quírame, ya que tan bien lo quiero.

Su

M.

⁶⁸ Véase *Patria*, 12 de diciembre de 1893.

6^{ca}

Night message
West Tampa Fla. 14
Dec. 14, 1893

Gonzalo de Quesada
Room 13, 120 Front St. N. Y.

Leave today for Key West after three days noble positive success
Tampa never stronger great meeting thursday.⁷⁰

MARTÍ

7

[Diciembre 14, 1893]

Gonzalo querido:

Le pongo un telegrama. Realizo mi objeto. Salgo al Cayo, ahora jueves. No vivo desde que llegué. He logrado sin escándalo lo que me proponía. ¡Qué aclamaciones las de estos hombres, al hacer espontáneamente, su nuevo sacrificio! Apreté la organización; la dejo ensanchada: extendiendo el esfuerzo por toda la ciudad, pero digno y callado: todo lo he dicho y no he dicho nada. Y desde que llegué, ni un momento de respiro: los clubs, las juntas privadas, los talleres, que me parecen templos, de aquí a un minuto el mitin a que me obligan.

No publique, de *Patria*, nada sobre el nuevo fondo de guerra, a menos que no salga en Cuba, y aun así, copie. Y sólo se le refiera en la lección del entusiasmo.

Ahora al Cayo, Ocala y Jacksonville. ¿Qué le parece este entusiasmo de razón; después de los sucesos de Cuba? Y era preciso, y se ha hecho. Cuba dirá: Vd., sin alarde, sin alusión aproveche: un encargo, midiendo cada palabra. Las *Hojas Literarias*, según me dicen aquí, publican a fines de noviembre el telegrama equivocado a Tampa, dos semanas después de publicada su rectificación en Cuba. No he leído. Límitese a señalar estrictamente fechas y a decir al fin: "Las *Hojas Literarias* tendrán de seguro placer en publicar, como es de justicia, el telegrama rectificado donde se publicó el erróneo".

⁶⁹ Telegrama transmitido por la Western Union Telegraph Co.

⁷⁰ Traducción: Salgo hoy para Key West, después de tres días noble positivo triunfo Tampa nunca tan fuerte gran mitin jueves.

Ni una palabra más, sólo que resalten las fechas, para dejar a salvo la verdad de la Delegación.

Adiós. Escríbame a Tampa y Ocala. Mándeme de allá, con el deseo del cariño fuerzas para lo que falta. ¡Aquí, cuánta hermosura!

Su

M.

8

[15 diciembre, 1893, Cayo Hueso]

Gonzalo querido:

Llegué anoche. Buen cuerpo de Consejo. Hay coloquios, y juntas, y correo de Centro América. Dos días me quedan, que aprovecharé, en cuanto me lo permita la situación peligrosísima en que me tiene el gobierno como cuchilla de nuestra propia gente en Cuba. Hago cuanto puedo en esta situación: ¡qué vigilancia aquí, y qué plaza abierta! Ni una palabra, ni una insinuación, si se hace a dos, que no vaya volando a la Capitanía General. Aquí los Cónsules concentrados, y un cuerpo hábil de agentes. Tengo mucho que escribir, y acabo.

Me ha dado mucha tristeza, y ha sido muy extrañada aquí, la falta de venida de *Patria*.

¿Y sus pruebas? Vea por la honra, aunque lea y relea.

Salgo el lunes. Ya le puse cable sobre las *Hojas*. Nada. Lo que les diría, por el abuso voluntario del telegrama errado, dígalos a *La Unión Constitucional*. Haga revista elocuente de los esfuerzos del Partido, y su obra clara, en aquellos días. ¡Arriba!

Su

J MARTÍ

9

AL GENERAL ANTONIO MACEO

Key West, 15 de diciembre, 1893

Sr. General Antonio Maceo

General y amigo:

Mi silencio no le habrá extrañado. He vivido, desde que nos vimos, en una entrevista continua con Vd. De la visita que le hice me traje una de las más puras emociones de mi vida. “¡Por supuesto, me dije después de verlo, que Cuba puede ser libre,—y ser feliz después de ser

libre!” Las manos las he tenido ocupadas desde entonces en una labor bestial y sin descanso,—en atender, de una tierra en otra, a lo grande y a lo pequeño,—en ir levantando, hombre por hombre, todo este edificio. A Vd., acá en mi corazón, escribirle era ofenderle. Vd. debe ver de allá mi agonía, mi responsabilidad, la imposibilidad absoluta de valerse de medianeros, la cura de almas incesante que permitió la acumulación de estas fuerzas.

Esto es lo que estoy escribiendo entre un mitin y otro. Vengo de tres días de esfuerzo angustioso en Tampa, para ponerle un poco más de harina al pan: y aquí estoy, como a la callada, haciendo lo mismo y confirmando detalles con Roloff y Serafín, pero de modo que nada de cuanto haga dé idea de la proximidad en que están nuestras cosas, si todos queremos que estén próximas. Cuba las espera, con el gobierno encima, y una agitación sorda y ya extrema. Yo de aquí puedo hacer lo que dijimos y lo tuve listo y anunciado para el caso de que, contra lo avisado a la Isla para evitar engaños y contra la orden local mía expresa, hubiese cundido—aunque nuestra tierra está ya muy astuta para eso—el alzamiento mandado hacer con una orden falsa mía, y la cual sólo supo engañar a Esquerra que anda por el campo, resuelto a no entregarse, con unos pocos hombres.

Pero esta trama, cuyo objeto era justificar en Cuba las persecuciones, provocar alzamiento incompleto y debilitar las emigraciones con un segundo aparente fracaso,—si bien no pudo tener ese éxito afuera ni adentro,—ha producido, por la sangre que ya corrió, las prisiones de primera hora, y la de Moncada y la disimulada de Carrillo, aún libres, un malestar que sería imperdonable mantener cuando tenemos allegados los medios, modestos y bastantes, de ponerle fin. El gobierno cree que vamos, y sólo aguarda a la evidencia más cercana para segarnos allá el país: y nosotros, con la rapidez que no se espera de nosotros, sin aparato de invasión, deslizándonos sencillamente de donde mismo estábamos, podemos ir antes de que el enemigo nos espere, y caiga sobre la buena gente revolucionaria. No tenemos más que ajustar los detalles, de modo de ahorrar tiempo. Ahora sólo estas líneas le puedo poner, y la seguridad de que, lo que yo haya de hacer, ni con ligereza ni con demora será hecho. Yo no trabajo por mi fama, puesto que toda la del mundo cabe en un grano de maíz, ni por bien alguno de esta vida triste, que no tiene ya para mí satisfacción mayor que el salir de ella: trabajo para poner en vías de felicidad a los hombres que hoy viven sin ella. No espere, pues, de mí,—harto lo sabe Vd.—precipitación alguna, ni el

crimen de azuzar y comprometer, por salvar la honrilla de la tentativa, —sobre que, con hombre del juicio de Vd., eso sería pueril e inútil. Este hombre, lo ama y lo conoce, y no faltaría así al respeto que merece su vida. Su María no se ha equivocado.

Y de su gran pena de ahora ¿no ve que no le he querido hablar? Su madre ha muerto. En *Patria* digo lo que me sacó del corazón la noticia de su muerte: lo escribí en el ferrocarril, viniendo de agenciar el modo de que le demos algún día libre sepultura, ya que no pudo morir en su tierra libre: ése, ese oficio continuo por la idea que ella amó, es el mejor homenaje a su memoria. Vi a la anciana dos veces, y me acarició y miró como a hijo, y la recordaré con amor toda mi vida.

Aquí tiene que cesar su

JOSÉ MARTÍ

10

Delegación del Partido
Revolucionario Cubano

De tránsito en Key West,
15 de diciembre de 1893

Sr. Mayor General Antonio Maceo

Sr. Mayor General:

Momentos antes de la salida del correo que llega a ésta, llega a mis manos el presente duplicado adjunto, de nota del General Gómez a Vd., cuyo original, enviado según parece de otro puerto de Santo Domingo, no me ha llegado aún. Me apresuro a remitírselo.

La entrevista, para esta Delegación y para Cuba memorable, que tuve con Vd. en ese país,—y después de la cual apenas me han alcanzado las fuerzas, aunque en actividad continua, a desviar las tramas del gobierno, dentro y fuera de Cuba; y mantener juntas nuestras fuerzas. —hace innecesario de parte mía añadir comentario alguno a la nota del General Gómez, que será para Vd. forma oficial de su conocimiento de la aceptación por Vd. de la labor principalísima que en la revolución cubana por derecho propio le toca, y de la cual, por el fuego y admiración que merecía, di cuenta minuciosa al General Gómez.

Aguardo en estos momentos, a mi llegada inmediata a New York, la visita del comisionado que me anuncia el General Gómez, y el cual vendrá enterado de los deseos y opiniones de Vd. sobre la forma de su

participación, o me traerá instrucciones del General sobre ellas. Inmediatamente las comunicaré a Vd., y por la oportunidad que siga a ésta escribiré a San José sobre lo que pueda referirse a las operaciones de Vd. Por este mismo correo remito copias de la nota al Brigadier Flor Crombet y al Coronel Agustín Cebreco, y por el próximo y en vista de la visita del comisionado, y del curso, cada día más rápido, de los sucesos, trataré de ellos a la larga, y de cuanto convenga en una situación tan favorable para nosotros como delicada, y cuyo éxito está principalmente en obrar con prudencia y rapidez y por vías no esperadas, antes de que el gobierno español, preparado para nuestra agresión, pueda inutilizar las cabezas revolucionarias de la Isla, o forzarlas al desorden.

Con entusiasta afecto y el ansia natural de recibir respuesta suya, saluda a Vd.

El Delegado,

JOSÉ MARTÍ

11⁷¹

A GONZALO DE QUESADA

Key West Fla.
Dec. 18, 1893

S. Figuro⁷²

—for Quesada—

298 Broadway
New York.

Soberbio entusiasmo⁷³ asamblea trescientos de clubs cunden ciudad su-
prima toda referencia y hojas literarias conteste sólo unión constitucional.

MARTÍ

⁷¹ Telegrama transmitido por la Western Union Telegraph Co.

⁷² Debe ser: S. Figueroa.

⁷³ Aquí hay una palabra que dice: "acurados", que evidentemente fue mal deletreada en la transmisión. Podría ser "aclamados".

12

[Cayo Hueso, diciembre, 1893]

Gonzalo muy querido:

Noble su carta, y noble Vd. adelante en todo: hay dinero suficiente, y nada me detiene. Lo abrazo fuerte por su sacrificio, y crea que de eso se crece y se goza. Todo se cubrirá a tiempo. Vuelvo de lunes a martes. Voy en plena salud. Esquivé los peligros, saqué ventaja de ellos, y seguimos. Discursos, juntas, un mundo. Échese *Patria* al hombro: y hasta pronto.

Su

J. M.

13

[Cayo Hueso, diciembre, 1893]

Mi buen Gonzalo:

Adiós, y *Patria*. El miércoles salgo. Todo va bien. Fernando⁷⁴ me le manda un abrazo. Acá, pobreza, lealtad; y certeza de hacer lo que traje propuesto.

Su

J. M.

14

A JOSÉ DOLORES POYO

Key West, diciembre 20 de 1893

Sr. José D. Poyo

Mi muy noble amigo:

No puedo echar del corazón, como quería, toda la ternura, y el justo orgullo, y el agradecimiento que, en nombre de nuestra patria, debemos todos a la Emigración Cubana de Key West. La raíz que está en nosotros, ya se verá luego en el fruto: la raíz crece debajo de

⁷⁴ Fernando Figueredo. Martí durante su permanencia en Cayo Hueso vivió en la casa de Figueredo, y embarcó rumbo a Nueva York, el 20 de diciembre, en el vapor *Olivette*.

la tierra: sin raíz no hay fruto luego. Lo que hemos hecho, el espíritu de lo que hemos hecho, la religión de amor en que el alma cubana está fundiendo sus elementos de odio, eso amparará mañana a los mismos, soberbios o ciegos, hombres de miedo y de alquiler, hombres arrimadizos y segundones, hombres destructivos y nulos, hombres ornamentales o insolentes, que ven hoy surgir nuevo a su pueblo, y a la tarea de fomentarlo, prefieren, como el cachetero en la plaza de toros, ¡clavarle la última cuchilla!

He visto vivir pueblos, y he ayudado a hacerlos, y a impedir que los deshagan. He visto acudir los pueblos todos de la tierra, desalados por las calles, a saludar en un día de tormenta, el símbolo de la Libertad alzado, del mar al cielo, a las puertas de América, a las puertas del continente de la esperanza humana. Nunca vi grandeza más pura que la que he visto en mi pueblo estos días, en que el entusiasmo arranca del pensamiento, en que el sacrificio arranca de la caridad, en que la aspiración al derecho va unida al perdón de las ofensas. Bajo la cabeza, y bendigo. Otros duden de mi patria, y la ofendan, y la acobarden, y la amarren al yugo: ¡que hay muchos modos de amarrarla! yo, que la siento vibrar, que la veo perdonar, que la veo fundar, digo, humillada la cabeza: “¡Bendita sea mi patria!”

He querido decir adiós, y no he podido. Ni por trabajo, ni por prudencia, ni por piedad puedo. Es mucho lo que estoy sintiendo. Cabe en una república: no cabe en palabras. El hablar será después, el esparcir el corazón, el esconderse en un rincón de la vida, a consolar a los que sufren del odio o de la arrogancia humana: ahora, es hacer la república. De la maldad que nos pueda salir al paso, no es necesario hablar. A la maldad se la castiga con dejar que se enseñe. La maldad es suicida. No es hora de censurar, sino de amar. Mañana se contará, cabeza por cabeza, todo lo de estos días, se ha de publicar, hombre por hombre, todo lo de estos días. El pueblo, cuando pase el bueno, dirá “¡ése!” El pueblo, cuando pase el malo dirá “¡ése!” No habrá de seguro entre nosotros un solo hombre capaz de prosperar con la fama de fidelidad a su pueblo, y serle infiel, a la hora de la necesidad; de ayudar con su vocerío y entusiasmo al convite a la muerte y al honor que hemos hecho a nuestra patria, y echarse luego atrás a la hora de hacer bueno el convite. Somos honrados, y lo sabemos. Somos grandes, en la sencillez de nuestro tesón. Lo más puro que un pueblo pueda hacer, y lo más fuerte, eso lo hacemos. Afuera de aquí, unos lo entenderán, y otros no. El hombre de alma baja, no puede comprender la

virtud. La virtud no puede comprender la villanía, y se deja engañar por ella. Los hombres sólo entienden aquello de que son capaces.—Está ahora en mí tal orgullo por mi pueblo, que no se lo puedo decir, porque no le parezca lisonja. Por su honor vivo: moriría de su deshonor. ¿Qué importa que, como al albañil, nos caigan encima de la ropa de trabajo unas cuantas manchas de cal o de lodo? Nosotros, como el albañil, al quitarnos la ropa de trabajar, podremos decir: “¡Hemos construido!”

Lo quiere a Vd. mucho, por todas sus virtudes, su criado y el de su pueblo

JOSÉ MARTÍ

15

[Diciembre, 1893]

Sr. José Dolores Poyo

Amigo muy querido:

Aquí me tiene en cama, donde me vi por fin mucho más mal de como Vd. me dejó. Fue cosa fuerte, y salgo de ella para el tren, porque ya aquí lo esencial queda hecho, y la gente mejorada al calor del cariño. Yo puedo seguir viaje gracias a la habilidad y fraternal cuidado de Barbarrosa; pero siento el mal vivo. En los días antes serios, sentí que me hacía falta Vd. Pero más falta hacía allí entre los que me le conocen y siguen la virtud. Yo recaeré en New York, y en pie enseguida, a explicarnos al país, a ligarlo, a abrir fondos. Dejo a Tampa en salud; Port Tampa quiso mi visita, que no pudo ser por la enfermedad, pero ya tiene su club, sano y entusiasta; la reunión yanqui he de dejarla, porque por la ausencia del mayor, durante mi maluquera, había de esperarse a la próxima semana, que es demasiado tarde; esta noche, antes de irme, fundo un club de paz, del que espero orden continuo y resultados especiales. Muy interesante y viva anoche, a pesar de la debilidad que me dura al escribirle, la sesión neta del Cuerpo de Consejo. Salgo, en fin, tranquilo.

No lo vi, noble amigo, ir con gusto. No deseaba verlo ir. Tenemos mucho que hacer juntos. Crece la hora grande. Pero allá lo sé en faena, y en brazos de los que lo quieren aún más que yo, y tuvo su poesía eso de llegar a tiempo para calentar al recién nacido sobre su corazón. Esas son Pascuas. Y en las de Vd., en su mesa pura de familia ejemplar, guárdenle al ausente un cubierto de casa; mándeme Clarita

un pensamiento que me acabe de curar la enfermedad. Y en tanto no puedo mover la pluma, la querida pluma de oro, un beso a la mano a esas hijas gallardas.

Escribo a Serafín, a Gualterio, a Paulina, al Consejo, sobre el *Yara*. Van las dos cartas de Serafín; y las que no fueron antes, no debían ir. Arriba y un abrazo a Vd. y a Manolo. Queda maluco y contento su

JOSÉ MARTÍ

16

A GUALTERIO GARCÍA

[Diciembre, 1893]

Sr. Gualterio García

Gualterio querido:

Unas líneas. Gracias por la acción oportuna de las remesas, que quedan sin uso, por supuesto, como la del club *Cayo Hueso*, y me dan causa para una declaración oportuna. He escrito mucho y sólo tengo tiempo para un abrazo, y para incluirle los recibos y la promesa de carta mayor.

Espero ansioso noticias de la misión de Rivero. Léame con vigor esa nota sobre los fondos de guerra.

Su

J. MARTÍ

El correo siguiente llevará respuesta oficial a *Occite*. y *L. L. Yara*. El corazón al buen Peláez.

17

A FRANCISCO M. GONZÁLEZ

[Diciembre, 1893]

Sr. Francisco M. González

González querido:

No hay tiempo para nada. Estoy con medio cuerpo acá, y el otro allá. Ya sabe que no puedo perder un paso, ni fallar en uno. En Vd. fío, y en nuestro doce leales, a quienes me verá enseguida, para continuar

renovando el calor hasta que esté hecho el esfuerzo. No me fallen, que no quiero fallar ni que se tome pretexto de esto para que nos fallen otros. Insístame, porque es justo y conveniente, en el espíritu con que va adelante esta campaña revolucionaria. No diga nada; pero pienso sentarme, como entre amigos íntimos, a escribir largo y tendido, a escribir gracias y esperanzas, al taller de Gato,—y eso me lo correrá por los demás para que no haya celos. Aún no he madurado esto. Lo que sea no será indiscreto. Pero quiero dejar constancia de una de las impresiones más gratas de mi vida.

Su amigo y deudor

MARTÍ

18

A FÉLIX Y ANDRÉS IZNAGA

[Diciembre, 1893]

Félix y Andrés

No he dormido desde que les dije adiós, he cumplido con todo mi deber, y vuelvo a Tampa. En diez días o cosa así volveré, roto el cuerpo, íntegro el cariño. Y no poner a allá unas líneas sin ponérselas a sus dos almas generosas.

Yo aquí, en lo más difícil,—contento—y muerto.

Quieran, y las flores de la casa, a su

J. MARTÍ

19

A AGAPITO LOZA

[Diciembre, 1893]

Loza querido:

No podía responder en New York a la carta grave de los 5 sin enterarme antes de los detalles de hombres y cosas de la región que me esperaban precisamente aquí.

Va ahora la respuesta y el encargo de que la comunique enseguida. Por allá, soberanas las cosas, y tanto, que de ningún modo se necesitan los medios extremos de los cinco.

Y acá, como familia, y yo, lleno de gusto, por lo grande y serio del quehacer. Arriba ese club, con los fondos de guerra. Adiós. Cariños de su

JOSÉ MARTÍ

20

A SERAFÍN SÁNCHEZ

[Diciembre, 1893]

Mi amigo Serafín:

Hice cuanto pude en estos días y hoy, para parecer más fuerte de lo que estoy. Pero me rinde, con este cielo oscuro, la enfermedad sorda. Las fuerzas me han alcanzado para esas cartas mías. Mañana hay que estar en pie, porque es día de clubs—y de fundar el nuevo. Lo que le deseo, y le envidio, es la fiesta de amistad en que va a vivir con las almas leales de ese buen Cayo. Acuérdesese de su

JOSÉ MARTÍ

120 Front St.

21

[Diciembre, 1893]

Jueves

Mi muy querido Serafín:

Sólo para que vea letra mía le escribo sin poder. A Vd. puedo decirle que mi enfermedad de Tampa no fue natural,—que el aviso expreso que recibí de antemano sobre el lugar, y casi sobre la persona, fue cierto,—y que padezco aún de las consecuencias de una maldad que se pudo detener a tiempo. Sofiqué el escándalo, y aquí lo he desviado. Pero he padecido mucho, Serafín. Aún no puedo sostener la pluma. Mi estómago no soporta aún alimento, después de un mes. Nada he desatendido, sin embargo, más que el gusto de escribirle. Dictar hubiera podido, aunque lo aborrezco; pº correo tras correo, el día de escribir, lleno de gente. A V. no puedo escribirle de prisa. Ahora que sabe ¿estará bravo conmigo? ¿no me servirá de madrina esa inolvidable amiga Pepa?

Le diré de prisa, hasta que mi letra tenga forma. Gerardo viene el 24. Oírlo y seguir campaña. Acá llevo un mes enfrenado y compo-

niendo, para las ausencias posibles. Pienso como Vd. Si el país nos responde, a fecha precisa, no dormiré hasta no levantar lo necesario. Muy pronto, si todo sale como deseo, volveré a ver a Gómez, en incógnito absoluto. Antes, iré a otras partes. Arregladas las menudencias, oído Gerardo, vapuleados los autonomistas,—con el guante necesario para la masa sincera,—en el manifiesto y en la circular pública a los clubs que preparo, y esto atendido en Cuba, directamente donde ya podamos, e indirectamente por nuestra fe y nuestra acción rápida y brillante—sigo camino, si G. me dice lo que deseamos, sin que me ahogue ninguna dificultad.—Gómez tendrá noticia de todo lo de G.; su silencio será preocupación privada, y el estado peligroso del país. Llega gente, y ceso.

Pido al Consejo que abone a V. los \$25 que adelantó a la casa de G., y no debe V. de ningún modo pagar,—y \$10 semanales, a partir del 26 de diciembre para que V. se cobre cualquier otro anticipo, o se abone eso en justicia a la casa, hasta que vuelva G. Aquí atenderé bien al enemigo. Y de los autonomistas, no tema. Duro allá Vd., yo más suave acá en la forma, y sin perder ocasión, ni la mínima, de cerrarles los caminos.

De mi enfermedad, Serafín, nada digamos más que a Fernando y a Teodoro. Estímenme, y me curo. Esa prueba a Fernando, y con cuerpo o sin él, vivo para la tierra, para ella nada más, y para el gusto de que me quieran sus mejores hijos.

Su

J. MARTÍ

DE *PATRIA*, NUEVA YORK

28 DE DICIEMBRE DE 1893

EL VIAJE DEL DELEGADO A LA FLORIDA

EL VIAJE DEL DELEGADO A LA FLORIDA

En la época de confusión y justa alarma en que ha entrado Cuba, al perder las esperanzas vanas que sin fe ni razón se le hicieron concebir, sin tener para el desorden consiguiente la vía que debió haber abierto una política constructiva y sensata, es un acto verdadero, por sus enseñanzas y resultado real, el viaje rápido y útil del Delegado del Partido levantado en la emigración para congregar los elementos revolucionarios en un esfuerzo pujante y cívico, que abra campo al bienestar y al derecho en la independencia política de la patria. Hay que crear un pueblo nuevo, sobre la ruina moral de la colonia, con las virtudes desenvueltas en el esfuerzo continuo por echarla abajo. Hay que crear un pueblo: y hay virtudes con que crearlo.

Eso acaso se propuso demostrar a Cuba el Delegado del Partido en su rápida visita a la Florida, adonde está lo más visible y numeroso de la emigración de Cuba, y adonde es más recia la persecución hábil de España. Allí, frente a la Habana, a las puertas mismas de sus periódicos encadenados o acobardados, en el corazón mismo de las masas que el gobierno de España ha procurado en vano corromper, y de que los cubanos ignorantes o soberbios o impacientes desconfían; allí, sin el arrebató de las banderas ni el somatén aparatoso, allí, a razón pura, se ha erguido otra vez la emigración cubana toda, la guerra veterana, que hoy como ayer quiere morir, la masa desdeñada y sublime: ¡y se ha escrito, porque es justa, la palabra! Los cobardes teman hacer justicia y a decir la verdad de los pobres. De las entrañas, conmovidas aún de tanta grandeza, ha de brotar, para esperanza de Cuba, la verdad de los pobres. ¡Tu pueblo, oh patria, no necesita más que amor!—Y la guerra, lo que tu pueblo le ha dado.

Mucho pudiera *Patria* decir, por sus informes privados, de la honda emoción de la visita del Delegado del Partido; de la disciplina y fuego del alma revolucionaria; de la hermandad, a veces increíble por lo

tierno y profundo, del alma cubana; de la asamblea continua, de política de raíz, que han sido aquellas juntas, conferencias y talleres; del templo de aquellos talleres: ¡dígame otra vez, que no se ha de tener miedo a la verdad! Acomodados y pobres ¡cuán grandes todos! En silencio ¡cuán grandes! ¿Qué importa que Pedro niegue, si Jesús triunfa? Pedro negó, y Jesús triunfó. Mucho pudiera *Patria* decir de tanta escena inolvidable, de tanto entusiasmo viril y de razón, de los resultados, de toda especie, de la visita, y de los cuales el primero es el de borrar, a verdad y cariño, los odios y desdenes con que se ha compuesto la sociedad cubana, y con los que no puede subsistir sociedad alguna. Pero *Patria* se limita a extractar de los periódicos cubanos de las ciudades visitadas lo que basta a dar idea del espíritu y hechos de su visita.—A eso se limita, y a señalar el acto realizado. Cuando acaba de sorprender a Cuba, con engaño de un número escaso de hombres buenos, un alzamiento fraudulento; cuando, con imperdonable alevosía, y en servicio directo o indirecto del gobierno español, se osa afirmar en Cuba, a pesar de todas las declaraciones previas y actitud pública del partido, que era obra de él el alzamiento que se fraguó para aloarlo o desconcertarlo; cuando, por la obra diaria, de la prensa y de las agencias de la isla, que los emigrados tienen en la almohada y en el umbral, pudiera parecer en Cuba que de veras había misterio en el alzamiento, o parte de obra de la emigración, y que entre los emigrados había causado desconcierto o dispersión el ardid de España,—el Partido Revolucionario, en la persona de su Delegado, congrega a sus miembros, congrega a la emigración, a las puertas de Cuba, a las puertas de la Habana misma, y las emigraciones se enseñan, siempre en pie, a la Isla que de ellas espera el ímpetu y la ayuda, y con entusiasmo intenso y magnífico, y nueva privación de sus haberes, levanta en la sombra, un peldaño más, la obra callada y segura de la independencia patria.

DICIEMBRE / 1893

1. A GUALTERIO GARCÍA
2. A ALEJANDRO GONZÁLEZ

A GUALTERIO GARCÍA

New York, 29 diciembre de 1893

Sr. Gualterio García

Mi buen Gualterio:

¿A que nada me ha dejado de la mano? ¿A que adivina Vd. toda mi angustia, y me ayuda en ella? ¿A que me persiguen los Presidentes, y los cobros, sin perdonarme uno solo, para que sientan, por la vehemencia del cuidado, la extrema necesidad? ¿A que termina con éxito, y me vela de adentro, lo de Castillo? Las cosas grandes, Gualterio, se pierden o se salvan por los detalles. No piense en Vd., piense en mí, que tanto padezco y tengo tanta responsabilidad. Piense en lo difícil que es levantar las almas a verdad pura, sin lisonja ni exageración; y que no ha de dejarse caer lo que hemos levantado. De más no le puedo hablar, porque tengo todo el pensamiento en eso. Y el quehacer al cuello. Escribame sin cesar, que de su cariño necesita mucho, por lo puro y sincero, su

J. MARTÍ

Escribo a Peláez y a Ramón Rivera.

A ALEJANDRO GONZALEZ

30 Diciembre, 1893

Sr. Alejandro González

González muy querido:

Recibí su carta en el instante de subir al ferrocarril, para un viaje que pudiera llamar de recogida—de recogida final de opiniones y es-

fuerzos antes del arranque prudente, y ya—¡por fin!—cercano:—en los carros escribí las líneas sobre la viejita queridísima, que no sé si le habrán parecido bien:—ahora, al volver de una entrevista que me esperaba a mi retorno, veo que sale vapor para Jamaica,—y le pongo estas líneas. Querría yo ir con ellas. No puede ser. Aquí me clava la muy grave situación de Cuba, donde nos quieren ganar por la mano, y nos ganarán—del gobierno hablo, por supuesto—si no andamos tan de prisa, y tan calladamente, como debemos y podemos. Eso fue lo del Ranchito: ver si nos levantaban la caza—si nos atacábamos—si echábamos sobre las Villas una expedición sola y extemporánea—si descubríamos en los alborotos de afuera nuestras tramas y personas—si se originaban persecuciones en la Isla. Yo aquí lo impediré todo, aunque en todo instante estuve a tiempo, con los fuegos encendidos, para acudir si había justicia y necesidad,—y si, contra mi aviso previo y el estado real de nuestras cosas conocidas en Cuba por la gente verdadera, prendía, por el miedo a las prisiones y la impaciencia, el ardid del gobierno. No fue así, nos salvamos de la trampa, y nada hemos sacrificado. Hoy, con más crédito, frente a frente a la Habana, mi querido Alejandro, he ido a repetir la verdad, a desmenuzar las picardías de España, empeñada en vano en desunir o desanimar las grandes masas de nuestra emigración, con la triste ayuda de tres o cuatro bribones visibles, de alta o baja ralea, que piden paga por sus servicios, y anuncian la mordida si no les va la paga—o querrian deshacer una obra de virtud en que sólo la maldad no cabe. Y fui a más. Como que sé en lo que andamos, como el General ha entendido la situación urgente, y obra ya conforme a ella; como que, en cuanto reciba yo finalmente las instrucciones que me anuncian, ya estamos andando—fui a pedir, a pobres y a ricos, un esfuerzo más: ¡y lo han hecho, frente a frente a los desalientos y desvergüenzas de la Habana! Véalo en *Patria*, donde se dice con embozo, para que por la exaltación del esfuerzo y su premura patente, no se deduzca con una funesta precisión la cercanía de nuestro arranque. Esto es, pues. ¿A qué he de andar con palabras? Doy, que es más grato que pedir: ahí, no he pedido, a pesar de lo que me crecía en las manos, a pesar de la necesidad de acumular previamente, a pesar de que— en esta forma o en otra, si alguno de los elementos de ésta llegase a desacreditarse—nada tuerce ya de su camino seguro, con el tesón y la cohesión que tenemos, la revolución humana y amigable,—hecha con todos, y con el alma de los pobres, para la concordia entre los pobres y los ricos. Nada he pedido a pesar de todo, para no causar sacrificio que no fuera inminente, por inspirar el respeto necesario para que sea grato el sacrificio.—Y ahora,

he de pedir. Ya no tenemos más tiempo, si el General anda de su lado, como ya anda, con la celeridad, a la vez que cautela, con que ando yo,—que es preciso para allegar inmediatamente los esfuerzos finales, los esfuerzos que a nadie se han pedido aún,—y para que lleguen a la hora precisa de emplearlos. ¿A hombres, qué más he de decir? Son las diez—llegué a las 9½—y en media hora sale el correo. No puedo escribir al hombre de oro, a nuestro Presidente, Pérez. No puedo escribir al modelo de hombres, a Benito Machado. Pero se me junta con ellos. Esta carta es para Vds. tres. Empecé para escribir a ellos y a Vd.—se me fue la pluma,—y tengo que enviar hoy tres cartas juntas. Esa es la situación. Esa es la obligación. Aprovecho, para que no nos la malogren, la confusión que pudiera crear mi silencio voluntario sobre dudas mentidas. Las órdenes del General, para Cuba y afuera, han pasado todas por mi mano. Cuando he palpado, hablo. En Cuba la persecución arrecia, y nos cercan. El General entiende que es un verdadero delito dejar en abandono la situación que hemos creado,—que nos aguarda con placer, aunque con el natural disimulo—y a que pudiéramos acudir más o menos dignamente según sea nuestro esfuerzo. Allá no se ha hecho aún. Véase la situación, y hágase. Porque en el cálculo, desde hace un año, concluimos el General y yo el esfuerzo seguro de Jamaica.—Esta carta sea la preparación. No se necesita del arrebató de última hora, cuando sea ya tarde, o el alarde final de la recogida autorice en Cuba la pérdida—por prisión o destierro—de los jefes indispensables, y afuera dé con esto derecho a los morosos para echarse atrás. Es una carrera secreta. Machado, Pérez, González, me dirán si Jamaica no hará, sin escándalos, y a su hora, lo necesario para que lleguemos a tiempo. Y aquí todo está dispuesto y obligado, contando, como cierto ya, con el esfuerzo de Jamaica.—Prepárenlo, pues. Alcen la marea, en sigilo. El correo próximo lleva nota al Consejo, autorización especial a Machado.—Ahora, véame, y en cierto modo compadézcame, con todas las menudencias de la emigración local encima,—y con el afán de que no se me caiga de la mano una sola de las riendas de este esfuerzo final, múltiple y difícil—y de la situación en Cuba, que dejé caer un poco, para desviar al gobierno, y ahora, a una, el General y yo levantamos.

¡Arriba, Gonzalito! nuestra hora es ésta, y no la perdamos; si la perdiésemos, habríamos obrado en ella con tal verdad, que la revolución, en formas nuevas y acaso más seguras, seguiría triunfando. Pero ésta es nuestra hora. Y, por tanto, la de felicidad para un amigo, para su